COLECCIÓN POPULAR ILUSTRADA

LAS HIJAS BIEN EDUCADAS

GUÍA PRÁCTICA PARA USO DE LAS HIJAS DE FAMILIA

Educación moral y material
instrucción, economía doméstica, labores, cocina, usos sociales,
etc., etc., etc.

POR

M.ª Atocha Ossorio y Gallardo

OBRA ILUSTRADA

Sociedad General de Publicaciones
Calle Diputación, 211
BARCELONA

ES PROPIEDAD

Sociedad General de Publicaciones, Diputación, 211.—Barcelona

TABLA DE MATERIAS

EDUCACIÓN.—INSTRUCCIÓN.—ECONOMÍA DOMÉSTICA

Misión de la hija de familia.
La hija en el hogar.
La instrucción de las niñas.—Lo que debe ser.
La lectura.—Los libros.
Leer en alta voz.
Los criados.
Las fiestas de familia.
Las pequeñas cualidades.
Prácticas de las virtudes menudas.
Las amistades.
El bien hablar.
La mujer distinguida.
La economía doméstica.
La ciencia del Hogar.
La mujer en la casa.
Para ser buena enfermera.
El tocado y la coquetería.
Las modas.
La mujer ruina de su hogar.
El Orden y el Desorden.
Los buenos y los malos caracteres.
Las niñas mimadas.
La mujer encanto de su hogar.
Arte de hacerse una renta.
La mujer de su casa en el campo.
Preciosos consejos de un abuelo.
Amad las flores. Amad los pájaros. Amadlo todo.
Los *¿Por qué?* y los *Porque...* del ama de casa.
Recetas de la abuelita.
El arte de la cocina.
El trabajo manual.

EL VESTIDO.—LA HABITACIÓN

La ropa blanca. — Cuidados que reclama.
El lavado.
El planchado.
Las manchas.
El zurcido.
Las labores de aguja.
La costura.—La máquina de coser.
Elección de casa.
Higiene de la casa.
Lo que llaman los franceses *le Chez-soi.*
La alcoba.—El comedor.—La sala de recibo.
Las camas.
Calefacción y alumbrado.
Los muebles.
El arte de la limpieza.

HIGIENE.—MEDICINA PRÁCTICA

La Higiene.
El Régimen.
De los baños.
Enfermedades debidas a la imprudencia o al descuido.
Profilaxis de las enfermedades contagiosas.
Actitudes defectuosas del cuerpo.
El cuarto de los enfermos.
A B C de la enfermera.
Las recetas del médico.—Medidas y pesas de los medicamentos.—Algunos términos de los más empleados en Medicina.
El Botiquín casero.
Para conocer y distinguir los medicamentos.
Los remedios más usuales.
Las plantas medicinales.
Plantas venenosas o dañinas.
Cuando no hay médico.
Mientras llega el médico. (Primeros cuidados en las heridas, picaduras, mordeduras, envenenamientos, etcétera.)
Pequeñas indisposiciones (mareos, vahidos, hipo, cuerpos extraños en la nariz, orejas, boca, etc., etc.)
En la ciudad y en el Campo.
Diccionario de la Salud.

VIDA SOCIAL

Arte de estar en la mesa.
Disposición de una comida.
El servicio de la mesa.
Comidas de ceremonia.
El salón. Las recepciones.
Las visitas.
Las tarjetas de visita.
Las modas.
Los viajes.
Bautizos.
Casamientos.
Duelos—Visitas de pésame—Funerales.
El luto.
Pequeños usos sociales.

COCINA

Los secretos de una cocinera.
El buey.—La vaca.—El ternero.—El puerco.
Términos de cocina.
Modo de cortar en la mesa.
El mercado.—Los vendedores.
Falsificaciones más usuales y medios sencillos de conocerlas.
Del alimento.
Conservación de substancias alimenticias.
La despensa.
Cosecha y conservación de los frutos.
Fabricación de confituras.
Licores y bebidas caseras.
Recetas prácticas.

ANÉCDOTAS E HISTORIAS

La Unión en la familia.—El racimo de uvas.
La existencia de Dios.—La luz en el bosque.
Amor a la verdad.—Anécdota de Wáshington.
Las supersticiones.—Una respuesta de Catón.
La ira.—Modo de evitar las querellas.
Y otras muchas, intercaladas en el texto.

PRÓLOGO

En este libro, que hemos escrito con el amor y la fe de quien pone en su obra algo de sí mismo, nos proponemos enseñar a las mujeres inteligentes, a las mujeres que amen y quieran educar debidamente a sus niñas, que vale tanto como decir a todas las mujeres, esa parte de la *ciencia maternal*, que se refiere a la educación física y moral de las hijas de familia.

Después de haberles dado su sangre y su leche, después de haberles prodigado los cuidados de los primeros años, tienen las madres que guiar a sus hijas a través de los peligros de una niñez a menudo laboriosa, de una pubertad rodeada de mil peligros morales y materiales, hasta el momento en que, separándose de la familia en medio de la cual han crecido y prosperado, vayan ellas a su vez a fundar una familia y a dar a sus propios hijos la sana educación de cuerpo y de espíritu que ellas de los suyos recibieron. Gran destino, augusta misión sin duda, pero que suelen llenar mal muchas madres, pese a toda la buena voluntad y a toda la ternura imaginables, si para una y otra no ha sido preparada desde el principio por una inteligente dirección.

La educación práctica de las mujeres presenta, respecto a este punto, lagunas y vacíos que nos veremos en el caso de señalar más de una vez en el curso de la presente obra. ¡Singular, incomprensible inconsecuencia! Toda profesión por humilde que sea y por fácil que parezca, exige una iniciación, y la *profesión maternal*, que no por ser la más común es la menos complicada, ni la menos técnica, se aborda sin regla alguna, sin preparación, con una ignorante intrepidez verdaderamente lamentable.

Para acometer y llevar a término feliz el desempeño de esta augusta profesión, confíase generalmente en la sola y única inspiración de la naturaleza, sin tener en cuenta que a ésta no debe fiársele sino una parte mínima de tal empresa, porque ella no puede enseñarnos sino lo que enseña a los animales y aun quizá algo menos. Pero tenemos, además, dos dotes que no tiene ningún otro sér en la tierra: la *Religión*, principal y primer fundamento en que toda obra de educación debe apoyarse, y la *Razón*, esta gloriosa razón humana, que ayudada y engrandecida por la cultura, debe, apoyada en la Religión, guiarnos por el camino de lo verdadero y de lo justo.

Hay un *instinto de la maternidad* ¡qué duda tiene! instinto a un tiempo dulce y profundo, que es móvil de los más nobles y de los más tiernos impulsos; pero hay también una *ciencia de la maternidad*, que se adquiere por la educación, por el ejemplo, por la experiencia; ciencia que, como todas, tiene sus métodos, sus procedimientos, sus límites, sus principios; que se aprenden con el estudio, no por la intuición y que, como las otras ciencias, es hija de la inducción y de la experiencia.

Sin el *instinto*, la maternidad no sería sino un mecanismo frío, acompasado y estéril; sin la *ciencia*, no sería sino una empresa apasionada, pero también aventurada y peligrosa. La verdadera madre es la que a un tiempo *siente* y *sabe*. Casi todas sienten; un gran número entre ellas no sabe. Es preciso que éstas aprendan.

La ciencia maternal tiene tres ramas: la educación *física*, cuyo objeto es la salud; la educación *moral*, cuyo objeto es el carácter; la educación *intelectual*, cuyo objeto es el espíritu. Las mujeres comparten esta obra de educación con sus maridos, cuando se trata de educar hijos; pero les incumbe casi por entero cuando se trata de educar hijas. Ellas vienen así a ser los auxiliares directos de la ciencia educativa y tienen, por lo mismo, especiales deberes que cumplir. «La ciencia de las mujeres, dice Fenelón, debe, como la de los hombres, limitarse a instruirse con arreglo a las funciones que han de desempeñar. La diferencia de su empleo debe estar marcada por la de sus estudios». A establecer los límites de esta ciencia maternal, en lo que a la educación de las hijas se refiere, va dirigido este libro.

«Pero—podrá objetársenos—es preciso que la misión educadora de las madres no se circunscriba a las hijas; se refiere también a los hijos varones.»

Ciertamente; pero nadie podrá negar que respecto a las primeras, es más continua, es más estrecha, es más necesaria la misión de las madres. Los hijos, arrancados en edad a veces demasiado temprana, a la atmósfera dulce, pero enervante del gineceo, irán a buscar en una educación viril los horizontes intelectuales, los elementos de combate que han de servirles para la agitación y para las luchas de la vida. Ellas, las hijas, quedan, por el contrario, envueltas en la atmósfera maternal, la única que puede convenirles, siempre, claro está, que encuentren en ella la ternura, la inteligencia y el saber, esos tres elementos fuera de los cuales no hay educación doméstica que pueda dar los apetecidos frutos.

En una época, como la nuestra, en que todos los problemas de la educación se agitan laboriosamente, y en que se siente la necesidad de ensanchar la esfera intelectual de la mujer, sin sacarla, por ello, de esa senda íntima y escondida que es y debe continuar siendo el campo de su actividad, libros como éste, cuando son escritos con cariño y acogidos con simpática benevolencia, pueden no ser inútiles en la labor educativa de la juventud.

Claro está—y me apresuro a declararlo aquí, antes que alguien pudiera echármelo en cara—que yo no he puesto en mi libro nada nuevo. Ya he dicho hace un momento que la ciencia educativa, como toda ciencia, es un conjunto de observaciones que el saber y la experiencia han ido acumulando, en torno a una rama o especialidad determinada. En una obra como esta no he aspirado ni podía aspirar sino a recoger y ordenar, dándoles una forma más o menos atractiva, todos aquellos principios, todas aquellas máximas que el conjunto de las observaciones propias y ajenas me han hecho creer convenientes y hasta necesarias para la educación de las niñas.

Si este propósito, en cuyo desempeño he puesto toda mi buena voluntad, ha quedado o no cumplido en la obra, es cosa que no he de decir yo, sino las madres, o generalizando más, los padres, a quienes dedico y someto este libro.

MÁXIMAS, AFORISMOS Y SENTENCIAS

QUE SE HAN TENIDO PRESENTES AL CONFECCIONAR ESTA OBRA

Es preciso no poner nunca la exageración en el lugar del sentimiento.

M.me DE NECKER SAUSSURE.

Nada es comparable a una mujer bien educada.

ECLESIAST. I, 18.

Los ojos de los demás son los que nos arruinan.

FRANKLIN.

Saber y sentir: he aquí toda la educación.

M.me DE STAEL

Si los libros entrasen en los más insignificantes detalles de la vida, casi no habría necesidad de tener experiencia.

BACÓN.

La afectación de ingenuidad parece luz de leña podrida.

BACÓN.

La mujer que permanece en su casa, tiene que ser juiciosa; la mujer que permanece en su casa, no puede ser sino muy hábil en el gobierno de su familia.

S. JUAN CRISÓSTOMO.

Tanta debilidad hay en huir sistemáticamente de la moda, como en ser esclavo de ella.

LA BRUYÈRE.

Dios es el mejor casamentero.

SHAKESPEARE.

La mujer hace la prosperidad o la ruina de una casa.

PROVERBIO TURCO.

La educación no es, en el fondo, sino el hábito contraído desde muy niños.

BACÓN.

Nada hay más difícil que el arte de hacer *un hombre*, como no sea el arte de hacer *una madre*.

* * *

La educación de las niñas debe tener por objetivo, desde la cuna, la maternidad futura.

* * *

Madres, no confiéis a nadie sino a vosotras mismas el cuidado de educar a vuestras hijas.

S. JUAN CRISÓSTOMO.

Es necesario tener un cuidado especial con las hijas.

CLEÓBULO.

¡Ved cuán grande es el ministerio de la mujer!

S. JUAN CRISÓSTOMO.

Hay libros de los cuales se debe sólo gustar; hay otros que es preciso devorar, y otros, éstos en pequeño número, que deberían ser, por decirlo así, masticados y devorados.

BACÓN.

La mujer debe poseer, no el espíritu que crea, sino el que comprende.

* * *

Para llegar a ser instruídos, es preciso leer mucho en un pequeño número de libros.

* * *

La vertu qui convient aux mères de famille
C'est d'être la première à manier l'aiguille (1).

PONSARD.

Las mujeres no han hecho ninguna obra maestra en género alguno. No han hecho la «Iliada», ni la «Eneida», ni la «Jerusalén libertada», ni el Panteón, ni la iglesia de S. Pedro, ni el «Libro de los Príncipes», ni el «Discurso sobre la historia universal». No han inventado el álgebra, ni el telescopio, ni las lentes acromáticas, ni las bombas de incendio, ni el punto de media, etc.; pero hacen algo más grande que todo eso: sobre sus rodillas es donde se forma lo que mejor hay en el mundo: un *hombre honrado* y una *mujer honrada*.

J. DE MAISTRE

(1) La virtud que conviene a las madres de familia, es la de ser las primeras en manejar la aguja.

No hay lecturas indiferentes: un libro siempre da o quita algo.

* * *

La educación no se delega. Podemos hacer que otros den lecciones a nuestros hijos, pero no debemos hacer que los eduquen.

DE GASPARÍN.

Lo que la lección comienza, el ejemplo lo acaba.

LAMOTTE.

El que siembra buena semilla, recoge buen grano.

SENTENCIA DEL BRAHMA VISHNU-SARMA.

Las ropas de seda, el satén, las escarlatas y los terciopelos apagan el fuego de la cocina.

FRANKLIN.

Nada hay inútil para las personas de buen sentido.

LAFONTAINE.

Uno de los grandes escollos de la educación de las hijas, es exaltar su sensibilidad con las demostraciones de una ternura apasionada e irreflexiva.

FONSAGRIVES.

A madre débil, hija nerviosa.

* * *

Nada hay tan sencillo como una mujer bien educada.

DE GASPARÍN.

La belleza se asemeja a esos primeros frutos del estío que se corrompen fácilmente y que no se pueden guardar.

BACÓN.

Es una ventaja grande poder empezar la educación de las niñas desde su más tierna infancia.

FENELÓN.

Feliz quien vive con mujer juiciosa.

ECLESIASTES.

Más hace dulzura que violencia.

LAFONTAINE.

Una cosa irrazonada que descubre nuestra pequeñez es el sujetarse a las modas.

LA BRUYÈRE.

Si las mujeres consagrasen a su salud la mitad del tiempo que consagran a su belleza, estarían más buenas y serían más bellas.

FONSAGRIVES.

La modestia agrada; ella avalora el mérito y hace perdonar la mediocridad.

LA ROCHEFOUCAULD.

Sucede con el cerebro lo que con el tonel en que fermenta un licor: todo es de temer si se deja en él algún vacío.

JUAN PABLO RICHTER.

La educación es obra de autoridad y de respeto.

MONSEÑOR DUPANLOUP.

Vale más la ignorancia que el saber afectado.

BOILEAU.

La educación es una generación que continúa: ya se trate de una niña, ya de un niño, exige el concurso armónico del padre y de la madre.

* * *

Conducirse bien es lo primero; ser bello, lo segundo. La fortuna viene luego.

PLATÓN.

La juventud debiera ser una caja de ahorros.

LA SEÑORA DE SWETCHINE.

Las mujeres no están en modo alguno condenadas a la mediocridad; pueden, por el contrario, pretender llegar a lo sublime, pero al sublime *femenino*.

J. DE MAISTRE.

Educar una hija es formar una madre.

FONSAGRIVES.

Entre los niños estropeados por la primera educación intelectual, los hay de dos clases: aquellos a quienes no se ha hecho hacer nada y aquellos a quienes se ha hecho hacer demasiado.

MONSEÑOR DUPANLOUP.

Soñar con lo imposible es dejar de alcanzar lo posible.

* * *

Si la décima parte del cuidado que se pone diariamente en procurarse buen pan y buena cocina, se pusiese en perfeccionar la familia propia, tiempo há que todo el mundo fuera perfecto.

VARRÓN.

Todos los árboles tienen hojas, pero no todos dan frutos.

PROVERBIO VALACO.

La cortesía es un afán de agradar.

M.me LAMBERT.

Sin la educación, la instrucción no es más que un instrumento de ruina.

ROYER COLLARD.

Los que gobiernan a los niños no les perdonan nada y se lo perdonan todo a sí mismos.

FENELÓN.

Nada debería llegar al espíritu de la niña, que antes no hubiese pasado por la inteligencia de la madre. ¡Qué cuidados no deberá merecernos ésta!

FONSAGRIVES.

Todo por amor, nada por fuerza.

S. FRANCISCO DE SALES.

El hábito es una segunda naturaleza. Hay quizás una tercera que se llama imitación.

BOUFFLERS.

Uno de los primeros cuidados de una madre debe ser instruirse bien ella misma de todo cuanto es necesario para educar niños.

ROLLÍN.

LAS HIJAS BIEN EDUCADAS

MISIÓN DE LA HIJA DE FAMILIA

En las corrientes de la vida moderna, pocas cosas habrá de tan complicado mecanismo como la misión de la mujer, misión que comienza desde la infancia, y que no termina más que con la vida.

Hay que poner un exquisito cuidado en la manera de educar a las hijas, porque nada hay más absurdo que la vulgar creencia de que a la niña es más fácil educarla que al niño. Hay que partir del principio de que los años que pasan las jóvenes en el hogar paterno, deben ser a modo de preparación para su futura y definitiva vida de esposa y madre. Todos los altos fines que ha de necesitar llevar a cabo, debe ejercitarlos desde muy pequeña para que lentamente y de manera insensible se habitúe al dulce y complicado papel que en la vida le está encomendado.

Ha de serla necesario ser la risueña y prudente compañera del hombre amado en sus luchas y empresas. ¡Qué mejor aprendizaje para ello que el ejercitarlo con el padre!

La será preciso ser activa, diligente y previsora para sus pequeñuelos. ¡Qué más dulce ensayo, que el ejercicio de tan recomendables dotes con la propia madre! Los padres, por efecto de sus años, de sus achaques, de toda la cohorte de amarguras y males que encierra el transcurso de los años, merecen toda clase de atenciones. Por la serie inacabable de hermo-

sos sacrificios que realizan por y para sus hijos, son acreedores a todo cariño y cuidado. Nada, pues, tan honroso para una hija, como cuidarlos y atenderlos con infinito amor y ternura. En ello mismo hallará la recompensa, puesto que los cuidados que prodigue a los autores de sus días, se trocarán en bendiciones que la Providencia derramará sobre su cabeza; y la práctica amorosa y de previsión que con ellos ejercite, será la más hermosa enseñanza, el más sublime aprendizaje y el más fructífero ensayo maternal que puede llevar a efecto.

La hija de familia debe, en primer lugar, observar una obediencia grande a sus progenitores, convencida de que, aún cuando sus órdenes y mandatos la parezcan algo duros e inexplicables en algunas ocasiones, debe prestarles gran atención y obediencia, convencida de que los años por sí solos proporcionan una gran experiencia, que jamás la juventud podrá alcanzar, por despierta que sea. Debe, pues, la hija seguir los consejos paternales, que siempre encierran dos cualidades muy dignas de ser tenidas en consideración: el amor y la experiencia.

Las jóvenes suelen creer fácilmente que los consejos y enseñanzas paternales tienen mucho de rareza, y no es difícil oír exclamar a las hijas: —¡A mamá se la ha olvidado lo que es la juventud!—o bien:—¡Todos los papás dicen lo mismo; yo también opinaré así cuando sea vieja!

Nada más erróneo que semejante opinión. No es que en la edad madura se piense de distinto modo que en los años floridos. No es tampoco que se olvide lo que son ilusiones y alegrías. Es que los años, los pícaros años, han ido enseñando cruelmente lo que de los ensueños juveniles puede esperarse, y esa experiencia tristemente adquirida, quizá habiendo dejado en ella jirones de vida y alma, quisieran los padres que sirviera para prevenir y evitar sinsabores y llanto a los hijos. Es que los padres, en su amor sublime, quieren ofrendar los dolores propios para que sirvan de escudo a los pedazos de su alma y les ahorren el trabajo de aprender a costa de heridas propias. Pero es achaque de la juventud el desperdiciar consejos y el desoir advertencias, suponiendo que ven más claro y mejor con sus risueños espejismos, que los padres con las negruras que en los cristales con que se aprecia la vida, marca el paso de los años. Nunca, pues, será bastante cuanto a este respecto se diga a las hijas. Obediencia a los consejos paternales, por ser de padres y por ser de viejos, pues no debe olvidarse la profunda verdad que encierra el dicho de que «el diablo sabe más por ser viejo que por ser diablo».

Otro de los aspectos de la misión de las hijas, es el de *llenar la casa*. ¿Parece esto muy fácil? Pues no lo es. Mucho lo facilita el infinito amor maternal, que con poco se contenta, creyéndose siempre suficientemente recompensado, y suponiendo perfecciones, allí donde quizá sólo existen defectos e ingratitudes.

La hija no debe creer bien cumplida su misión, apoyada solamente en

dicha indulgencia, sino que ha de hacer una labor constante para que real y efectivamente llene la casa con su alegría y buen humor, con una constante ayuda en todo; lo mismo siendo el más inmediato auxiliar del padre, que recabando dulcemente la dirección y arreglo del hogar, para que la madre halle el reposo a que por su edad es acreedora. Insensiblemente debe tomar parte activa en todas cuantas fases tenga la vida en la cual le haya tocado nacer. Si es de modesta posición, ha de procurar con su trabajo personal disminuir gastos y hasta aumentar ingresos si es posible; y si la suerte la ha hecho nacer en brillante esfera, ha de habituarse a saber administrar sus bienes y *administrar también sus caprichos;* porque hasta en lo superfluo es necesario una perfecta administración.

Todo este plan de vida debe ser combinado con la instrucción; no perder de vista que una mujer instruída, sin pedantería, es un lindo ornato en los salones, si tiene que asistir a ellos; una promesa de ventura para el hombre que la elija por compañera, y una sólida garantía de triunfo si las vicisitudes de la vida la obligan a ganarse el sustento.

Véase como no es tan fácil como a primera vista parece el *llenar la casa*. Pero no se crea por esto que es de una dificultad abrumadora. Para conseguirlo, basta sólo ejercitar estas cosas: aprovechamiento del tiempo sin desperdiciar ni un solo minuto; indulgencia absoluta con las faltas y defectillos de los demás; rigidez y severidad para juzgarse a sí misma. ¡Qué hermoso orgullo es el que lleva a la conclusión de que todas las faltas ajenas son perdonables y sólo en uno mismo son reprensibles!

Siguiendo este camino de tenaz emulación, el perfeccionamiento llega indefectiblemente, porque así lo realiza el estímulo constante a que debe sujetarse la joven.

Si existen en la casa varios hermanos, eso debe servir a la hija para moldear su carácter, habituándose a saber plegar su voluntad ante la voluntad de los seres queridos; a estudiar caracteres, no tratando de imponer el suyo, sino cediendo apaciblemente, por cariño, a los deseos de los otros, no sin hacer resaltar, si preciso fuera, la sinrazón del hecho, pero tratando de hacerlo prudentemente, con habilidad y jamás en momentos de discusiones ni violencias. Este arte de ceder, ceder siempre en los momentos *agrios* de la familia, para tener el derecho de hacer una profunda y tierna reconvención en momento oportuno, es provechosísimo para la paz del hogar; y claro es que si la hija se habitúa a ejercitar esta virtud, cuando esposa, se ahorrará los grandes sufrimientos que suelen acaecer al choque de los caracteres.

Una hija debe siempre tener muy presente que no hay jamás bajeza ni humillación en ceder cuando surjan disensiones, porque nada enaltece tanto como el abdicar el propio derecho en aras del amor y de la tranquilidad de todos.

Como puede verse por estos ligeros apuntes, la condición principal de

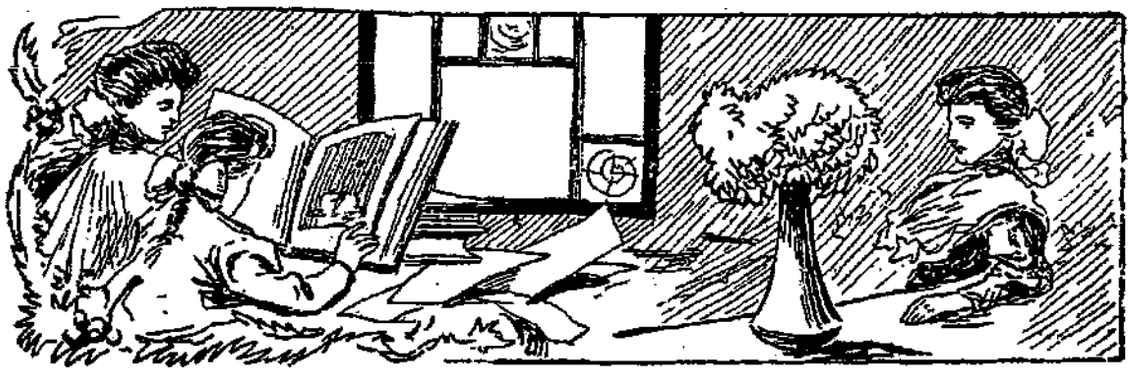
la hija, su misión primordial, consiste en ceñirse, plegarse, moldear su carácter con arreglo a las circunstancias. Si esto resulta algo duro en principio, se torna fácil llevando a cabo una educación de la voluntad lenta y tenaz. Una vez conseguido esto, lo demás es fácil, y se da por añadidura. El trabajo se hace llevadero; las tareas más difíciles se suavizan; las empresas que parecían gigantescas se achican de modo prodigioso; y la hija cumple en el hogar la sublime misión que la está encomendada, siendo el ángel de él; el rayo de sol claro y alegre que todo lo purifica; el consuelo y apoyo de todos, que reciben de ella ayuda y consuelos, paz y cariño infinitos.

El hogar se inunda de su benéfico influjo; y Dios parece bendecir la casa en que la hija llena tan cumplidamente sus deberes. No; no es imposible la tarea. ¿Qué requiere algún sacrificio? ¡Bah! ¡Cuán mezquino debe verse comparado con los beneficios que reporta! ¿Puede existir nada tan consolador como, al llegar a la madurez de la vida, volver la imaginación a los días primaverales de la existencia, y que ellos hayan dejado en el alma una estela de paz, y la íntima satisfacción del deber cumplido? ¿Puede caber mayor satisfacción y encanto que recordar a los pobres viejos que dieron el ser, y verlos con el pensamiento dichosos y tranquilos por obra y gracia de la hija amorosa y prudente?

¡Qué dulce premio para los pequeños sacrificios realizados!

Dichosa, dichosa mil veces la joven que al volar del hogar paterno para formarse un nuevo nido, no deja en él una impresión de descanso, de respiro por haber echado fuera una pesada carga, sino que oye decir a los autores de sus días:—*¡Se van con ella nuestros pies y nuestras manos!*

Feliz mil veces la hija que al pasar los años, puede al menos recordar con melancólica satisfacción, en medio de las penas que la vida haya podido tener para ella, que durante su estancia en la casa paterna, fueron felices los que la rodeaban, y pueda sentirse ufana por haber llenado cumplidamente su misión.



LA HIJA EN EL HOGAR

Siguiendo la norma y plan que nos hemos trazado, para conseguir que estas páginas sean de positiva utilidad para las madres y para las hijas, procederemos a hacer un estudio fraccionado en diversos temas, y, además, haciendo lo que pudiéramos llamar división teórica y práctica.

Cúmplenos en los primeros cuadernos de nuestra obra el desarrollar algo más la teoría que la práctica, porque, si bien es cierto que el que sabe la práctica de la vida tiene mucho adelantado para ser feliz, no es menos cierto que la teoría es de esencialísima importancia, pues, como dijo el gran pensador Azcárate: *«La teoría que no es práctica, no es teoría: es utopía; la práctica que no es teórica, no es práctica; es rutina»*.

Es mucho más fácil la enseñanza al detalle, puntualizando tal o cual cosa, que lo que pudiéramos llamar *Higiene moral*, la suma y compendio de todo lo que se relaciona con la educación, a fin de que los hijos en general y las hijas en particular, puedan vivir en el hogar felices y contentos, y haciendo que todo a su alrededor sea risueño y plácido.

Para cumplir en absoluto la misión educativa, la madre tiene que comenzarla desde la cuna, pues como dice con gran razón el Doctor Ulecia: *«No es madre la que engendra y pare un hijo, sino la que sabe criarlo y educarlo»*.

El cultivo de las facultades morales y afectivas de los niños, es asunto en ocasiones poco atendido y, no obstante, bien merece ocuparse en su dirección higiénica para asegurar un brillante porvenir moral a los que han de ser hombres y mujeres honrados, aptos e inteligentes, pues es indudable que en la infancia robusta y bien educada moral y afectivamente, estriba el engrandecimiento de los pueblos y, particularizando, en la hija bien educada estriba el engrandecimiento del hogar.

Es indudable que al nacer traemos todos al mundo el germen de todas las facultades psíquicas, y desde que comenzamos a vivir, se revelan en nosotros las innatas inclinaciones al bien o al mal; por eso el secreto de la buena educación consiste en el estudio moral de las criaturas, para guiar sus inclinaciones en el sentido de que resulten adecuadas a los deseos de todo buen padre.

Aunque la educación de las niñas créese que sólo debe ser llevada a efecto por las madres, no es esto absolutamente cierto, sobre todo durante la infancia.

Todo hijo tiene derecho al cariño y a la protección de sus padres; en esto consiste la verdadera paternidad, que solamente así puede llamarse completa.

Ambos, padre y madre, deben realizar la magna obra; ella poniendo de su parte el cariño y la ternura; él la inteligencia y energía. Puestos ambos de acuerdo para cumplir sus fines, gradualmente pueden moldear perfectamente los infantiles cerebros. Moldear el corazón de las niñas especialmente y moldearlas el carácter educando al propio tiempo la voluntad, es obra de la madre.

La alegría es un factor importantísimo para la vida y la salud. Especialmente la mujer debe conceder a esto una especial atención desde niña.

El ilustre escritor médico Doctor Comenje, dice: «*Es la alegría infantil una emoción agradable que actúa sobre la nutrición y funciones del párvulo; es resultado de la dicha y causa del bienestar corporal, es un excitante de la energía nerviosa, la que se derrama por todos los órganos en los que produce benéfica influencia. La alegría aumenta la provisión vital de todas las partes de la fábrica humana, como observó Lagrange y otros fisiólogos; es un tónico dulce y poderoso, modificador higiénico de las facultades físicas, intelectuales y morales; da bríos a la célula, ensancha el corazón, destierra malas pasiones, propende al optimismo e inclina a la bondad, porque el hombre halla inefable gozo en la propia vida, le complace el júbilo de los demás y compadece al que sufre*». Claro es que estas beneficiosas cualidades no las tiene la alegría solamente para la infancia, sino que sus buenos efectos y resultados se aprecian en todas las edades. Siempre, pues, será poco, cuanto a este extremo se diga. La mujer que es alegre y risueña, tiene un encanto especial de indudable atracción, y cuando está en los años floridos de la existencia, tiene además la alegría el doble objeto de llevar un constante rayo de sol a los padres que lenta, pero gradualmente, van perdiendo la suya, por el despojo que los años y el curso de la vida hacen de risueños espejismos y de alegres esperanzas.

La hija en el hogar tiene su principal misión en alegrar los tristes días de los desencantos de los padres; en procurar que los tonos grises de su existencia se vuelvan rosados; en retrotraer a sus vidas que se agotan todos los esplendores juveniles. ¡Qué hermosa labor la de conseguir que se crean

jóvenes y se sientan felices aquellos a quienes se debe el sér! Prolongar el mayor tiempo posible el ambiente de primavera en el hogar, es una de las más sublimes obras de una hija.

Otro aspecto de la parte moral que las jóvenes han de tener en su casa, es la de respetar tristezas. No saben, no pueden saber las hijas la estela de amarguras que va dejando el paso de los años; los desengaños, las luchas, las incertidumbres, los vaivenes, toda la inacabable serie de factores que constituyen la experiencia, son productores fatales de amargas melancolías, que agrian el carácter más dulce y matan las mayores energías.

Aunque la inconsciencia de los pocos años produzca una turbulenta alegría, muy beneficiosa en ocasiones para los padres, como queda arriba dicho, no por eso debe imponerse a todas horas a los que quizá en las sublimidades del paternal amor disimulen lágrimas y oculten angustias para no entenebrecer las esperanzas de la pubertad.

Si la hija ve que el rostro de los padres no se ilumina y alegra al choque de su franca alegría, con delicadeza suma, con exquisitez de espíritu debe respetar aquel estado de alma, que aun no puede comprender, ni comprenderá hasta que no ahonde en toda la lucha que encierra una existencia.

Nada tan cruel como las hijas que no prescinden de diversiones, ni transigen con abdicar de lo que creen y llaman derechos de la juventud, aunque vean melancolía y decaimientos retratados en el rostro de sus padres.

Con estos ligeros apuntes y el tema apuntado en nuestro cuaderno anterior, queda dada una ligera idea de lo que debe hacer la hija en el hogar, en la parte moral o espiritual. Claro es que pueden ocurrir casos anormales: familias que por sus condiciones especiales dificulten más la misión de las hijas, y que éstas pueden hallarse sin saber qué rumbo deben tomar para mejor cumplir sus deberes. En casos tales, nada mejor que dejarse guiar por la bondad *bien administrada*, y por algunas pequeñas dosis de energía *bien distribuída*. Resumiendo: en general, la bondad y dulzura, la indulgencia y perdón, son armas de poder enorme, y armas beneficiosas de dos filos, que al propio tiempo que dan la felicidad a los demás, se la proporcionan al que las practica dejando una estela de dulce satisfacción en el ánimo. La energía, la voluntad de las hijas sólo deben mostrarse cuando se trate de asuntos educativos. Si estuviesen en este terreno abandonadas de sus progenitores, es cuando deben mostrar entereza en contra de ellos, para poder adquirir instrucción y conocimientos suficientes para poder ser útiles a la sociedad y a sí mismas y llegar a poseer instrucción sólida, capaz de hacerlas fuertes para arrostrar los vaivenes de la existencia, así como aptas para a su vez ser guía y apoyo sólido y firme del hogar propio cuando lleguen a constituirle, y para llenar cumplidamente la delicada misión de educar hijos cuando llegue su turno.

En la misión práctica de las hijas de familia, lo de más primordial interés es lo que pudiéramos llamar *administración general*. Administrar bien el tiempo teniendo siempre presente que los minutos hacen horas y que un momento perdido ahora, cinco minutos desperdiciados luego y un cuarto de hora malgastado después, dan al día una suma de tiempo improductivo imposible de recuperar: y si desperdiciar dinero es pecaminoso, aun siendo el dinero susceptible de reconquistar, ¡qué no será el perder el tiempo, que es el único capital positivo con que todo sér cuenta al venir al mundo, y que de ninguna manera y por ningún esfuerzo se puede rehacer una vez ido! ¡Ah! ¡si todo el tiempo que los seres inútiles desperdician pudiera agregarse a las vidas útiles, intensas, que llevan a cabo labores complicadas y difíciles! Nada hay de tan supremo interés como la sabia distribución del tiempo, del precioso e inestimable tiempo, capital de interés positivo, de renta segura, de resultados seguros si se sabe emplear con el mimoso cuidado que debe inspirar todo aquello que jamás ha de estar en nuestra mano el reconquistarlo. Así como es de urgente necesidad hacer en las casas un presupuesto de gastos, para que las sorpresas del déficit no conduzcan a la bancarrota, así es de suma precisión hacer un plan de trabajo mensual, semanal y diario, para que todo minuto tenga su empleo apropiado y justo; y no se crea que por ocupar una posición brillante se está exento de esta obligación, puesto que si no se necesita trabajar para provecho propio, puede muy bien contribuirse al bien social.

Si es de positiva utilidad, por todo el mundo reconocida, el aprovechamiento de los ingresos, el aprovechamiento de los residuos, el aprovechamiento hasta de las sobras, júzguese la inmensa importancia que tiene el aprovechamiento del tiempo, si se considera que es lo único que no está en el poder humano detener ni producir. Harán bien las jóvenes en planear sus trabajos, teniendo hora fija para todo lo que constituya el empleo de su tiempo. Con tan sencillo procedimiento, verán cómo llevan a cabo múltiples cosas, cómo se terminan labores al parecer inacabables, de qué modo el tiempo paga el cuidado que con él se tiene, produciendo ilustración, entretenimiento, cultura, primorosas labores, obras caritativas, paseos, distracciones, conferencias, admirable organización doméstica, gratitud de los desheredados, admiración social, y, lo que es mejor aun, lo que vale y debe estimarse en primer término, la propia satisfacción del deber cumplido, la íntima persuasión de que no se pasa por el mundo como *una cosa*, sino como sér pensante y racional que sabe apreciar lo que debe al Creador, haciendo buen uso y empleo de los dones que de El recibió. Con la sabia distribución del tiempo se demuestra conciencia de su valor, y al propio tiempo se da prueba palpable de que también se utiliza la inteligencia y la voluntad, preciosas cualidades que generosamente nos han sido concedidas por el Sér Supremo.

EL TOCADO Y LA COQUETERÍA

La coquetería bien entendida no es vituperable, digan lo que quieran las personas mojigatas. Más aun; puede decirse que es un deber de todos, especialmente de las mujeres, el cuidarse para conservarse bien y retardar la vejez lo más posible.

Los años, con su paso pertinaz e implacable, van retardando encantos, atractivos, y hasta las cualidades más indispensables para el bien parecer. ¡Qué tristes son los días de la madurez de la existencia, cuando además de ver la salud mermada, las cualidades físicas en descenso, todavía se agrega a ello la infinita amargura de notar la repulsión que se produce en quien nos contempla! ¡Qué infinita amargura debe sentirse, cuando se nota el gesto repulsivo, o el estremecimiento involuntario de los demás, al tender nuestra mano, ofrecer un cordial abrazo, o un cariñoso beso! Ver a los niños apartarse con asco; a los jóvenes con sonrisa burlona, y a los de edad mediana con recelo a la vista de los ancianos descuidados, sucios, estropeados y de desagradable aspecto, debe ser para éstos un motivo más de pena y decaimiento en las negruras de la vejez.

Cierto es que el tiempo no puede detenerse; que su marcha igual, lenta y constante, no deja lugar a perpetuas ilusiones; hemos de resignarnos a envejecer, a que desaparezca cuanto alegró los días juveniles de nuestra existencia; pero es un deber de todos el defenderse lo más bizarramente posible del enemigo destructor; cuidarse y arreglarse para ser una persona anciana, limpia, alegre y atrayente; ver, en fin, con melancolía sí, pero no

con penas hondas, trocarse las cualidades juveniles por las de la ancianidad; y ver que, como en mejores tiempos, nuestra presencia no molesta ni repugna, y se siente a nuestra vista respetuoso afecto sin mezcla de burla ni asco.

Si este es un deber de todos, lo es en mayor proporción de la mujer, hermosa mitad del género humano, ornato del mundo y encanto de los ojos.

La mujer discreta debe adquirir el hábito de cuidarse y embellecerse. Si es discreta, queda dicho que sabrá hacerlo con discreción sin dejar de ocuparse de cuantos deberes tenga a su cargo y sin que nadie advierta el esmero que en conservarse ponga. No ha de exteriorizar la preocupación que su persona la inspire; al *público*, llamémosle así, sólo debe llegar el resultado. Que no se vea a la mujer siempre pensando en el tocador, en las toilettes, en los secretos de perfumería y en las Modas; eso debe hacerse sin que trascienda a los demás. En suma; la mujer debe dedicar un cuidado minucioso a no envejecer, pero haciéndolo como un deber serio y honesto, no como una coquetería ligera y superficial.

De esto se deduce que enseñar a las mujeres hermosas el arte de conservar su belleza mucho tiempo, y el arte de llegar a poseerla a las que de ella carecen, no es una misión frívola.

Nuestros párrafos van dirigidos a la mujer, y nuestro interés está en que la sean útiles; ¿y puede haber nada más útil que procurar su educación moral y física? ¿Puede considerarse como asunto baladí, el que posea armas para ser agradable?

Y no se crea que esto se consigue solamente con secretos de tocador, no; con una exacta cuenta de lo que pueden y significan las actitudes, el carácter, la risa, el llanto, los hábitos, etc., puede conseguirse mucho en el arte de conservarse bien.

Proudhon dice: «*Podemos decir que, en principio, no hay mujer fea. Todas en mayor o menor grado, gozan de esa belleza indefinida que las gentes llaman belleza diabólica, y en nosotros está que, aun las menos favorecidas, tengan siempre algún encanto... La Naturaleza impulsa al atractivo que la belleza posee siempre.*

La vida de la mujer, según los deseos de la Naturaleza, es una perpetua juventud.

Los ejemplos de Diana de Poitiers, de María Estuardo, de Ninon de Lenclos, de Mad. de Maintenon y de muchas más, en las que parecía impotente la edad contra la belleza, son signos de la misión de la mujer y advertencias de nuestro deber... Desprecio a los pedagogos que, a ejemplo de Mad. Necker, combaten y reprimen en las jóvenes la alegría que su belleza les produce. Lo mismo valdría reprochar a un ciudadano el orgullo que le inspirase su libertad y sería un crimen vituperar al soldado la fiereza de su valor.

Sentada, pues, la necesidad absoluta de mantener la belleza y la salud

el mayor espacio de tiempo posible, tanto en provecho propio como para el bien parecer, dedicaremos algunos artículos a ofrecer a nuestras lectoras algunas ideas generales sobre la higiene.

Es indudable que la higiene tiene primordial importancia en el adorno del cuerpo, en el aumento de sus encantos y en la corrección de sus defectos. A la higiene que es la medicina del porvenir, la medicina que puede llamarse preventiva corresponde, por lo tanto, la misión de tonificar y embellecer el armonioso conjunto que exteriormente se patentiza por la unidad de las formas y la justeza de las proporciones, que casi puede asegurarse que es en lo que se funda la belleza.

La salud es el precioso estuche destinado a guardar esta joya, y, por lo tanto, la que contribuye de modo poderoso a conservar la belleza, y desde luego es lo único que tiene la virtud de hacer que cada persona sea todo lo bella que pueda ser.

Nunca es tarde para rendir pleitesía a la higiene, pero desde luego puede aconsejarse que se proceda en este terreno cuanto más pronto mejor y, si es posible observar la higiene más rigurosa desde la niñez, será siempre lo mejor.

Muchas de las cosas que encantan a la vista, produciendo la impresión de la belleza perfecta, son sencillamente debidas a una perfecta salud, producto de la rigurosa higiene.

Por ejemplo; sólo la salud es capaz de dar al cutis el radiante brillo de la juventud y su frescura; a la mirada y al rostro entero la expresión atractiva que encanta. En tanto que la mala higiene produce trastornos que secan la piel y la hacen perder el color; aja los rasgos de la cara; fomenta las arrugas, y todo, en fin, se resiente de una nutrición viciosa.

Hay, pues, por todos los medios posibles, que procurar desterrar de la vida la frase de Balzac: «La fealdad es un dolor que se conserva toda la vida», o al menos quitarla toda fuerza de verosimilitud. La poderosa intervención del arte médico puede y debe ser paliativa y correctiva a fin de aligerar a la humanidad del peso enorme de la fealdad sin *atenuantes*.

La preocupación de aumentar la belleza merced a la higiene, no es de nuestro tiempo solamente, pues se sabe de modo cierto que en el incendio de Alejandría se quemó un curiosísimo libro que poseía Cleopatra en el cual había anotado gran número de recetas para conservación de la belleza.

Ciertamente que la higiene puede hacer poco en la proporción de líneas y rasgos, pero sí puede tener enorme influencia en el cutis y en la graciosa expresión del rostro, cosas ambas que reconocerán las lectoras, son de importancia suma.

Dícese que la misión eterna de la mujer es agradar al hombre; aunque esto es cierto, debe llevarse la idea aun más lejos; la misión de la mujer es agradar siempre y a todo el mundo; debe, por lo tanto, hacer todo lo preciso para aumentar y adquirir la *belleza*.

Un hombre que tiene mérito y talento, si es pulcro, nunca es feo; pero una mujer a la que falten gracia y hermosura, verá obscurecidas todas las demás buenas cualidades que posea, por falta de unidad que las haga valer.

Agradar, agradar siempre, es un sacerdocio para la mujer; el atractivo debe ser su ley.

La expresión que es un gran elemento de Belleza, es susceptible de adquisición y modificación; un estudio minucioso y *que no se advierta*, puede dar resultados maravillosos y aumentar prodigiosamente los atractivos, porque hay que tener presente que por muy bella que sea una estatua, no es irreprochable si no tiene la llama interior de Galatea.

Hamilton con su gracia humorística se burlaba de algunas bellezas inglesas diciendo: «*Mistress Wetenhall, tenía una cara de las más lindas, llena de azucenas y de rosas, de nieve y de leche por sus colores; pero era siempre la misma cara, sin alma y sin animación. Se hubiera dicho en verdad, que por las mañanas la sacaban de un estuche para volver a guardarla al acostarse*».

Una de las cosas que más afean es el mal genio. No se crea que se aconseja la alegría y el buen humor sólo por lo que tiene de agradable para las personas que nos rodean. Cierto es que una persona triste, melancólica, gruñona y desapacible, es capaz de amargar la existencia de familia, amigos y conocidos, y esto hace que su presencia sea poco grata y agradable. Mas, a despecho de lo que pudiéramos llamar *público* más o menos interesado, es rigurosamente exacto que la primera y principal víctima del mal genio es el que le padece. En el terreno de la medicina, el humor sombrío, la tristeza persistente, tienen grande y funesta influencia sobre el hígado, el cerebro y el corazón. Pero en el terreno de la belleza, tiene también una positiva influencia, pues el mal humor endurece los rasgos, anquilosa la mirada, arruga la expresión y endurece el conjunto de la actitud. La manera de vestirse contribuye mucho también a la expresión; los tocados complicados y el excesivo arreglo envejecen y quitan jovialidad a la fisonomía.

A este respecto dice el Doctor Morin en su libro «Higiene de la Belleza»: «*El tocado exagerado está lejos de haber pasado de moda. Y, sin embargo, ¡qué mal realza la belleza! ¡Cuán difícil es a una bella el ser sencilla, el no presentarse demasiado adornada! No obstante, el encanto y la gracia (que no son más que la belleza en movimiento) son el premio de la sencillez y del buen gusto naturales que no excluyen, desde luego, la riqueza en el vestir. El arte decorativo del adorno debe esforzarse por estar en armonía con la que lo lleva, formar parte integrante de la mujer, ir asimilando a ella como un perfume o como una parte fisiológica de su actitud corporal. Esto es todo.*

Detalladamente, en diversas secciones iremos dando a nuestras bellas lectoras, recetas de las que mayor fama han obtenido para el cuidado y

conservación de la belleza ; bien entendido que, cuanto aquí se diga, será basado en pareceres y recetas médicas que alejen toda idea de perjuicio.

Sólo, pues, resta reiterar una vez más la importancia que puede tener este asunto y los trastornos graves a que se expone toda persona que desoyendo los consejos de la experiencia, desprecie las advertencias que se hagan respecto a la higiene y la belleza. Y añadir que la coquetería es santa cuando santos son sus fines. Que el procurar agradar sencillamente, sin asomos de mala intención, a los que nos rodean y aman, así como el deseo de producir una grata impresión en todos los que nos miren, no es pecaminoso en sí, sino obligatorio y loable. Para conseguirlo, a más de la práctica de la higiene, como a la ligera queda apuntado, y según se patentizará en secciones especiales, hay que dedicar también una preferente atención al tocado, porque no hay belleza que resista a una *toilette* desdichada, ni hermosura que persista con peinados antiartísticos, ni lindezas que perduren bajo un sombrero en desacuerdo con las líneas y colorido de la que lo ostente.

No se crea por esto que llevamos nuestros consejos al terreno capaz de producir mujeres superficiales y coquetas ; nada más lejos de nuestro ánimo.

Todas estas advertencias y enseñanzas, que requieren muchas páginas para explicarlas, son, no obstante, de una admirable sencillez en la práctica, y se llevan a cabo dulcemente entremezcladas con obligaciones y deberes, sin restar nada de atención a éstos, si se habitúan las mujeres en todas las edades a hacerlo por *rutina,* casi por *instinto.* ¡ Qué beneficiosos resultados, y qué maravillosos premios se hallan practicando estas cosas con discreción !

¡ El tocado y la coquetería ! ¡ La higiene y la belleza ! ¡ El bien parecer ! ¡ La vejez agradable y no repulsiva ! ¿ Puede caber más sublime empleo de la vida, de las fuerzas, de la meditación, del estudio?

El procurar el bien de nuestros semejantes siempre ha sido recomendable, y ha llevado en sí mismo el premio.

Concretando esa idea al tema que nos ocupa, se aprecia claramente la verdad de esta afirmación. Cuidando escrupulosamente el tocado y la higiene, se aumenta indudablemente la belleza ; aumentando la hermosura, se procura una satisfacción a todos los seres queridos y a los que se recrean con la contemplación de ella ; y al ver la satisfacción que nuestra presencia produce de jóvenes y de viejos, una íntima y legítima satisfacción premia los afanes y minuciosos cuidados llevados a efecto. Y así como la coquetería mal comprendida puede ser causa de graves males, en el concepto en que aquí queda reseñada, puede hacer exclamar : ¡ Benditos sean el tocado y la coquetería !

LIGEROS APUNTES GENERALES SOBRE EL ARTE DE ESTAR EN LA MESA

No crean las amables y discretas lectoras que es asunto baladí y de poca importancia el comer bien. Personas existen a millares que teniendo una gran fortuna y exquisitos manjares, *no saben comer*. Para las personas de correcta educación, es verdaderamente deplorable el espectáculo de los que comen el pescado con cuchillo, o al menos lo párten con él, de los que dividen cuidadosamente en menudos trocitos las ruedecitas de salchichón, y otra infinidad de detalles nimios al parecer, pero que tienen en realidad gran importancia, pues es uno de los puntos más delicados de la vida en sociedad, el que se relaciona con las invitaciones a comidas de cumplido, porque la persona más frugal y menos exigente, conserva durante mucho tiempo el recuerdo grato o desagradable que le haya producido el banquete a que haya sido invitado, lo mismo por lo exquisito o deficiente del servicio, como por lo selecto del menú, o el poco *chic* para elegir platos y vinos.

Suponiendo que no existe diferencia de clases entre las familias de los que invitan y de los invitados, ha de concentrarse toda la atención en el *menú* que se ha de disponer. Este es un punto que no debe descuidarse aún en el caso de tratarse de personas de gran confianza, pues es una verdad muy grande aquello de que en las mesas de comer y de juego, es donde mejor se conoce y aprecia la educación de las personas ; y lo mismo se refiere esto a la persona que acepta un convite que a la que lo da.

Se puede tener una mesa modesta y, no obstante, bien servida y combinada, pues no puede llamarse bien servida una mesa sólo por el hecho de estar bien provista de vajilla, cubiertos, mantelerías y adornos.

Cuando no hay convidados, el sonido de un timbre basta para reunir a la familia en el comedor. Si por el contrario hay gente invitada, ésta debe reunirse en el salón. La invitación ha debido marcar exactamente la hora de la reunión, y se debe llegar rigurosamente a la hora fijada. Todo debe estar preparado, y la dueña de la casa en el salón para recibir a los que vayan llegando. Así que estén todos reunidos, el criado dice la frase sacramental: «Los señores están servidos» ; y, entonces, el amo de la casa da el brazo a la señora de mayor categoría. En seguida, el convidado de más posición o respetabilidad ofrece su brazo a la señora de la casa ; los demás convidados deben imitarlos, y si la comida es de etiqueta, la elección debe estar previamente hecha por los anfitriones.

Si hay exceso de damas y esto motiva el que algunas se queden sin caballeros, éstas deben levantarse y seguir a los invitados, con soltura y alegremente.

Cuando se llega junto a la mesa, cada caballero saluda respetuosamente a la dama compañera, y ésta se inclina amablemente.

Determinar los sitios, es uno de los más importantes deberes del que convida, sobre todo si tiene una alta posición social. Los dos caballeros de más consideración se colocan a los lados de la señora de la casa, y las dos damas de mayor rango a los lados del señor ; en ambos casos, el sitio de honor es el de la derecha. Si el número de caballeros es casi igual al de las damas, se tiene cuidado de que estén alternados ; los casados y parientes deben colocarse distanciados, a fin de que no conversen íntimamente, porque esto sería de un mal efecto general. Si el convite es de familia o de amigos, puede servir a la mesa una doncella que deberá llevar un traje negro con cuello y puños blancos, un delantal blanco con tirantes y guantes de hilo blanco de irreprochable limpieza.

En la clase media, generalmente, sólo se sirve una sopa ; pero si hay dos, la sirviente debe presentar un plato de cada una, diciendo en voz baja el nombre, para que se elija.

Siempre siguiendo la comida de la clase media, diremos que el pescado, o se sirve del mismo modo que la sopa o lo reparte la señora de la casa. El principio debe servirse de diverso modo. Delante de cada individuo se coloca un plato, tenedor y cuchillo, y la doncella va pasando la fuente para que cada cual se sirva de ella, sin olvidar que sea hecho por el lado izquierdo.

El servicio de las carnes debe hacerse o por la dueña de la casa o por el mismo sistema que el principio.

En las comidas de mayor etiqueta, el servicio es indispensable que sea hecho por hombres, y cuando entran los invitados, los criados con sus

guantes blancos, vestidos correctamente de negro o con librea, con la servilleta al brazo, forman círculo, en pie, a alguna distancia de la mesa, debiendo estar ya el comedor iluminado, bien adornada la mesa y colocadas las sillas.

Los criados, en estas comidas, deben servir siempre a los invitados, esperando la señal de «bastante» para dejar de servir. El criado que sirve los vinos, al hacerlo, debe decir la marca a que pertenecen, para así esperar la señal de aquiescencia.

El Jerez, el Rin y el Madera deben servrise con la sopa y el pescado; el Champagne con la carne, aves y dulces; el Oporto y el Borgoña con los postres.

Los postres son la parte de una comida que más debe agradar a la vista y excitar el buen humor.

En verano es preciso que abunden las frutas, y presentarlas colocadas en artísticos fruteros y sobre pañitos adornados de encajes; lo más usual es colocarlas de modo que presenten una pirámide baja, o una media naranja. La porcelana para los postres es generalmente más linda que la de los primeros servicios.

Hemos de apuntar algunos datos referentes a los principales deberes de los invitados. La cortesía ordena que siempre esté uno dispuesto a olvidarse de sí mismo y atender con preferencia a los demás, principalmente a las señoras y a los ancianos.

Debe huirse de dos extremos igualmente desagradables: el de no aceptar nada, respondiendo a todo con una negativa, o el de tomar todo con ansia y en gran cantidad.

Tampoco es correcto llevar solos la palabra; la conversación debe ser general, y si la reunión es numerosa, debe hablarse preferentemente con los que están inmediatos, sin levantar la voz más de lo necesario para hacerse oír.

A la señora de la casa corresponde dar la señal para levantarse de la mesa, lo que debe hacer dejando su servilleta al lado del plato, lo que deben imitar todos los convidados. Doblar la servilleta sólo debe hacerse en comidas de gran confianza. La dueña de la casa debe dar la señal de dispersión en cuanto vea que los platos de postre están vacíos y la conversación languidece. Como nadie debe levantarse antes que ella, y las grandes comidas son algunas veces molestas, no deben prolongarse inútilmente. Dada la señal, todos los invitados se levantan, ofrecen el brazo a las damas, y se trasladan al salón, en donde el café y los licores les esperan, porque sólo en las mesas de gran confianza se toma el café.

Los convidados deben dedicar parte de la noche a las personas que les han honrado con la invitación. No hay tampoco inconveniente en retirarse después de algún tiempo, pero no antes de una hora. También están obligados a hacer una visita al que dió la comida, antes de los ocho días, y en

ella debe hablarse de lo que disfrutaron en la comida y de las personas que se encontraron reunidas en la misma.

Cuando entre los invitados se halla un sacerdote, debe ocupar siempre el sitio de preferencia ; es decir, a la derecha de la dueña de la casa.

A él pertenece abrir la marcha para dirigirse al comedor, y la señora se colocará a su lado, pero sin apoyarse en su brazo tanto al entrar como al salir de dicha pieza.

En las casas que siguen las costumbres francesas, se almuerza a las once de la mañana en familia, y los convites se reservan para la comida, que se celebra entre siete y ocho de la noche.

Cuando a estos almuerzos familiares acompaña algún amigo íntimo, la señora de la casa debe servir el café en la misma mesa.

Las reglas son las mismas que para la comida, con la diferencia de que en el almuerzo debe haber pocas o ninguna salsas.

Las costumbres españolas ordenan, en cambio, que la comida sea fuerte, abundante, y a ella deben ir dirigidas las invitaciones y, en cambio, la cena ha de ser muy ligera.

Como antes se ha dicho, los invitados deben llegar a la hora fijada para la comida, o un cuarto de hora antes ; si la comida es de cumplido, deben vestir los caballeros frac o levita, pantalón negro, chaleco y corbata blanca y guante claro ; si es comida de amigos íntimos o de familia, un elegante terno de calle sirve a la perfección. En ambos casos la blancura irreprochable de la camisa es de primordial interés.

La toilette de las señoras es casi imposible de detallar, puesto que la Moda, esa diosecilla despótica y autoritaria, se encarga de destronar un día lo que entronizó el anterior.

Como regla general, susceptible de todas las modificaciones, puede decirse que, para las comidas de confianza, basta con una linda blusa o un vaporoso traje de nansú o de seda ligera, según las edades.

Para comida de mayor cumplido, es preciso que las señoras lleven trajes de seda o tul en tonos obscuros, y las jóvenes vestidos claros, completos. En las comidas de Casinos y hoteles debe llevarse sombrero.

Para los grandes banquetes, es indispensable el traje escotado. Hasta después de estar colocadas las señoras no se sientan los caballeros, y éste es el momento de quitarse los guantes.

Es casi imposible dar una norma fija para el *menú*, pues, como fácilmente puede comprenderse, depende este asunto de múltiples y variadas circunstancias. La falta de variedad en los elementos culinarios de algunas localidades, la dificilísima preparación de algunos manjares en otras, y los diversos medios de fortuna con que se cuente en otras, hacen imposible la tarea.

La fantasía de la dueña de la casa será siempre en estos casos la mejor consejera ; además, para auxiliar en la tarea a las damas que nos favorez-

can con su atención, daremos cuando llegue el caso, en otras secciones, planes de almuerzos y comidas variadas y de todos costes; en estos párrafos, más teóricos que prácticos por ser éste nuestro plan, nos limitaremos a decir que, por lo general, el almuerzo se compone de un plato de entrada, tres platos fuertes, cuatro o cinco postres y café; y que la comida debe constar de una o dos sopas, cuatro platos fuertes, uno de legumbres, ensalada, dulces, helado, frutas, café y licores.

Como final, que casi debiera haber sido principio, me ocuparé rápidamente de lo principal: del lugar en que se come.

Es una costumbre detestable la de poner el comedor en una habitación interior, como ocurre en infinitos casos en la clase media. No tratamos aquí de las grandes casas o palacios, pues sabido es que en ellas todas las habitaciones son y deben ser espaciosas, confortables y lujosas. Pero en las diversas graduaciones de la clase media, es muy corriente reservar, con notorio mal gusto, las habitaciones mejores para usos que sólo halagan la vanidad.

Es desde luego muy lógico el que se proceda de un modo absolutamente contrario.

El departamento de la casa destinado a comedor, debe ser todo lo más espacioso posible, bien aireado y si posible fuera, soleado. No es práctico el relegar a segundo término el local en que se lleva a cabo una de las más principales e importantes funciones de la vida.

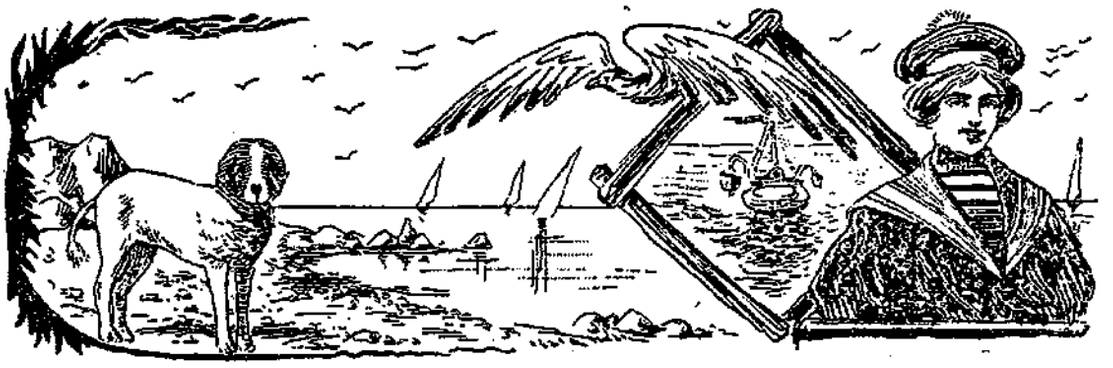
Luz, espacio, comodidad, ambiente puro y sano, extremada limpieza y el mayor confort y elegancia posibles; estos son los principales elementos que debe reunir el comedor.

Debe huirse de la aglomeración de muebles y objetos; puede fatigarse la imaginación y esa fatiga repercutirá en el estómago por la directa influencia que ejercen una sobre otro.

Toda ama de casa debe mostrar su exquisitez de gusto en hacer agradable la estancia en el comedor, pues con ello aportará elementos para la salud, y títulos de reconocimiento para la familia y los invitados.

Esta labor se dificulta mucho en algunas localidades por las deficientes construcciones que predominan, pero cuando las damas tienen verdadero buen gusto pueden conseguir mucho cuidando ciertos detalles, como los de graduar convenientemente la temperatura y la luz, renovar a menudo el aire, haciendo que la mayor limpieza brille en todos los objetos que adornen el comedor, y haciendo que los tonos sean claros, frescos y agradables, y que algunas flores o plantas poeticen el ambiente, perfumen suavemente la atmósfera y recreen la vista.

Téngase muy presente que sublimizar todos los actos de la vida, quitándoles cuanto de vulgar puedan tener, es la principal misión de la mujer, y uno de los sitios en que mejor prueba puede dar de la exquisitez de su gusto es en la mesa, tenga o no tenga invitados a ella.



LOS BUENOS Y LOS MALOS CARACTERES

Nhil novum sub sole.

Desde Theofastro hasta nuestros días, la importancia del carácter, graficada en el estilo, que es el hombre, ha dado margen a la historia de la humanidad.

Desde el hecho histórico hasta la novela, desde el poema épico y el dramático, hasta el moderno y regocijado *vaudeville*, *los caracteres* son la causa de todos los hechos reales o creados por la fantasía, ¡desde la del heleno heroico, hasta el modernista parisién.

Para graficar la aptitud del hombre de estado, del caudillo, del artista que rompen preocupaciones e imponen su criterio a una generación entera, siempre ha dicho la multitud, más enérgica cuanto más culta y razonadora, al elegir un jefe por sufragio universal: «Ese hombre es un carácter».

El carácter forma el sér psíquico; quien no lo tiene no es nadie o es la negación del sér: una nulidad.

No todos los que parecen caracteres lo son, pues hemos observado que son distintos el carácter y el genio y que puede haber quien tenga un genio muy malo y un carácter muy bueno o *un genio aparente*, espejo de un carácter bondadoso, que saque la garra como fiera traidora si ve la presa a mano.

¡Cuántos que *chillan* mucho son capaces de daros el corazón, aunque empiecen por negaros el favor más sencillo!

A éstos, no hay como estudiarlos bien, armarles su *ratonera espiritual*,

estudiar sus gustos, sus *infelicidades*, su flaco, su hora feliz, dorarles las píldoras, y si lo que se les demanda es justo y noble, estad seguros de obtenerlo. Estos suelen ser los de genio malo... genio malo nada más.

Se les conoce pronto y se les ve venir de lejos.

De más cuidado son los genios enigmáticos, pero para ellos son las pruebas grandes o pequeñas que el psicólogo en su laboratorio mental, puede hacer con tan sutil microscopio, como el del químico más escrupuloso y concienzudo.

Recordamos el caso de una niña, compañera nuestra en juegos, estudios y juventud, bella como una virgen de Rafael, estudiosa y laboriosa y, al parecer, *prudente*.

Cierto día se nos terminó un hilo con que debíamos concluir una labor. El comercio donde debíamos adquirir uno semejante estaba en la ciudad, nosotras en el campo, y era preciso rematar la costura. Era esto imprescindible por razones que no hacen al caso. Sabíamos que nuestra amiga tenía bien provisto su costurero y podía facilitarnos la sencilla merced. Suplicamos el hilo y nos dijo con el aspecto más tranquilo y afable «que no lo tenía», que «también ella lo había terminado...»

Eso decía con su angelical apariencia, una niña de once años. De no combatirse este carácter, prematuramente avaro, por la autoridad de los superiores o la generosidad ejemplar de otra compañera, que enternecida con *nos* e indignada con la avarienta, nos prestó el hilo—que luego restituímos con creces—¿qué llegaría a ser en lo por venir?

Pues... sencillamente, una criminal: una criminal pasiva, sin responsabilidad ante el código, una criminal por omisión de virtud, por egoísmo y avaricia, que si os viera en un lago ahogándoos y en su mano tuviera un cable que tenderos, aunque se hallara en la plenitud de la fuerza física y de la energía moral que tantos santos y héroes ha creado, os negaría el cable como supo negaros el hilo.

¡Oh! El vivero de existencias que representa en el orden moral un conjunto de niñas, presto define para el observador la aptitud que para el porvenir puede explotarse haciendo la gimnasia de la inteligencia y los sentimientos, educando esas facultades, hoy grano de arena, potente roca mañana para el edificio social a que todo sér bien pensante debe aportar su ofrenda para la perfección progresiva de la humanidad.

Otra niña conocemos que posee una envidiable colección de juguetes; pero la atraen más que todos, los que reproducen la figura humana: las muñecas.

Entre éstas, de diferentes tipos y atavíos, donadas por el cariñoso pariente, el amigo agradecido a la recomendación del pudiente papá, el recuerdo de la fiesta onomástica, del natalicio y el *épatante* presente de los Reyes Magos, hay una muñeca fea, estropeada y lisiada de un miembro. Y esa... esa es la preferida; para ella se ha comprado la *pampanera* cama

colgada, ella va de paseo con su dueña, llevada en coche de mimbres adquirido en el bazar ; ella veranea en San Sebastián, como un ministro de jornada—pues al viaje estival no es cosa de ir con todas las muñecas,—y al escoger *una* para todos los amores, con el corolario de todas las preferencias ... ¿a quién ha escogido la niña que tiene alma de madre? A la más fea, a la enferma, porque es la más desgraciada.

Esa niña, mañana mujer, no alentará en sus hijos la vanidad, ni se habrá casado por interés ni alucinada por cualidades externas y sabrá dedicar su inteligencia y su cariño enteros al cuidado y al auxilio de los suyos.

Una tercera niña riñe con sus compañeras por un motivo baladí y entonces amenaza con que va a contar a los papás secretos de importancia, cosas *muy malas* que han hecho y que ella sabe : que *hicieron novillos* tal o cual día ; que cambiaron en la escuela el alfiletero con Fulana ; que le dieron un *lapo* a la de más allá...

Esa posee un carácter violento y hay que enseñarle a distinguir el bien del mal, porque desconoce el espíritu de justicia, pues si *mala era* tal o cual acción de su amiga, tan punible fué cuando se cometió como el día de la *gresca* en que la cómplice de ayer se convierte en fiscal acusador, no por rectitud, sino por venganza.

De no enmendar esa propensión tan frecuente en la hez de la sociedad, al infantil *corsa* de hoy, pasará a engrosar las filas de delatores, maldicientes, traidores y reptiles que a cada paso hallamos en la vida, anhelando apoderarse de nuestras intimidades para exhibirlas ante la colectividad perfecta.

Porque observadlo : afortunadamente la mayor parte de los hechos que todo sér humano, por debilidad o por otras circunstancias especiales, es susceptible de cometer en privado, tales como roer un hueso o buscar un céntimo debajo de un mueble—hechos decimos, no imperiosas exigencias orgánicas—resultan actos vergonzosos si se juzgan en público.

No obstante, cuando tropecemos en nuestro camino con un *carácter* de mala calidad, debemos pensar si se le toma o se le deja, pesando hasta el miligramo sus pros y sus contras, estudiándonos, para realizar el precepto *conócete a ti mismo* y, revestido nuestro ánimo de imparcialidad, discernir si el carácter, en lo que a la virtud interna respecta, es irredento ; mas si a fuerza de lucha generosa y sacrificio de paciencia podemos redimirle o enderezar su torcedura, cual hiciera con un árbol un botánico enamorado del cultivo, no abandonemos la valiente empresa y admitamos la esperanza de que sea de los nuestros, de que sienta y piense en su día como nosotros, para exclamar con Balmes : «*Tiene razón* quiere decir : *piensa como yo*».

Desde luego, para combatir las durezas de carácter no opongamos la misma clase de armas. Rara vez se obtiene resultado combatiendo de frente al que está dominado por el furor.

Suele ser mejor apelar a la razón y a la dulzura, sin perder la dignidad, si tratáis con iguales; aguantar pacientes si tratáis con superiores (padres o personas de más edad o enfermos); no molestaros en ofenderos si se trata de inconscientes, aunque ocupen posición elevada y más si os hacen falta en el comercio de la lucha por la existencia.

Entonces, lo mejor es *no enterarse;* lo propio que si un bilioso crítico de los que poseen en grado superlativo la *pasión nacional,* la envidia, se huelga en menoscabar vuestras obras si sois artista o literato y, sin embargo, os llama su amigo donde os encuentra. *No habéis notado* sus dardos, estáis muy convencidos de su rectitud y amistosa imparcialidad... Y con esa actitud conseguís lo que un político de los más conspicuos llama *atar las patas* al enemigo: cada vez hablará con más comedimiento, se avergonzará—si le queda *con qué*—de su deslealtad hacia vosotros y, por una inconsciente evolución de intelecto, al cabo de algún tiempo se habrá convencido de que sois compañeros de glorias y fatigas; si tarda algo en veros, será capaz de abrazaros y tutearos cuando os encuentre, aunque no lo haya hecho jamás, y acabará por llamaros su amigo del alma...

Resumiendo todas las ideas que dejamos expuestas, y refiriéndonos al asunto que en estas páginas se desarrolla, al modo de educar a las hijas, conviene hacer constar una y mil veces que debe habituárselas a ejercitar la dulzura y la bondad, bien seguros de que de tal modo se las acerca más a la felicidad.

Jamás se conseguirá por el temor lo que puede conseguirse por el afecto; más vale inspirar éste que aquél, pues en todo caso es más enorgullecedora la victoria cuando se consigue por el amor que se logra inspirar, que por el terror que se infunde; y si llega la derrota, siempre es mejor sufrirla por suavidad de carácter que *a pesar* de las fierezas. Añadiendo que no son los genios más suaves los que encierran mayor energía; y que una idea, una orden, un deseo, un mandato, hechos con constancia, con asiduidad, aunque sea con dulzura, suelen ser siempre mejor obedecidos y complacidos que los que se llevan a efecto con asperezas. A la mujer le cuadra mucho más la suavidad de procedimientos, y sin abdicar más que aparentemente de su derecho y de su razón, suele conseguir mayores y más gloriosos triunfos con la dulzura.

Y una niña, una joven, tendrá siempre su más preciado adorno en un carácter perfectamente equilibrado, siendo ella la más favorecida en ello, puesto que sólo cariño puede inspirar.

La misión principal de la mujer es procurar que los que la rodeen sean felices. ¿Puede haber mayor premio, si por acaso el ejercicio de la dulzura y el amoldamiento del carácter exigen algún sacrificio, que el saber que todos los que estuvieron al lado de una joven dulce y agradable, recuerdan como sus días más felices aquellos en que estuvieron a su lado?

Después de todo, el educar el carácter pronto, desde la infancia, sólo es adelantar camino ahorrándose de paso sinsabores, puesto que la vida, con sus vaivenes y amarguras, se encarga de domeñar a los más fieros y de amansar a los más bravíos.

Tener *un buen carácter* es, para una mujer más que para un hombre, llevar en sí misma la prenda más segura de dicha y de felicidad.

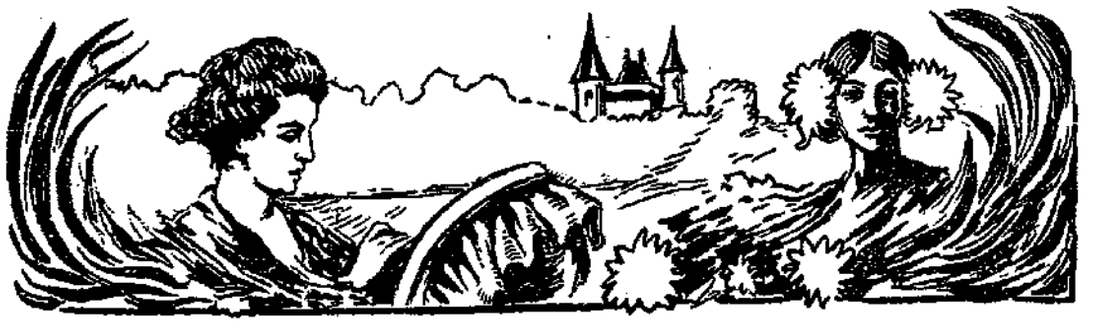
La persona dotada de un buen carácter—dice la excelente escritora Clarisa Guranville,—vive en paz con todo el mundo; es indulgente, bondadosa para todos, no se irrita por los azares y las contradicciones de la vida; toma todas las cosas por el lado bueno y está siempre dispuesta a hacerse agradable a los demás. Alrededor de ella se vive en una atmósfera de alegría serena y de dulce tranquilidad; tiene siempre la sonrisa en los labios, porque la serenidad de las facciones y la sonrisa son los reflejos de un corazón bondadoso.

La mujer que tiene un *carácter agrio*, difícil, es, por el contrario, una causa de perpetuo tormento para quienes la rodean. No hay hora ni momento de calma para los desdichados que tienen que soportarla. Estas personas de mal carácter tienen siempre reparos que oponer a todo; no se satisfacen con nada y se quejan incesantemente de los demás y de sí mismas. Son regañonas y murmuradoras y no están nunca acordes con la opinión ajena. Si se les dice *que blanco*, opinan *que negro*. Si se les habla de otras personas, dicen mal de aquellas de quienes se les habla bien y alaban a los que los demás censuran. Son excesivamente susceptibles: la menor frase contradictoria les irrita y exaspera. Con tales personas, la vida es un perpetúo disgusto, una continua querella: es un verdadero infierno.

La joven dotada de un carácter apacible es amada por todos. Si surge entre sus hermanos o sus hermanas un motivo de discordia, ella pone en seguida sobre la herida el bálsamo de la dúlzura, previene las dificultades, da un buen consejo a éste, apacigua al otro, hace que cesen las malas inteligencias e infunde en todos la paz y la confianza.

Un buen carácter tiene por base la bondad y la bondad es la virtud, que los hombres aprecian y estiman siempre. Hacer actos de bondad es lanzar sobre el camino que luego hay que recorrer la semilla de flores brillantes, suaves y perfumadas, que embellecen y alegran la vida.

Sed bondadosas y seréis felices.



LA INSTRUCCIÓN DE LAS NIÑAS

LO QUE DEBE SER

I

El final del siglo XIX ha visto aparecer sobre toda la extensión del globo un movimiento prodigioso en favor de la igualdad de los sexos. Con razón se ha reclamado la extensión del campo de actividad y de la esfera de influencia del sexo femenino; con razón también los reformistas han tratado de cultivar la inteligencia y las facultades femeninas por medio de una educación más seria, despojándola de los prejuicios y frivolidades del pasado. Dentro de las incertidumbres y arrebatos de estas nuevas luchas, ciertos feministas y sus adversarios se han dejado arrastrar por exageraciones sensibles. Algunas mujeres han llevado sus ideales demasiado lejos, y por su parte, muchos hombres llevan la oposición a terreno injusto. Unos y otros están equivocados, porque la solución del problema está, como otras muchas soluciones de otros muchos problemas, en el justo medio. Con efecto, es un grave error querer poner en oposición los intereses de la mujer y los del hombre, o querer separarlos. Lejos de ser opuestos, están completamente ligados. Cada sér humano, hombre o mujer, debe ser mirado como una entidad, teniendo su valor propio y su dignidad completa. La mujer, que es, con los mismos títulos que el hombre, un sér humano consciente y libre, posee también los atributos de la personalidad. El sér humano, no es solamente una individualidad aislada, sino, ante todo y sobre todo, un sér sociable, puesto que el orden natural y social se funda en la pareja armónica, en la misión de los sexos, que tiene como fin la obra más noble: la transmisión de la vida. Por esto, la familia realiza sobre la tierra el ideal más elevado de interés y afectos: en el imperio de los corazones, la familia aparece como la santa trinidad humana, por la solidaridad de la mujer y el hombre con respecto al niño.

Desde luego resulta absurdo tender a separar los intereses de dos fracciones de la humanidad, en vez de trabajar para aproximarlos y confun-

dirlos para el bien común. El error tiene una causa inicial que subsiste y se ha perpetuado a través de los siglos. Los prejuicios del hombre le han hecho establecer que cada sexo se eduque por sí y para sí, cuando en realidad los dos sexos, teniendo en la vida un objeto y un ideal comunes, deberían aproximarse desde la infancia y educarse juntos el uno por el otro y para el otro, puesto que no pueden ser ni se comprenden uno sin otro.

La educación que se dé a las jóvenes debe ser apropiada a los diversos fines que las condiciones sociales y las circunstancias de la vida pueden asignar a toda mujer. Para los educadores, la mujer deberá siempre ser considerada bajo estos tres aspectos ; es hermana y compañera del hombre ; en el pueblo, es también obrera ; y en la mayoría de los casos, está llamada a ser esposa y madre. Todos los programas de educación femenina deberán, por consecuencia, estar concebidos e inspirados en este triple punto de vista.

Desde luego, las niñas y las jóvenes deben recibir una instrucción que no difiera en nada de la de los muchachos. La mujer, miembro de la humanidad, tiene el derecho de ser iniciada en los conocimientos científicos, que la permitan cumplir a conciencia sus deberes y sus obligaciones. ¿Por qué, entonces, crear inútiles y arbitrarias distinciones entre la instrucción que se da a los muchachos y la que se concede a las jóvenes? La educación general de las niñas debe tender a desarrollar el cerebro, a formar el juicio, a enriquecer el espíritu femenino con conocimientos necesarios a la adaptación del sér humano a su tiempo y a su esfera, y que le permita proseguir indefinidamente su perfeccionamiento en el orden material y moral.

Pero, al lado de la instrucción general, es preciso crear una educación femenina especial que tenga un doble objeto : el aprendizaje profesional, que sirva para ganar el pan, y el aprendizaje doméstico, que sirva para la familia. Es preciso cultivar el ingenio de las jóvenes, para que puedan acometer una carrera honrosa y productiva, puesto que existen millones de mujeres obligadas a trabajar para vivir ; es necesario, en fin, preocuparse de preparar seriamente a todas las mujeres para su misión familiar, puesto que la mayoría de las mujeres se casan, en todas las clases sociales.

El problema feminista, pues, se concentra y reduce a conciliar estos dos principios : el reconocimiento de la libertad del trabajo para todas las mujeres, con el cumplimiento de los deberes domésticos impuestos a la mayoría de ellas.

Cierto que existe cierta escuela social, que pide en nombre de los intereses del hogar que se impida a la mujer el derecho de trabajar. Linda moral es ésta que, bajo el fútil pretexto de restituir a la familia las mujeres, las empuja a la desdicha, no dejándolas más recursos que las escaseces o la prostitución. No lo olvidemos : la vida social y la misma Naturaleza han creado una estratificación de necesidades, de intereses y de funciones. La mujer es, ante todo, un sér humano con individualidad propia. Como todo

sér físico, ella siente el instinto de conservación que es el primero de todos, el más esencial, el más imperioso. Quien vive, debe poder alimentarse; quien no tiene más que su trabajo para vivir, debe poder trabajar; esto es de una lógica abrumadora. El interés social exige que la mujer esté puesta en condiciones de subvenir por sí misma a sus necesidades, de procurarse con su trabajo los recursos necesarios para la vida. Y, verdaderamente, es triste para la inteligencia humana verse obligada a hacer constar que en el siglo XX, los hombres que se creen probos e inteligentes, se resisten aún a reconocer un principio de tan elemental justicia.

El interés más especial del hombre, el interés de los padres de familia sobre todo, es perseguir, hasta conseguirla, la libertad económica del sexo femenino. Si continúa mucho tiempo siendo la mujer una especie de parásito del hombre, apta sólo para responder a todos los caprichos masculinos, no habrá ni dignidad para la mujer, ni seguridad para la familia, ni moralidad en el Estdo.

Toda mujer debe aprender a trabajar y a ganar su subsistencia. Entre la edad de catorce años, en que sale de la escuela, y la de veinticinco años, en que por término medio la mujer se casa, la joven debe por sí misma asegurar su existencia y aprender también el precio real de las cosas, el valor del dinero y el trabajo que cuesta la conquista del pan. Conociendo todo esto, la mujer será menos malgastadora el día que, ya casada, tenga la administración del dinero de la casa.

La mujer laboriosa hallará también en el trabajo muchas otras ventajas. La joven que se gana honrosamente la vida, estará siempre, mejor que otra alguna, en situación de casarse; a los ojos de todo hombre sensato, presentará un valor personal superior; tendrá, además, tiempo y facultad para aguardar; podrá también escoger más reflexivamente, sin verse precisada a aceptar precipitadamente la pretensión del primer galán que llegue, que se acoge muchas veces por no llegar a ser una *solterona*. La joven que ha sabido conquistar la independencia por el trabajo, lleva en su canastilla de boda más probabilidades que otras de ser dichosa en el hogar. Y si, por desgracia, una enfermedad postrase en el lecho al marido, o la muerte le privase de su apoyo, la mujer que hubiese aprendido a trabajar, será más capaz de afrontar victoriosamente las dificultades de la vida. Si es menester, en fin, justificar el trabajo de las mujeres por una consideración de sentimiento, el corazón de las madres nos comprenderá. El trabajo honesto y remunerador de las mujeres más o menos jóvenes ¿no constituye en cierto modo una prima de seguridad concedida a las esposas y a las madres contra la inmoralidad eventual de sus maridos y de sus hijos? Porque cuantas menos mujeres haya muertas de hambre, cuantas menos mujeres haya desocupadas, menores serán las ocasiones de seducción que se ofrezcan a los hombres. Permitir a las mujeres trabajar libremente, acrecentar el número de profesiones accesibles a las jóvenes y retri-

buir mejor el trabajo de la obrera, será secar las principales fuentes de la corrupción. Si es cierto que la ociosidad de las mujeres es para ellas la madre de todos los vicios, no es menos cierto que dicha ociosidad femenina es la gran productora de los desórdenes y vicios masculinos.

El trabajo de las mujeres, lejos de ser incompatible con los intereses domésticos, se concilia con ellos, porque es para la mujer una dignidad, y para todos los hogares un elemento de fuerza moral y una poderosa garantía de seguridad.

Por otra parte, múltiples causas, factores de una inevitable evolución social, han impuesto a la mujer la imperiosa necesidad del trabajo. En los primitivos tiempos del sér humano, el hombre salvaje, absorbido por la guerra y la caza, dejó todos los demás trabajos a la mujer; en la época pastoral, además de las faenas del hogar, las mujeres labraban los campos. Más tarde, a la aparición de las primeras industrias mecánicas, el hombre aplicó la ley de la división del trabajo y no dejó a su compañera más que el ejercicio de las ocupaciones domésticas. Hoy, el trabajo ejecutado por máquinas no exige gasto de fuerza muscular; el obrero es un vigilante, cuya actividad se reduce a dar la energía por un simple movimiento de mano, que la mujer puede hacer tan bien como el hombre. Por otra parte, la desaparición de las industrias domésticas, el acrecentamiento de los servicios de enseñanza, la multiplicación de las necesidades, las cargas de familia, las leyes protectoras de la infancia, y en fin, la extensión del celibato y la disminución de los matrimonios, han tenido por consecuencia transformar a millones de mujeres en «productores».

No; la que desorganiza la familia no es la mujer que ha recibido una gran cultura intelectual ni la que atiende a sus necesidades con un trabajo independiente, sino la mujer superficial, que no ve en el matrimonio más que una seguridad contra el porvenir y que, incapaz de trabajar, ignorando el valor del dinero, importuna a su marido con sus exigencias y le impone que satisfaga sus prodigalidades. La que arruina la familia es la ociosa, que no tiene ninguna distracción útil, que disipa su vida y consume su salud en los fútiles placeres mundanos.

Algunos hombres prefieren estas lindas inutilidades, de gustos frívolos, sin inteligencia, sin cultura y sin carácter, y son las primeras víctimas de sus prejuicios y los primeros en sufrir cruelmente dentro de su hogar, puesto que en lugar de una compañera, de una amiga, de una aliada fiel y consejera desinteresada, no hallan a su lado más que un desagradable paquete de nervios, imposible de contrariar, que no deja de lamentarse ante las dificultades del hogar.

El trabajo de las mujeres no es, pues, un mal. Al contrario, la ociosidad femenina constituye para la familia una verdadera plaga. La mayoría de las mujeres sufre una irritabilidad enfermiza; le nerviosidad y el histerismo tienen por origen, o por lo menos es causa de agravación, la hol-

ganza prolongada y continua.

La mujer laboriosa posee la preciosa ventaja de ofrecer a su esposo una salud más floreciente. Se ha probado por estadísticas rigurosas que las jóvenes que han recibido una gran cultura, más instruídas en las leyes de higiene y más acostumbradas al trabajo regular, tienen mejor salud y las facultades más desarrolladas, lo que las permite compartir las preocupaciones de su marido, sostenerle con sus consejos, ayudarle de manera más inteligente y eficaz en caso de desgracia.

Reconocemos que la mayoría de las mujeres está llamada a ejercer una misión familiar, a dirigir la casa, a educar los hijos. *La mujer es la casa,* proclama una sabia divisa oriental. Esta divisa puede admitirse, pero con algunas salvedades. Las labores domésticas y la educación de los hijos han dejado de ser para la esposa una faena absorbente por los adelantos de la vida moderna. La madre no es el ama de gobierno condenada como antiguamente a encerrarse en el aislamiento y el silencio. Es preciso educar a las madres futuras en la escuela de la vida, para alumbrar su alma y hacerlas conocer los cuidados y cargas de la responsabilidad consciente. Es preciso también que la mujer, esposa y madre, no mire su reinado doméstico amenguado por las iniquidades legales.

Los derechos y los deberes deben ser correlativos; nada de deberes sin derechos. ¿Cómo puede ser de otro modo? Si se admite, según el Evangelio, que el hombre y la mujer por la unión conyugal sean iguales, la mujer debe ser necesariamente igual al marido.

No es de temer que la libertad y los derechos de la mujer comprometan la institución del verdadero matrimonio. Los hechos demuestran lo contrario: en los países en que hay más libertad para el trabajo femenino, es en los que menos mujeres casadas trabajan. En los Estados Unidos, por ejemplo, tierra de promisión del feminismo, de 11.126,196 mujeres casadas, 515,260 solamente ejercen una profesión o una industria separada.

La proporción de mujeres casadas obligadas a dejar el hogar para ganar su vida o el pan de sus hijos, es allí inferior a 5 por 100, mientras en las viejas comarcas de Europa esta proporción es hasta siete veces más considerable.

Hay, pues, que educar a las hijas razonablemente, para que sepan dirigir un hogar, pero también para que, dentro de él, puedan ser la verdadera mitad del hombre y las más oportunas maestras de sus hijos, y también para que sean seres útiles si las vicisitudes de la vida las obligan a ponerse al frente de la ímproba tarea de ganar el sustento. Y de tal modo, puede estarse más seguro de que las jóvenes no verán en el matrimonio la única puerta de escape de la miseria, sino lo que real y verdaderamente debe ser: una elevada y sublime aspiración del alma y del espíritu.

Si es cierto que la escuela puede ser la exacta imagen de una familia grande, y ser la primera iniciadora de los deberes imperiosos de la exis-

tencia real, la enseñanza escolar debe tener entre sus normas la de asociar su cooperación a la acción maternal en la obra de la educación doméstica. Los educadores previsores reconocen unánimemente la utilidad de tal unión de esfuerzos.

En el sentir de algunos, el aprendizaje de las ocupaciones domésticas debería ser del exclusivo dominio de la familia : a lo más, admiten que la institutriz se preocupe de la salud de las niñas, las habitúe al orden y a la limpieza y les enseñe las primeras nociones de higiene y de economía doméstica, por lecturas dictadas y conversaciones. Esto es desconocer la misión de la escuela primaria, que debería enseñar los principios de la ciencia doméstica y la práctica de los trabajos del hogar, si no fuese porque una serie de obstáculos insuperables se opone a ello : la diversidad de materias con que ya cuenta el programa general ; los pocos años de las discípulas, el escaso tiempo que asisten a la escuela, la irregularidad de los cursos ; los pocos profesores preparados para el objeto, y los grandes gastos que semejante innovación exigiría.

Todas estas razones, sin embargo, no deben arredrar a nadie. La economía doméstica y la higiene, los trabajos del hogar y la práctica de la cocina deben enseñarse en todas las escuelas de niñas.

La instrucción doméstica debiera generalizarse y darse a todos los discípulos de diferentes escuelas, en todos sus grados. Puede hacerse una enseñanza graduada, desarrollada progresivamente sobre bases científicas y racionales. La enseñanza doméstica debe tener su punto inicial en las clases del grado elemental, en la misma mesa de la escuela ; desde la escuela maternal y el jardín de los niños, las niñas aprenderán a ser útiles en el hogar ; se habituarán desde el principio, y poco a poco, a ello, sembrando en sus tiernos cerebros los gérmenes de las buenas costumbres. Se las hará tomar el gusto a las ocupaciones domésticas organizando juegos a propósito, instructivos y recreativos, en lugar de los actuales juegos frœbelianos que tienen menos atractivo y menos utilidad. La idea de estos juegos pertenece a una filantrópica americana, Miss Emily Huntington, que fundó en Nueva York, en 1876, la primera escuela de este sistema *(Kitchen Garden)*. Los juegos *de hogar* se dividen en seis partes, que cada una necesita un mes de aprendizaje ; comprenden las principales ocupaciones domésticas : encender el fuego, poner la mesa, abrir la puerta a los visitantes, hacer las camas, barrer y limpiar el polvo, hacer la colada. Las niñas trabajan con utensilios minúsculos, de forma y confección idénticas a los verdaderos. Juegan y creen jugar, pero en realidad se distraen y se instruyen del modo más práctico y menos cansado. Por otra parte, los preceptos de economía doméstica, arreglados en canciones, se graban a maravilla y para siempre en sus tiernas memorias. En el plan de Miss Huntington, hay además el jardín-cocina (*Coocking Garden*), donde se enseña a las pequeñuelas los principios elementales de la cocina.

Al presente, en algunas ciudades de la Unión americana, en las villas del Canadá, de la Gran Bretaña, y hasta de Italia (Milán especialmente), y en Alemania, Berlín, han adoptado en sus escuelas maternales el sistema del *Kitchen Garden*, donde se resume toda la enseñanza a las niñas, de la economía doméstica y de la cocina entre juegos y canciones. Estos juegos tienen por efecto que amen las ocupaciones domésticas y que tengan la introducción preparatoria para la enseñanza doméstica propiamente dicha.

Para las «escuelas domésticas» y para las «clases domésticas» anexas a las escuelas primarias de las ciudades, es preciso trabajar para formar un cuadro de institutrices con diploma en «ciencia doméstica». Dicho personal especial estará encargado particularmente de la enseñanza de las labores de mano y de los diversos trabajos domésticos; por lo tanto, no conviene que sean institutrices incompetentes o mal preparadas.

En los Estados Unidos, principalmente en Bostón, las autoridades no confieren el empleo de institutriz culinaria más que a las jóvenes que posean una instrucción general muy extensa y una probada aptitud especial. En Bélgica, por el contrario, el personal de estas maestras es reclutado en parte entre las mujeres del pueblo incultas e ignorantes, y hasta antiguas sirvientas desprovistas de educación. El mal que resulta de esto es grande; pues la insuficiencia moral de las maestras perjudica la obra y provoca innumerables descontentos. Es, pues, de urgencia crear grupos de profesoras modelos, y poco a poco resplandecerán los resultados.

Los cursos domésticos y de hogar deben darse a todos los discípulos de los dos últimos años escolares, es decir, a las niñas que fluctúan entre los once y catorce años; pero debe autorizarse a las discípulas para que amplíen sus conocimientos aun después de haber salido de la escuela.

Un curso regular de *ménage* deberá tener un máximum de 20 a 24 discípulas; en Londres el límite fijado es de 14 a 18; en París es de 20, y en Suécia y Bélgica, de 18 a 24. Para la instrucción práctica es muy útil repartir las discípulas por grupos de 5 o 6 como máximum, colocadas en cuanto sea posible la inspección de discípulas antiguas.

Cada grupo será acompañado al mercado por la maestra *menagère* para efectuar la compra de las provisiones del día. Una de las discípulas hace las compras bajo la dirección de la maestra, y da cuenta de ello a sus compañeras al volver a la clase de cocina.

Puede preguntarse que ¿por qué fijar un máximum de 20 a 24 discípulas y por qué repartirlas en grupos de 5 ó 6?... El asunto es de gran importancia. En los Estados Unidos, como en la Gran Bretaña, priva el principio de individualismo en la enseñanza doméstica: y en Suecia, por el contrario, esta enseñanza tiene un carácter familiar, pues a las 24 discípulas que siguen al mismo tiempo los cursos se las divide en cuatro grupos o familias de seis, que figuran padre, madre y cuatro hijos. Cada grupo, cada familia tiene su fogón, su chimenea, mesa, conducto de agua,

su fresquera y sus provisiones en ella.

Para producir buenos resultados, el aprendizaje debe tener una duración mínima de dos meses. Las mujeres suizas, con su gran experiencia, han reclamado de los gobiernos cantonales la organización de una enseñanza *menagère* especial, que se hace dos veces por semana, pero durante cinco meses. A fin de no distraer la atención de las niñas, sino por el contrario, fijarla más seriamente, vale más consagrar dos meses consecutivos a los trabajos domésticos ; en cuyo período es menester tener cuidado de hacer alternar los ejercicios prácticos con lecciones teóricas de higiene y de economía doméstica.

La cocina que se practique debe ser sencilla, racional y poco costosa, pues debe presidir a esta enseñanza una sabia idea de orden y estricta economía ; y a este fin, las preparaciones de platos deberán hacerse dentro de los límites que autoriza el modesto presupuesto de una familia de artesanos o de burgueses.

Durante el curso, una de las discípulas estará encargada de dirigir el presupuesto de gasto, que no podrá ser traspasado. Durante la lección, otra niña determinará la duración de la preparación y de cocción de cada manjar e indicará la cantidad y el precio de los diversos ingredientes necesarios y calculará el valor líquido del conjunto de la comida y su coste por plato y por cabeza.

En cada país, en cada región los precios son distintos, y por eso lo es también la cantidad asignada para esta enseñnza.

En todas partes del mundo está dando excelentes resultados la enseñanza doméstica. En España debiera implantarse, con la fe y la persuasión de que así se contribuiría en gran medida a la formación de *hijas bien educadas*. Todo cuanto se escriba sobre esta materia, será poco, comparado con los beneficios grandes que pudiera reportar a la sociedad en general y a cada hogar en particular, el que la mujer desde niña se habituase a ser una excelente dueña de casa e intachable administradora de los ingresos chicos o grandes. Cuanto mejor preparada esté la mujer para el matrimonio, más cumplidamente llenará su alta misión, pues nada hay tan lastimoso como el espectáculo de esas infinitas jóvenes que al contraer matrimonio no saben cómo empezar la administración ni el gobierno del hogar, malgastando cuanto dinero cae en sus manos y sin saber ni aun ordenar a sus servidores, porque es una gran verdad el dicho popular de que «*quien no sabe hacer, no sabe mandar*».

Cuanto más preparadas estén las niñas con la enseñanza doméstica, más fácil y brillante será el éxito que logren como amas de casa. Además, no ocurrirá, como con lamentable frecuencia ocurre ahora, que las jóvenes no sepan *cuánto vale un duro ;* y se evitará el que caigan en el engaño de suponer que ciertos pretendientes son ventajosos, porque se fían de lo que brillan los sueldos contados por anualidades, pero ignoran lo que es

dividir esos sueldos por 365 días y distribuir equitativamente el resultante de la división. La instrucción *menagère* hace conocer la vida íntimamente, lo que cuesta y lo que vale. Quizá reste algunas ilusiones a las cabecitas juveniles, pero en cambio ¡cuántas provechosísimas enseñanzas y cuánta beneficiosa práctica reportan!

Queremos dar a conocer a nuestras lectoras, cómo se organizan las enseñanzas en países felizmente más avanzados que nosotros. Y si se imitan las modas; si copiamos las *toilettes* de París, los *sports* de Inglaterra y tantas otras cosas ¿por qué no imitar también los asuntos provechosos de cualquier índole? ¿Por qué no crear también estos cursos de enseñanza práctica para las niñas? ¿Por qué, en fin, no procurar por todos los medios posibles tener *hijas bien educadas?*

Continuemos difundiendo estos relatos. Sigamos presentando a las familias que nos honran con su aprobación, noticias, cifras, y datos de lo que en otros países ocurre; quizá la semilla no sea del todo perdida; quizá ahondando en el cerebro y en el espíritu de algunos, se logren felices iniciativas y consigamos que en este, como en otros ramos de que en su lugar nos ocuparemos, llegue a ser en España *la educación de las hijas lo que debe ser.*

Otra de las ramas importantes de los trabajos domésticos consiste en el lavado y planchado. Este curso debe hacerse siguiendo un programa racional, que tendrá por objeto experimentar los métodos más ventajosos y los más económicos de lavar, almidonar y planchar la ropa, e inculcar a las niñas las costumbres de cuidado, limpieza y método en la organización periódica de este trabajo. Las mismas discípulas deben llevar a la escuela los objetos de lencería convenientes que pertenezcan a sus familias y que tengan que lavar y planchar.

Desde la escuela y por la escuela convendrá acostumbrar a las niñas a que tengan grandes cuidados de su persona. La cocina higiénica exige una limpieza escrupulosa; las cocinas escolares deben tener agregados lavabos y un vestuario, donde las niñas y las jóvenes deberán lavarse antes de comenzar los preparativos culinarios, y se pondrán un gran delantal de trabajo y cubrirán sus cabezas con un coquetón gorrito blanco, detalle este último de gran importancia bajo el punto de vista de la higiene. También lo es el que se descalcen y se pongan unas zapatillas de tela fácilmente lavables, porque es sucio y malsano llevar a la cocina todas las impurezas que se han traído de fuera.

La del lavado y planchado, cuyos detalles daremos en otros capítulos, es una enseñanza muy útil y provechosa.

No es solamente en las escuelas primarias de niñas donde debe ser un honor la práctica de los trabajos domésticos; es preciso imponerlo también a las jóvenes que tienen la ventaja de poder frecuentar las escuelas profe-

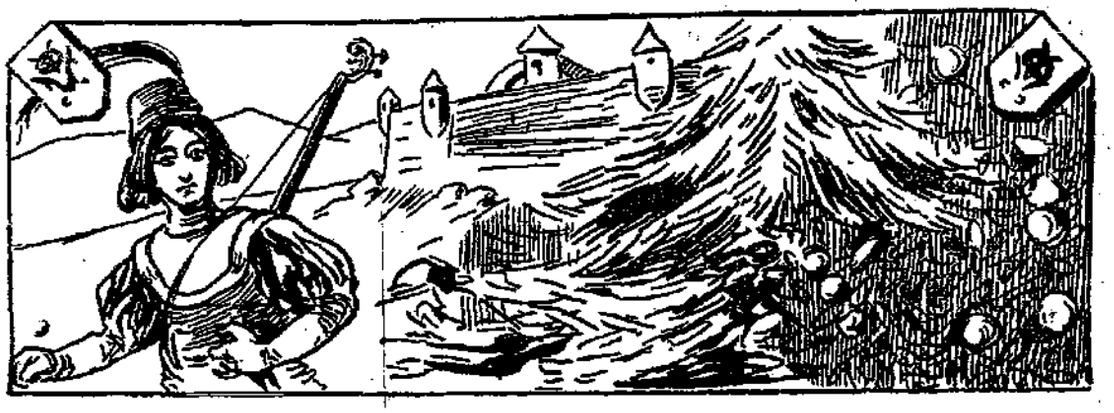
sionales, liceos y todos los establecimientos de enseñanza superior, a los cuales debe agregárseles una clase de cocina.

Las futuras comerciantes o las futuras damas de la sociedad aprenderán el valor de los trabajos domésticos y sabrán dirigirlos mejor en el porvenir.

Además, un interés inmediato recomienda imponer a las jóvenes la práctica de los trabajos domésticos, pues ellos son un excelente preservativo o un remedio eficaz de la neurosis. La distracción por las labores entretenidas y útiles, es un modo fácil de combatir el *surmenage* intelectual, que demasiado a menudo altera la salud de las jóvenes. Mirándolo bajo otro aspecto, nunca será una desventaja el que desde niñas se acostumbren a conocer la prosa de la vida real; muy frecuentemente la imaginación soñando y fantaseando prepara desilusiones amargas. Una mala y poco práctica educación reserva a las jóvenes una condición desgraciada. Sin matar ciertos instintos de imaginación de las jóvenes ni destruir en ellas las inocentes lágrimas de pureza, fuente de poesía, importa mucho desarrollar su espíritu positivo, templar su alma de energía consciente, *armarla* para los combates o los sacrificios de la vida y hacerla oír la fría razón de la experiencia. Cierto que esto lleva consigo algo de desilusión, pero ¿no es mejor cercenar el exceso de ilusión desde la misma escuela?

Cuando a los diez y seis años una joven burguesa entre en la cocina escolar y tenga que vestirse el delantal y el gorro de la *menagère* sufrirá o creerá sufrir un rebajamiento; verá desvanecerse sus sueños caprichosos; verá disiparse las ilusiones del reino de las hadas. El buen sentido, innato en la mujer, iluminará su juicio, y no tardará en comprender que no está en el mundo únicamente para soñar, porque no hemos sido creados para filosofar. El cumplimiento de los trabajos domésticos la hará entrever las perspectivas de la existencia real.

La educación doméstica no debe concretarse exclusivamente a los trabajos del hogar. Las futuras madres no tienen solamente que cuidar de la casa; tendrán también que educar a sus hijos. Para cumplir este sagrado deber, deberán adquirir por la escuela y por la educación familiar los conocimientos necesarios. Allí donde el grado de los estudios y el nivel intelectual de las discípulas lo permitan, deberá enseñarse a las jóvenes por medio de lecturas y consejos, los primeros elementos de la *pedagogía maternal*. Cuando sean jefes de familia, las mujeres sabrán a la vez dar al niño cuidados físicos y prodigar con discernimiento los cuidados morales necesarios al desarrollo de las facultades y de la inteligencia, porque la ciencia moderna demuestra exactamente la íntima relación que existe entre el desarrollo del cuerpo y la evolución progresiva del espíritu.



LOS CRIADOS

He perdido la cuenta del número de veces que en visitas, tertulias, conversaciones, etc., he oído hablar mal de los criados y sobre todo, de las criadas. «El servicio doméstico está perdido». «Ni buscada con candil se encuentra una sirviente buena». «Si a una se la despide por mala, la que la substituye es peor». Y por este estilo.

La atenta e imparcial observación de la vida me ha hecho adquirir el convencimiento de que no siempre... más diré, de que casi nunca tienen razón los que hablan así.

No niego yo que la servidumbre doméstica ha perdido y va perdiendo de día en día aquella su dignidad y sus buenas costumbres antiguas. Aquellos servidores, identificados por una larga comunidad de existencia con los intereses de una familia que llegaban a considerar como propia, constituyen un tipo ya casi arcaico. De año en año, por no decir de día en día, servidores, llegados sabe Dios de dónde, aportan a la intimidad de las casas una curiosidad indiscreta, una moralidad equívoca y unos cuidados estrictamente mercenarios. A las antiguas tradiciones de fidelidad, de cariño y de consideraciones recíprocas, ha substituído el interés egoísta, que forma lazos que se anudan hoy para desatarse mañana, la desconfianza por ambas partes, una hostilidad y un desorden permanentes...

Todo esto es cierto; pero ¿de quién es la culpa?

Seamos imparciales. La servidumbre doméstica es... una servidumbre al fin y al cabo, mitigada quizás hoy por la mayor suavidad de las cos-

tumbres, pero no por ello menos real y positiva. Tal como la tenemos actualmente organizada, la vida de los servidores es casi siempre una vida anormal y hasta diré que peligrosa: anormal, porque asistiendo diariamente a los goces de la familia, no les está permitido participar de ellos; porque siendo la del hogar vida de amor y de tolerancia mutuas, no siempre es amor y tolerancia lo que el servidor encuentra en nuestras casas; y peligrosa, porque la mayor parte de las veces pone a la ignorancia en contacto íntimo con las sugestiones de un modo de vivir lujoso y refinado. ¿Qué porvenir ofrecemos hoy al hombre o a la mujer que se dedican por profesión al servicio doméstico? Pues aun suponiendo en ellos una vida entera de sacrificios y de privaciones, les ofrecemos la perspectiva de una vejez solitaria y pobre.

Cuando tropecemos con un criado vicioso o de índole aviesa o rebelde, es preciso despedirle en seguida; pero una vez hecha esta salvedad, yo creo que muy a menudo, si nos vemos mal servidos, es porque no sabemos formar a nuestros servidores y sacar de ellos todo el partido que pudiéramos obtener.

Si queréis tener buenos criados, escogedlos con cuidado, procuráos acerca de ellos informes exactos, y luego tomáos el trabajo de adaptarlos a vuestro modo de ser, a vuestros hábitos, a vuestras costumbres.

Que al entrar en vuestra casa sepan fijamente cuál es la misión que han de cumplir, que conozcan de un modo exacto sus deberes. Una vez hecho esto, tened cuidado, sobre todo al principio, de que no se aparten de la línea que se les ha trazado.

Entre nuestros criados y nosotros existe y debe existir la diferencia natural, hija de nuestras respectivas posiciones sociales; pero no olvidemos que son hermanos nuestros, hechos del mismo barro que nosotros; que tienen, por lo tanto, nuestra propia inclinación al mal y nuestros mismos defectos y, que por esta razón, no debemos exigirles una perfección que nosotros estamos lejos de poseer.

El medio mejor de formar buenos criados, es inspirarles afecto. Esto me lo ha demostrado siempre la experiencia. No es difícil hacer (poniendo los medios necesarios para ello) que el criado o criada tome cariño a la casa en que sirve. Obtenido esto, ellos procurarán llenar nuestros deseos y evitar todo lo que pueda desagradarnos. Su posición les será menos penosa, puesto que un sentimiento afectuoso les irá insensiblemente acercando a sus amos.

Cierto que antiguamente los servidores formaban parte de las familias en cuya casa habían entrado. Pero ¿de qué medios se valían los antiguos señores para inspirarles esta devoción, este afecto? Muy sencillo: tratándoles paternalmente: la naturaleza humana es hoy la misma que ayer y los corazones se dejan ganar por los mismos medios.

Cuando una criada esté enferma, entrad a verla a menudo; no os duela

tomaros esta molestia; prodigadle cuidados, llevadle en persona la medicina; tened para ella palabras de ánimo y de consuelo, y estad seguras de que sin darse cuenta, guardará hacia vosotras un vivo y sincero reconocimiento. Si experimenta algún duelo, alguna pérdida de familia o un pesar cualquiera, demostradles discretamente que tomáis parte en su desgracia y que no os son indiferentes sus dolores. Ocupáos también, si ello viene a cuento, de sus intereses materiales, animadlas a hacer economías, aconsejadlas en sus apuros y, por último, hacedlas de vez en cuando algún regalito, con arreglo a los medios que os permitan vuestra posición y vuestra fortuna.

A esta regla de conducta que acabo de señalaros en términos generales, deben acompañar otros detalles secundarios, que os señalaré en forma de aforismos.

No ordenéis sino aquellos trabajos que puedan hacerse y en la medida que sea posible hacerlos. Muchas amas de casa no tienen noción exacta de lo que mandan y pretenden a veces que una persona sola haga el trabajo de tres o cuatro.

Reprended con templanza, sin violencia, sin cólera y sólo cuando para ello haya verdadera razón. Veréis como vuestras reprensiones son siempre atendidas.

Sed corteses con los criados. Al traeros, por ejemplo, el objeto u objetos que les hayáis pedido, dadles las gracias. No les escatiméis la alabanza cuando una faena o un trabajo esté bien hecho. Vigiladlos, pero con vigilancia que no les humille. No los expongáis a tentaciones, dejando dinero u objetos de valor continuamente a su alcance, porque la naturaleza humana es débil y no hay derecho a exigir en los servidores una fortaleza y una integridad de principio que no tienen muchos señores. Llevad siempre cuenta del gasto que hagan para la casa, especialmente las cocineras; pero no con la idea ya formada de que os quieran engañar, sino con la de que pueden engañarse.

Pagad puntualmente los salarios. No hay nada que humille tanto ni haga perder tanta autoridad a los amos como tener que oír a los servidores que reclaman sus emolumentos.

No reprendáis jamás a los criados delante de personas extrañas. Es una falta de cortesía para con los amigos o convidados que presencian la reprensión y es para el servidor una mortificación innecesaria.

Procurad que no tengáis nunca que avergonzaros ante la sirviente. Por mucho que sea el afecto con que la tratéis, escondedle siempre vuestras debilidades, vuestras imperfecciones. No la iniciéis en asuntos íntimos de familia. No les confiéis vuestros secretos; así evitaréis que pueda llegar el caso de quedar bajo su dependencia. Sed afables, sin llegar a ser familiares. La familiaridad engendra el menosprecio y es causa de que disminuya la autoridad legítima.

Hay que vigilar mucho las relaciones de los niños, y especialmente de las niñas, con los criados. No debe de ningún modo permitirse que las jóvenes adquieran intimidad con las criadas, ni jueguen con ellas, ni se hagan depositarias de sus confidencias. Acerca de esto, yo, que soy partidaria, como acaba de verse, de tratar al sirviente—salvo las restricciones que naturalmente impone la diferencia de posición y de educación—con todas las consideraciones y con todo el amor imaginables, voy a permitirme llamar la atención de los padres, y muy especialmente de las madres, para que se fijen en el asunto y le dediquen el cuidado que merece.

No se da en las familias la importancia que realmente tiene a este punto de la influencia que ejercen o pueden ejercer los criados sobre el niño, esa *cera blanda,* como la llama San Basilio, pronta siempre a recibir todas las impresiones y a dejarse moldear con facilidad.

Esta acción del criado sobre el niño es potente, porque es de todos los momentos y porque insinúa, por virtud de la facultad de la imitación, tan desarrollada en la niñez, ora la brutalidad en los arranques o la trivialidad en los gestos. Y no hablemos de la del lenguaje, inevitable en personas que no son, porque no es lógico que lo sean ni tienen obligación de serlo, modelos de bien hablar, ni de cultura social.

Ocurre en este punto una inconsecuencia realmente incomprensible: una madre procura distraer la atención de su hija cuando pasa por la calle, para que no se fije en un espectáculo, en un grabado, en un periódico, etc., que pueda despertar en ella una curiosidad importuna o alterar la pureza de sus gustos o de sus pensamientos; y en cambio, la deja horas enteras entregada a un comercio que, por puro y honrado que lo supongamos, no puede en ningún caso ser considerado como escuela de buenas costumbres, de distinción ni de elegancia.

En un folleto que cuando acopiaba obras y datos para el presente libro llegó a mis manos, dice Ernesto Legouvé que es preciso que seamos muy prudentes y que tengamos una reserva exquisita en las relaciones de nuestros hijos con los criados. «Tiene la primera infancia tales necesidades, dice el autor citado, y tiene, sobre todo, una gracia tal, que es imposible substraerla a los besos y a las caricias de las gentes de servicio. Las mejillas de un bebé pertenecen a todos los labios de la casa, como su ingenua sonrisa es la alegría de todos los corazones. Pero, pasados estos primeros años, la sociedad de los criados no es buena para los niños: contraen en ella hábitos de mal lenguaje; ya adolescentes, se enteran, en ocasiones, de peligrosos secretos; y cuando jóvenes, se habitúan a ella y pierden el gusto por las sociedades escogidas, en las que hay que conducirse con arreglo a la educación y a los principios que a cada cual corresponden. La afición al trato de los criados denota o contribuye a crear en los niños una cierta timidez perezosa y vanidosa y en ocasiones hasta una cierta bajeza...»

Si es esto exacto por lo que se refiere a los adolescentes ¡cuánto más lo

es, y cuánto más peligroso, por lo que respecta a las hijas de familia! Las verdaderas madres empiezan por no consentir nunca en abdicar en manos nocido madres que, obligadas por inexorable necesidad física a no dar el pecho a sus hijos, sentían hacia la mujer mercenaria que les daba su leche, una especie de celos impetuosos; cuando el niño estaba ya bien alimentado, se apoderaban de él, lo cubrían de caricias, no cedían a persona alguna el derecho de cuidarlo y, con los ojos brillantes por la emoción, parecía como que desafiaban a quien hubiera pretendido privarlas de esta parte, cuando menos, de su papel de madres. Yo querría que todas las madres fueran así y que no pusieran sus niños en manos de las sirvientes sino para aquellos menesteres puramente materiales que son de la incumbencia de ellas; pero que ellas los tengan, los cuiden y les prodiguen esos mil detalles que sólo una madre sabe y puede prestar.

La salud y la educación del niño son el precio de esta que pudiéramos llamar incubación maternal. ¿Quién no ha presenciado, quién no recuerda esas escenas de intimidad del hogar, en que mujeres inertes, incapaces, o lo que casi es peor todavía, que ponen los placeres del mundo por encima del placer inefable de cumplir con sus deberes de madre, abandonan sus hijos a los criados, dejan su autoridad en manos de éstos y sufren a un tiempo la tiranía del mundo fuera de sus casa y dentro de ella una dominación humillante? Cada cual a lo suyo: el criado a los menesteres materiales de la casa; la madre a sus obligaciones. Y entre éstas, la primera, la más sagrada, es la de hacer que sus hijos se críen sobre sus propias rodillas, no sobre las de los demás.

*
* *

He aquí ahora algunos detalles de las costumbres y de la legislación establecidas en España acerca del servicio doméstico.

Lo corriente es dar a los criados un salario mensual en metálico, habitación y alimento.

La importancia del salario varía según los hábitos de cada localidad. En Málaga, por ejemplo, y en ciertos puntos de Galicia, se encuentra una buena sirviente por 8 ó 10 pesetas mensuales. En Barcelona es casi imposible encontrarla por menos de 20 ó 25 pesetas. Una cocinera gana, en las casas ricas, de 60 a 100 pesetas... y el derecho de *ir ella a la compra*. Una niñera gana de 15 a 20 pesetas, etc.

Al despedir a un criado deben dársele, cuando menos, ocho días de tiempo para que busque nueva colocación.

El criado tiene, a su vez, la obligación de avisar a sus amos por lo menos con ocho días de anticipación cuando quiera dejar la casa.

Si por cualquier causa conviene a los amos que el criado despedido se vaya en seguida, deben abonarle ocho días de salario.

Cuando el criado es despedido por falta grave y probada, pueden los amos negarse a darle la indemnización indicada; pero pocas veces se procede con tanto rigor.

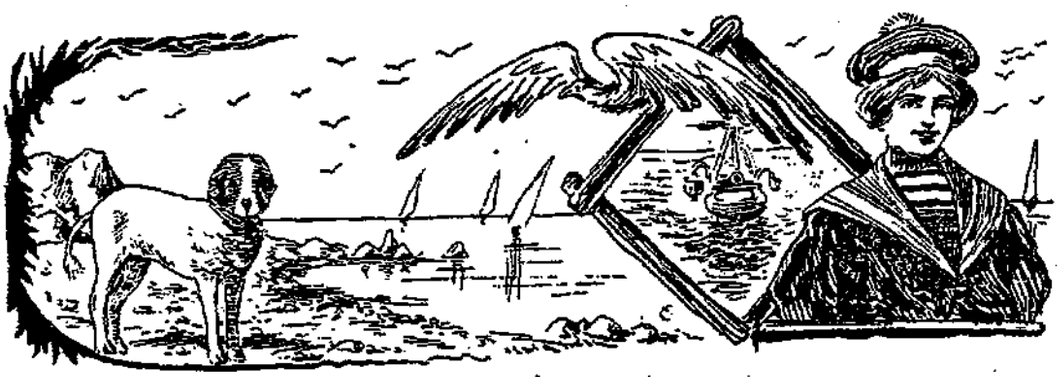
Durante los ocho días de plazo es obligación de los amos conceder al criado despedido dos o tres horas para que se busque nuevo acomodo.

Un menor de edad, sea cual fuere su sexo, no puede entrar a servir, ni una vez está sirviendo, puede despedirse de una casa, sin el consentimiento de sus padres o tutores. Una mujer casada que quiera servir, necesita para ello obtener el consentimiento de su esposo.

Nadie puede ajustar sus servicios por tiempo ilimitado.

Cuando un amo quiebra o se arruina y deja de satisfacer el salario a sus criados, éstos son considerados como acreedores preferentes; es decir, que tienen derecho a cobrar lo que se les debe, sin descuento alguno, antes que cualquier otro acreedor.

El amo, según la ley, es responsable de los daños o accidentes que puedan causar sus criados en el ejercicio de sus funciones. Así, el daño material que, guiando el coche, pueda ocasionar un cochero, debe abonarlo el dueño, no el servidor.



LA LECTURA.—LOS LIBROS

Es la lectura uno de los placeres más dulces y más agradables. Es también uno de los medios mejores de cultivar el espíritu, de adquirir conocimientos, de instruirse, en una palabra. Con un buen libro en la mano, las tristezas se amenguan y los enojos de la vida desaparecen. Pero advirtamos en seguida que si nada hay tan útil y tan ventajoso como la sana lectura, nada hay que sea tan peligroso como el cultivo de los libros malos, ligeros o frívolos.

Existe en esto un descuido incomprensible por parte de muchos padres, y especialmente de muchas madres, que no atienden como debieran a este punto importantísimo de la educación de sus hijas. Yo he conocido—y seguramente no habrá uno de mis lectores que no haya conocido también,—madres amantísimas, que procuraban con el ejemplo y con la predicación continua cultivar el alma de sus hijas, corregir sus malas inclinaciones, estimular las buenas... y que no se cuidaban poco ni mucho de vigilar la lectura que tanta influencia puede ejercer en ellas. Con procurar que el libro no sea de los que usualmente se llaman inmorales, o de los expresamente prohibidos por la Iglesia, creen muchas madres saber cumplir su obligación. Y así se ve en poder de muchas jovencitas, libros—especialmente novelas—que antes dañan que benefician a quien los lee.

Las malas novelas contienen un veneno, que poco a poco se va infiltrando en nosotros, daña nuestro pensamiento, exalta nuestra imaginación

y falsea nuestro espíritu. Excitan muchas de ellas la sensibilidad y la hacen predominar sobre la razón ; nos acostumbran a ver el mundo a través de un prisma que lo embellece todo, hasta el vicio. La joven que tiene la desgracia de entregarse a estas lecturas, emprende, sin darse cuenta de ello, un camino que va bordeando el abismo. Esta lectura, en lugar de prepararla para las luchas serias y graves de la vida, falsea su buen juicio, la inclina a los pensamientos extravagantes y a los ensueños irrealizables. Llega ella a persuadirse de que cuantas quimeras la recrean deben ser verdad ; no halla nada bello ni digno de estimación, como no sea conforme a las ficciones de sus novelas. Y ¿qué ocurre entonces? Que la joven se causa a sí misma decepciones muy amargas, porque no descubre en sus semejantes sino miserias y debilidades, en lugar de aquellos hermosos sentimientos de grandeza, de generosidad, de valor, que ella creía encontrar y que no existen ni pueden existir sino en los héroes fantásticos a quienes prestó vida su propia imaginación.

Nunca he podido comprender el placer que puede encontrarse en leer narraciones de sucesos, en las que apenas hay detalle que pueda ser verdadero y muchas veces ni siquiera verosímil, ni cómo es posible interesarse en la lectura de una acción enteramente supuesta, sin un solo detalle real, sin una observación tomada de la vida, sin nada que nos dé la sensación de la realidad o cuando menos de la verosimilitud de lo verdaderamente ocurrido. Para soñar en lo que otro quiera que soñemos ¿no es más fácil y más natural cerrar los ojos y ponerse a soñar por cuenta propia? Tan malsano es lo uno como lo otro ; pero, soñando o creando ficciones por nuestra cuenta, tendremos siquiera la ventaja de que éstas serán conforme a nuestros propios pensamientos, a nuestras mismas inclinaciones, y no nos dejaremos sugestionar ni influir por autores que no siempre son dignos de la influencia que pueden ejercer en nosotros.

¿Quiere esto decir que debamos proscribir en absoluto la lectura de las obras de imaginación? No, ciertamente : entre éstas las hay no sólo muy amenas y agradables, sino hasta sanas y morales. Lo importnte es saber elegirlas convenientemente.

Y si me preguntáis cómo conoceréis cuándo es bueno un libro, os responderé :—Todo libro que eleve vuestro espíritu, que os haga amar vuestros deberes, que os inspire nobles y levantados sentimientos, que os incline a ser mejores de lo que sois, es bueno. Y, por el contrario : el que halague vuestras pasiones o vuestros prejuicios, el que presente al vicio con aspecto simpático o amable, el que nos transporte a un mundo quimérico y nos haga aborrecible el mundo real, es un mal libro, y debemos rechazarlo. Como regla general y que nunca falla, una joven no debe leer jamás un libro, cuando, sin darse a veces cuenta de ello, intente ocultarlo, o lo oculte de la vista de su madre.

Y si me preguntáis :—Pues, ¿qué podemos leer?, os contestaré :—Los

autores más estimables, los grandes modelos; es decir, aquellos cuyas obras hayan sido ya depuradas por el tiempo y juzgadas por quienes tienen saber y autoridad para aconsejaros en este punto.

Y sobre todo y por encima de todo, no leáis jamás un libro, no hojeéis nunca una obra, para cuya lectura no hayáis sido previamente autorizadas por vuestros padres, o en ausencia de ellos, por quien a vuestro lado les represente.

LA LECTURA EN ALTA VOZ

Nunca ha llegado la difusión de los conocimientos que constituyen la instrucción de la juventud, al grado a que ha llegado hoy. Aunque no con la intensidad que en otras naciones, en España se enseña hoy a las jóvenes una porción de conocimientos con que antes no soñaban. Hoy se las enseña a escribir bastante bien, a cantar con gusto, a dibujar muy pasablemente. Las jóvenes de todas condiciones salen de la mayor parte de las escuelas sabiendo coser, planchar, hacer labores de aguja, etc., etc.

Claro está que esto me parece muy bien: cuantas más artes útiles se les enseñe a las jóvenes, cuantos más menesteres de los que luego han de serles necesarios o coadyuvantes para la vida social aprendan las hijas de familia mejor podrán cumplir después su cometido de fundar y dirigir hogares nuevos.

Pero hay un arte, un ramo que, no sé por qué razón, ha sido y es muy descuidado, no debiéndolo ser. Me refiero al arte de leer en alta voz.

Es muy frecuente encontrar en las reuniones, en las tertulias a que concurrimos, jóvenes que cantan con gusto y hasta con arte, que tocan el piano admirablemente o que lucen otra habilidad cualquiera; pero es bastante raro encontrar ni en estos ni en otros sitios, un buen lector o una buena lectora.

¿Y por qué esta preterición? ¿No es la lectura de un buen escrito, de una hermosa poesía, tan agradable, por lo menos, como el canto de una romanza o la interpretación de un selecto trozo de música? Y sin concretar-

nos a la vida que pudiéramos llamar exterior, a la vida de sociedad, ¿no es una ocupación llena de atractivo la lectura en familia de cualquier interesante libro de instrucción o aun cuando sea de simple recreo? ¿No puede ser frecuentísimo el caso de que nos veamos obligados en sociedad a leer en alta voz, no precisamente libros ni poesías, sino un documento cualquiera, una carta o un trabajo literario, por ejemplo?

Lo mismo cuando una joven lee en sociedad, que cuando lo hace para amenizar la velada en su casa, ¿no es un placer ver que se la escucha con gusto, porque su dicción es pura, elegante y natural? Si es una madre la que, para instruir o entretener a sus hijos, les lee un libro, bien sea instructivo, bien de recreo, ¿no es necesario que sepa dar a su lectura todo el atractivo posible, a fin de cautivar la atención del minúsculo auditorio?

Casi todo el mundo, sea cual fuere la posición que ocupe, debería saber leer en alta voz.

¿Cómo—me preguntaréis,—cómo debe hacerse para adquirir este arte de leer bien? No es fácil, en los límites estrechos de este capítulo, daros todas las reglas necesarias para ello, pero he aquí algunas de las más importantes.

Es preciso, ante todo, *frasear bien,* es decir, pronunciar de un modo claro y armonioso, dando a cada letra y a cada sílaba la debida fuerza y la correspondiente acentuación. Es preciso también saber respirar o tomar aliento en el momento oportuno, sin que el oyente lo note.

Debe procurarse siempre dominar el sentido de lo que se lee, entenderlo bien, a fin de no alterar el sentido, de no unir lo que debe ir separado, ni separar lo que debe ir unido; en una palabra, se debe puntuar mientras se lee, o lo que es lo mismo, marcar, en la justa medida, el intervalo o separación entre las palabras, los períodos, las frases y los incisos de las frases. Tal silencio indica punto, tal otro, más corto, coma; tal acento que se da a la voz, una interrogación; tal otro, una admiración.

Débese tener también *el sentimiento* de lo que se lee, a fin de dar a las palabras que se vayan pronunciando el tono y la expresión convenientes, y comunicar así a los que nos escuchan la impresión adecuada a lo que leemos.

Es preciso no precipitar la lectura, a fin de que quede tiempo de hacerse cargo del encadenamiento de los conceptos, ni hacerla tan lenta, que pueda llegar a cansar o aburrir a los oyentes; débese medir el movimiento de la dicción como se mide el del canto, según la importancia o la ligereza del asunto y según la impresión que se quiera producir.

Es absolutamente necesario evitar tres defectos: la vacilación, la monotonía y el énfasis. Es imposible leer bien sin haber adquirido las cualidades de seguridad, variedad en los tonos, sencillez y naturalidad.

Leed como si hablaseis. Cuando se habla con alguien, nadie tiene necesidad de ir pensando en la entonación que le conviene adquirir, puesto

que ésta se va adaptando inconscientemente a lo que se dice. No hay nadie que al hablar infle innecesariamente la voz, ni adopte falsas entonaciones o un acento monótono. Claro está que a veces hablamos con una rapidez que no siempre conviene a la lectura, pero en esto, como en todo, el mejor maestro ha de ser el buen sentido.

En todos los casos, y como regla que debéis tener muy presente, porque os ahorrará incurrir en la mayor parte de los defectos que quedan enunciados, seguid el siguiente consejo: Procurad, al leer, que vuestra vista vaya siempre por delante de vuestra voz; es decir, que al pronunciar vosotras una frase, ya esté vuestra vista entretenida en leer la frase siguiente.

Otro consejo, también muy importante. Si tenéis ocasión de oír a quien hable o lea bien, hacedlo. Fijaos atentamente en el tono, en la forma, en el modo de leer o de hablar que tenga el orador a quien escucháis. Esta lección práctica os servirá más que todos los preceptos.

El arte de la lectura—dice Ernesto Legouvé,—es más conveniente todavía a las mujeres que a los hombres. Tienen ellas por don de la naturaleza una flexibilidad en los órganos y una facilidad de imitación que se adapta maravillosamente a todas las artes de la interpretación y, por consiguiente, al de la lectura. Y ahora añado que este talento que en los hombres es un instrumento de trabajo, un medio de éxito profesional, puede enlazarse para las mujeres a las más dulces ocupaciones domésticas, a sus más preciados deberes de familia. Ellas son hijas, madres, hermanas, esposas... Mas de una ha visto o verá a su lado a un padre anciano enfermo, a una madre agobiada por el dolor, a un hijo en cama. El padre no puede ya leer: su vista no se lo permite; la madre no quiere, porque el estado de su ánimo no se lo consiente; el niño quisiera leer, pero no sabe. ¡Qué dulce alegría para la mujer que puede, por medio de algunas lecturas bien hechas, aliviar al que sufre, consolar a la que llora, distraer al que se hastía! En nombre, pues, de los más dulces sentimientos, les diré: «Aprended a leer en alta voz y procurad así adquirir una habilidad que puede llegar a convertirse en una virtud».

LOS HIJOS MAL CRIADOS

¿Queréis tener un retrato exacto, parecidísimo, de ese sér ridículo, enojoso y desagradable, a quien en unos sitios de España llaman *un hijo mal criado* y en otros sitios *un hijo consentido?* Leed las siguientes líneas de Laboulaye.

«¡Un niño mal criado! Yo no conozco frase más triste en nuestra lengua. Un niño mal criado es un niño a quien se le consiente todo, a quien poco a poco se va haciendo lo posible por inocularle el egoísmo. Se le enseña a referirlo todo a sí mismo, a subordinarlo todo a sus deseos, se le permite que trate a su madre como a una sirviente y a su padre como un pedagogo intolerable. Cuando los padres ceden a esta indisculpable debilidad, recogen siempre la indiferencia y el desdén de los hijos. Un niño se divierte con facilidad en triunfar de su madre; ella es su primera víctima. Pero tened cuidado, que si la madre es la primera víctima, no será la única. La sociedad entera sufrirá las consecuencias de tener en su seno un egoísta más.

»La primera virtud de una madre debe ser la firmeza, debe ser la justicia. Nunca puede una madre mostrar mejor su amor maternal, que siendo severa cuando su hijo no procede bien. Ella es la conciencia visible del niño. Cuando malcría a su hijo, pervierte su conciencia.

»Ser justa es el primer deber de una madre. No me habléis de esos gemidos, de esos sollozos del niño, de esas lágrimas derramadas tan fuera de lugar. Todo eso es debilidad de carácter. El verdadero amor es austero y

dulce a la vez : anima a hacer el bien, no sufre ni tolera el mal y procediendo así, hace a la vez la dicha de la madre y la felicidad del hijo.

»No basta ser firme con los niños : es preciso educarlos sin blanduras ; es preciso hacerles llevar una vida sobria y más bien ruda que dulce ; es preciso habituarlos a levantarse temprano y a que se pongan al trabajo apenas se levanten. Un proverbio antiguo dice que el madrugar da salud, fortuna y buen juicio. Cuando a tan poco precio pueden comprarse el juicio, la fortuna y la salud, sería locura insigne no aprovechar la propicia ocasión.

»Si queréis que vuestros hijos sean hombres y vuestras hijas mujeres, inspiradles desde la cuna un profundo desprecio hacia esas necesidades ficticias tan extendidas en nuestra sociedad. El lujo no ha hecho ni hace sino causarnos grandísimo daño. Es preciso que el niño sea educado duramente en la casa paterna. Es un cálculo éste que ha de asegurar más tarde su dicha y su bienestar».

He querido, antes de tratar por mi cuenta este capítulo de los hijos, y sobre todo, de las hijas mal educadas por exceso de mimo y de complacencia, copiar las palabras de Laboulaye que transcritas quedan ; pero debo hacer constar, porque así me lo han enseñado el estudio y la experiencia, que lo mismo puede *malcriarse* un niño por exceso de mimo y de ternura mal entendida, que por efecto de una extrema e irrazonada severidad.

Tan injustos pueden ser los padres siendo excesivamente tiernos como siendo extremadamente duros ; y en este último caso se inspira al niño, según su organización, o el sentimiento de la rebelión y de la venganza, o el de la doblez y la bajeza. Lo mismo el niño que la niña llegan a ser indudablemente hipócritas o cobardes si se ven oprimidos e injustamente atormentados.

La única, la eterna ley que debe seguirse para educar bien al niño, es la de mostrarse en todos los casos estricta e invariablemente justos, atemperando siempre la equidad con la indulgencia y la ternura. El sentimiento más arraigado en el niño, el que se manifiesta vivo y claro, hasta cuando los otros sentimientos están en él en estado latente, el que es innato en su alma y que da fe de nuestra inmortalidad, es el sentimiento de la justicia. Más tarde... ¡ah! más tarde esta noción tan clara y tan precisa se enturbia y se va borrando bajo la acción combinada del egoísmo, de las injusticias sufridas y de las decepciones de toda clase que la vida trae consigo. Pero el sentimiento subsiste y vive potente en el alma de los niños que tienen la dicha de ser amados sin ser *consentidos*.

Sea cual fuere la naturaleza de los defectos de los niños, su filiación viene de vosotros, padres que os quejáis. Esos defectos se han ido desarrollando en ellos, unas veces por la incuria, otras por la injusticia y otras muchas por el espectáculo y el ejercicio de vuestros propios defectos. Es preciso que vosotros seáis siempre, a los ojos de vuestros hijos, impecables, infalibles,

rigurosamente equitativos y justos. Pero ¡cuántos entre los padres creen neutralizar los efectos de ciertas concesiones funestas con severidades intempestivas! ¡Cuántos regañan y castigan al niño o a la niña, no porque hayan cometido un acto reprensible, sino porque les han impacientado o les han causado un perjuicio cualquiera! ¡Cuántos reservan los castigos corporales para las torpezas o descuidos del niño y aplican luego una indulgencia que pudiéramos llamar *corrosiva* a sus defectos, incluso a los graves! Es muy usual que se ría y se celebre un embuste de los hijos, y se les castigue severamente si rompen un objeto cualquiera o se hacen *un siete* en el pantalón.

No debe olvidarse nunca, nunca, que los niños tienen grandemente desarrollado, como acaba de decirse, el sentimiento de lo justo y de lo injusto. El niño sabrá, por lo tanto, medir exactamente, sin darse cuenta de ello, la extensión y el tamaño de su falta y si se da cuenta de que la expiación que se le aplica no está en proporción con el acto por que se le castiga, no olvidará nunca que *se le ha hecho una injusticia;* que, castigándole, se ha obedecido a un sentimiento egoísta, a las sugestiones del malhumor o de la cólera; por consiguiente, el alcance moral de la expiación será perdido para él y considerará vuestro castigo como el ejercicio *del derecho del más fuerte,* el más inmoral de todos, lo que puede matar en él todas las cualidades buenas y elevadas.

El niño es, además, el observador más sagaz, más infalible que sea dable encontrar. Adivina, con una facilidad maravillosa, vuestros defectos, vuestras debilidades, vuestras preferencias y vuestras antipatías. El aplicará instintivamente esta ciencia, este saber suyo, a la satisfacción de todos sus gustos, y si no sabéis manteneros a la defensiva, disimular vuestras imperfecciones y seguir con respecto a él un plan de conducta fijo e invariable, llegaréis a ser, mal de vuestro grado, el servidor más humilde de sus caprichos y de sus pequeñas pasiones.

Dejemos sentadas, al llegar aquí, dos verdades incontestables:

No se malcría un niño sólo con dejarle conocer la ternura que se le profesa.

Más bien y más irremediablemente se malcría al niño educándole con una severidad injusta que manifestándole un cariño excesivo. En el segundo caso se le malcría, es verdad; pero en el primer caso se le pervierte, porque se le hace que adquiera, para escapar a los efectos de la fuerza bruta, todos los vicios que se desarrollan en los oprimidos: el engaño, la falsía, la hipocresía, la bajeza. Claro que puede hacérsele obediente mediante el empleo constante de la fuerza bruta... pero, como he leído no hace mucho en una Revista extranjera: *La obediencia es al respeto, lo que el mono es al hombre.*

Para ser respetado por los niños no hay más que un medio: ser respetable. Nótese que no digo *parecer;* digo *ser.* La comedia de las virtudes y de las buenas cualidades no basta para el caso, porque esos diablillos de mu-

chachos profundizan por debajo de la máscara e, imitando la hipocresía de que diariamente son testimonios, esconden el menosprecio bajo la obediencia. Y el que se hace menospreciar por un niño comete un crimen, porque mata en él la fe en el bien, el amor a la verdad y el respeto que se debe a las virtudes.

Para los niños, los primeros educadores representan el mundo en miniatura ; es decir ; el bien y el mal, las cualidades y los defectos. Ellos van de lo conocido a lo desconocido y se modelan sobre lo que ellos creen que debe ser la reproducción fiel de todo cuanto existe. Importa muchísimo, por lo tanto, darles ejemplos que puedan contribuir a desarrollar sus buenas cualidades y atenuar sus defectos. Si vosotros no soiš violentos e injustos, el niño no llegará a ser temeroso y, por consiguiente, embustero ; si no tenéis un sistema absolutamente cerrado, y por lo tanto erróneo, acerca de la cantidad y de la calidad de sus alimentos ; si no le priváis de cuanto pueda gustarle, si no le impedís que coma según su apetito, el niño no será glotón, porque no hay más niños glotones que los que se ven privados de comer las golosinas que contemplan a su alrededor. Si sabéis dominaros suficientemente y evitar al *niño* el espectáculo de vuestros accesos de cólera, él no adquirirá el vicio de ser colérico ; en un niño, la cólera no es sino la protesta del derecho contra el abuso de la fuerza. ¿Qué es lo que prueba un golpe? Que el que lo da es el más fuerte y que abusa de serlo. Esto constituye una enseñanza inmoral, y nada más. Si el niño se inclina naturalmente a la violencia, si sus accesos de furor se manifiestan sin que hayan sido provocados por vosotros, mucha sangre fría, una calma aplastante y un poco de desdén bastarán para hacer que se avergüence de sus arrebatos y para enseñarle a reprimir su cólera. Enseñad al niño que esos arrebatos constituyen una imperfección que debe aplicarse a combatir en sí mismo, so pena de ofrecer a cada momento un espectáculo vergonzoso ; pero no olvidéis que montando en cólera *antes* o *después* que él, legitimáis su violencia y os priváis del derecho de castigarla y de combatirla.

No es tan funesto ceder en seguida a los deseos de un niño como rehusarle en un principio lo que pide, para luego rendirse a sus instancias, que serán tenaces y perseverantes por lo mismo que la experincia les habrá enseñado que logran con la importunidad la que no consiguen por el simple ruego. Si en el deseo que manifiesta el niño no hay inconveniente serio para él o para otro, es mejor acceder en seguida, *sin hacerse de rogar*. Decid *sí* o *no*. Pero una vez pronunciada una u otra palabra, *no volváis jamás sobre vuestro acuerdo*. Sed para él infalibles ; pero procurando, eso sí, andar siempre de acuerdo con la justicia y con la razón, lo mismo en el caso de consentir que en el de rehusar. Los esfuerzos que hay que hacer para ser inflexibles son penosos, bien lo sé, pero nos evitan una porción de luchas ulteriores. La debilidad y la indecisión razonan siempre mal : temen los asaltos y, sin embargo, los eternizan, ignorando que la fuerza se afianza

de una vez para siempre y que sólo la firmeza puede ponernos al abrigo de los combates continuos e incesantes que luego pudieran sobrevenir.

No os desdeñéis de razonarle al niño los motivos de vuestra resistencia; hacedle comprender dulcemente, reposadamente, por qué no podéis acceder a su deseo y enseñadle desde el primer día a someterse a las leyes de la razón como a las de la necesidad; dadle tan a menudo como sea posible todos los esclarecimientos que puedan probar el motivo de vuestras negativas. El niño aprenderá así a no dudar de vosotros y a reconocer la superioridad de vuestros juicios.

El absolutismo es un mal medio de educación. Podrá someter, pero no convence y será, por lo tanto, un *expediente* que no servirá de fundamento a nada, pero cuya única consecuencia será mantener en tutela constante, no sólo las acciones, sino el espíritu del niño. Cuando suene para él la hora de la independencia, no sabrá pensar ni obrar por sí mismo y empleará en perjuicio suyo todas las fuerzas de que no se le habrá enseñado a hacer un sano uso.

El niño, para haceros ceder, empleará los más opuestos medios: el ruego, las lágrimas, los gritos y la cólera. Hacedle presente que os duele rehusarle lo que él desea; explicadle *por qué* oponéis a su demanda una negativa; pero si persiste, permaneced inmutables.

—Pero ¿y si llora?, dice la madre.

Déjelo usted llorar, señora. Ya se callará cuando se convenza de la inutilidad de sus lágrimas.

—Pero ¿y si grita? ¿si toma una sofocación?

Tenga usted el valor de permanecer impasible; déjelo chillar. No hay niño que muera de una rabieta. Cuanto más penosa sea para usted la escena, más debe usted desear verse libre de ella para lo futuro. Tenga usted el tesón suficiente para resistir dos o tres veces y luego no habrá de recurrir a estos medios violentos. Desde el punto y hora en que el niño comprenda la inutilidad de sus gritos, renunciará definitivamente a ellos. Su cólera no es sino un medio que emplea para obtener lo que quiere; demuéstrele usted con hechos que este medio es malo, y verá usted como deja de ponerlo en práctica. Pero... use usted, señora, de esta firmeza, sólo en aquellos casos en que es indispensable y conveniente el usarla. No contriste usted el alma del niño con una resistencia continua y sistemática, y si la concesión que él solicita supone estorsión o molestia sólo para usted, sepa usted hacerle los pequeños sacrificios que él le demanda. Haciendo lo contrario, *malcriará* usted al niño; le inspirará resentimientos; hará que dude de la ternura de su madre y será usted causa de que nazcan en él el rencor y la amargura.

¿Hablemos ahora de los *niños malcriados* que pudiéramos llamar de salón? Sí, porque después de todo no son sino una variedad del mismo tipo; son el resultado de una educación ininteligente, en la que la ceguedad

de un cariño mal entendido há predominado sobre el buen juicio y la sensatez. Estos resultados no tienen nada de animadores, porque con la esperanza de hacer a sus hijos muy felices, lo que en realidad les preparan las madres y los padres es una serie no interrumpida de decepciones, de desdichas y de pesares.

La idolatría de que son objeto ciertos niños, les inspira las más erróneas ideas acerca de su propia valía y del papel que están llamados a desempeñar en el mundo. Desde el punto y hora en que empiezan a ponerse en contacto con los extraños y con los indiferentes, siéntense los *niños mimados* dolorosamente chasqueados a cada paso; habituados a hincharse como los pavos-reales y a ser objeto de la admiración de cuantos les rodean, encuéntranse luego muy a menudo con otras personas que, hallándose en el *mismo caso,* no se resignan a admitir su superioridad. Nadie admira ya al *enfant gâté* bajo palabra de honor. Es preciso, como dicen los franceses, *qu'il paye de sa personne,* que demuestre posee realmente todas las cualidades, todas las gracias, todo el ingenio, todo el talento que el ciego cariño de los mal aconsejados padres complacientes le atribuyó. ¡Ya nadie le alaba, ya no causan admiración sus exigencias, sus caprichos, su egoísmo; vése entonces, a la luz del día, aquella vanidad hambrienta de alabanzas solicitando aprobaciones y poniendo, o poco menos, la pistola al pecho al primero que llega para exigirle la admiración o la vida.

Y entre las mujeres es donde más se encuentra esta clase de niños malcriados. La adoración de los padres encuentra en este caso un precioso auxiliar en la vanidad de estos pequeños ídolos y logra hacer de ellos unas mujeres perfectamente insoportables. Ansiosas de cumplidos, solicítanlos y exígenlos sin cansancio ni tregua, sin comprender que no causan sino desprecio y hastío en todos cuantos las rodean. Si por casualidad tienen un talento, una habilidad cualquiera, la complacencia de los amigos, obligada a ponerse al unísono con la idolatría de los padres, les tributa epítetos cuya misma exageración debiera servir para evidenciarles su vanidad exhuberante. Si vocalizan un poco, ni la Patti, ni la Malibran pueden ponerse a su lado. Los amigos se lo dicen... Bueno. Pero ellas se *lo creen*... y es lástima. Si sienten afición por la literatura y les da por escribir a diestro y siniestro, con pretexto o sin él, ni doña Emilia Pardo Bazán, ni la célebre Víctor Catalá sirven para descalzarlas. Y si riman ¡ah! si riman, ni Campoamor, ni Núñez de Arce, ni Víctor Hugo llegaron nunca al grado de excelso lirismo ni de potente inspiración que nuestras improvisadas poetisas. Y ellas se lo creen. Y sedientas siempre de oirlo repetir, solicitan en todo momento y de todo el mundo la confirmación de estas alabanzas absurdas, y todo elogio, moderado en opinión suya, o sobrio en la forma, les parece una injusticia, una falta de buen gusto, cuando no un síntoma de envidia.

Como se comprende, las niñas malcriadas de esta clase están destinadas a recibir muchas y dolorosas heridas en sus relaciones con el mundo, por-

que el número de personas que se presten a alimentar sus pretensiones será muy limitado. ¿Quién puede medir la amargura que forzosamente ha de acumularse en esas almas? Cifraron ellas su satisfacción, sus alegrías, su existencia entera en provocar, en recibir inmoderadas lisonjas y se obstinan en considerar esta moneda falsa de salón como un haber real, de un valor instrínseco equivalente apenas al mérito que representa. Cuando estos pobres seres se encuentran frente a frente con los indiferentes, ¡qué desengaños sufren, qué dolores y qué irritación! Los que los rodean pagan la consecuencia de este estado de ánimo, y por buenas y santas que se las quiera suponer, yo afirmo que sus maridos y su familia experimentan siempre los efectos de sus resentimientos de amor propio. Los maridos se encuentran frente a una sobreexcitación febril, a una vanidad insaciable y ante unas pretensiones que han llegado a adquirir proporciones tales que se hace preciso renunciar a satisfacerlas.

Véase, pues, si teníamos o no razón al afirmar con Laboulaye, al principio de este capítulo, que los niños mimados y, por consecuencia de este mimo, mal educados, constituyen una llaga social, de la cual he querido tratar aquí para hacer constar las consecuencias funestas que un mimo excesivo puede ocasionar a los hijos y, sobre todo, a las hijas de familia, consecuencias que son más tristes de lo que muchos se imaginan, porque alcanzan, no a una persona de la familia, sino a varias generaciones de ella. Porque es cosa que prueba la experiencia que una madre que haya sido en su niñez *malcriada,* malcriará a su vez a sus hijos y les comunicará la incapacidad de que ella fué víctima, con todas sus tristes y desastrosas consecuencias.

EL ARTE DE BIEN HABLAR

EL LENGUAJE.—LA CONVERSACIÓN

El lenguaje es el principal medio que tenemos para comunicarnos con las personas que nos rodean, con las que forman la sociedad en que vivimos y nos agitamos.

Y nada hay que dé idea a estas personas de nuestra educación y de nuestra cultura, como el lenguaje que usamos para comunicarnos con ellas.

A todas os habrá sucedido alguna vez encontraros al lado de una señora o de una señorita que por su porte o por su elegancia parecían acusar una educación distinguida.

—Creímos que era una persona bien educada—habréis oído decir o habréis dicho mil veces vosotras mismas ;—pero apenas empezó a hablar, vimos que no lo era.

¡ Confesión clara y terminante de que, sin un lenguaje adecuado, sin un modo de expresión esmerado y noble, no hay buena educación posible !

* * *

La conversación—dice un ilustre escritor—es el lazo social por excelencia. Por ella se entretiene el comercio de la vida en común ; por ella los espíritus se comunican sus pensamientos, los corazones expresan sus movimientos y las amistades se comienzan y se conservan.

En España, de algunos años a esta parte, en vez de cultivar el arte de la

conversación, de procurar ennoblecerlo, hemos ido degradándolo, encanallándolo.

Las causas de este mal son varias, y no es pertinente ahora enumerarlas; pero una de las principales—y de ella quiero hablar aquí especialmente— es *el flamenquismo*.

En España, al maestro, al que debiera instruirnos y si es posible, educarnos, le tenemos completamente olvidado; pero al matador de toros le llamamos *maestro* y, efectivamente, *aprendemos* de él una porción de términos y de *terminachos*, más propios de un matadero que de una sociedad de personas cultas.

Y, no ya en el arroyo ni en la plazuela: en tertulias elegantes, en salones donde se reunía una sociedad al parecer distinguida, he oído a veces usar un lenguaje tal, que me han dado tentaciones de preguntar:

—No hay duda de que ésta debe ser una sociedad escogida; pero *escogida*... ¿en dónde?

O de decir, como en una conocida zarzuela bufa:

«¿Estamos en el Olimpo
ú en la calle de Toledo?»

* * *

Recuerdo haber oído en cierta reunión (hace de esto no mucho tiempo) a una señorita, hija por cierto de un elevado funcionario madrileño. Hablaba con una amiga, a la que refería que un señor, ya de cierta edad, la había pretendido.

—Es *un tío*—le decía—que *revienta* a cualquiera, porque *se trae* unas cosas que, francamente, *no resultan*. Yo creo que está algo *guillado*. Ya hacía tiempo que venía *dándome la lata;* pero aquel día se me acabó la paciencia y le dí a entender claramente *que ahuecara*. Sin duda lo debió entender, porque *tomó el olivo* en seguida...

Y así continuó su relato aquella bellísima niña (porque recuerdo que era muy bella y muy simpática, y por eso me chocó más tal manera de expresarse) dándonos a las dos o tres personas que la escuchábamos una idea no muy halagüeña no sólo de su instrucción, sino de la educación que acusaba un lenguaje tan escogido.

* * *

Acostumbraos a ennoblecer el lenguaje, a no usar esos términos de arroyo o de plazuela que traidoramente, solapadamente, se han ido introduciendo en la conversación usual, y no, como dejo dicho, en la de las clases inferiores, sino en la de las que debieran ser clases ilustradas.

Con esto lograréis dos objetos: no sólo apareceréis a los ojos de quienes

os traten como mujeres cultas y distinguidas, sino que, sin daros cuenta de ello, insensiblemente, inconscientemente, iréis adquiriendo una mayor cultura de espíritu. El hábito, la gimnasia intelectual de adaptar a cada idea la palabra o la frase exacta que le corresponda, hará que vayáis adquiriendo una mayor justeza en esas mismas ideas. Así como, según un ilustre pensador francés, «el mal lenguaje engendra las ideas falsas», así la mayor selección en el lenguaje irá también seleccionando y ennobleciendo vuestras ideas. Y lo que en un principio fué obra del estudio y del cuidado, acabará por ser en vosotras un don natural: don de facilidad de expresión, de justeza en el pensar y en el hablar, que hará vuestro trato más agradable y, por lo mismo, más solicitado.

Y es inútil que yo os pondere las ventajas que esto puede reportaros en la vida social.

* * *

Aparte de lo expuesto, hay locuciones y modos de expresión que, sin ser precisamente inciviles, pueden dar una pobre idea acerca de la instrucción de quien los usa.

En Cataluña, por ejemplo, es muy usual que cualquier señora de la clase media (y hasta alguna de la aristocracia) os diga que la sirviente *paró la mesa* a las doce *tocadas*, por decir que puso la mesa a las doce dadas; que Fulano *tiró* una carta al correo, en vez de que la echó; que el diario *lleva* esta o la otra noticia; que el actor Don Zutano, aclamado por el público, salió *en* escena tantas o cuantas veces, o que ella (la señora que habla), aun cuando hace tiempo que no ve a Fulanita y a Zutanita, piensa mucho *con* ellas. Bien es verdad que a cambio, y como compensación sin duda de esta última afirmación, os asegurará con la más exquisita cortesanía, que siempre que vayáis *en* su casa, le daréis una sincera satisfacción, o bien os referirá muy formal que en su último viaje, apenas llegó *en* Madrid..., hizo tal o cual cosa.

En Valencia, aun cuando no con tanta frecuencia, por ser allí más corriente el uso del castellano, se trabuca también de un modo lamentable el uso de las preposiciones *en* y *con*. Recuerdo que, hace ya algunos años, leí en un libro, por cierto de autor valenciano (me parece que era Pérez Escrich) una anécdota acerca de este trueque de preposiciones. Refería el autor que un natural de Valencia, recién llegado a Madrid, al ir a visitar a su protector, que, si la memoria no me es infiel, era el Conde de San Luis, le notificaba muy serio que había llegado aquel mismo día *con* el tren expreso. A lo cual (era en invierno) replicaba muy serio el conde:

—Y ¡naturalmente!, habrá usted venido *en* mucho frío.

En Andalucía es frecuente, y no siempre entre personas de poca instrucción, cambiar la *h* que precede a una vocal, en *jota*; y así se oye allí en la conversación corriente decir *jollín* por *hollín*, *jincar* por *hincar*, etc.

Esta misma falta de lenguaje se suele cometer en Cuba, donde recuerdo haber oído decir *jutía* por *hutía* (animal parecido al ratón), *jalar* en vez de *halar* (tirar de un objeto, dándole sacudidas), *et sic de cœteris*.

* * *

Las locuciones *el señor, la señora* o *la señorita*, dichas por una joven, refiriéndose a su padre, a su madre, o a su hermana, son impropios cuando se habla con personas de categoría igual o semejante a la nuestra. Todo lo más podrán ser empleadas cuando se trate con la servidumbre de escalera abajo.

Las mujeres casadas no deben casi nunca decir: *mi esposo*, por lo menos en la conversación usual. Es más natural, más llano y de mejor tono decir: *mi marido*.

Hay personas que en una visita, en una reunión, etc., para designar a un hermano o hermana, amigo o amiga, presente a la conversación, dicen: *Este, ésta*... «—Este me dijo...» «—Cuando ésta me contó...»

El buen gusto aconseja en tales casos, decir:—Mi hermano Pepe me dijo...—Mi hermana Adela me contó... ; o bien: *Mi amiga*... designando a ésta con un ligero movimiento de cabeza.

No hay para qué advertir, porque esta regla es tan elemental que no creo que haya quien la ignore, que la cortesía exige que cuando en una enumeración de personas ha de citarse o incluirse la persona que habla, debe ésta mencionarse la última. Así, se dirá siempre:—La señora y yo. —Mi amiga, mi hermano y yo. Sólo a un rústico, sin asomos de trato social, se le ocurriría en este caso señalar con el dedo a la persona de quien habla.

Cuando hace poco, estuve yo en Barcelona, oí en una visita decir a una señora, que en el curso de la conversación se vió en el caso de hablar de sí misma:

—Cuando una servidora tiene jaqueca, toma... (y aquí decía la buena señora lo que en casos tales solía tomar ella).

Según supe después, son bastantes las personas que en Cataluña usan esta fórmula que ellas creen de buena crianza, y supe también que no son pocas las que se figurarían faltar a las más elementales nociones de educación, si al mencionarse a sí mismas en la conversación, dejaran de decir una sola vez: *un servidor* o *un servidor de usted*, si son hombres, o *una servidora* o *una servidora de usted*, si son mujeres.

Este exceso de cortesía me recuerda el conocido cantar:

Tiene mi maridito
venas de loco,
unas veces por mucho
y otras por poco.

La fórmula *servidora de usted* le está casi siempre dispensada a una

señorita. Unicamente es indispensable en el caso de tener que contestar a quien directamente, y por no conocerla o por querer cerciorarse de la persona con quien habla, le preguntó por ella misma.

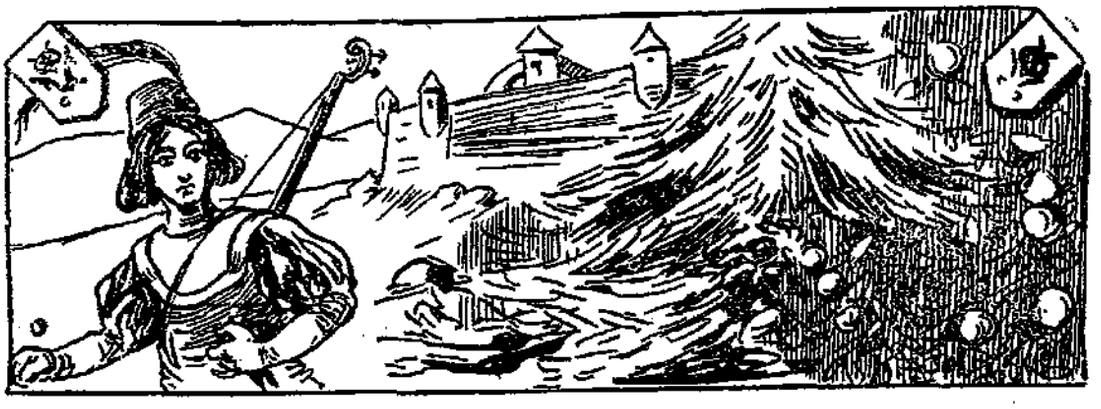
—¿La señorita de R...?

—Servidora de usted.

O bien—y en este caso, no siempre—cuando de otro modo, habría que contestar con la palabra *yo* a secas.

Cuando un personaje, o en general, una persona superior a nosotros por su cargo, su jerarquía o su posición social, nos recibe, no debemos nunca pedirle noticias de su salud. Sería una familiaridad completamente fuera de lugar ; sobre que siempre resulta absurdo informarse de la salud de una persona a quien apenas se conoce.

El uso no admite tampoco que una dama, sobre todo una señorita, pregunte por la salud de un hombre, a menos que éste sea de mucha más edad que ella, esté enfermo o pertenezca al número de sus amigos íntimos.



LOS REMEDIOS MÁS USUALES

MEDICINA DE URGENCIA

Todas las amas de casa debieran tener conocimientos generales de medicina, porque ocurre frecuentemente, que mientras llega el médico, se hace necesario practicar medicina de urgencia, y precisa saber lo que se hace, puesto que ni los remedios aparentemente más sencillos deben ser administrados sin perfecta conciencia de su oportunidad.

Buena prueba de ello son los purgantes. Muchas madres, en cuanto ven a sus hijos poco alegres y juguetones y temen por su salud, se apresuran a purgarles, *por si se ponen enfermos, que les coja con el estómago limpio*, y, sin embargo, ¡cuántos y qué grandes males puede originar una purga a destiempo! Díganlo, si no, las erupciones que de francas se tornan traicioneras y graves por haberlas cortado con un purgante que estaba contraindicado.

La precisión que de saber algo de medicina general tienen las señoras, la tienen también las jóvenes, porque son quienes substituyen a sus madres en el cuidado de la familia, porque pueden hacer un provechoso aprendizaje para cuando a su vez dirijan un hogar, y porque tendrán ocasión de servir de auxiliar a sus padres que, por el lógico paso de los años, pueden encontrarse necesitados de cuidados minuciosos.

En el presente artículo y en otros que verán la luz en esta sección, trataremos de los remedios que deben emplearse en varias enfermedades, remedios que pueden practicarse en casa, o por el primer médico que acuda, mientras llega el que definitivamente haya de encargarse del paciente.

ANGINAS

Las distintas variedades de anginas : catarral, glandulosa, tonsilar, gangrenosa y diftérica, diatésicas y las que aparecen en el curso de algunas fiebres eruptivas, proporcionan ocasión frecuente al médico para intervenir enérgica y rápidamente en el curso de la inflamación.

Hay casos en que, por efecto de fenómenos que aquí no hemos de explicar, puede sobrevenir la asfixia y ésta amenazar la vida del enfermo.

Mientras el médico llega y ordena, lo más urgente en tales casos es aplicar esponjas o compresas empapadas en agua muy caliente en las regiones laterales del cuello, papel Rigollot, embrocaciones de tintura de iodo y sinapismos en los muslos, corriéndolos con frecuencia. Cuando el doctor entra en funciones, si las anginas no son muy graves, han mejorado con la cura de urgencia ; y si no ha ocurrido así, se hace necesario que el médico proceda con gran energía, y probablemente operando.

ANGINA DE PECHO

La angina de pecho es una neuralgia cardíaca, una afección dolorosa paroxística que sobreviene por accesos.

Son muchísimas las explicaciones que se dan de esta enfermedad, pero no es nuestra misión el averiguar cuál de los sabios que la definen está en lo cierto, ni si en realidad existen las *falsas* anginas y las verdaderas, o son las primeras los comienzos de las segundas simplemente.

Cualquiera que sea la teoría de la angina, ésta puede empezar *repentinamente* sin causa apreciable o por fatiga o emoción viva ; el enfermo experimenta un dolor que partiendo de *los dos últimos dedos de la mano izquierda,* se propaga por la mano y brazo en la esfera del nervio cubital, y llega al corazón, de dónde se irradia en diversos sentidos ; esto es lo más frecuente, pero puede empezar también por el *corazón* con irradiaciones al cuello, epigastrio y tórax ; el dolor es intenso, paroxístico, con angustias, opresiones, respiración desigual, piel de la cara y de las manos fría y pálida, hipotermia, sudor y latidos cardíacos irregulares si está acompañada de lesión valvular.

El pronóstico de esta enfermedad es grave : el enfermo puede ser arrebatado en un acceso, o puede repetirse todas las semanas o todos los días.

El tratamiento consiste en evitar toda clase de fatiga, emociones, comidas abundantes, café, té, alcohol y tabaco.

Cuando el acceso se presenta, si tarda el médico, y aun quizá el mismo doctor no haga otra cosa, debe darse al paciente *inhalaciones de nitrato de amilo ;* se echan unas cuantas gotas en un pañuelo, para aplicar a la nariz, o se aproxima un frasco que contenga el medicamento por breves instantes, retirándole después y volviendo a aproximarle, como se hace con las inha-

laciones de etér o cloroformo, para que el aire atmosférico se mezcle con los vapores medicamentosos.

Inhalaciones de éter o de cloroformo, pocos minutos.

Inyecciones hipodérmicas de morfina, compuestas, para los accesos más graves, de : clorhidrato de morfina, 20 centigramos ; cloral, 40 centigramos ; agua destilada, 10 gramos ; y para los casos menos graves, clorhidrato de morfina, 10 centigramos, agua destilada de laurel-cerezo, 10 gramos.

Al interior puede darse al enfermo 5 gotas cada media hora, o bien 3 cucharadas grandes al día, de

Solución de trinitina al centésimo. ... ... XXX gotas
Agua ... ... 300 gramos

Como revulsivos deben emplearse los sinapismos, vegigatorios y cauterios, siendo el mejor de todos los botones de fuego con el termo-cauterio.

ENVENENAMIENTOS

Inútil en absoluto para las jóvenes sería el saber el por qué de los envenenamientos ; sería ésta tarea larga y fatigosa. Para el objeto que perseguimos, para hacer a la mujer útil en todos los casos, será suficiente que anotemos en estas columnas los tratamientos de los múltiples envenenamientos que pueden ocurrir en un momento dado, y en imposibilidad de la pronta intervención médica.

Para que las lectoras tengan confianza en nuestros consejos, diremos que estas notas están tomadas de la notable obra de William Murrell, titulada : *What to do in cases of Poisoning* (¿Qué se debe hacer en caso de envenenamiento?).

Para mayor facilidad de compresión y consulta, haremos la reseña por orden alfabético.

Acético (Acido).—Magnesia a voluntad, leche, aceite, harina de avena mondada espesa ; inyecciones hipodérmicas de clorhidrato de morfina y de éter.

Acónito.—Lavado del estómago o vomitivos : ipecacuana, apomorfina.

Estimulantes a voluntad : alcohol, amoníaco y sus sales. Si no los retiene el estómago, dilúyanse en agua y adminístrense en enemas.

Inyección hipodérmica de 1 miligramo de sulfato de atropina, o administración de 20 gotas de tintura de belladona por la boca o el recto. Si el pulso se mejora, repetir la dosis al cabo de un cuarto de hora.

Calor en las extremidades : sinapismos, fricciones, masaje.

Si no hay alivio, inyección hipodérmica de medio miligramo de digitalina.

Inhalaciones de nitrato de amilo.

ALCANFOR.—Bomba estomacal o vomitivos: apomorfina (0'30 centigramos de la solución hipodérmica al 2 por 100); mostaza (una cucharada de las de sopa); sulfato de zinc e ipecacuana (2 gramos en el agua).

Estimulantes a voluntad: sal volátil, inhalaciones de éter, inyecciones de alcohol bajo la piel.

Si el alcanfor se ha tomado en forma sólida, no es prudente dar licores espirituosos por la boca.

A los pies, mantas calientes, botellas de agua caliente, etc. Fricciones con alcohol. Duchas calientes y frías alternas sobre el pecho.

AMONÍACO.—Vinagre diluído en agua, zumo de limón o de naranja a voluntad. Acido acético o cualquier otro ácido diluído en una gran cantidad de agua.

Bebidas emolientes, como claras de huevo en el agua, leche, tisana de cebada, aceite de olivas.

ANILINA.—Supresión de la causa, aire fresco, estimulantes, respiración artificial, sangría.

ANTIMONIO, TÁRTARO ESTIBIADO, EMÉTICO.—Si no hay vómitos (lo cual es raro), dar vomitivos: ipecacuana, apomorfina; agua templada en abundancia para facilitar los vómitos.

Acido gálico o tánico: 2 gramos en agua, repetidos siempre que sean devueltos por los vómitos.

Té y café fuertes en gran cantidad.

Emolientes: claras de huevo, tisanas de cebada, leche, etc. Si hay colapso, inyección de éter. Envolver al sujeto en una manta caliente.

ARSÉNICO, ÁCIDO ARSENIOSO, ARSÉNICO BLANCO.—Vomitivos: ipecacuana, agua caliente o salada en gran cantidad. Es importante que el veneno sea devuelto íntegro por el vómito.

Hierro dializado, 30 gramos en varias veces. Magnesia en abundancia. Aceite común o partes iguales de aceite común y de agua de cal, dosis considerables repetidas a menudo.

Como bebidas, clara de huevo y simiente de lino.

Mantas calientes y botellas calientes en las extremidades.

Cuando disminuyen los síntomas agudos, cataplasmas de harina de linaza en el abdomen e inyección hipodérmica de 0 gr. 03 cent. de morfina.

ATROPINA.—Vomitivos de ipecacuana o apomorfina. Puede lavarse el estómago con té o con ácido tánico.

Estimulantes: alcohol, éter, amoníaco, café fuerte.

Sinapismos en las piernas, botellas de agua caliente en los pies, duchas calientes y frías alternas.

Inyección hipodérmica de nitrato de pilocarpina. Respiración artificial.

BELLADONA.—Lavados del estómago o vomitivos.

Estimulantes: alcohol, éter, amoníaco, etc. Café fuerte y caliente.

Sinapismos en las piernas, botellas calientes, duchas calientes y frías alternas.

Inyección hipodérmica de nitrato de policarpina; a falta de esto está justificada la inyección hipodérmica de fisostigmina.

Respiración artificial si es necesario; cateterismo si hay retención de orina.

BENCINA.—Lavados estomacales o vomitivos de ipecacuana o apomorfina.

Estimulantes: alcohol, amoníaco (2 gramos en agua), éter clorhídrico (2 gramos en agua) repetidos a menudo. Inhalaciones de amoníaco.

Duchas alternas calientes y frías, proyectando el agua sobre el pecho.

Inyección hipodérmica de un miligramo de sulfato de atropina o 30 gotas de la tintura de belladona en agua por la boca.

BICROMATO DE POTASIO. — Lavado del estómago: ipecacuana, apomorfina.

Carbonato de magnesia o de cal en leche, o bien claras de huevo en leche o agua.

Tisana de cebada o harina de avena espesa.

Calor en las extremidades; estimulantes a voluntad e inyección de éter si hay colapso; inyección hipodérmica de morfina para calmar los dolores.

CAFEÍNA.—Vomitivos: ipecacuana, apomorfina. Acetato o carbonato de amoníaco.

Estimulantes: alcohol, champagne, etc. Fricciones. Calor en las extremidades. Masaje.

Inyección hipodérmica de 1 centigramo de clorhidrato de morfina y de un miligramo de sulfato de atropina.

CANTÁRIDAS.—Lavado del estómago o ipecacuana.

Bebidas emolientes: tisana de cebada, goma y agua albuminosa, huevo en el agua, harina de avena, tisana de simiente de lino.

Si hay dolor, 1 gramo 75 centgs. de láudano por la boca ó 0 gr. 03 centigramos de morfina por vía hipodérmica. Si hay diarrea con esfuerzos, se puede preferir un supositorio con 0 gr. 3 centígramos de morfina.

Baños calientes o cataplasmas de harina de linaza sobre el vientre si se calman los síntomas agudos.

Carbónico (Acido).—Aire libre, abrir todas las puertas y ventanas.

Respiración artificial.

Amoníaco en inhalaciones. Fricciones y calor en las extremidades, corrientes interrumpidas en los miembros.

Estimulantes en cantidad moderada; enema de café.

Inhalación de oxígeno.

Duchas frías sobre la cabeza y pecho.

La sangría y la transfusión pueden también ayudar.

Cáustica (Potasa). Sosa cáustica.—Grandes dosis de agua mezclada con vinagre, ácido cítrico o zumo de naranja.

Bebidas emolientes tales como agua albuminosa, leche, avena, tisana de cebada, etc.

Aceite de olivas a voluntad.

Cianuro de potasio.—Abundante administración de sulfato de hierro (vitriolo verde) y de agua para tomar por dosis de 30 gramos.

Lavados del estómago o vomitivos.

Estimulantes: aguardiente, amoníaco (2 gramos en el agua), éter clorhídrico (2 gramos en el agua). Si el paciente no puede tragar, dar estos medicamentos en enema.

Inhalaciones de amoníaco en un pañuelo.

Duchas alternas, frías y calientes, proyectando el agua sobre el pecho.

Inyección hipodérmica de atropina o tintura de belladona al interior (30 gotas en el agua).

Respiración artificial (16 inspiraciones al minuto), continuadas durante una hora o más.

Cicuta-cicutina.—Ipecacuana o apomorfina.

Acido tánico o gálico, cocimiento de corteza de encina o té fuerte en cantidad ilimitada.

Estimulantes: aguardiente, éter clorhídrico, amoníaco.

Calor en las extremidades, por medio de botellas de agua caliente, de fricciones, etc.

Respiración artificial continuada mucho tiempo.

Inyección hipodérmica de 1 miligramo de sulfato de estricnina.

Hidrato de cloral.—Vomitivos, lavado de estómago, estimular al enfermo golpeándole en la cara con los flecos de una toalla mojada y po-

niéndole sinapismos en las piernas : enema de café o inyección hipodérmica de cafeína : inyección hipodérmica de estricnina en los casos más graves, inhalaciones de nitrito de amilo y respiración artificial.

CLORHÍDRICO (ACIDO).—Agua bicarbonatada, agua albuminosa, tisana de goma, leche, inyección hipodérmica de morfina, bicarbonato de potasa o de sosa.

CLOROFORMO (INHALACIÓN).—Tracciones de la lengua ; aire libre ; despejar de todas las ligaduras al enfermo, estimularle con una servilleta mojada, duchas frías y calientes alternas sobre la cabeza, respiración artificial, inhalaciones de nitrito de amilo y posición declive de la cabeza.

CLOROFORMO (INGESTIÓN).—Lavado del estómago o vomitivos. Ingerir una solución de carbonato de potasa, enemas de café, inhalaciones de nitrito de amilo.

COBRE.—Lavado del estómago o vomitivos ; láudano al interior, cataplasmas laudanizadas en el vientre ; alimentación, leche.

COCAÍNA.—Inhalaciones de nitrito de amilo ; inyecciones hipodérmicas de cafeína.

CÓLCHICO. — Inhalaciones de nitrito de amilo, inyecciones hipodérmicas de éter ; ácido tánico a dosis de 1 gramo repetidas con frecuencia ; agua albuminosa, tisana de cebada.

CORNEZUELO.—Vomitivos. Aceite de ricino, 30 gramos ; ácido tánico a dosis de un gramo ; con mucha frecuencia inhalaciones de nitrito de amilo. Calor en las extermidades.

DIGITAL.—Vomitivos : té muy fuerte o ácido tánico 1 gramo, muchas dosis : estimulantes y posición horizontal.

ESTRICNINA.—Lavado del estómago o vomitivos ; hidrato de cloral a altas dosis ; inhalaciones de nitrito de amilo ; respiración artificial.

FÉNICO (ACIDO).—Vomitivos ; ingestión de sulfato de magnesia y sulfato de sosa, 30 gramos en tres cuartos de litro de agua caliente ; agua al-

buminosa para bebida usual; aguardiente con agua, inhalaciones de oxígeno, inyección hipodérmica de 1 miligramo de sulfato de atropina.

FÓSFORO.—Vomitivos. Esencia de trementina a la dosis de 2 gramos cada media hora. Sulfato de magnesia, 15 gramos.

GAS DEL ALUMBRADO.—Respiración artificial, inhalaciones de oxígeno, enema de café; sinapismo en la región precordial.

IODO.—Ipecacuana. Agua albuminosa; inhalaciones de nitrito de amilo; clorhidrato de morfina para calmar los dolores.

MORFINA.—Vomitivos o lavado del estómago. Enemas de café o inyecciones hipodérmicas de cafeína; inhalaciones de nitrito de amilo; respiración artificial.

HONGOS Y SETAS.—Lavado del estómago y vomitivos; XX gotas de tintura de belladona en agua, o inyección hipodérmica de 1 miligramo de atropina; aceite de ricino 30 gramos; cataplasmas en el vientre.

NITRATO DE PLATA.—Vomitivos. Sal común disuelta en leche o agua. Agua albuminosa para bebida usual.

NÍTRICO (ACIDO). *Agua fuerte.*—Grandes dosis de jabón y de agua tomadas en seguida. Magnesia o agua de cal. Leche, agua albuminosa; inyección hipodérmica de morfina.

NITROBENCINA.—Lavado del estómago o vomitivos; aguardiente o éter a menudo como estimulantes; XXX gotas de tintura de belladona; inhalaciones de amoníaco.

OPIO.—Vomitivos; golpear al enfermo la cara con una servilleta mojada; paños de agua fría en la cabeza; café fuerte o inyecciones hipodérmicas de cafeína; inyección hipodérmica de 2 miligramos de atropina.

PETRÓLEO.—Lavado del estómago o vomitivos. Estimulantes y calor en las extremidades.

PLOMO.—Lavado del estómago o vomitivos. Acido sulfúrico, dos gra-

mos diluídos en agua. Agua albuminosa a voluntad; inyección hipodérmica de morfina.

PONZOÑAS.—Cualquiera que sea el animal que ha depositado la ponzoña en la superficie de la herida, el tratamiento consiste en impedir la absorción del virus, expulsarle y destruirle. Para este fin, se liga la región por encima de la herida, se lava ésta con agua hervida y templada dejando correr la sangre, se verifica la succión con ventosas o con la boca si no está erosionada, y se cauteriza con hierro al rojo blanco, ácido sulfúrico concentrado, ácido crómico, nitrato de plata o cloruro de zinc, etc. Si la ponzoña ha sido absorbida, se emplean los antídotos, que en este caso son los sudoríficos, para eliminar el veneno por la piel (infusión de flor de sauco con algunas gotas de amoníaco; infusión de hojas de jaborandi, etc.). Localmente cura antiséptica. Este mismo es el tratamiento de la picadura del crótalo y de la víbora.

La del *escorpión* requiere el amoníaco al interior y localmente fomentos boricados templados al 5 por 100.

La picadura de la *araña* se cura fácilmente aplicando compresas de oxicrato, y en las de *abeja, avispa* y *abejorro,* hay que sacar el aguijón y después se aplican lociones de agua fría o de agua y vinagre.

POTASA.—Agua vinagrada, ácido acético, ácido cítrico a voluntad. Agua albuminosa, leche, cocimiento de avena o tisana de cebada. Aceite de olivas en abundancia.

SOSA.—Agua y vinagre. Leche o agua albuminosa; aceite de oliva.

SUBLIMADO CORROSIVO.—Lavado del estómago o vomitivos. Clara de huevo; agua albuminosa. Estimulantes.

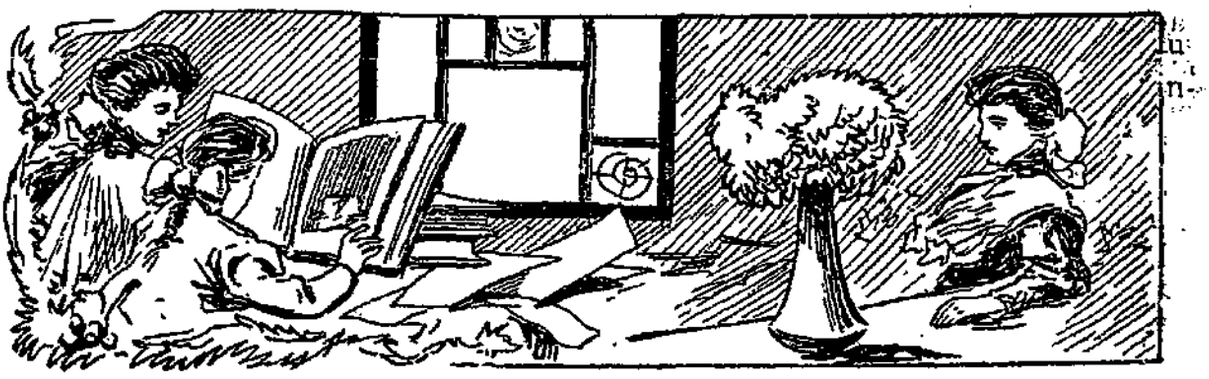
SULFÚRICO (ACIDO).—Agua de jabón o agua sola en gran cantidad. Después, magnesia, leche, claras de huevo y clorhidrato de morfina.

TABACO.—Vomitivos. Té fuerte. Nuez vómica.

TÁRTRICO (ACIDO).—Agua de cal. Aceite de ricino.

TREMENTINA.—Vomitivos. Sulfato de magnesia, 30 gramos. Agua albuminosa. Láudano o morfina.

ZINC (SALES DE).—Carbonato de potasa o de sosa en gran cantidad disuelto en agua. Té fuerte. Láudano o morfina. Cataplasmas laudanizadas en el vientre. Leche y huevos en agua tibia.



LOS REMEDIOS MÁS USUALES

MEDICINA DE URGENCIA

Siguiendo el plan que nos hemos trazado de procurar que las jóvenes estén bien instruídas en todo aquello que pueda serles de gran utilidad, proseguimos la reseña de la *Medicina de urgencia* que tan prácticos beneficios puede reportar en innumerables casos.

ASFIXIA

Nos referimos a la que puede producirse por *inmersión*, por *estrangulación*, por *gases irrespirables* y por *congelación*.

La *inmersión* es casi siempre en agua, pero puede serlo en un medio sólido y puverulento como arena, yeso, harina, salvado; el resultado es idéntico.

Debe reconocerse la boca y la nariz, para extraer los cuerpos extraños que en ellas pueda haber, cuando la inmersión ha sido en sólido, o cuando la asfixia ha sido por *atraco*, es decir, por la introducción forzada en la boca hasta la laringe, de trapos, pelotas u otros cuerpos. Si se trata de un ahogado, se le echa sobre el lado derecho, se hacen tracciones de la lengua, se le coloca en sitio abrigado, calentando el cuerpo con bayetas calientes, saquitos de arena o botellas de agua caliente; se practican fricciones enérgicas con cepillo, se le hace aspirar amoníaco breves momentos, y se pone

un enema de agua, sal y vinagre; si hubiera fenómenos de congestión, se practica la sangría o revulsión enérgica a las extremidades inferiores, y si náuseas, un emético. En los demás casos, idénticos procedimientos aunque menos insistentes, puesto que la pérdida de calor es menor que en los ahogados. En todos convienen las inhalaciones de oxígeno cuanto antes, y después que pueda tragar, se les dan bebidas estimulantes, vino caliente, agua de Colonia o aguardiente alcanforado en doble cantidad de agua, a cucharadas.

En la asfixia por *estrangulación*, se debe practicar en seguida la sangría de la yugular y después de todo lo ya consignado, pero sin abusar del calor.

La *congelación* ofrece grandes cuidados; el individuo aterido de frío, sin alimento en su cuerpo, ni abrigo con que cubrir sus carnes, experimenta sensación penosa, lucha, hace ejercicio, pero bien pronto el sueño invencible, la debilidad de las piernas y un decaimiento general, le obligan a sentarse, no tardando mucho en dormirse, quizá para siempre, si no se le auxilia pronto.

Cuando aun queda vida, es cometer una verdadera imprudencia tratar de que reaccione el enfermo con la aplicación del calor; debe empezarse por meterle en un baño de agua fría y darle fricciones con hielo; después fricciones con esponjas empapadas en agua tibia, después en agua templada; después se le aplican revulsivos, inhalaciones de oxígeno o amoníaco, y, por último, bebidas calientes y estimulantes; vino caliente, caldo, café.

CARBUNCLO

Esta afección puede adquirirse muy fácilmente, sobre todo, en el campo, donde las moscas pican a muchos animales muertos, y al hacerlo a las personas las inoculan el mal. El pronóstico es muy grave, y no tratado a tiempo, puede decirse que es mortal.

TRATAMIENTO. *Incisión crucial cauterizando* con el termo-cauterio o a falta de él con un hierro al rojo. *Inyecciones hipodérmicas* alrededor del grano con solución *fenicada* al 2 por 100, tres veces al día, o de *sublimado* al 1 por 1,000, o de solución *iodada* al 1 por 200. Al interior sulfato de quinina, ácido fénico o ioduro potásico, pociones tónicas de extracto blando de quina (4 gramos en 120 de agua, y 30 de alcohol y jarabe de cidra, p. t., a cucharadas).

El edema se combate con las escarificaciones. Este es el tratamiento clásico.

El doctor Pascual aconseja dejar caer sobre el centro de la pústula IV gotas de una *disolución de sublimado* al 1 por 25, de uno a tres días seguidos.

DELIRIO

El delirio puede ser agudo o crónico; a nosotros nos corresponde ocuparnos del agudo, cuando adquiere violencia extraordinaria. En la meningitis, meningo-encefalitis, invasión de la viruela, en la neumonía y en las fiebres infecciosas, es muy frecuente el trastorno y exaltación de las facultades intelectuales; la cara está encendida, animada y cubierta de sudor, los ojos brillantes, el lenguaje es incoherente y sin razonamiento, hay alucinaciones, el enfermo vocifera, insulta, amenaza y acomete, salta de la cama, y algunas veces intenta salir de la habitación o tirarse por la ventana.

A veces el delirio se presenta por accesos intermitentes, cotidianos o tercianos con apirexia completa y perfecto estado de salud en el intervalo, constituyendo signo diagnóstico de una *fiebre perniciosa*.

Tratamiento. — Revulsión enérgica, administración de espasmódicos, dejar a obscuras la habitación y evitar todo ruido alrededor del enfermo.

Alcanfor dividido con yemas de huevo	10 centigramos
Jarabe de sulfato de morfina	20 gramos
Emulsión azucarada	100 —

Mézclese para tomar a cucharadas.

Bromuro de sodio Hidrato de cloral	aña. 2 gramos.
Extracto de opio	5 centigramos
Jarabe de azahar	30 gramos
Agua de melisa	60 —

Disuélvase y mézclese para tomar a cucharadas.

Almizcle	1 gramo.
Yema de huevo núm. 1	
Cocimiento de malvavisco	300 gramos.
Hidrato de cloral	2 —

Para dos enemas.

Cuando se sospecha que el delirio puede reconocer origen palúdico, se administrará la quinina a grandes dosis. El delirio anémico producido por la dieta y la inanición que se presenta en el último período de las enfermedades agudas y en la convalecencia, se combatirá alimentando a los enfermos, con proscripción absoluta de los revulsivos y de las substracciones sanguíneas. Contra el delirio del último período de las enfermedades crónicas no hay recurso terapéutico, pues indica la trombosis caquéctica o marasmática de los senos de la dura-madre y es signo de muerte próxima.

ECLAMPSIA

Es un ataque convulsivo, frecuente en los niños y en la mujer en estado de gestación, parto o puerperio. En los niños es producido casi siempre

por perturbaciones digestivas y de la dentición, o es una forma terminal de las enfermedades agudas.

Síntomas.—Lo general es que se presente repentinamente el ataque parecido al de la epilepsia.

El acceso convulsivo se manifiesta en casi todos los músculos de la cara, que toma un aspecto aterrador. A veces se contraen los de un lado con torcedura y retracción de la comisura bucal, la mandíbula inferior se aprieta contra la superior a causa del trismo, o se mueve lateralmente por el espasmo, dando lugar al crujido de dientes, y los ojos se hallan vueltos hacia arriba, o a un lado, adquiriendo la mirada una fijeza extraña, síntomas que se acompañan con la pérdida del conocimiento. Después toman participación los músculos del tronco y de los miembros; la respiración es a veces lenta y penosa, seguida después de movimientos respiratorios rápidos y superficiales, y con frecuencia son expulsados involuntariamente las heces ventrales y la orina por parálisis de los esfínteres.

El ataque suele durar pocos minutos.

Pronóstico.—Es muy grave en las mujeres al principio del parto, y en los niños cuando se presenta en el curso de enfermedades agudas; la determinada por indigestión o por trastornos de la dentición, cura con mucha frecuencia.

Tratamiento. — En las embarazadas, régimen lácteo absoluto, purgantes, 4 gramos al día de cloral, inhalaciones de oxígeno, baños calientes. En el momento de iniciarse el acceso, *inhalaciones de cloroformo o de éter;* durante el acceso, prevenir las mordeduras de la lengua, colocando una compresa entre los maxilares. En los períodos que separan los accesos, *enemas purgantes, cloral, oxígeno, baños calientes, inyecciones de suero artificial.*

En los niños difiere algo el tratamiento; las *inhalaciones de cloroformo* ocupan preferente lugar; basta echar una cucharadita de cloroformo en un pañuelo y colocar éste delante de la nariz del niño, de tal modo, que quede entre ésta y el pañuelo una capa de aire.

Los *purgantes vomitivos,* según los casos, se hallan muy indicados: ipecacuana, calomelanos, aceite de ricino, infusión de sen.

FIEBRE PERNICIOSA

Hay numerosas variedades; la forma *comatosa* se caracteriza por somnolencia cada vez más profunda hasta llegar al sueño letárgico. La forma *delirante* está caracterizada por delirio furioso que termina por el *coma* o por *convulsiones.*

La forma *sincopal* recibe el nombre del síncope en que permanece el enfermo. En la forma *paralítica* se producen parálisis parciales, hemiplejia y paraplejia. La forma *hemorrágica* se acompaña de hemorragias múltiples.

Existen otras formas de fiebres perniciosas que sería muy extenso enumerar. El diagnóstico suele ser difícil; el pronóstico es muy grave. Hay que obrar con rapidez y energía; desde el momento que el médico sospeche o diagnostique las fiebres perniciosas, debe administrar la quinina a altas dosis por la vía bucal o hipodérmica, siendo esta última la preferible.

Recientemente se aconseja el *clorhidrato doble de quinina y urea*, que según el doctor Solis-Cohen, es la mejor sal contra el paludismo en todas sus formas. En la leve, una inyección hipodérmica de 60 centigramos a 1 gramo en 1 centímetro cúbico de agua esterilizada y después al interior igual cantidad dos veces al día durante una semana. En las *perniciosas* se repiten las inyecciones.

También recomiendan la *calaya*, Tolosa Latour, Montaldo, García Belenguer y Periáñez, que se administra a la dosis de 5 cucharadas cada media hora desde el momento del acceso; se considera mejor que la quinina.

JAQUECA

Síntomas.—Hay una fase caracterizada por síntomas de excitación unas veces, de *depresión* otras, y pasadas algunas horas suele estallar el acceso. El dolor es enorme; la cara está *pálida* o *inyectada*, hay *latidos de la temporal*, bostezos, náuseas, vómitos, estreñimiento, ineptitud para el trabajo y sueño.

Se ha empleado contra los accesos de jaqueca toda la medicina analgésica: morfina, fenacetina, antifebrina, antipirina, cafeína, exalgina, lactofenina y otros.

He aquí algunas fórmulas de las de más seguro éxito.

Clorhidrato de morfina	5 centigramos.
Agua destilada de laurel cerezo	5 gramos.

Para inyecciones hipodérmicas; de 1 a 3 al día.

Fenacetina	50 centigramos.
Exalgina.	20 —

Divídase en 2 sellos para tomar 1 a 2 al día (muy segura).

Lactofenina	2 —

Divídase en 2 sellos para tomar 1 a 2 al día.

Migranifina	4 gramos.

Divídase en 4 sellos para tomar 1 por dosis.

HEMORRAGIAS

La hemorragia nasal puede producirse por muchas causas.

Generalmente se corrige con facilidad la hemorragia traumática con medios sencillos, como son las lociones y sorbitorios de agua fría o helada con vinagre, aplicación a la frente de una vejiga de hielo, y en caso más apurado, se recurrirá al taponamiento. El tapón se hace con algodón en rama, procurando que sea más bien pequeño, con objeto de poderlo intro-

ducir profundamente, dato que ha de tenerse muy en cuenta, pues si el tapón por su tamaño queda a la entrada de las fosas nasales, no obra ni por compresión en la herida ni por el hemostático de que va impregnado; éste puede ser el *precloruro de hierro* al 1 por 20 o de *tanino* al 5 por 50 de agua, o de *cornezuelo de centeno*.

Cuando las hemorragias son bucales procedentes del aparato respiratorio, pueden ser bronquiales o pulmonares.

Se colocarán ventosas en diferentes puntos del tórax, sinapismos volantes, pediluvios, el jarabe de codeína a cucharadas pequeñas para calmar la tos.

Cuando la sangre procede del estómago, deben ponerse vejigas de hielo en el epigastrio, ventosas secas en gran número en los miembros inferiores, y al interior bebidas heladas, acídulas y astringentes, y los hemostáticos enérgicos en poción o en inyecciones hipodérmicas.

La *limonada cítrica* muy fría o helada para tomar a cortadillos.

Cuando se repite la hemorragia, o es de gran intensidad o el enfermo se ve amenazado por el síncope, se empleará inmediatamente la inyección de suero Hayen en las venas cuando la indicación sea urgente, subcutánea en los demás casos.

HISTERISMO

Es una neurosis producida por aumento de excitabilidad de los centros nerviosos. Es más frecuente en la mujer que en el hombre, y existen dos formas: convulsivas y no convulsivas.

Cuando da la convulsión debe colocarse a la enferma en la cama, aflojar sus vestidos y aproximar a su nariz un pañuelo con unas gotas de éter, o poner en las fosas nasales unas compresas con vinagre. Debe hacerse también *aspersiones* de agua fría y hacer *tragar ésta* a la enferma, aunque devuelva los primeros tragos.

A la terminación se administrará infusión caliente de tila o valeriana y se deja en reposo a la paciente. En el *intervalo del ataque* son innumerables los medicamentos recomendados, figurando a la cabeza los bromuros asociados en la siguiente fórmula:

Bromuro de potasio	} aña. 5 gramos.
— de sodio	
— de amonio	
Agua destilada de azahar	120 —
Jarabe de flor de naranjo	30 —

Disuélvase y mézclese para tomar 1 cucharada grande por mañana y tarde.

La fenacetina, exalgina y antipirina combaten con éxito las neuralgias.

Fenacetina	} aña. 1 gramo
Exalgina	

Mézclese y divídase en 4 sellos para tomar 1 por dosis.

La vida de campo, los baños tibios prolongados varias horas, las duchas alternas de treinta segundos de duración y los baños eléctricos producen excelentes resultados.

QUEMADURAS

Las quemaduras pueden ser producidas por cuerpos sólidos, líquidos o gaseosos; las determinadas por los primeros suelen ser poco extensas; las demás, interesan muchas veces toda la superficie cutánea.

Pueden tener de 1 a 6 grados.

Son graves las de cuarto, quinto y sexto grado, pero también pueden serlo las de segundo y tercero cuando ocupan mucha extensión o afectan a determinados órganos; las quemaduras del cuero cabelludo y las del vientre son con frecuencia mortales.

Si hay colapso, se combatirá en los primeros momentos con bebidas calientes y estimulantes, preferentemente café con ron o aguardiente, o con inyecciones hipodérmicas de cafeína (1 gramo en 10 de agua). Después, baño general templado en los casos de quemadura extensa.

Tratamiento local.—En las de primer grado se harán aplicaciones de hielo o agua fría al principio para calmar el dolor, o bien toques con solución de cocaína al 1 por 20, y después se cubre la parte con vaselina bórica, gasa o algodón.

Las de *segundo grado* se tratan pinchando las flictenas y cubriendo con algodón; si la epidermis se desprende, igual cura que la anterior.

Las de *tercero y cuarto grado* se limpiarán perfectamente con solución bórica al 5 por 100, y se aplica después el linimento óleo-calcáreo o pomadas y soluciones antisépticas.

Aceite de olivas	60 gramos.
Agua de cal.	aña. 10 —
Salol	

Para aplicar en la parte, cubriendo después con gasa iodofórmica, algodón hidrófilo y vendaje.

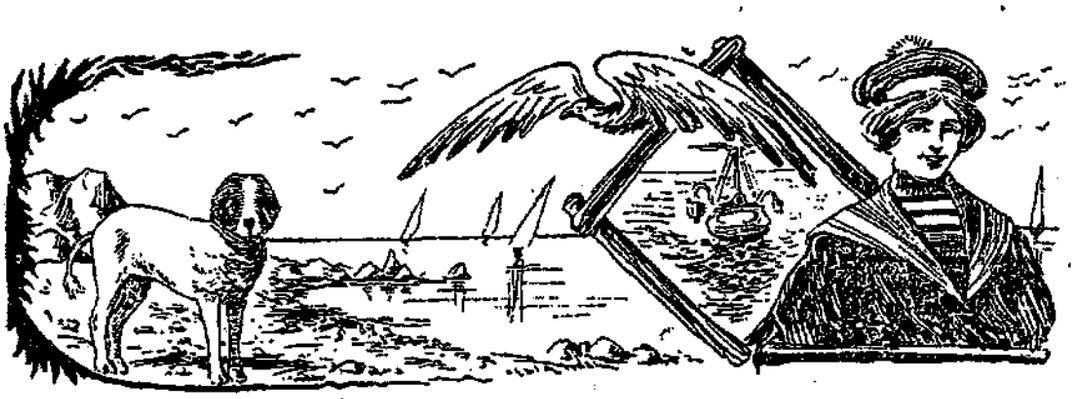
Acido bórico	2 gramos.
Iodoformo	1 —
Vaselina	40 —

Hágase pomada.

Eurofeno	2 —
Aceite de olivas	10 —
Sanolina	50 —

Hágase pomada.

Las quemaduras de *quinto grado* se curan con soluciones antisépticas, se espera a que se desprendan los tejidos mortificados y se atiende al estado general, combatiendo el colapso.



LAS PEQUEÑAS CUALIDADES

«Yo devuelvo al público lo que él me ha prestado: he tomado de él la materia de esta obra: es justo que habiéndola acabado con toda la atención por la verdad de que soy capaz y que él merece de mí le haga la restitución.»

LA BRUYÈRE.

Misión del literato y del publicista es la de ser observador sincero que de su investigación obtenga preciosos tesoros.

Mas es precisa la costumbre de ver. Ante un conjunto de pedruscos, el indiferente no hallará más que la materia bruta, sin detenerse a pensar que de aquellos minerales pueden extraerse inestimables joyas.

Nada hay más fácil que *el natural;* nada puede inventar la fantasía, capaz de sobrepujarle; ni existe obra literaria que distraiga el cerebro educado del pensador moderno, como los cuadros que en la vida pública y privada nos brinda.

Admiradores respetuosos—cual todo el que considera su profesión como un sacerdocio—de la labor investigadora y del buceo intelectual que en sus trabajos nos presentan novelistas y dramaturgos del día, asistimos a su lección en el libro o en el teatro, respetando el trabajo ajeno y *desmenuzando* psicologías. Cautivan nuestra espectación la factura y el modo de «mover los muñecos». Pero vemos esto sin divertirnos, como quien asiste a una sesión de asuntos profesionales, desilusionados, como el prestidigitador que está en el secreto de un juego y que, aun viéndole hacer con la limpieza mayor, sabe cómo se hace y no se emociona, aunque vea que una paloma viva, momentos después aparezca en una cazuela cual si

saliera del fogón recién guisada; y luego, de pronto, sale volando por las galerías a beneficio del que la caza.

A este propósito, recordamos que una dama entusiasta por las novelas de capa y espada, leía una cuyo protagonista se llamaba Raul y era víctima de un criminal atentado. Nuestra amiga nos contaba a cada instante sus impresiones sobre la novela, y un día la encontramos nerviosa y con los ojos enrojecidos por el llanto. Tenía *la cualidad de sentir por otros*.

—¿Qué sucede?—nos atrevimos a preguntar, intimidados ante aquel dolor que ignorábamos de qué provenía y que temíamos exacerbar con nuestro interrogatorio.

—¡Qué han matado a Raul!

—¡María Santísima! Eso no puede ser, no estará bien muerto.

—¡Pues vaya si lo está! ¡Cómo que era primo de Luis XIII y el rey lo reconoce como si fuera un médico forense y dice que sí!

—¡Bueno, pues él resucitará y mucho antes del día del juicio.

—¡Qué no!

—¡Qué sí! ¿No ve usted, señora, que Raul es el protagonista y que la obra tiene seis tomos y estamos a mediados del primero?

Perogrulladas como esa, y no tan de brocha gorda, nos ocurren a cada paso.

Así es que buscando solaz y la verdad mundial eterna, *el natural* nos atrae con fuerza irresistible.

Todo en él es importante: lo pequeño y lo grande. *Magna in parvis.*

Lo grande está en lo pequeño. Mas, ¿quién puede separarlos? ¡Cuántos hechos grandes registra la historia, que a nuestro juicio son grandes... infamias, vanidades y bravatas de matón tabernario, vestidas con la cota de malla y poetizadas por nuestro sin igual *Romancero!*

En cambio, como dijo el filósofo, desde el cuento de hadas que nos arrulla en nuestra cuna, hasta la idea de lo infinito que conturba nuestro espíritu en la edad de la reflexión, nuestra vida entera es una aspiración constante hacia lo desconocido.

Todo lo grande nos seduce y atrae; un océano sin límites, un espacio de inmensidades sin fin, esa multitud de astros suspendida sobre nuestras cabezas, la tempestad con sus horrores, el cielo con sus noches serenas; para representarnos a Dios, nos imaginamos una figura colosal, cuya cabeza se pierde entre las nubes y cuyos pies se confunden con el abismo. Y, sin embargo, al lado de ese mundo infinitamente grande, que a todos nos admira, hay otro mundo infinitamente pequeño, mucho más admirable, mil veces más poderoso, mil veces más fuerte, mil y mil veces más digno de nuestra atención.

No hay en ese microcosmos punto alguno donde la idea del *no ser* tenga significación; en cada átomo de aire se ocultan millares de seres, en cada gota de agua pululan sinnúmero de organismos, y existe *la vida* en el

polvo que cubre nuestros muebles, en la ligera pelusa de nuestras ropas, en las sutiles vellosidades de los pétalos de las flores. El tiempo que abate y destruye al más fuerte coloso, es impotente contra el mísero infusorio. Una huella perdida en un terreno fósil, una parte de esqueleto petrificado por los siglos, restos informes reconstruídos por la habilidad de un naturalista, atestiguan a las generaciones actuales que allá, en las épocas antidiluvianas, existió la especie gigantesca del mastodonte y del plexiosauro; en cambio, ciudades, cordilleras, continentes enteros demuestran al hombre la presencia de esos organismos microscópicos, admiración del sabio, libro abierto para el pensador y el filósofo, testimonio de la portentosa grandeza de lo infinitamente pequeño.

La teoría ultramoderna de la materia única inconscientemente va ganando terreno, mejor dicho, ha sentado sus reales en la mente de todos.

La fauna, la flora y la gea, tienen no sólo afinidad científica, sino fraternidad moral.

Así, cuando en la genial obra de Benavente, *La noche del sábado*, evoca el autor el concurso del «hermano lobo» y de la «hermana agua», el bien cultivado espíritu del auditorio no se sorprendió de aquel originalísimo conjuro y le oyó con verdadera unción.

Y, pues la fauna tiene sus microscópicas fuerzas, la flora sus criptógamas y la gea sus puntos luminosos de diamantes y pedrería ¿por qué no hemos de desentrañar los *átomos* del sentimiento humano?

Tales son *las cualidades pequeñas*.

Ya canta la historia y loa el arpa las grandezas de Safo, Semíramis, Cleopatra y la huéspeda con que no sabemos si contaba o no contaba Salomón.

Sabemos que Friné se defendió con su propia belleza de las hostilidades de sus jueces. Sabemos que hubo una heroica y santa Doncella de Orleáns, una Isabel la Católica, una Doña Berenguela, una reina loca de amor y muchas heroínas santas, reales y fantásticas.

Hora es de que salga a luz la heroína anónima, la que en *la lucha por la existencia* forma en las huestes domésticas y femeninas como el *Juan Soldado* que sintetiza el patriotismo y el heroísmo del ejército español.

Pues no sé qué digamos a las lectoras en punto a saber defender su existencia y la patria, que es el conjunto de las familias españolas. Aun no hemos venido en averiguación de quién la defiende con más valor: si los hombres con el fusil, o las madres de familia y las hijas que llenan su misión, como quien son, dentro de la casa y fuera de ella, repartiendo su savia intelectual y física en los mezquinos y ruines medios de ganarse el pan que la constitución social y política del país y sus costumbres les permiten.

No vamos a tratar del debatido problema del feminismo.

Mucho podríamos decir de ello y algo diremos de pasada, a la ligera,

porque no es posible hablar de *las pequeñas cualidades* femeninas, sin dedicar alguna de nuestras opiniones a tan capital asunto.

Si desde remotas edades no se ha acostumbrado a la gimnasia del estudio metodizado, el cerebro femenino quizá tenga la herencia de esa inercia o apatía forzosa, con bastantes y honrosísimas excepciones.

Si no es costumbre hacernos estudiar, nada de extraño es que no la tengamos; mas en las escuelas donde se practica la coeducación, vemos iguales y a veces mayores aptitudes de estudiantes en las niñas que en los niños. Y en punto a seriedad y respeto para estudios y profesores, observamos más constancia y aplicación generalmente en las niñas que en los niños.

Nada hay más grande ni más heroico que las infinitas *pequeñeces* que tiene que llevar a cabo la mujer, y como esto es así, se debe educar a las niñas para que sepan en su día practicar *las pequeñas cualidades* que tienen por objeto el asegurar una gran felicidad a todos los que amamos.

En el orden moral y afectivo, véase lo necesarias que son las pequeñas cualidades, para saber replicar oportunamente, callar cuando es menester; no ser causa de disenciones y suavizar las que otros provoquen; saber amar siempre y saber también dejar sin protestas, aunque no sin amargura, de figurar en primera línea en el corazón de algunos de los seres queridos. Esto ocurre, por ejemplo, cuando los hijos crecen y el amor apunta en sus juveniles almas. Los entusiasmos que produce ese cariño, para ellos hasta entonces desconocido, unidos a la ley natural que ordena *dejar al padre por seguir al esposo*, hace que los hijos releguen a sus padres a un segundo lugar. ¿Cuál será el corazón materno que no sangre, al notar lo poco que va significando para el hijo amado, comparado con la impetuosidad del nuevo afecto? Esta amargura, si no se sabe encauzar, puede ser causa y origen de gravísimos disgustos, porque los hijos creen ver oposición dónde sólo hay el grito de rebelión al ver huir su cariño. ¡Qué hermosa y sublime es la *pequeña cualidad* de saber inclinar la cabeza y dejar paso franco al invasor, conformándose voluntariamente con el *segundo lugar*, en aras de la paz y la dicha del hijo amado! ¡Cuán bello es el refuerzo que significa el hacer tornar al corazón las lágrimas que pugnan por escaparse, para que ellas no enturbien ni ensombrezcan la radiante alegría del *amor* nuevo!

La vida de la mujer está sembrada de ocasiones en que ejercer esas *pequeñas cualidades*, que son gigantescas si se aprecia el beneficio inmenso que reportan, y es de gran precisión iniciar en ellas a las niñas. Saber reprimir los deseos, renunciar a diversiones o acudir a ellas sin gana; abdicar de todos los gustos propios para sólo complacer los de los demás; acallar las tristezas que padecemos; reprimir la alegría que se desborda; indentificarse, en fin, con los gustos, el genio, las aficiones y los caracteres de los seres queridos; ser niña con los niños; joven e indulgente con la

gente moza; seria con el hombre reflexivo; pensadora con el caviloso; alegre con el abierto de genio; trabajadora con el activo. He aquí un conjunto de *pequeñas cualidades* que, en unión de otras muchas, producen la dicha ajena; y aunque el ejercerlas contraríe no poco el verdadero modo de ser de la que las lleva a cabo, el ver risueños y alegres a los seres queridos sirve de lenitivo al sacrificio; y también el reflejo de la dicha ajena tiene sus encantos y sus íntimas satisfacciones.

En capítulos anteriores hemos apuntado lo hermoso que es el que al volver el pensamiento a los lejanos días de la juventud, las hijas piensen que durante su permanencia en el hogar paterno, los que las dieron el ser fueron dichosos, porque ellas llenaron la casa con su alegría, su amor filial y sus minuciosos cuidados.

Pues bien, cuando el tiempo pasa; cuando la hija de ayer es hoy madre, las penas y luchas de la vida habrán desde luego amargado su carácter. Hora es entonces de que aprenda a ejercitar una *pequeña cualidad:* la de saber llorar a solas; la de no turbar los floridos días de la juventud con anticipadas tristezas; la de pensar que las penas que ella sufrió, les tocará a su vez sufrirlas a sus hijos, y que justo es que, al menos, recuerden los años juveniles con rosados espejismos. Que se lleve a los hijos del hogar la ley de la Naturaleza, pero que no los eche el sombrío carácter de sus progenitores; y que, al salir para formar un nuevo hogar, no lo hagan con el suspiro de satisfacción que lanza el preso al recobrar la libertad, sino con el temor del que deja lo cierto para correr tras lo dudoso; con el recelo del que no sabe cómo le irá, pero sí sabe que se deja atrás la dicha.

Para que los hijos no recuerden con sombrío terror los años juveniles, es necesario ejercitar un sinnúmero de *pequeñas cualidades;* es preciso saber echar llaves y cerrojos a las penas que arrancan lágrimas, y enmascarar las huellas que en el alma humana deja el paso del tiempo. La alegría es tan digna de respeto como la pena.

*
* *

La dueña de casa debe ser la *señora*, y, aunque tenga quien la sirva, *la más trabajadora de las sirvientas.*

Debe pasar de la cocina al salón y vice-versa.

Debe saber sentarse al piano y ante el cesto de repasar la ropa blanca; vestirse por la mañana, según la profesión de que viva la familia, a una hora prudencial; organizar los desayunos, aunque no tenga que hacerlos; revistar toda la casa; dirigir y colaborar en la diaria limpieza; registrar fresquera, aparador y vasares para aprovechar los restos—si los hay—de la comida de la víspera, incluso el pan que, tostado como es sabido, recupera su blandura, o sirve para sopa o picatostes.

Dirigir el trabajo del día, pues por mucho que se parezca uno a otro,

casi siempre se presentan quehaceres distintos según el día que sea de la semana.

Limpiar la ropa de los varones de la familia a conciencia, sin olvidar los bolsillos y cuidar de que luego en ellos no falte el albo pañuelo, la cartera, el reloj y el portamonedas, para que éstas no vayan sueltas ensuciando las faltriqueras y de rechazo las manos que en ellas se introducen.

Alguien dirá que es demasiada esclavitud la de examinar hasta el último perfil la indumentaria masculina a nuestro cargo, pero insistimos en ello porque, si los caballeros son atildados, agradecerán y apreciarán tal solicitud, y si son descuidados, porque más que los presumidos habrán menester de cuidados y atenciones.

Este exquisito y minucioso trabajo tiene una bella recompensa. La de que los hombres que amamos, padres, hermanos, esposos o hijos, llegan a no poder vivir sin nosotras. La aspiración constante de la mujer debe ser resultar para los suyos más que útil, indispensable.

Los niños también ocupan, sea cual sea su edad, la atención de la señora que los tiene o que los cuida.

Sin obligarles a una molesta auto-vigilancia para que no se manchen, bueno es inculcarles la afición al aseo y a no estropear demasiado la ropa.

Bañarlos a diario si hay facilidad, limpiarlos cuanto sea posible y, si llevan algún sello del desayuno en el rostro o algún *lamparón* en el delantalito, que resulte esto accidental, de fácil y pronta enmienda, mas no crónico, descrédito de amas de casa y sambenito de las pobres criaturas, que, si son hermosas, no lo parecerán tanto mal perjeñadas, y si son feas, lo estarán más ; y toda mujer que ama a los niños, debe tratar de embellecerlos y de contribuir a rodearlos de una atmósfera de simpatía.

Aguzad el ingenio para que todo en vuestro hogar parezca tocado por el hada que convirtió en tissú el vestido de la Cenicienta del cuento eterno.

A falta de varita de las virtudes, tenéis la virtud de vuestro talento y voluntad, y sangre de trabajadoras ; y a falta de oropeles, vuestros dorados, vuestros cristales, vuestros muebles, que pueden brillar de limpios y estarán diciendo al espectador quién es la protagonista de semejante cuadro.

Definid ante todo vuestro tipo moral, pues aunque os predicamos la mayor cultura, conceptuamos el primer escalón el *ser persona*, una *persona agradable*, correcta en su porte, en su trato y en todo, y después, ¡ vengan filigranas !

Cuidad de que vuestros deudos varones lleven el dinero preciso para hacer un papel decoroso en la calle, en el café, en el tranvía, aunque esta *modesta esplendidez* os cueste alguna privación doméstica que *os tengáis que imponer*. El afecto de los que vean cómo os preocupáis por quitar abrojos de su camino y por que se presenten digna y desembarazadamente, os pagará con creces.

No los desaniméis jamás en cualquier aspiración o negocio de poco riesgo, ni les escatiméis gastos para libros, estudios o empresas racionales y nobles.

Muchos cerebros grandes han resultado estériles porque no han tenido el valor que infunde una buena colaboradora; porque les han negado, con pretexto del *arreglito de la casa*, un poco de semilla para sembrar.

Desanimar a un hombre, marchitar sus sueños de trabajo y gloria, es conducirle a una derrota segura y *achicar* su figura social y su inteligencia, haciéndole desconfiar de sí mismo.

Si el general de un ejército dijera a sus huestes en el momento de asaltar una fortaleza: «Subid, pero os caeréis; el enemigo os vencerá; no servís para la lucha», ¿sería un buen general? ¿Podría conquistar algo?

No, señor.

Se hundirían el ejército y la nación y todo; mientras que si el jefe dice al subordinado que cada hombre de armas es un valiente y que se van a *tragar el mundo* ¡se lo tragan!

Pues esa sugestión doméstica ha hecho muchas fortunas y muchas desgracias.

Niños que al llegar a un examen van mal impresionados con el pesimismo materno y que ante el imponente tribunal sienten aún repercutir en su oído la palabra de despedida:

—Anda, a ver si te dan unas calabazas, porque los milagros que tú hagas...

Esos fracasan casi seguramente.

Hombres que no han hallado más que una mueca desdeñosa cuando han expuesto un plan que no ofrecía el resultado en el acto; millares de seres, de entidades morales, han sucumbido ante la hostilidad escéptica, que tan admirablemente grafica Antonio de Trueba, el poeta inmortal, en el prólogo de sus poesías «*El libro de las montañas*»:

«Vulgo que no ves nunca
flor si no nace,
día si no amanece,
sol si no sale...»

La madre y la mujer que tenga cerca «la sombra de un hombre», como dicen las que saben cuánto vale ésta en un hogar, deben recordar la hipnótica teoría del gato de los cuentos de Andersen, cuando aconseja a un chico lo que debe hacer para andar por los tejados:

—Piensa que no te caes... y no te caes.

Si vuestro esposo es literato, cuidad su despacho, venerad sus papeles o sus dibujos si es artista; colocadlos en lugar preferente; embellecedlos con lindos marcos en cuanto de vosotras dependa, no olvidando que la presentación contribuye en gran manera a dignificar la obra y el autor, y que

rodear de cuidados el trabajo hecho no es vanidad, sino *darle lo suyo*, según la frase popular.

No permitáis que los varones a vuestro cargo ejecuten, sin apremiante precisión, ningún trajín casero.

Que nada falte a su comodidad: esto contribuye a su buen humor inconscientemente, y os tratarán, estando alegres, con más cariño.

No despreciéis ser en vuestra casa el personaje de «los bajos oficios», como dicen en *Los intereses creados*, porque lograréis la perfecta compenetrabilidad con vuestros intelectuales, que descansarán pensando que en todo los suplís y se acostumbrarán a premiar vuestra delicadeza.

Somos entusiastas de la mujer casera; mas si ha de llenar y cumplir sus deberes de familia, es *de buen gobierno* que dedique algunos ratos a la calle, a la vida de relación, utilísima en los tiempos modernos, en los que es tan necesario *ser* y *tener* amigos.

Tanto como se pueda, debe atenderse a la amistad, sea cual fuere la esfera social en que se viva, tratando al potentado con la tranquila dignidad de quien no adora el *becerro de oro*; y al pobre... como si fuera un rico a quién fueramos a heredar.

A nuestros hijos y esposos conviene sostener las relaciones, y es bien que cultivemos las de las señoras de sus amigos, para visitar y disculparlos a ellos cuando no puedan hacerlo; para, en lo posible, estar en su círculo, y porque debe estarse siempre bien con cuantos conocidos se tengan, pues todo individuo el día menos pensado puede hacernos falta, porque no hay nadie sin *su pequeña cualidad* llamada a utilizarse.

Los padres jesuítas, que suman en su compañía tantas inteligencias, tenían cierto colegio, dónde había huerta; y un visitante amigo de casi todos los padres allí reunidos, hubo de expresar su extrañeza porque había entre ellos uno que parecía completamente negado.

—¡Oh! ¡no lo crea usted! Aquí todos tenemos nuestra cualidad y el Padre X es un genio para escoger melones; es el que dirige su cultivo y no hay quien los coma mejores que nosotros...

Volviendo a las salidas, diremos que (no llevadas al abuso, naturalmente) parecen falta y son virtud.

En ocasiones permiten ejercer una economía doméstica, puesto que al regreso del paseo o de la visita, puede el ama de casa comprar por sí misma géneros baratos.

Los paseos por las calles de las grandes poblaciones ofrecen ventajas prácticas y psíquicas.

Dan ideas para vestir a los niños y a las polluelas, por precios arreglados, viendo lo que *se estila;* recrea el ánimo el buen gusto de las tiendas, y si no poseéis una fortuna y pertenecéis a la numerosa clase media, templará vuestro entusiasmo algo punzante (al fin somos carne flaca) si se os antoja algún lujo superior a vuestras fuerzas: la vista de la pobre que os

implora una caridad para dar pan a sus hijos, haciéndoos pensar que no estáis en la situación de aquella infeliz y que debéis bendecir a Dios por la vuestra.

Es preciso, amables lectoras, saber vestirse con modestia, huyendo de colores y plumeros que involuntariamente evocan en la mente las personalidades que halló Colón cuando eché pie a tierra en América...

Débese procurar siempre algún ratito para dedicarlo a leer. Sed reflexivas y daréis a cada edad lo suyo; *pequeña cualidad* que puede hacernos felices en todas las edades.

Daréis horas al niño para que se forme su tierna naturaleza, trabajo físico e intelectual moderado; cargos a las niñas mayores para coadyuvar al bienestar de la casa y profesión si la desean, y la correcta expansión propia de la juventud: trato con amigas de su edad, espectáculos cultos y satisfacción de inocentes caprichos y plausibles ideales.

La educación de las adolescentes no es tan difícil para una madre solícita. Es el complemento de la que se les dió en la infancia, y el sistema de persuasión y ternura coronará con éxito vuestra obra.

Aunque esas jovencitas de formas casi infantiles a quienes hay que *echar abajo* muy a menudo dos deditos de falda dan también que hacer, pues como dijo Campoamor, en muchas ocasiones

«Son el diablo estos ángeles de niñas».

Ellas confunden a veces la fatiga que la vida ha impreso en nuestras actitudes y la lentitud con que en algunas cosas procedemos, con apatía y atraso: somos el *ayer*.

Debe, en fin, la mujer esforzarse por que todos los detalles contribuyan al bienestar general, que se traduce en salud y aptitud favorable para el trabajo, origen de holgura y a veces de riqueza.

Y más que a veces siempre; porque la riqueza y la pobreza las llevamos en nosotros mismos.

Se nace rico o pobre, y luego, según los vaivenes de la suerte, se *está* pobre o se *está* rico.

Nace rico el que tiene nobleza; el que sabe ganar y partir su pan con el primero que lo necesita, el que sabe pagar decorosamente un trabajo sin regatear unos céntimos; el que sabe dar una propina decente y oportuna; el que no *llora* nunca miseria; el que no lamenta su situación; el que dentro de su esfera sabe hacer que le luzca el dinero y pagar una deuda, si su mala suerte le ha obligado a tener que contraerla, aun a costa de las mayores privaciones de puerta adentro, para lo que todos los individuos de la familia deben estar de acuerdo.

Muchos caudales existen que se han fundado peseta a peseta, a fuerza de orden, modestia y economía.

Quien pueda dudarlo, estudie el origen de la fundación del Monte de Piedad y Caja de ahorros, que es de los documentos financieros y humanitarios más grandes que se han registrado en la historia de un país y, aunque no decantada, es una de las verdaderas glorias nacionales nuestras.

Aun cuando propalamos la excelencia de una vigilancia y morigeración constantes en los gastos de una casa, no aconsejamos esto llevado al rigor cuando no sea preciso. Lo que aconsejamos es el *peso*, no sólo en la cocina para ver primero si las mercancías vienen cabales y echar luego cantidades justas, sino en la mente de la directora de un hogar, para aquilatar cuando tocan a *echar diez y siete nudos* a cinco céntimos, y cuando a gastarse cinco duros en paz y en gracia de Dios.

A los niños, a quienes hay que templar para la vida, debemos iniciarlos en lo que vale el dinero, en el modo de distribuirlo y darles una exacta teoría de esta pequeña cualidad, para que aprendan a no *quedarse cortos ni pasarse*. Para que, cuando lleguen a mayores, nadie pueda decir de ellos: «Ese es un miserable», aunque tenga millones, porque sea un esclavo de su dinero, o: «Ese es un derrochador», sino que digan todos, considerando cómo se comporta: «Ese es un caballero», y sea el destino social que ocupe cual fuere, que tenga la convicción, por seguridad de la propia conciencia, de que, como ocurría al Ingenioso Hidalgo, «siempre donde él esté, estará la cabecera».

El hijo es un depósito que Dios nos confía, un tesoro que debemos cuidar las madres, y que, según el caudal de sentimientos, cultura y *pequeñas cualidades* de que podamos dotarle, inspiradas por el espíritu santo del amor, será en primer lugar nuestro orgullo, nuestra alegría y más tarde el jefe de un hogar donde hará buenos a los suyos por gratitud a lo que será para ellos.

Inculcadle la eterna verdad; no le engañéis nunca, no le ofrezcáis lo que no podáis darle, ni para calmar sus anhelos infantiles le prometáis el juguete costoso que jamás llega, ni para consolar su pena, si tenéis que salir dejándole en casa, le digáis que váis a comprarle dulces, si no puede recibir el alegrón de que se los traigan.

No tiréis un papel, ni un libro roto, ni un muñeco destrozado. Quizá el niño los aprecia por simpatía de su alma candorosa, porque le recuerdan un día feliz o un premio. Respetando su propiedad, no disponiendo de nada suyo sin preguntarle antes, le enseñaréis a respetar lo vuestro.

Los niños vuelven en muchas ocasiones malhumorados del paseo o del colegio. La infancia es naturalmente impulsiva; una lección difícil, una discusión con un compañero, un poco de frío o de calor, excitan su sistema nervioso y a veces traen a casa una borrachera inconsciente de enojo, cuya causa debe indagar la madre y combatir luego en sus consecuencias.

En los colegios, lo mismo de niños que de niñas, la vanidad se enseñorea. No es sólo la noble emulación y la ambición de gloria quienes la evo-

can, sino los diablillos que cuentan a los condiscípulos crédulos y pazguatos cuentos de grandezas, pocas veces ciertas.

Hemos de acostumbrarnos a cambiar impresiones con los seres queridos, pequeños o mayores. Si tienen propensión a expansionarse con nosotras, a explicarnos por qué les sale mal este o aquel trabajo, a fuerza de desear entenderlos para servir de auxiliares inteligentes, acabamos por entender y aprender sin libros tratándose de los grandes; con ellos, tratándose de los chicos a quienes tomamos la lección, tanto como ellos.

Así, pues, la madre de familia, la mujer, siempre representa un papel importante en su pequeña cualidad; es la que siempre os complace, la que os prepara el baño, la que mulle vuestro lecho, la que os simplifica la vida, dejándoos, en cuanto de ella depende, libertado el espíritu de las mezquindades del mundo, para que libre de éstas, ocupen vuestra mente elevadas concepciones artísticas, literarias, políticas o científicas, según sea la musa que os inspire.

La mujer os facilita, lo que no es pagado con oro, la inteligencia y amorosa previsión. Y cuanto escuchéis de una mujer amante, aunque por su aspecto sencillo pase desapercibida en público, no lo desdeñéis, porque tendrá sus virtudes privadas, aunque diga la gente: «es una vulgaridad, una *del montón*».

¡El montón! ¡La colectividad, el coro, el conjunto, la armonía, el concierto universal, el que ayuda a cantar al héroe!

Vengan para la mujer todas las prerrogativas sensatas, amplíe su radio, ya que hasta hace poco en España, como observaba doña Concepción Arenal, dechado de mujeres, sólo servíamos «para reinas o para estanqueras»; amplíe su radio hasta donde la dejen, pues más vale una mala transacción que un buen pleito.

Si no nos dejan otra cosa para gimnasia de cuerpo y espíritu, fomentemos en cuanto abarquen los tibios rayos de nuestra diminuta entidad moral *las pequeñas cualidades*.

Y si os parecen patrimonio escaso, pensad lo que ocurre a los pobrecitos hombres cuando tropiezan y *caen* con quien no las tiene.

LA ECONOMÍA DOMÉSTICA

Existe un arte, *el arte de llevar la casa,* de administrar los bienes de la familia, que es el más propio, el más útil y, para decirlo de una vez, el más necesario en una mujer. Este arte, que por su utilidad e importancia casi debiéramos llamar ciencia, es el de *la Economía doméstica,* o Economía privada. Tiene por objeto procurar a la familia el mayor bienestar posible con el menor gasto posible, y exige en la mujer un conjunto de cualidades igualmente necesarias: el orden, la previsión, la limpieza, la regularidad, el amor al trabajo y una abnegación de todas las horas y de todos los momentos, a que los franceses llaman *dévouement* y que yo traduciría, si me atreviera, por *devoción a la casa,* a los quehaceres que trae consigo la dirección y el manejo de un hogar.

El principio de orden exige que se sepa lo que *se puede* gastar en una casa para atender a su marcha regular y ordenada. Si esto se ignora, si en materia tan importante se anda a ciegas, una de dos: o nos dejamos llevar más allá de donde buenamente podemos llegar, o el instinto de economía nos conduce poco a poco a una excesiva e innecesaria restricción.

¿Queréis establecer un *orden* en vuestra casa?

Pues, como el *orden* no puede existir sin la *previsión*, debéis *prever* ante todo, lo mismo vuestros ingresos que vuestros gastos.

LLEVAD UN LIBRO DE CUENTAS. Anotad en él primeramente los ingresos *seguros* con que contéis para atender a las necesidades de vuestra vida, y luego los gastos. Y os recalco lo de *seguros* cuando os hablo

de los ingresos, para encomiaros la conveniencia de que, al calcular vuestro *haber*, no contéis nunca sino con lo que realmente tengáis, que no deis jamás como dinero que tenéis disponible en vuestra caja lo que sólo sea presunción o esperanza de ingreso más o menos fundada. Fijad siempre el cálculo de vuestros gastos sobre lo que realmente *tengáis*, no sobre lo que *esperéis* tener.

Fijad, siempre que ello sea posible, la cantidad con que podéis contar en un año, y una vez conocida, dividid exactamente la suma, sin olvidar las dos partidas de *pobres* y de *imprevistos*, y ved cuánto podéis gastar por mes y por día. Sobre este cálculo, fijad el gasto que podáis hacer para el alquiler de la habitación que ocupéis, para la alimentación, para el vestido, etc., y tened cuidado de no pasar de ello jamás.

Si vuestros ingresos no alcanzan a cubrir todas vuestras necesidades, trabajad, procurad ganar más dinero. Una persona no es nunca pobre por no tener nada, pero sí lo será por no trabajar. El trabajo recompensa siempre a quien lo ejerce con asiduidad. Si por efecto de vuestros excesivos gastos empiezan a notarse vacíos en vuestra bolsa, tendréis necesariamente que recurrir al préstamo, os crearéis *deudas*, y ¡ay de los que las contraen!, porque difícilmente consiguen luego hacerlas desaparecer. Las deudas deben inspirar a una buena dueña de casa verdadero horror, no precisamente por lo que pueden ser en sí mismas, sino por las consecuencias que acarrean. Una deuda, en todos los casos, pero sobre todo cuando ha sido originada por falta de cálculo, esto es, por excederse en los gastos de lo que importan los ingresos positivos y seguros, ocasiona casi siempre un desequilibrio en el presupuesto de la familia, que da lugar a otra y otras deudas, hasta formar una cadena que aprisiona fuertemente y de la que sólo a costa de muchos esfuerzos y sacrificios se logra una libertad. Evitad, pues, en cuanto en vuestra mano esté, contraer la primera deuda y os ahorraréis con ello muchísimos malos ratos.

El medio de escapar a este peligro lo tenéis, como acabo de decirlo, en vuestra mano: equilibrad los gastos con los ingresos, dejando siempre un remanente más o menos grande, según os sea posible, para lo imprevisto.

Siempre que vuestros medios y vuestra situación lo permitan, *pagad al contado;* las ventajas que de ello resultan son muchísimas. En primer término, vuestros proveedores os servirán mejor y además podréis obtener de ellos mejores condiciones de baratura y calidad, porque el comerciante, cuando se trata de un cliente que abona en el acto lo que compra, no tiene inconveniente en sacrificar algo de lo que le corresponde ganar, con tal de complacerle y de conservarle en el número de sus parroquianos.

Aparte de estas ventajas, que no tardaréis en apreciar de modo bien palpable, si ponéis en práctica el procedimiento de pagar al contado, tiene éste otra consecuencia más trascendental todavía para la buena marcha de la administración del hogar, y es que constituye el dique más seguro para no excederse nunca de los gastos de lo previamente presupuesto.

Conviene velar cuidadosamente para evitar la tentación de hacer gastos no previstos, y para conseguir este resultado nada mejor que pagar en el acto. De este modo tendréis a todas horas a la vista el dinero de que podáis disponer, y como sobre ese dinero no pesará ninguna carga, porque no tendréis deudas ni cuentas pendientes, os será muy fácil calcular con desahogo la manera de llegar a fin de mes, de decena o de semana, según los períodos en que os sean entregados los ingresos, sin que tengáis que temer momento de apuro.

Esta manera de llevar las cosas sirve en general para todas las dueñas de casa, pero muy especialmente para aquellas que por sus muchas ocupaciones y algo también algunas veces por su poquito de pereza, descuidan de llevar al día la contabilidad de que voy a hablaros.

La que desee llevar en forma la administración debe, en primer término, abrir un *libro de gastos,* en el que día por día y sin olvidarse de nada, consigne minuciosamente en qué ha invertido el dinero.

Este libro debe considerarse, no ya como una cosa útil, sino como *indispensable* de todo punto. Tenedlo siempre a la mano y no os acostéis un solo día sin haber consignado en él todo, absolutamente todo lo que hayáis gastado.

Es errónea la creencia que tienen algunas señoras de que no hay necesidad de llevar ese libro, porque no gastando nada superfluo, el resultado final ha de ser siempre el que se desea. Esto, como he dicho, es una equivocación grave. Cuando se apunta cuidadosamente lo que se gasta, hay manera de comprobar en todos los momentos el uso que se ha hecho del dinero, y si al terminar el mes, la semana o la decena, se observa que ha habido algún exceso, hay manera de averiguar en qué ha consistido y se puede estudiar las modificaciones que convenga hacer para nivelar el presupuesto, recuperando en el mes o semana siguiente lo que se gastó de más en el anterior.

Algunas señoras se limitan a ir apuntando en el libro de que tratamos, los gastos del día, conforme los van haciendo ; otras (y este es el mejor sistema) establecen en él varios capítulos o columnas, según sean las clases de gasto, esto es: carnicería, panadería, ultramarinos, vino y aceite, alumbrado, vestido, beneficencia, etc. Esto último permite darse cuenta mejor de la situación a cada momento.

Al final del año se hace un balance general, detallando los conceptos si se ha llevado el libro en la última forma que acabo de indicar. Si

ha habido *déficit*, es preciso estudiar sin perder un instante la manera de subsanarlo en el menor tiempo posible, poniéndoos de acuerdo con vuestros esposos o con vuestros padres, según sean uno u otros los jefes de la casa que administráis, para aunar los esfuerzos y ver cómo pueden reducirse los gastos o aumentar los ingresos. Si, por el contrario, os encontráis con que ha habido un sobrante mayor o menor, que es lo que se ha de procurar que haya siempre, vuestra conciencia quedará tranquila y sentiréis la satisfacción de haber cumplido vuestros deberes, a lo que se añadirán los plácemes de aquellos a quienes administréis.

No es, pues, inútil la costumbre de llevar este libro, sino muy al contrario, como dije; tanto es así, que me parece muy recomendable y práctico el procedimiento que he visto implantado en muchos colegios, de habituar a las educandas a que lleven la cuenta *por escrito* de todos sus gastos menudos. Lo que se aprende en la niñez y en la adolescencia es lo que con menos facilidad se pierde, y este es un buen camino, sin ninguna duda, para preparar buenas y concienzudas administradoras de casa.

No terminaré estas líneas sin consignar algunas observaciones de carácter práctico, que acaso puedan servir de norma para la formación del presupuesto de una familia. Hay que partir del principio de que por regla general debe calcularse que en una casa cuyos recursos no sean grandes, se invierte la mitad de los ingresos en la comida, una quinta parte en alquiler de la vivienda y la otra quinta parte en los demás gastos, debiendo partirse siempre de la idea de que quede un sobrante, que ha de ascender aproximadamente a una décima parte de lo ingresado.

Así, si vuestros recursos ascienden a mil pesetas anuales, corresponderán al día 2'75, y podréis gastar diariamente en comida 1'38, en alquiler 0'55 y 0'55 en las demás atenciones, sobrando 0'27, que sumarán al año 100 pesetas. Estos serán vuestros ahorros. Partiendo de estas mismas bases, si contáis con un ingreso de 2,400 pesetas anuales, que representan al día 6'65, podréis destinar diariamente 3'33 a manutención, 1'33 a alquiler y 1'33 a los demás gastos, con lo que os sobrarán 0'66 al día, o sean 240 al año, que constituirán vuestras economías.

En igual proporción debéis establecer vuestro presupuesto cuando los ingresos sean mayores, no olvidando nunca que al final del año ha de haber un sobrante del 10 por 100 aproximadamente, es decir, que han de hacerse economías *a todo trance*.

Como he hecho notar, son muchas las dueñas de casa que para la formación de su presupuesto no dividen el año en doce meses, sino en períodos más cortos, de diez días, por ejemplo, lo que permite que los balances parciales se hagan con mayor facilidad, que si ha habido algún descuido pueda la memoria acudir mejor a subsanarlo, y que si en alguna

partida se ha dejado pasar algún exceso, pueda notarse pronto y llegarse a compensarlo en plazo más breve. Para las apreciables lectoras que estimen oportuno seguir este sistema, incluyo a continuación un presupuesto de familia, por decenas, basado en un ingreso de 2,400 pesetas anuales, en el que pueden establecerse las columnas que se quiera, según las necesidades que haya que cubrir :

INGRESO ANUAL = 2400 PESETAS	Comida	Alquiler	Varios	Economías
Corresponden al mes 200, que se distribuyen así . . .	100	40	40	20
Corresponden a la decena del 1 al 10: 66'65, que se distribuyen así	33'30	13'30	13'30	6'75
Gastos en dicho período	33	13'30	13'15	6'75
BALANCE	+ 1'30	0'00	+ 0'15	0'00
Créditos para el período del 10 al 20	34'60	13'30	13'45	6'75

(Y así seguir cada decena)

Como fácilmente observaréis si os fijáis en el cuadro anterior, he recargado un poco la partida correspondiente a las economías ; es porque en ella entiendo que debe fijarse muy especialmente la atención, como llevo dicho ; en primer término, porque, en todo caso, de allí ha de salir lo necesario para cubrir cualquier pequeño exceso de gastos o imprevistos que se os haya presentado, y luego porque es indispensable que en todo momento haya un remanente anterior ; gastar más de lo que se gana es proceder propio de un loco ; gastarlo todo es ser imprevisor ; gastar menos de lo que se tiene es lo que hacen los prudentes.

DE COCINA

La cocina es, pudiéramos decir, el eje de un hogar. Mejor en ella que en ningún otro sitio, se conoce a la buena ama de casa ; y es, por lo tanto, de suma importancia y gran trascendencia el imponer a las niñas desde temprano en el manejo de ella.

La cocina requiere conocimientos amplios y generales ; no es suficiente, como vulgarmente se cree, *saber guisar:* hacen falta mayores y más complicados conocimientos.

En diversos artículos daremos al detalle recetas para guisos de diversas índoles. Hoy sólo nos cumple trazar algunos párrafos preliminares acerca de esta materia.

Antes que guisar debe aprender a comprar toda señorita bien educada y que aspire a ser excelente ama de casa. Los precios verdaderos suelen distar mucho de los que ponen en cuenta las cocineras ; los pesos y medidas, si no son justos y fieles, pueden hacer perder la ley de equilibrio al presupuesto mejor organizado, y además pueden también estropear los mejores guisos, puesto que si tal cosa necesita una onza, un cuarterón o un kilo de tal o cual componente, no saldrá ciertamente perfecta si la cantidad se le pone mermada o con exceso.

Todas las jóvenes que estén sanas y buenas, y no haya por lo tanto temores de que sufran quebranto en su salud, deben ser cuidadosa y enérgicamente educadas en los albores de la juventud, con lo que se las evitará en el porvenir muchos desengaños y trastornos.

Si van al mercado con la criada o cocinera que haya en casa de sus padres, sabrán clara y ciertamente lo que cuestan y valen los artículos de primera necesidad ; podrá hacer con perfecta exactitud un presupuesto casero, y cuando se vea solicitada en matrimonio, ni aceptará lo inconveniente,

porque no tenga idea de lo que cuesta el vivir, ni despreciará las posiciones medianas, por creer que es necesario un gran capital para vivir regularmente.

Con respecto al estado de solteras, el *ir a la compra* tiene esas ventajas; y éstas se acrecientan más y más cuando la niña de hoy se convierte en mujer mañana.

El hogar de una dama que haya sido educada en la forma que digo, respirará siempre un simpático desahogo. Sabiendo adquirir bien los géneros, las comidas tienen mayor lucimiento y también una más grande economía, porque se auna el comprar *barato,* el comprar *bueno* cuando lo barato no conviene, y el aprovechar sobras y residuos que, bien aderezados, dan a los comensales la idea de una variación de platos que en realidad no existe.

El encarecimiento de la vida en los tiempos que corren, hace más necesaria que nunca una *guía* para la mujer. Y también es necesario poseer un número determinado de recetas culinarias en las que, hermanando la variedad de los guisos, su preparación y su presentación, con la más estricta economía, se satisfaga a la clase media; a esa pobre clase, en la que hay algunos peldaños muy rayanos con la estrechez y con la llamada *miseria de guante blanco;* esa clase cuyos recursos no la permiten los despilfarros del lujo culinario, y que, en cambio, en numerosas ocasiones necesita para sostener decorosamente una posición social, comer relativamente bien.

El cuerpo humano tiene, como todo organismo, un centro del cual recibe el impulso vital que necesita, y ese centro es el estómago. De aquí la gran importancia que con justa razón se concede a la cocina; a ese que pudiéramos llamar *gabinete químico* en donde se elaboran las substancias que han de ir como combustible al estómago, para conseguir que la *máquina* funcione regularmente y sin ocasionar averías.

Como regla general, no trataremos en estos capítulos de la cocina en gran escala; y, aunque algo se diga de ella, daré la preferencia a los consejos modestos, que son en innumerables ocasiones más preciosos y más precisos.

Los buenos cocineros, los maestros en el arte culinario, saben ya lo suficiente para el ejercicio de su profesión; y por otra parte, a la clase media, a la que por exigencias sociales resulta ser la más necesitada de todas, en vez de buscar la unión de la fastuosidad y del gusto, lo que la es preciso es hermanar éste y la economía.

Nada predispone tanto al estómago a una buena digestión como la limpieza en todo lo que se relaciona con el condimento de los manjares y la buena presentación de ellos en la mesa. Hay que tener en cuenta que, antes de llegar al estómago, los manjares entran por los ojos y por el olfato, y si a esto se agregan las razones de higiene, se apreciará claramente cuán

indispensable es en esta materia la pulcritud más absoluta.

Hay que poner un exquisito cuidado en el aprovechamiento de las sobras ; aunque desde luego es mucho mejor disponer con acierto las cantidades con arreglo al número de comensales, para que no resulte escasez ni haya comida de sobra.

Como más vale pecar por exceso que por defecto, y teniendo en cuenta que los que se sientan a la mesa han de comer pulcramente, para que lo que quede en los platos sea aprovechable, insisto en que una perfecta ama de casa puede aprovechar los restos de la comida. Las sobras son, por regla general, susceptibles de una transformación que las haga apetitosas alejando el recuerdo de su procedencia.

Una mujer previsora puede obtener gran partido de las circunstancias locales ; ya aprovechando las ocasiones en que ciertos artículos van baratos para proveerse de ellos en gran cantidad y poner en conserva los que sean susceptibles de ello, o bien comprando a ciertas horas en que los precios bajan ante la ya escasa o nula venta. Vaya como ejemplo un detalle : el pescado es muy caro en los días de vigilia, pero si se compra la víspera y se prepara convenientemente, puede hacerse un ahorro, que no debe ser despreciado, aunque sea pequeño. Y, si gusta el escabeche, es un buen recurso adquirir pescado cuando vaya barato y guardarlo escabechado, con lo que se evita el desequilibrio de gasto que suele originarse los días extraordinarios.

Respecto a los guisos, aunque se darán en esta obra recetas precisas y concretas, repito que este capítulo solamente está dedicado a las reglas generales.

Los estimulantes deben usarse con gran prudencia, porque si bien administrados en cantidades muy pequeñas tonifican y entonan, cuando se abusa de ellos, especialmente si el clima es cálido, el estómago se relaja e irrita. De todos los estimulantes el más común por lo inofensivo y aceptable es la pimienta.

En toda cocina bien organizada debe haber unos cajoncitos especiales colgados en la pared para tener en ellos la sal y las especies, a fin de que no estorben ni se viertan o se llenen de polvo, y ha de haber también tres vasijas, vidriadas interiormente, para el aprovechamiento de los aceites sobrantes de los fritos y las grasas de todas clases. En una de ellas se colocará el aceite sobrante de freir pescados, y en otra el de freir carnes, huevos, etc. Estos aceites pueden utilizarse cuando llegue la ocasión oportuna, sin necesidad de desperdiciarlos, ni tampoco de utilizarlos indebidamente. En la tercera vasija, que debe tener un dedo de agua, deben echarse las grasas y aceites que no se quiera volver a utilizar. Para que no adquieran mal olor, se tendrá cuidado de poner un poco de sosa cáustica. Estas materias grasas pueden convertirse en jabón hecho en casa.

Al ocuparnos de la cocina en general y de los guisos en particular,

hay algo que ni nosotros ni nadie puede apreciar con exactitud; ese algo es el *punto* de cada guiso, cuestión importantísima que acredita o desacredita a cualquier señora o cocinera. El punto exacto de los guisos sólo lo pueden enseñar la práctica y una fina observación; el acierto especial en este asunto puede compararse al ojo clínico de los médicos, del cual dependen en innumerables casos la salud o la muerte del enfermo.

Para confirmar esta observación, basta hacer un experimento. Condimentar dos platos cuyos componentes sean exactamente iguales y en la misma cantidad y proporción; si el punto de cocción es distinto, se verá cómo uno resulta un plato excelente y el otro desabrido.

Teniendo en cuenta esto, es sumamente beneficioso el que las jóvenes se dediquen a la cocina con frecuencia. La tarea es ciertamente pesada para tomarla con rigurosa asiduidad; pero practicándola sólo dos o tres veces a la semana, resulta una enseñanza muy práctica y de escaso sacrificio. Si alguno hubieran de hacer las jóvenes, más inclinadas siempre al ocio que a la laboriosidad, lo verán con creces pagado con el éxito que obtengan sus guisos, y además con la propia satisfacción. Por otra parte, supongo que las discretas y bellas lectoras que me honren leyendo estos párrafos, conocerán los *Diez mandamientos de la mujer casada*, precioso documento que publicó no ha mucho una señora americana; y así como los diez mandamientos de la Doctrina Cristiana encierran en sí todas las reglas del Catolicismo, todos los sabios consejos para obrar bien, y son un monumento compendiado en unas líneas, así los *Diez mandamientos de la mujer casada recopilan* dentro de su brevedad y sencillez, todas las preciosas y urgentes reglas que ha de necesitar la mujer prudente para conservar la paz y armonía de su hogar. Pues bien, uno de esos *mandamientos* dice: *Si tu marido no tiene corazón, tendrá por lo menos estómago; harás bien en conciliarle con una buena comida.* Es un sabio consejo, de gran utilidad, pero impracticable si la mujer no es una excelente cocinera, toda vez que en la clase media es difícil el hallar sirvientas que, sabiendo guisar con perfección, se avengan a las economías y poca sisa que debe existir en toda casa prudentemente regida.

Las niñas, por instinto, se aficionan a todas las faenas de mujeres; y si se las sabe guiar fomentando sus gustos, pueden desde chiquitas ir adquiriendo costumbres y prácticas que dulcifiquen y faciliten por modo extraordinario el trabajo de educarlas. No digo esto por decir; en ésta, como en todas las consideraciones que haga a mis lectoras, me inspiro en la práctica de la vida. Lo que el mundo da, lo que la humanidad enseña, es el libro más útil si se quiere aprovechar. Casos prácticos y reales, vividos siempre, me complaceré en ofrecer a mis lectoras; y claro es que lo que ocurra una, dos, seis, doce veces, puede suceder millares y millares de ellas.

En Madrid se publica un periódico infantil con éxito envidiable; en él

ven la luz unas cuantas historias muy largas, en cada una de las cuales una niña cuenta al público todo lo que hace: sus trabajos, travesuras, estudios, rabietas y aficiones. Una de estas heroínas era una niña que se presentaba al público con grandes aficiones culinarias desde su más tierna edad; contaba como cogía en su casa huevos, leche, azúcar, carnes y pescados para condimentar lo que quería; narraba sus primeros desaciertos, sus errores, sus comiditas estropeadas por no admitir consejos de los superiores; y al fin, triunfante, cuando hacía algún guiso o dulce a la perfección, daba la receta de lo que había hecho, al público infantil. Pues bien; las pequeñas lectoras se aficionaron a aquellas explicaciones, y sintiendo una loable emulación, comenzaron a suplicar a sus madres respectivas que las permitiesen *guisar de verdad como aquella niña*; y con efecto: han sido muchas, pero muchas, las pequeñas cocineritas que aseguran haber hecho platos iguales. Y cuando la citada historieta tocó a su fin, llegaron a la Redacción del periodiquito infantil que cito, centenares de cartas de las niñas suplicando que se prolongase y centenares de cartas de las madres lamentándose de la terminación, porque, según decían, *con el ejemplo de aquella niña creada por la fantasía, habían aprendido a guisar realmente sus hijas.*

Este dato, que aseguro que es de completa veracidad, prueba cómo no es tan difícil la enseñanza, sobre todo si se tiene siempre presente el *enseñar deleitando.*

Todo en el mundo, hasta lo más risueño y agradable, se hace insoportable si lo hallamos en nuestra vida como tirana imposición. Y en cambio, hasta lo más duro y trabajoso puede suavizarse grandemente con habilidad y alegría.

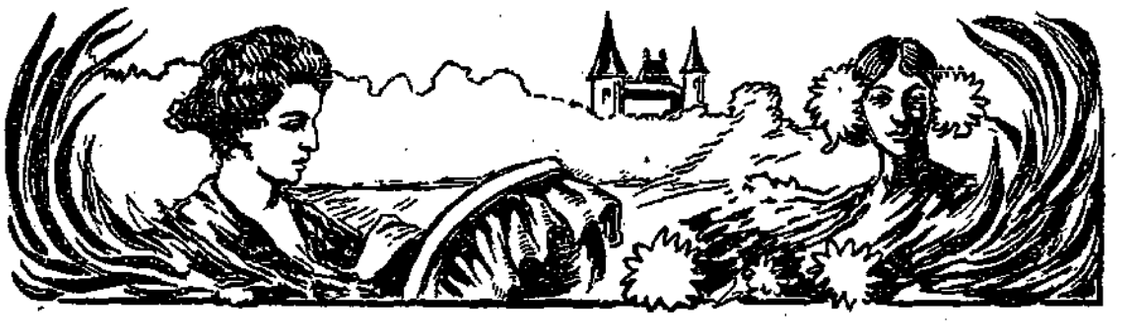
No olvidando esto, se tornará facilísima la educación de las hijas; y la que de pequeña no halló resistencias en su madre para entregarla algunos elementos con que hacer de veras, no simuladas, las comiditas de las muñecas, verá sin turbación la hora de ayudar primero en la cocina de la casa paterna y dirigir más tarde su casa, de la cual, como queda dicho, es la cocina el eje, el motor, el factor determinante de las principales cosas de la existencia.

En la cocina está la clave del presupuesto bien o mal organizado.

En la cocina está la base de nuestra salud.

En la cocina están un cincuenta por ciento de las probabilidades de paz y bienandanza del matrimonio y la familia.

En la cocina, pues, tienen las amas de casa que estar muchos ratos, bien seguras de que allí aparecen más grandes, más atractivas, más merecedoras de la admiración, que en el más espléndido salón o en el más coquetón *boudoir.*



DE COCINA

En mi artículo anterior he tratado de demostrar a las lectoras la conveniencia de que habitúen desde pequeñas a las niñas a familiarizarse con la cocina, sus prácticas y sus guisos.

Me parece un buen complemento de la teoría expuesta el proporcionar un número de recetas para facilitar la tarea.

Como de educar niñas se trata, conviene, a no dudar, tomar las cosas por el principio y enseñar los guisos más rudimentarios y sencillos al parecer. No siempre son precisos los grandes guisos y, en cambio, son indispensables los modestos y habituales de todo hogar de la clase media. Existe, además, otra razón para que empecemos por ofrecer a nuestras favorecedoras recetas culinarias al parecer sin importancia, y es que frecuentemente se pone especial cuidado en aprender tal o cual plato de lucimiento, y no se para la atención en *lo de diario,* por creerlo sobrado sencillo; y suele ocurrir que precisamente los guisos diarios salen mal, y se come mal sin saber por qué, aunque *para un día* se sea capaz de hacer unos platos maravillosos.

Recuerdo, ahora que hablo de esto, que una dama española, distinguidísima y poseedora de una posición bastante lucida, que era además excelente ama de casa y directora de su hogar, cuando ajustaba cocinera, oía atentamente la relación que hacían las solicitantes de los manjares exquisitos, de los dulces y repostería excelentísimos que sabían preparar según aseguraban, y al fin las interrumpía amable, sonriente, con esta, al parecer, simple preguinta:

—¿Y un buen cocido, sabe usted poner?

Pues eso vamos a hacer en esta obrita: enseñar lo que parece de primordial interés.

«Lo primero es antes...»

Comenzaremos por el clásico cocido castellano.

Deben ponerse los garbanzos en remojo. Esta es una operación indispensable, aunque se trate de los más ricos y escogidos garbanzos, porque así, a más de cocerse más fácilmente, adquieren gran suavidad y crecimiento. Siempre debe ponerse sal en el agua, pero si los garbanzos no son de gran calidad, en vez de sal se les pone bicarbonato de sosa en pequeña cantidad, que tiene la propiedad de ablandarlos, por duros que sean.

Hay que tener presente que el cocido, para que esté en punto, debe cocer lentamente unas cuatro horas. Debe ponerse puchero más alto que ancho y procurar que esté bien tapado, porque así la cocción es más perfecta porque es menor la evaporación.

Cuando el agua comienza a hervir, se lavan garbanzos y carne con agua clara y con un poco de la que está en el puchero, con objeto de que se templen antes de llevarlos al agua hirviendo, porque si del frío pasan al hervor, se escaldan y despellejan. Se echan garbanzos y carne al puchero, y se aviva el fuego para que hierva inmediatamente. De estos preliminares, al parecer sin importancia, depende que el cocido salga bien o mal hecho. Cuando empieza a hervir el caldo, se le espuma cuidadosamente con cuchara de madera, y se amaina el fuego, a fin de que la ebullición sea lenta, pero constante e igual. Entonces es el momento de echar el tocino o jamón y la sal.

El cocido admite todos cuantos componentes buenos quieran ponérsele, pero los más habituales, después de los indispensables citados, son chorizo, gallina, patata y alguna verdura.

Media hora antes de la señalada para comer, se procura que el cocido esté con el caldo suficiente, para lo cual, si ha mermado mucho, se le habrá añadido con agua caliente; se sazona de sal, si falta, y si agrada, se echa un poco de azafrán, y puede hacerse la sopa.

PUCHERO DE ENFERMO

Cuando se trata de que el enfermo tome un caldo bueno y reconstituyente, se ponen a hervir media gallina, medio kilo de carne muy magra, medio kilo de jamón, limpio de tocino, y un puñadito de garbanzos. Se hierve lentamente, se pone un polvito de sal, y se sirve colado por un lienzo fino.

Si se trata de un enfermo de cuidado, que sólo precise el sostener sus fuerzas, debe hacerse el caldo vegetal; o sea con una pechuga de pollo,

una porción de garbanzos, judías, zanahorias, nabos y berenjenas; todo lo cual cocerá a fuego lento. Si precisa echar carne, ha de ser de ternera.

ESCUDELLA U OLLA CATALANA

Se hace como el cocido, pero echando pocos garbanzos y mucha verdura, y agregándole la *pelota*, que es un picadillo como para albondiguillas, hecho con carne, tocino, lomo de cerdo, perejil, ajo, pan rallado y un huevo batido; con esta pasta se hace una pelota, o un embuchado, que se fríe un poco y se echa en el puchero.

POTE GALLEGO

Se confecciona igual que el cocido castellano, pero en vez de garbanzos se echan judías blancas, y ha de llevar una gran cantidad de col.

SOPA DE AJO

Se pone en una sartén un poco de aceite y, cuando humee, se echa un grano de ajo partido en dos y se fríe sin que se queme, con un poquito de pimentón.

El aceite así preparado se echa en agua caliente que se tendrá prevenida; se pone un poco de sal y se cala la sopa, que no puede ser de otra cosa que de pan. Algunos la quieren así calada y otros la prefieren hervida. Si es así, se pone la cazuela al fuego para que cueza un buen rato.

Esta sopa puede ser más nutritiva si se la agregan huevos escalfados o un solo huevo batido.

SOPA DE PRISA

Hay muchos casos en la vida en que hace falta de repente preparar un plato de sopa, en ocasión en que no hay caldo del puchero, ni tiempo para preparar sopa de ajo o ésta no gusta. En estos casos puede prepararse una excelente sopa del modo siguiente: Se corta rebanaditas de pan, sumamente finas; en el plato donde estén se pone un poco de aceite bueno, un polvo de sal y un huevo crudo. Se pone agua a hervir, y cuando cuece a borbotones, se vuelca sobre el plato preparado como queda dicho. Es una sopa muy saludable.

SOPA DE TORTUGA

Bien limpia la tortuga y cortada en pedazos, se pone a cocer con bastante agua, sal y, si gusta, alguna verdura.

En el tiempo que esté cociendo, se fríen en aceite cuadraditos de pan

y se colocan en la sopera. Se hace un molido de ajo, perejil y almendras, con un poquito de azafrán ; se deslíe en el agua de cocer la tortuga, y se vierte hirviendo sobre la sopera y el pan.

PURÉS

Se pone a hervir la legumbre que se desee, y ya cocida, se aplasta y pasa por tamiz, diluyéndola con caldo de cocido. Se sazona, se deja hervir y en el momento de servirla se le agregan cuadraditos de pan y de jamón, bien fritos.

MACARRONES RELLENOS

Tómense macarrones buenos, gruesos y bien huecos. Deben cortarse en pedazos iguales no muy largos. Con mucha paciencia y algo de habilidad, se rellenan con un picadillo de pechugas y menudillos de aves, champiñones, setas, jamón o lo que se quiera, y con una cantidad pequeñísima de ajo y perejil.

Cuando se tienen ya rellenos y preparados, se cuecen unos minutos en agua y sal, se sacan y escurren y se rehogan en manteca. Se procede a ponerlos en una cacerola bien colocaditos por tandas iguales poniendo entre capa y capa de macarrones un poco de manteca y queso rallado. Sobre la capa superior se pone queso y pan rallado; se rocían con salsa de estofado, se doran al horno y se sirven.

TORTILLA A LA ESPAÑOLA

Se mondan, limpian y parten las patatas en rodajas delgadas, y se fríen con mucho y buen aceite, teniendo cuidado de que no se tuesten, para lo cual, a más de moverlas frecuentemente, se tapará la sartén con una cobertera, pues el vaho impide el tueste.

Después se escurre el aceite, para que no quede más que un poquito.

Los huevos, batidos con antelación y sazonados con sal, como también deben estar las patatas, se echan en la sartén donde se mezclan con ellas.

Con la mano izquierda se zarandea la sartén imprimiéndola un movimiento de rotación, para que la tortilla gire; cuando se haya cuajado, se vuelve, tapando la sartén con un plato y se vuelca ; una vez colocada del otro lado, se mueve del mismo modo para que se fría, teniendo cuidado de que no se tueste.

TORTILLA DE CEBOLLA

Si en vez de patatas se fríen cebollas muy bien picadas, y se emplean

los mismos procedimientos que para la de patatas, se obtendrá una sabrosa tortilla de cebollas.

BESUGO A LA PARRILLA

Bien limpio el besugo, se espolvorea de sal y se cuelga en un sitio que esté muy fresco.

Media hora antes de sentarse a la mesa, se pone en las parrillas untándole de buen aceite, con una pluma de ave. Se vuelve varias veces a fin de que se dore la piel sin tostarse, y cuando se va a servir, se le echa dentro aceite hirviendo con ajos fritos. La fuente debe adornarse con rajas de limón.

BESUGO AL GRATIN

Bien limpio el besugo, se le pone dentro sal y unas rajitas de limón, y se coloca en la besuguera con buen aceite que se fría por ambos lados. Una vez conseguido, se agrega pimentón, un poco de caldo del puchero y medio vaso de buen vino blanco; se cubre de pan rallado y se tapa la besuguera poniendo bastante lumbre sobre la tapadera y colocándola a fuego lento. Sólo necesita media hora para hacerse.

GUISADO CASERO

Póngase en una cazuela una libra de carne, un ramito de perejil, media libra de cebollas picadas, un polvito de pimienta, un par de ajos, un poco de pimiento molido, una hoja de laurel, una jícara de aceite y la sal que sea precisa según el gusto.

Se pone a fuego lento y moviéndolo a menudo para que no se pegue; una vez refrito, se le añade el agua necesaria, y a los diez minutos de hervir se ponen las patatas, y si se quiere, zanahorias o nabos.

TERNERA CON GUISANTES

Se pone la ternera con cebolla picada, aceite o manteca y un poquito de vino, a fuego moderado. Cuando se consume el caldo, se echan los guisantes, que habrán hervido ya un rato aparte, y mientras se rehogan con la carne, se hace una salsa con ajo, perejil, almendras y especias, se deslíe con agua o caldo, se echa sobre la carne y guisantes, se sazona y se deja cocer.

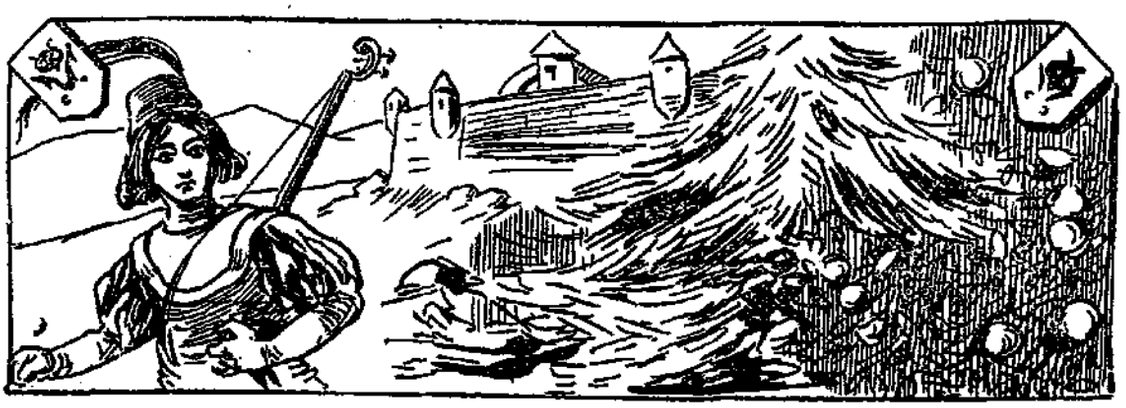
CHULETAS A LA PAPILLOT

Bien escogidas y después de limpias las chuletas, se les pone sal

y se rebozan con manteca, huevo, ajo y perejil picados, pan rallado, se envuelven en un papel blanco y fuerte, previamente untado con manteca, y se asan.

PICATOSTES

Aunque en muchos casos y en muchas casas los picatostes se hacen solamente friendo rebanaditas de pan, no está de más consignar que, si se cortan bien y se mojan en leche antes de freirlos, los picatostes resultan de un sabor exquisito.



LAS MODAS

Como irán observando mis apreciables lectoras, en la formación de este libro no sigo un orden previamente determinado, sino que voy intercalando los asuntos de manera que cansen lo menos posible en primer término, y alternando las materias que pudiéramos llamar de carácter teórico con las puramente prácticas, con objeto de que unas y otras vayan fijándose bien en la memoria y de que lleguemos con facilidad al fin definitivo que me he propuesto: el de coleccionar una serie de estudios, hechos sobre la realidad de la vida, acerca del mejor camino que conviene seguir para que nuestro sexo cumpla la alta misión que tiene encomendada en el mundo.

Diré, pues, hoy algo acerca de un tema del que se ha escrito mucho y se escribirá constantemente por filósofos y educadores, con espíritu más o menos radical, pero en el que no cabe, en último término, otra solución que la de hacer lo posible por encauzar las corrientes, ya que no sea dable contenerlas en absoluto, como la experiencia de siglos tiene bien rotundamente demostrado.

Fonsagrives dice: «La moda se basa en la ajena opinión, esa *reina y aun emperatriz del mundo*, como la llama Montaigne. Divinidad caprichosa y despótica, la moda vive de cambios y se alimenta de novedades; ella se impone sin motivos, de todo hace sus armas, de lo bello y de lo feo, de lo nuevo como de lo antiguo, de lo sencillo como de lo extraordinario. Dicta sus resoluciones con el aplomo del legislador, seguro

de que nadie ha de desobedecerle, y al día siguiente de dictadas, por efecto de un cambio de frente que se observa, pero que no se explica, revoca ella misma sus propios decretos y se ve de nuevo servilmente obedecida: alimentos, régimen de vida, modales, vestidos, artes, literatura... ella gobierna en todo y tiene como una especie de placer maligno en hacer burla del buen sentido, contrariar el buen gusto y perjudicar la Higiene».

Estos son, en efecto, los caracteres usuales de la moda. Y en nada ejerce ésta su tiranía con tanta fuerza como cuando se trata del vestido.

El arte de agradar es uno de los instintos de la mujer. De niña, lo ejerce ya, sin darse cuenta de ello, sin pensar en las ventajas que pueda reportarle, y si la vejez la encuentra desarmada en lo que toca a este punto, no siempre la encuentra resignada a esta abdicación.

Un rasgo tan constante en la naturaleza femenina, tiene forzosamente algo de fundamental; tiene su razón de ser, su utilidad y su justificación. Querer que la mujer no se adorne, que viva indiferente a la forma y al color y que no busque en sus vestidos sino un abrigo contra el frío o una salvaguardia para el pudor, es sencillamente desconocer su naturaleza y el papel social a que está destinada. La pastora más zafia del más solitario y deshabitado lugar, se pone una flor en los cabellos y se mira en el cristal del arroyo más próximo, si no tiene otro a mano; y la contrahecha mujer del esquimal, obligada a luchar como él contra las inclemencias de un clima inaguantable, sabe poner, por muy exigua que sea, su parte de coquetería en el arreglo de su horrible vestido. Es una ley general y, como dice muy sensatamente el ya citado Fonsagrives, es más sencillo reconocerlo así y más práctico inquirir su verdadero sentido, que extenderse, acerca del asunto, en declamaciones filosóficas que habrían de resultar vanas y por las cuales las mujeres parecen haberse preocupado muy poco hasta ahora.

Es preciso reconocer, sin embargo, que esta servidumbre a que nos someten las modas, servidumbre a que sucumbimos con una conmovedora resignación, es una de las más desastrosas por sus resultados. El abuso de los adornos, la invasión del lujo, el entronizamiento de lo extravagante, de lo llamativo y de lo falso, la extravagancia de la forma y del color, la substitución en el vestido de la sencillez casta y elegante a un tiempo por el tocado provocativo, son, como se suele decir, signo de los tiempos, que no se muestran sino en las civilizaciones y en los pueblos decadentes. Es positivo, es innegable que hay en este asalto del impudor y del mal gusto algo que conturba la vista y ensombrece el pensamiento. Sería conveniente, fuera preciso que las jóvenes escaparan a este encanallamiento de la *toilette* para que las sanas tradiciones del vestir volvieran a prevalecer. Aun cuando sin grandes esperanzas de ser atendida, yo quiero cumplir el deber de decírselo desde aquí a las que me lean. Tened presente que lo *raro* no es lo *bello*. Las suntuo-

sas prodigalidades a que conduce el desmesurado amor a la *toilette* son, por otra parte, excitaciones malsanas y que no predisponen al buen gobierno de una casa. Un sabio americano dijo a este propósito que «*el terciopelo y la seda apagan el fuego de la cocina*». La Higiene y ¡ay! muchas veces la Moral, dan fe de lo desatendido que suele ser este consejo.

El inspirado autor de *La Imitación de Cristo* señala, como capaces de elevar al hombre a lo alto, dos alas: la pureza y la sencillez. Otro tanto podría yo deciros de vuestro vestido: la que al vestirse se apoye en estas dos alas, sube; la que no las posea, baja.

Pureza, sencillez, limpieza, holgura: he aquí las cuatro reglas a que debe sujetarse el uso del vestido. A las madres toca consultar su conciencia, para que ella les diga si se han preocupado suficientemente de que sus hijas cumplan estas reglas que forman la base del programa.

Partiendo de estos principios, conviene no olvidar, en primer término, que, admitida la necesidad de aceptar en algo el imperio de la moda, es preciso que cada uno considere bien su posición social y con arreglo a ella y a los recursos de que buenamente pueda disponer para vestirse, determine la forma en que ha de hacerlo. No hay nada tan ridículo como ver a una señora o a una señorita luciendo atavíos de coste excesivo y que no estén en armonía con su presupuesto.

No olvidéis que cuantos os conocen y cuantos tengan interés en conoceros, no tardarán, si quieren, en enterarse con exactitud muy aproximada de los recursos con que contáis, y que sólo los superficiales podrán engañarse en esta materia, pero nunca los reflexivos.

¿Queréis mayor secreto que el que un comerciante guarda en lo relativo a la marcha verdadera de sus negocios? Sólo él y algunos empleados fieles y de su absoluta confianza saben la verdad, y sin embargo, observad que mucho tiempo antes de que se haga público el fracaso de un hombre de negocios, se sospecha ya entre sus colegas su situación desgraciada.

¿Y queréis que no se sepa, aproximadamente por lo menos, vuestra verdadera posición? Cien lenguas la darán a conocer a todo el mundo, y con tanto mayor calor cuanto más os esforcéis en aparentar que es más desahogada de lo que en realidad sea.

No incurráis, por consiguiente, en esta falta; vestid con arreglo a vuestros recursos y huyendo en lo posible de toda exageración. Una *toilette* de excesivo lujo no contribuirá de ninguna manera a que aumente la consideración en que se os tenga, ni a que se os guarden mayores atenciones; servirá tan sólo para que os miren con lástima, cuando no para que se forme un concepto desfavorable de vosotras.

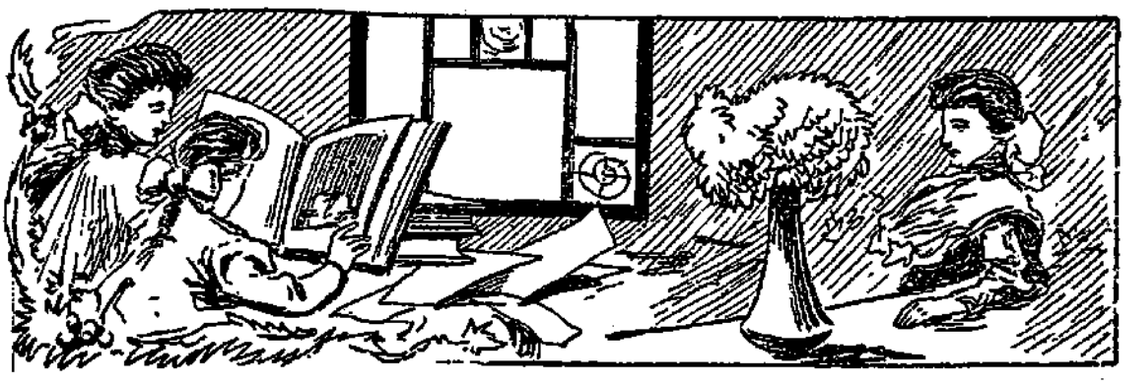
El secreto en el arte de agradar no está en los vestidos, sino en las

condiciones de la persona. Recordad bien esto y, sobre todo, cuiden las madres muy atentamente de este punto, porque en él se basa muchas veces, no ya la buena marcha, sino la salvación o la ruina de una familia. La mujer que cobra afición excesiva a las modas, la que no aprende a juzgar con discernimiento de lo que le conviene y lo que no le conviene usar, la que no acierta a discernir en su justo término cómo debe atenderse a la moda, está condenada a padecer durante toda su vida y a hacer sufrir a los que la rodean.

No entraré yo, conociendo la realidad como creo conocerla, en declamaciones abominando la moda: ya está reconocido que tal labor es perfectamente estéril; no queda otro recurso que acatar en más o en menos a esa caprichosa reina del mundo, pero no dejaré de consignar aquí una observación que permite establecer una regla en la que raras veces se presentan excepciones. Así como se ha dicho: «el estilo es el hombre», y también: «dime lo que comes y te diré quién eres», puede afirmarse: vea yo cómo vistes, los colores que prefieres, los sombreros y los zapatos que usas y conoceré tu carácter y tu modo de ser.

La que es exagerada en materia de modas, suele serlo en todo; la que es modesta y sabe mantenerse dentro del justo límite, suele seguir esta misma norma en todos los actos de su vida.

Mucho puede aún decirse en lo tocante a esta cuestión, pero como ya hemos indicado que la moda no se concreta solamente al vestido, sino a otras muchas cosas, quede por ahora lo apuntado y ocasión se presentará para ir anotando más observaciones conforme vayamos tratando los muchos puntos que han de tener cabida en este libro.



LAS FIESTAS DE FAMILIA

Por mucho que se escriba acerca de este punto y por mucho que el hombre se esfuerce para hacerlo comprender a sus semejantes, poniendo en juego y actividad todas sus facultades y todas sus potencias, no podremos nunca llegar a conseguir dar una idea clara, una idea exacta, que explique de un modo acertado e indiscutible la hermosura y la grandeza que en sí y en sus conceptos encierra la palabra *familia*. A este solo vocablo, evocado por un ser digno, amante de la sociedad, de su felicidad y de su bienestar, se despiertan todas las afecciones del corazón humano, de esa víscera indispensable no sólo para nuestra existencia, como nos enseñan los libros médico-científicos, sino esencial también, sin duda alguna, para nuestras sensaciones, para el placer lo mismo que para el dolor, y es indudable que el corazón se conmueve siempre al ver una familia reunida, y esto nos recuerda todo lo que lo hace latir fuertemente: amor, cariño, gratitud, respeto, abnegación.

La reunión de la familia, de los padres con los hijos, hace más indisoluble la unión del padre con la madre, robusteciendo los lazos ya existentes al pasar las afecciones de aquéllos a sus hijos.

La familia no está bien constituída, no está completa, no es perfecta, hasta el momento en que nace el primer vástago. Entonces es cuando verdaderamente se hace indisoluble la unión formada por la Iglesia, y entonces es también cuando los padres empiezan a llenar el fin más esencial para que fueron colocados en el mundo: la buena educación de sus hijos.

En la reunión familiar, en esa intimidad que reina en el hogar do-

méstico, es donde se transmiten de padres a hijos, de generación en generación, los gustos, los afectos y las virtudes. Son estas reuniones, por tanto, una verdadera cátedra donde los alumnos, los hijos, adquieren una serie de conocimientos, enseñanzas y principios indispensables para la buena educación y la vida práctica.

El padre da el ejemplo a los hijos varones trabajando en la oficina, en el comercio, en el taller, en la fábrica, en el estudio, para el sostenimiento de la casa y de los hijos. La madre es, digámoslo así, la encargada de la educación moral de aquéllos, lo mismo del uno que del otro sexo, enseñándoles los buenos usos y costumbres y el ejercicio de las virtudes, y es, además, la maestra práctica de las hijas, inculcando en su joven cerebro principios y enseñanzas encaminadas al buen arreglo y marcha de la casa y de las labores y quehaceres propios de su condición, clase y sexo.

Los vínculos de la sangre, transmitidos de padres a hijos, se fortalecen más aun con la vida de familia, de esa reunión de individuos copia exacta de la sociedad y aun de la nación en que vivimos, pues tanto en ésta como en aquélla existe un jefe de estado, el padre, que gobierna y rige, asesorado por un ministro plenipotenciario, la madre, hábil, delicado, ingenioso, condescendiente con los súbditos y amante del bien y la felicidad de los mismos (los hijos), que forman un conjunto simpático y agradable que obedece, acata y respeta las órdenes de los superiores.

Y así como en los estados, las naciones y los pueblos se cumple fielmente el anciano proverbio «La unión constituye la fuerza», asimismo esa palabra mágica, *la unión*, es la que constituye la base fundamental, los sólidos cimientos de la familia, la clave del arco monumental que enlaza a los padres con los hijos, a la generación presente con la venidera, y claro es que esa unión no se consigue sino estando en contacto íntimo todos los individuos que constituyen la familia, fin a que tienden siempre y de un modo nada débil, sino por el contrario, muy eficazmente, las fiestas de familia de que vamos a tratar.

Retrocedamos muchos siglos, muchos evos; remontémonos a los bíblicos tiempos patriarcales; echemos una ojeada sobre las familias de los patriarcas Abraham y Jacob, y veremos claramente en ellas la unión de los padres con sus hijos, el amor filial desarrollado en su mayor grado llegando al punto álgido de su desenvolvimiento; las familias patriarcales pueden servirnos de ejemplo de esa unión indisoluble entre los individuos que las componen, aun cuando hay que tener en cuenta que mucho influían en ello el sentimiento y la idea religiosos tan arraigados en aquellos corazones. Por esto vemos que después, en los tiempos de los romanos y de los griegos, sucede todo lo contrario, el paganismo, con sus ideas y libertades, destruye por completo la familia, haciendo de

ella, no un lazo indisoluble y fuerte, un lazo de unión entre los progenitores y los procreados, sino una aglomeración, un conjunto de individuos que, aun viviendo bajo el mismo techo, no tienen entre sí lazos de amor, consideración y respeto. La pluralidad de esposas hace que los hijos abriguen ideas y pensamientos distintos; la vida de crápula y orgía constante que envilece las costumbres y en la que se mezclan en un mismo vicio los padres y los hijos, impide a éstos guardar a aquéllos las consideraciones que les son debidas.

La esposa, considerada como sierva, sujeta a la despótica esclavitud que imperaba en todas las acciones y en todos los hechos, en lugar de ser, como debe, en la familia, una dulce compañera del esposo, dedicada a la educación y cuidado de los hijos, quedaba convertida en un objeto.

El esposo, amo y dueño absoluto de la casa, era un ser despótico y altanero al que, naturalmente, los hijos no podían tener ese cariño, ese amor filial que debe presidir todos los actos relacionados con la familia, y si algún respeto guardaban a sus progenitores, no era por cariño, no era por amor, sino por miedo a los castigos y a las afrentas.

Los mismos efectos encontramos si recorremos las páginas de la historia egipcia y, sin necesidad de remontarnos a tan lejanas épocas, tropezaremos con esos mismos efectos en la moderna Arabia, en los fieles de Mahoma, en Turquía y en el Africa. El mahometismo, permitiendo a cada hombre poseer tantas mujeres como pueda mantener, degenera la familia, la hace decaer y la arrastra a los más profundos abismos del servilismo y la depravación.

No encontraréis, no, por mucho que rebusquéis en los anales históricos árabes, griegos y romanos antiguos, un solo ejemplo, uno solo, de unión familiar. No hallaréis allí una familia en la que reine ese amor, esa confianza, esa alegría que presenta siempre un hogar bien constituído, en el que el padre y la madre se desviven por cuidar y educar a sus pequeños y en el que éstos pagan sus desvelos y sus afanes con amor, respeto, cariño y abnegación.

No encontraréis, no, en aquellos tiempos una reunión familiar, como las encontraréis a millares en nuestros días, y principalmente en las familias sencillas más que en las altivas.

Suma importancia tienen, sin duda alguna, las reuniones íntimas, las fiestas de familia, no sólo porque en ellas se ponen de manifiesto las cualidades de cada individuo de los que componen el hogar doméstico, sino que, además, al ponerse en contacto íntimo los unos con los otros, se logra hermanar de este modo los afectos y sentimientos, haciendo de la familia un solo ser que piensa, reciocina y obra siempre bajo un solo pensamiento y una sola idea, aunando en ella las ideas hermanas que bajo un mismo pensamiento brotan de los distintos cerebros de los individuos que componen la familia.

Además, es tal la confianza mutua que se establece entre padres e hijos, que éstos profesan a aquéllos no solo un amor filial, sino un cariño amistoso, por el cual consideran al padre como a un íntimo amigo y confidente a quien confiar todos los secretos y todos los problemas propios de la juventud y que indudablemente se resuelven más fácilmente consultándolos con los padres, personas ya con más conocimientos de la vida y con más experiencia de sus sucesos.

Y contad que estas fiestas no comprenden sólo un corto número de escenas, sino que encierran una considerable parte de la vida familiar, si bien no todas las hemos de considerar como fiestas, pues no tienen de ello carácter marcado, sino más bien de meras reuniones.

Entre las fiestas de familia, la primera que debemos de considerar es la Noche Buena, las fiestas de Navidad, que son las que por su carácter y sus condiciones implican la unión más íntima en el hogar. La reunión de la familia para solemnizar el aniversario del nacimiento del Hijo de Dios, es una fiesta que lo mismo a hombres que a mujeres, jóvenes y viejos, a todos incumbe y a todos comprende por igual.

Cuando de pequeños vemos llegar esta época, un sentimiento especial de alegría se apodera de nuestro ser e invade nuestra alma. Desde que el mes de diciembre empieza a hacernos sentir sus rigores con sus nieves, sus hielos y sus escarchas, empezamos nosotros a contar los días que faltan para el de Noche Buena y nos recreamos de antemano pensando en el simpático nacimiento, en los tambores, panderetas y rabeles, y cuando llega por fin ese deseado día, una alegría sin fin nos anima y conmueve y no dejamos de reír, cantar y meter ruido, mucho ruido, con los destemplados instrumentos de música.

Luego, cuando vamos siendo mayores y pasamos poco a poco de la niñez a la juventud, son distintas nuestras impresiones y nuestras ocupaciones: nuestro pensamiento tiene una idea más seria y arreglada, y en lugar de reír, correr y bullir, la hermana mayorcita se dedica a confeccionar un modesto, pero significativo regalo para papá o mamá, que les exprese de un modo bien patente el inmenso cariño que su hija les profesa y la gratitud sin límites que por sus desvelos y cuidados la merecen.

Otra ocupación también muy agradable en tales días para una jovencita, es la de formar el Nacimiento a sus hermanitos pequeños; y ¡con cuánto acierto saben ellos colocar este muñeco o aquel pastor, la posada o el castillo, el puente, los molinos, las ovejas y los pastores!... Claro que muchas veces hay que consultar a mamá; pero esto, lejos de ser un inconveniente, es una ventaja, pues así se comprende cuán necesaria es la experiencia que nuestras madres pueden prestarnos.

Las fiestas de Navidad son, por decirlo así, las de la sociedad toda, como lo demuestra el hecho del sinnúmero de felicitaciones que en tales

días se reciben y es preciso devolver. Parece ser que al terminar el año con fiesta tan solemne, los lazos de amistad se estrechan más y más, felicitándose los mortales por haber conseguido un año más de vida.

Generalmente en las fiestas de Navidad suele reunirse toda la familia un día, bien la Noche Buena, Año Nuevo o Reyes, padres e hijos, sobrinos y nietos, en casa del más anciano representante de la misma, alrededor de la mesa, símbolo más o menos perfecto de amistad, confianza y amor, desde que Jesús reunióse en torno de ella con sus discípulos en la noche de la última cena. ¡Qué algarabía entonces, qué bullicio, cuánta alegría en todos los corazones y cuánto amor guardan todos los pechos!

Con esta comida de Pascuas parece que se sella de un modo indeleble la confianza y amor familiar para todo el año próximo, y esto repetido un año y otro año, es una protesta continuada de cariño y abnegación.

Luego, en torno del Belén, reunidos todos, jóvenes y viejos, los pequeños con sus tambores, zambombas y cornetas cantando villancicos bajo la dirección de la hermana mayor, hacen sonreír de gozo y alegría a los abuelitos, recostados en las patriarcales butacas y solícitamente atendidos por sus hijos, los padres de los pequeños, que cuidan de que nada les falte, que no les dé el aire, que la estufa esté bien encendida, que los pies no se les enfríen, cubriéndoles con una manta..

Fijaos, fijaos bien en las Navidades; veréis ¡qué fiesta tan simpática, qué fiesta tan alegre y cuánto cariño y cuánto amor revela en la familia!... ¡Y debe ser tan grato recordar luego, cuando se llega a una edad avanzada, y se encuentre una rodeada de hijos y nietos, las Navidades de nuestra infancia!...

¡Los bautizos! He aquí otra de las más agradables fiestas de familia. La entrada en el mundo cristiano de un nuevo individuo es motivo para despertar la más franca alegría y el más tierno afecto. El acto solemne de sacar una criatura de los abismos del infierno y del paganismo para ponerle al amparo y protección de la Iglesia, reúne en torno de la pila bautismal a los individuos de la familia y amigos más íntimos, haciendo de dicho acto uno de fusión de simpatías y sentimientos.

Y cuando el neófito tiene una hermana mayor, ¿qué mejor madrina que ésta? Cometido que ella ha de saber cumplir a las mil maravillas por la gratitud que debe de merecerla el inmenso honor que con ello se la confiere. Esto es inútil el hacerlo constar, pues, ¿qué hermana no es capaz de hacer todo lo humanamente posible para el bienestar de su hermanito?

Seguramente que de cien jovencitas que pasen sus ojos por estas líneas, noventa lo menos desearían tener un hermanito recién nacido a quien cuidar y entretener y a quien poder servir de madrina en el momento del bautizo. Y hay que tener en cuenta que con los hermanos pe-

queños se ensayan las buenas cualidades de cariño y amor y que el cuidado de uno de esos simpáticos *monigotes* que tanto dan que hacer y cavilar, es una de las mejores ocupaciones para una jovencita buena, amable y cariñosa.

Paulatinamente, poco a poco, nuestro cuerpo va desarrollándose lo mismo que nuestra inteligencia, y cuando ésta ha adquirido un cierto estado de perfección, cuando piensa y discurre con pleno conocimiento, entonces es llegada la época de un acto solemne de nuestra vida, que nos conmueve y emociona y que constituye por sí solo una de las fiestas de familia más importantes y trascendentales. Es este acto sin semejante el de tomar la Primera Comunión. Cuando la niña llega a los ocho o nueve años, sus profesores inculcan en su cerebro, ya preparado de antemano, las ideas solemnes de la Sagrada Eucaristía, y poco a poco van disponiendo su alma para recibir el Santo Sacramento.

Este acto encierra, sin duda alguna, múltiples y variadas sensaciones, que van sucediéndose unas a otras de un modo natural y que llevan en sí un regocijo y una alegría especiales.

La niña que va a hacer la Primera Comunión experimenta un arrobamiento y un entusiasmo hasta entonces no sentidos, al considerar los bienes del Celestial Fruto y al ir grabando en su mente las palabras de los sacerdotes que la preparan para el acto. Sus sentimientos religiosos se ensanchan al abrirse a ellos nuevos y limpios horizontes, y su alma se eleva al Creador en éxtasis supremo de amor y respeto.

Nada digamos de la alegría que es para una madre la Primera Comunión de su hija: considérase feliz al contemplarla junto al altar, engalanada de albas vestiduras, adornada de blanco velo que flota vaporosotro, trasluciendo las infinitas luminarias del altar, al verla coronada de blancas florecillas, por entre las que caen los negros cabellos en ensortijados bucles, rodeada de otras muchas niñas como la suya, aunque para ella ninguna haya mejor, ni más guapa, ni más juiciosa. Y lágrimas de gozo y ternura suelen desprenderse de sus ojos humedeciéndole las mejillas, como otras tantas lágrimas brillan en los de las demás madres que tienen a sus hijas en el altar.

Toda la familia asiste a la ceremonia y las felicitaciones a los padres y a la niña llueven y se multiplican de todos lados, de todos los parientes y de todos los amigos, y unos y otros participan de la alegría de los padres, como si esa alegría se desprendiese como sutil vaho de sus almas felices y de sus rostros sonrientes.

La fecha de la primera comunión nunca se olvida, siempre se recuerda con satisfacción y alegría, y al evocarla, se experimenta un sentimiento especial, puro y religioso, que nos hace pensar en el Sumo Hacedor y en sus glorias, ángeles y serafines. Y generalmente en una cajita, muy bien guardada en un cajón del secreter, encontraríamos, si

los buscáramos, un libro, una medalla, un rosario o simplemente una estampa que nos hace recordar aquel día memorable y en el que con profunda devoción depositamos un beso acompañado de una oración... ¡Y cuántos recuerdos trae a nuestra memoria ese libro, esa medalla o ese rosario! Recordamos todas las escenas de aquel día, vemos a nuestras mádres gozosas, vistiéndonos y arreglándonos con el vaporoso traje con el que soñamos un mes antes del día señalado para la hermosa ceremonia. Recordamos a nuestras compañeras, reunidas todas en los escalones del presbiterio, a la profesora y a los sacerdotes, las felicitaciones de todos, el regocijo general de la familia y mil y mil cosas que nos conmueven e invitan a pensar un momento en los tiempos pasados, en los tiempos que fueron...

. . . . . .

Una de las fiestas que quedan grabadas con caracteres más indelebles en la mente de una muchacha es el día de su postura de largo. Considerada en sí, sólo en lo que aparenta, la postura de largo es un acto casi insignificante; total, todo se reduce a que las faldas tienen un par de dedos más de largas (pues hoy día las muchachas que visten de corto con esas falditas *tobilleras* casi van de largo), y a que el pelo, en vez de caer sobre la espalda, suelto, en rizados tirabuzones o adornado con descomunales lazos, según la moda del día, se recoge en gracioso moño en la parte superior de la cabeza. Pero si se considera la postura de largo en su carácter de acto solemne y memorable, entonces la cosa varía y serían precisos mucho tiempo y muchas páginas para explicar sus detalles e impresiones.

Empecemos por considerar a la joven que va a entrar por primera vez en sociedad, como si dijéramos, dos o tres meses antes de la fecha para ello señalada. Está la niña impaciente, deseando que pasen las horas y los días para que llegue el tan deseado: constantemente piensa en él y no cabe en sí de gozo cuando faltan sólo algunos días, dos o tres.

Ya llegó, levántase la niña, y si es como debe ser, lo primero que hace es ir a misa para abandonar con este acto religioso su traje y sus hábitos de niña. Regresa a casa y entonces empieza lo principal: saca del armario las ropas nuevecitas y las va extendiendo por las sillas al mismo tiempo que va reparando en todos sus detalles, las cintas, los encajes y las puntillas. Ya está todo preparado y con un golpe de vista pasa revista a todo ello y queda satisfecha de su equipo.

Empieza a vestirse poniendo especial cuidado en los más nimios detalles, y sale, por fin, vestida, al tocador para peinarse. ¡Ardua y difícil cuestión! A pesar de los repetidos ensayos que desde unos días antes viene practicando, ella a solas con el espejo, el caprichoso pelo se resiste a perder su acostumbrada forma y a tomar la que quieren

darle, entablándose una lucha entre los cabellos y la muchachita, que en vano intenta reducir a aquéllos a la obediencia empleando para ello cuantos medios idearon las peinadoras, y horquillas, peinetas, peinecillos e invisibles pasan alternativamente del tocador a la cabeza y de la cabeza al tocador. Tal es el lío y el enredo que se arma, que ya, fatigada y nerviosa, la jovencita tiene que llamar en su auxilio a mamá, que, siempre complaciente y cariñosa, pone orden en aquel maremágnum de encrespados cabellos, colocando al azar una horquilla aquí o un peinecillo allá, y dejando por fin a su hija arreglada y peinada con gusto y con arte, pues es indudable que una madre siempre se esfuerza por engalanar a su hija lo mejor posible el día de su postura de largo.

Una vez peinada, hay que ponerse el *vestido de cola* con cuidado especial y sin que haga ningún pliegue ni ninguna arruga, hay que estar para ello un buen rato frente al espejo, y cuando ya está todo bien arreglado, sale la *neófita* de su cuarto radiante de gozo y de felicidad, recogiéndose graciosamente la falda, a pesar de lo cual se la enreda algo por la falta de costumbre, y llega a donde está reunida la familia y donde recibe los saludos y felicitaciones de todos y las caricias de su madre, que se considera feliz y dichosa al contemplar a su hija tan guapa y compuesta.

A las cuatro o cuatro y media empiezan a llegar amigas y compañeras que, galantemente invitadas, vienen a pasar la tarde en compañía de la nueva señorita, y entonces son de ver las risas y la alegría que reinan en todas aquellas almas juveniles. La muchacha tiene ya que hacer los honores a las visitas, sus amigas tienen que ver el *trousseau* y los regalos, y todo ello va enseñándolo la niña feliz, a pesar de los frecuentes tropezones y pisotones que ella misma suele darse en el vestido. Es preciso también algunas veces arreglarse el pelo, del que algunas hebras se vienen a la cara, colocar este peine o aquella horquilla, y otros mil y mil percances que es natural ocurran a quien no tiene la práctica necesaria que luego se va adquiriendo.

Pasa así distraídamente la tarde y llega la hora de merendar; necesario es que ella haga los honores a sus amigas sirviéndolas el té, las pastas, lo dulces o el refresco, y para esto sí que es preciso tener tino y acierto, porque entonces, teniendo ocupadas las dos manos con platos o bandejas, es preciso soltar la cola, que suele engancharse en alguna silla o enredarse entre los pies con peligro inminente de las tazas o los platos. Pero la muchacha es lista y siempre sabe salir bien de este apuro.

Y así va transcurriendo el día y llega la noche, y con ella el sueño. Va la muchacha despojándose de sus galas, que vuelven al armario; en el que acaso se encuentre aún una muñeca, algún cacharro u otro objeto análogo que le recuerde su vida pasada, el día de ayer... y pensando en es-

tos dulces recuerdos y en la felicidad de que goza, se duerme, vagando por sus labios una alegre sonrisa.

Algunas veces suele ocurrir que se aguarda a un acontecimiento señalado para ponerse de largo; la boda de la hermana mayor, pongamos por caso; y nada más natural que al casarse una hija, que es generalmente la que ayuda a la madre en el arreglo y la marcha de la casa, sea substituída con la hermana pequeña, que al ponerse de largo adquiere seriedad, representación y puede decirse que facultades para coadyuvar con la madre al manejo de la casa. Además, ¿qué fiesta más indicada para ello que la mencionada boda? La de una hermana es una fiesta sin igual, de un carácter especial que anima a todos los de la familia, pues todos ellos tienen algo que ver en ella. Cuando la boda es a gusto de todos, ¡cuánta felicidad reina entre ellos!

La boda de una hermana trae consigo muchas ocupaciones y muchos entretenimientos, principalmente para sus hermanas pequeñas, pues hay que preparar el *trousseau*, y ¿en qué mejor puede ocuparse una niña que en sacar hilos, hacer vainicas y calados, jaretas y tru-trus, pegar trencilla en los patrones de encaje inglés, hacer estrellas de *frivolité*, encaje Richelieu o de Irlanda, sabiendo que todo ello ha de servir para adornar a la hermana querida? ¿Qué entretenimiento más agradable que pasar cintas o pegar botones en las vaporosas camisas de la novia o en sus ajustados corpiños? Nada, nada más agradable y distraído que esas pequeñas ocupaciones que las bodas traen consigo para las hermanas de la novia.

Y decidme, ¿podréis encontrar una fiesta más emocionante que ésta? Las sensaciones que se experimentan al entregar una hija en matrimonio, sabiendo que ha de abandonar nuestro hogar, y acaso la ciudad en que vivimos, porque las ocupaciones de su marido así lo requieran, imposibles son de experimentar en ningún otro acto ni en ninguna otra escena.

A la bendición del santo lazo por el sacerdote, siguen los votos de felicidad y ventura con que todos los individuos de la familia, amigos e invitados, demuestran su adhesión y cariño a los nuevos esposos y a sus padres y hermanos y el contento general que reina en todos los corazones.

Naturalmente que una boda, como todos los sucesos de este mundo, tiene su lado alegre y su lado triste, y a las sonrisas y alegrías se mezclan algunas lágrimas de pena y ternura, porque siempre es impresionante saber que nuestra hija puede decirse que no nos pertenece, sino que pertenece a su marido, que, aunque sea muy bueno y cariñoso, siempre nos parece que no la ha de tratar con el cuidado y el amor que nosotros, y es indudable que un esposo nunca puede ser lo mismo que una madre.

Pero descartando este lado *feo* de la cuestión, una boda es siempre un acto que revela felicidad y contento y que constituye una muy señalada fiesta en el seno del hogar doméstico, y más aun si en substitución de la hija que se nos va, nos queda otra, que aunque con menos experiencia, nos consuele del alejamiento de aquélla, ayudándonos complaciente y cariñosa a llevar la pesada carga de una casa.

Dignas de especial mención son las fiestas íntimas que se verifican en todas las casas con motivo de los santos y cumpleaños de los mayores, padres y abuelos.

Intentan algunos (por fortuna pocos y mal atendidos) hacer desaparecer la costumbre de las felicitaciones en los santos y cumpleaños, aduciendo al objeto, como teoría irrefutable, que el cumplimiento de un año más no debe de ser motivo de felicidad, toda vez que nos acerca un paso hacia la vejez y con ello adelantamos hacia nuestro fin en este mundo, la muerte, fin para el cual todos nacimos y del que ninguno podemos sustraernos. Claro que nunca es agradable acercarnos a ella, que nuestra felicidad sería permanecer constantemente en esa edad feliz de la infancia, en la que no existen quebraderos de cabeza para el porvenir, ni graves disgustos y contratiempos: época feliz en la que todas nuestras aspiraciones se reducen a poseer tal o cual juguete que vimos en esta o la otra tienda y a ir a paseo con el traje nuevo, y en la que nuestros disgustos no duran cinco minutos, al cabo de los cuales la alegría vuelve a nuestra alma y la risa brota de nuevo a borbotones de nuestros labios.

Pero si consideramos los años que pasan como etapas de dicha y ventura; si consideramos los cumpleaños como muestras de probidad y rectitud, entonces, ¿no es verdad que es muy agradable el cumplir un año y que al cabo de cierto número de ellos podamos conmemorar el aniversario de nuestro natalicio con una fiesta de familia en la que tomen parte activa y se mezclen los individuos de tres generaciones de nuestra descendencia, padres, hijos y nietos?

Tiene que ser forzosamente muy agradable para un abuelito que sus nietecitos queridos le besuqueen y *llenen de babas*, al mismo tiempo que con sus sonrosadas manitas, *tirándole de las orejas*, le recuerden que ha pasado un año más, feliz, rodeado de hijos y nietos, todos cariñosos y amantes de él y de su bienestar.

El abuelo se siente feliz y sus hijos asimismo experimentan cierta satisfacción y sonríen gozosos al contemplar el curioso y emocionante cuadro que abuelo y nietos forman unidos unos con otros en estrecho abrazo, enlazando de este modo la niñez con la senectud.

Si es el santo del padre o de la madre, grande ha de ser también sin duda alguna la alegría de todos los de la casa al festejar al jefe de ella.

Los hijos pugnan entre sí en un torneo de abnegación y cariño para demostrar del modo más patente su amor hacia ellos, y de esta lucha

siempre viene a resultar una misma verdad irrefutable, un mismo axioma: «que el amor filial es siempre infinito».

Las fiestas de los hermanos y de los tíos y primos, otras tantas pruebas son del santo amor de la familia que nunca se acaba y del que nunca nos cansaríamos de hablar.

Aparte de las verdaderas fiestas de familia ya enumeradas, existen muchas reuniones de las que no podemos menos de escribir algunas líneas. Las veladas, las sobremesas y esas reuniones en casa de los padres al anochecido, en las que suelen encontrarse todos los hijos, los pequeños y los mayores que, aun ya casados, suelen pasar ese rato, esas horas del anochecer, en la casa de sus padres: entonces se cambian impresiones, y la conversación general gira sobre todos los temas y todos los asuntos del día: pásase revista a los diversos sucesos acaecidos en las distintas casas de la familia, y se hacen proyectos y programas para algún día de fiesta que se piensa pasar todos reunidos. Son muy agradables estas reuniones íntimas que estrechan los lazos de unión de la familia.

Lo mismo ocurre con las veladas y sobremesas en el invierno al calorcito de la chimenea o alrededor de la camilla, y no hay que dudar que todas ellas tienen un encanto especial para la joven que, de este modo, teniendo en su casa un motivo de distracción y entretenimiento, no tiene que buscarle en casa de la amiga, en el salón o en el teatro.

¡Reuniones, muchas reuniones de familia, íntimas, entrando en ellas también algunas veces un buen amigo, es lo que siempre debéis de procurar si queréis tener a vuestro lado hijas alegres, sonrientes, formales y juiciosas.

LA INSTRUCCIÓN DE LAS NIÑAS

LO QUE DEBE SER

II

Por muy atrás que cualquiera se remonte en los escritos de los hombres, se ve que han disertado en todos los tiempos sobre el verdadero papel social del sexo femenino.

Siempre también se han apropiado, en la familia y en la sociedad, una situación privilegiada, reservándose el poder, la integridad de los derechos, los empleos, los favores, las distinciones, los privilegios, dejando a la mujer la sumisión humilde, la obediencia servil, la humillación de una perpetua minoría de edad. Durante siglos y siglos, el hombre ha pretendido que la mujer, dedicada solamente a las ocupaciones inferiores del servicio doméstico, se contentase eternamente con una condición subordinada y subalterna.

Todos los pueblos de la antigüedad, menos Egipto y Asiria, consagraron el principio de la dominación masculina absoluta. Eximida de la autoridad marital, la esposa gozaba de su fortuna y administraba sin censura los bienes de la familia. La constitución familiar aseguraba a la mujer un gran respeto. Los egipcios llamaban a la esposa «soberana de la casa». Uno de los más antiguos documentos que se han hallado, el *papiro de Prirse*, que data por lo menos de 2,200 años antes de nuestra era, contenía este antiguo precepto:

Si eres discreto, ama a tu mujer; sin querellas, sin discusiones, manténla, alégrala la vida; ella es una fortuna, cuyo poseedor debe estimarla en lo que vale; no te muestres jamás grosero con ella.

En lo que respecta a la condición de la mujer, se ha procedido siempre con una falta de lógica absoluta, puesto que, reconociendo que su centro de acción es el hogar, impidiéndola adquirir libres profesiones, ciñendo su campo de acción a la casa, no se ha procurado, sin embargo, crear enseñanzas para ello. Y hay que tener presente que la ciencia del hogar no es tan sencilla como se cree. Mucho la facilita el instinto fe-

menil, pero eso no es bastante ; y así se presencia en los actuales tiempos, como en las más remotas épocas, que no son muchos los hogares bien regidos y administrados.

Por esta deficiencia de educación previa se hallan multitud de jóvenes, al casarse, como si cayeran de las nubes : confusas, atontadas, desorientadas, sin saber cómo comenzar, planear y finalizar sus tareas. Y aunque se rehacen al parecer de su estado de estupor y emprenden valientemente la organización de su casa, no siempre corona el éxito sus loables esfuerzos ; no siempre son perfectas las organizaciones *menagères* ; y de este vicio de la raíz se resienten luego todas las plantas.

Sólo hace falta mirar un poco a nuestro alrededor para ver multitud de hogares en los que el desorden de trabajos, de gastos y de plan produce lamentables resultados ; hogares en los que *nada luce, nada basta, nada brilla.*

Y es que durante siglos y siglos no se ha soñado en iniciar a las jóvenes para su futura misión doméstica. Solamente en el siglo XVII, el ilustre pedagogo Johan-Amos Comenius (Komensky), en su *Gran Metodología* (Didáctica Magna), fué el primero en lanzar la idea de que era menester enseñar a las jóvenes Economía doméstica. Comenius, a quien Michelet proclamó con tanta razón «el Galileo de la pedagogía», reivindicó el derecho de todos a la instrucción. Defendió el principio de la coeducación de los sexos. Para él, las niñas tienen una inteligencia tan capaz para recibir la instrucción como los muchachos. Las mujeres —decía—están llamadas muchas veces a los más altos destinos ; algunas han gobernado Estados ; otras han aconsejado sabiamente a reyes, príncipes y obispos. ¿Por qué admitirlas hasta el *a b c* y excluirlas en la enseñanza científica? Es preciso dar a todos los niños una enseñanza integral y mixta, y educar a la mujer de manera que sepa todo lo que sea necesario para dirigir bien la casa, acrecentar su propio bienestar, el de su marido, parientes y criados ; y de este modo Comenius llegó el primero a proponer que se inscribiese la Economía doméstica en el programa de las escuelas.

A fines del siglo XVII, el abate Fleury repitió la idea de Comenius y recomendó que se enseñase a las jóvenes la ciencia del hogar y de la higiene. En su tratado sobre la *Educación de las hijas*, Fenelón puso en primera línea, después de la religión, los «ejercicios de gobierno doméstico». El arzobispo de Cambrai comprendió la alta importancia social de los deberes domésticos de la mujer, cuando redactó estas líneas :

«¿No tienen las mujeres deberes que cumplir que son los fundamentos de toda la vida humana? ¿No son las mujeres las que arruinan o sostienen las casas, las que reglan todos los detalles de las cosas domésticas, y que, por consecuencia, deciden de todo lo que toca más de cerca a todo el género humano?»

Mme. de Maintenon trató de aplicar la nueva teoría de la educación doméstica en el establecimiento de enseñanza de Saint-Cyr. El pensionado que fundó tenía por objeto educar a las jóvenes de la clase media; prepararlas a la vida del hogar modesta y retirada, para ayudar al marido en la administración de la pequeña fortuna, para educar hijos y para dirigir servidores.

En Francia tanto preocupó lo que, según una fórmula célebre, era parar la mujer *la preparación a la vida*, que el legislador de la revolución expuso en un proyecto de decreto de septiembre de 1791 esta idea:

«Todas las enseñanzas dadas a las jóvenes en las casas de educación pública tenderán particularmente a prepararlas para las virtudes de la vida doméstica y para los talentos útiles en el gobierno de una familia».

La economía doméstica, según dice el *Diccionario de Pedagogía* de M. Buisson, es la ciencia que enseña a los futuros padres y madres de familia a llevar convenientemene una casa, un hogar; a que en él reinen el orden, la limpieza, la higiene, el buen gusto; a no hacer ningún gasto inútil, a contentarse con lo que haya y a sacar el mejor partido posible de los recursos de que se disponga.

La ciencia doméstica debe ser objeto de una enseñanza metódica especial. Contra este principio reina un prejuicio que conviene extirpar. La mayoría de los padres y maestros se imaginan que toda mujer no desprovista de inteligencia sabe por instinto ejecutar fácilmente los trabajos de la casa, y que, por lo tanto, no deben ser enseñados. Pensar así es cometer una grave equivocación. Para convencerse de ello, basta penetrar de improviso en la intimidad de hogares de obreros y hasta de personas de la clase media: en muchos de ellos reinan el desorden y la incuria. Tener un hogar debe enseñarse como cualquier otra cosa. Los espíritus reflexivos saben, por otra parte, que nada puede aprenderse sin método y sin esfuerzo. En cuanto a las raras personas que han llegado por sí mismas a tener habilidad para regir su hogar, son las primeras en reconocer cuánto tiempo han tenido que perder y cuántas dificultades que vencer.

Sin duda, en algunas casas pueden aprender mucho las hijas de las madres; pero como éstas tienen defectos de educación, el ejemplo no puede ser perfecto.

La educación actual no prepara para la vida; la escuela, frecuentemente, con sus programas presuntuosos de falsa ciencia, desvía a la niña de las ocupaciones domésticas; se la pervierte el gusto, se la falsea el juicio, se la habitúa a figurar, a hacerse notar para tratar de pescar mejor un marido. No se la enseña a ganarse el sustento, a ser independiente por su personal actividad y trabajo, a sostener su personalidad para que el matrimonio sea para ella una aspiración y no un recurso; y tampoco se las enseña la

manera de hacer feliz a los que las rodeen, siendo felices ellas a su vez en el santuario de su hogar. Y la joven llega de este modo a desdeñar los trabajos domésticos, que su educación y las tradiciones la hacen juzgar inferiores. El mal no es patrimonio de una sola clase social: todas sufren el mismo defecto. En la clase acomodada, el ideal de la educación femenina es frecuentemente una banalidad distinguida; lindas maneras, algunas frases estereotipadas de amable política, un *flirt* suave, forman un barniz corriente que disimula los cerebros huecos, la ignorancia de nuestras jóvenes, su indiferencia de sentimientos, el inquietante estado de alma de nuestras niñas. Una gran parte de responsabilidad incumbe a los padres. Su ternura irreflexiva e imprevisora se esfuerza por evitar a sus hijas toda contrariedad todo trabajo, y hasta la pena de pensar; y las niñas se vuelven presuntuosas y adquieren una alta idea de sí mismas que las hace despreciar la misión familiar. Muchas, desgraciadamente, son inhábiles para las ocupaciones domésticas, desdeñosas de los detalles materiales, desprovistas de sentido práctico, incapaces de iniciativas y energías, completamente ignorantes de las cosas de la vida, de sus leyes, de sus profundas exigencias, de sus crueles realidades. Y así ocurre que las niñas abandonan las escuelas después de haber pasado unos años sin hacer más que *anemiar* el cuerpo y el espíritu, habiendo gastado una pequeña fortuna, y en definitiva sin haber aprendido nada realmente práctico ni verdaderamente útil.

En la clase obrera, la situación de las mujeres no es más brillante; son muchas ignorantes y perezosas, no poseen nociones exactas de orden y economía.

Desde la más tierna infancia, desde la primera escuela, es necesario trabajar por inculcar y fortificar en las niñas el gusto por las ocupaciones domésticas. La variedad de estas labores, su carácter a la vez práctico y distraído, son muy a propósito para hacer que se les cobre afición; en general, las nenas chiquitas experimentan una viva satisfacción, mezcla de ingenuidad y orgullo, cuando efectúan trabajos de personas mayores, o cuando, por lo menos, se las asocia a ellos; y comenzando la educación desde la más tierna edad, la tarea se simplifica notablemente.

En un reciente manifiesto, las mujeres de Suiza han sentado este principio: «Una buena educación doméstica es el complemento necesario de la cultura general de la mujer y la base de toda educación femenina».

Pero esta educación no podrá dar frutos, no hay que olvidarlo, más que injertándose en un programa de educación integral; una mujer sin ilustración, ignorante, es incapaz de llegar a ser un ama de casa distinguida y práctica. La ciencia doméstica forma una admirable síntesis que no puede ser accesible más que a los espíritus cultivados. La enseñanza de la Economía doméstica y de los trabajos del hogar debe ser confiada a maestras expertas, bien preparadas por lo que respecta a instrucción y

habilidad. La niña, entonces, se dejará guiar con gusto, y los padres mostrarán confianza y entusiasmo por el estudio de una rama de enseñanza hasta aquí desdeñada y desatendida.

El primer cuidado, pues, debe ser formar maestras iniciadas, preparadas, adiestradas en educación práctica, capaces de sugerir las razones en que se fundan sus indicaciones y sus consejos; que posean bastante iniciativa y sentido práctico para inspirar su enseñanza en las necesidades locales y en la futura condición de sus discípulas.

La educación de que venimos tratando tendrá aún otra ventaja: la de extirpar dos plagas que constituyen un gran mal que sufre hoy la modesta clase media y cierta parte del pueblo; estas dos plagas son el *fiado* y las necesidades ficticias de pura vanidad.

El *fiado* es el gran corruptor de los hogares pobres, porque perturba en absoluto la idea que el ama de casa debe tener de los límites de sus ingresos. Poder ir a buscar las mercancías sin dinero, poder comprar sin contar, es un modo de dejarse llevar por la fantasía y los caprichos. Por el fiado o crédito, el ama de casa traspasa en seguida el posible presupuesto de sus gastos, llegando a no poder pagar; acumula cada mes un poco más en las deudas, y un día, ante las reclamaciones de los abastecedores, surge la necesidad del empréstito, que es la espantosa *bola* de la deuda usuraria. Por esto la propia bolsa es el mejor y más admirable libro de contabilidad que pueda tener un ama de casa que no use del crédito.

Otro mal reside en las necesidades ficticias inspiradas por la vanidad. En todas las clases sociales hay una general aberración que se resume en esta fórmula: «sostener su rango». Se trata, no de mantener la dignidad de la vida, de merecer la consideración general por una existencia laboriosa y honrada, sino de imitar, en nombre de una vanidad tonta y pueril, las extravagancias y malas costumbres de vecinos, amigos y compañeros de trabajo, de taller o sociedad. Esto se traduce por parte del hombre en gastos inútiles de café, tabaco, círculo, excursiones, y por parte de la mujer en despilfarros para baratijas y *toilette*.

El primer deber para los que tienen a su cargo una familia, es el de adaptar su plan de vida a sus recursos. Si para ello son necesarios penosos sacrificios, es menester resolverse a hacerlos, porque no resignarse a ello es una imprevisión, es atraer sobre sí la penuria y la miseria, es entrarse a todo andar por las vías del deshonor.

De la industria y economía de las mujeres depende la suerte de un hogar. Por eso las escuelas *ménagères* pueden producir tan grandes bienes. No quiere esto decir que la escuela pueda hacerlo todo; la mujer casera tiene cualidades innatas que la escuela puede desarrollar, pero es preciso aprender muchas cosas y, sobre todo, hay muchos prejuicios que abandonar y desarraigar, y en esto precisamente es donde la escuela tiene que cumplir una gran misión. Ella perfeccionará las cualidades de orden

e iniciativa que existen ya por instinto en ciertas discípulas ; ella inspirará el gusto a los trabajos domésticos y el sentido del orden a las que están menos dotadas de él ; ella, en fin, dará a todas útiles nociones y la conciencia de la alta misión social que la mujer de casa cumple en el seno de la familia. Esta enseñanza es algo teórica, sin duda, como toda enseñanza de escuela, que se dirige a todos colectivamente y que debe emplear procedimientos especiales para que sea comprendida y retenida. En suma, la escuela suministra la tela o trama sólida con la cual cada uno debe confeccionarse el traje que cuadre a sus medidas y a sus gustos.

En Bélgica, desde 1888, las «escuelas *ménagères*» han tomado una extensión considerable : existen hoy trescientas, frecuentadas por cerca de diez mil discípulas. La obra seguramente no es perfecta, y requiere ciertas modificaciones, a las cuales contribuye la experiencia de cada día.

Es preciso pedir que se cultiven y eduquen las inteligencias femeninas con una instrucción general que tenga por coronamiento la educación doméstica ; lo que también es preciso es no rebajar el nivel de la educación doméstica, sino elevar la mentalidad de las discípulas y suprimir su estado de ignorancia, primero generalizando la instrucción de las niñas y después no admitiendo en los cursos de las escuelas domésticas más que discípulas que hayan terminado sus estudios primarios. No olvidemos que la educación doméstica se funda en la utilidad, puesto que la utilidad de las cosas se determina por el juicio y la instrucción.

Decía Xenofonte : «Es una locura imaginarse que sin instrucción se distinguen las cosas útiles de las que no lo son ; es también una locura, cuando falta discernimiento, creerse capaz de alguna cosa útil porque se tenga los medios de comprar lo que se quiera ; es una tontería, cuando se es incapaz de nada útil, pensar que se tiene lo que es preciso para vivir bien y vivir con honor porque se tengan riquezas y una vergonzosa ignorancia».

Como la educación doméstica debe ser un complemento de educación, no es posible conciliarla con un profundo estado de ignorancia. En las escuelas de los diferentes grados, es preciso crear clases especiales donde las niñas y las jóvenes reciban cursos teóricos y prácticos de Higiene y Economía doméstica. Se les enseñará que el primer deber del ser humano es el de asegurar mejor su propia conservación ; cómo debe tener cuidado de su cuerpo ; cuáles son las precauciones más indispensables de la Higiene ; cómo se mantiene la limpieza del individuo, de sus vestidos, de sus muebles, de su habitación ; cómo se lava y plancha la ropa con arreglo a los preceptos de economía e higiene. En las escuelas rurales se podrá enseñar en lugar preferente las nociones generales concernientes al cultivo de las huertas y frutales, lechería, el corral, las conejeras, colmenas, la conservación de las legumbres y de las frutas.

También es utilísimo iniciar a las jóvenes en la higiene de la primera

infancia, haciéndolas asistir a los asilos infantiles, y darlas un curso elemental de conocimientos indispensable a la enfermera.

Entre las ramas más importantes de la enseñanza doméstica debe figurar la ciencia de la alimentación y la práctica del arte culinario. Si es indispensable que toda mujer sepa manejar la aguja, es todavía más necesario que sepa también dirigir un fogón y preparar un almuerzo. En todas partes, en las ciudades como en el campo, en los centros industriales como en la mayoría de las regiones agrícolas, la enseñanza de la cocina está abandonada, casi olvidada. Las muchachas de la clase obrera no hallan lugar ni ocasión de aprender a confeccionar una comida conveniente. Al salir de la escuela primaria, si es que han ido a ella instadas por sus familias, se apresuran a entrar a aprender *algo*, y van a la fábrica en busca de un trabajo remunerador. En la casa, las madres no tienen de ordinario ni medios de capacidad para enseñar por sí mismas la cocina a sus hijas. Más tarde, las jóvenes llegan al matrimonio ignorantes, sin ningún conocimiento de las cosas domésticas. Parece que caen de las nubes y no saben cómo desenvolverse. Empieza para ellas entonces el período de las costosas experiencias: van de prueba en prueba, de fracaso en fracaso, hasta que caen en el desaliento. La habitación no presenta ningún atractivo, está mal arreglada; las comidas, uniformes y poco apetitosas, se sirven sin regularidad ni cuidado. La mujer malgasta el dinero y las provisiones. El marido pierde entusiasmos; descontento de un interior poco atractivo, fatigado por una alimentación insuficiente y mala, busca compensaciones costosas tomando algunas comidas fuera. Los esposos llegan a vivir cada cual por su lado, con el deseo de pasarse el uno sin el otro. El figón y la taberna reemplazan al hogar, mientras que el desorden y la incuria se asientan en él. Se contraen las primeras deudas, seguidas bien pronto de otras nuevas, y de otras que se acumulan; aparecen sombríos pensamientos, que trata él de ahogar con la bebida; entretanto los hijos mal cuidados vagabundean; la familia disgregada se disuelve; es la ruina moral y económica. ¿Parece excesivamente cargado de negras tintas este cuadro? No lo es. La estadística, con su fría elocuencia, revela que, en efecto, en la mayoría de los países, la mayor parte de las perturbaciones, de las riñas, de las violencias y los divorcios son debidas a la asistencia a la taberna y al alcohol que es consecuencia de ella; y desgraciadamente muchas mujeres, por razón de su incapacidad, contribuyen inconscientemente a echar a sus maridos de la casa y a que busquen el bienestar en otra parte.

El cuadro sombrío y descorazonador que acabo de trazar se repite con lamentabilísima frecuencia en los hogares de esa clase media que abarca tantos y tan diversos grados.

No va mejor preparada al matrimonio la señorita al parecer distinguida, que lo va la pobre obrerita arrancada del taller. En la medianía de

la vida, suele darse por bien educada una joven si toca algo el piano y mal entiende el francés y sabe hacer unas cuantas laborcitas primorosas. El arte, *no de hacer un duro de una peseta*, que esto no es posible, sino de *gastar la peseta en forma lucida y conveniente*, es para muchas niñas desconocido completamente. Y si alguna vez entraron en la cocina, sólo fué para hacer tal cual plato de dulce que han aprendido de la amiga o parienta, pero no para hacer la diaria comida, para saber aprovechar lo grande y lo pequeño; para saber conocer la clase y condición de los manjares.

Por su parte, los hombres de la clase media, acostumbrados a gastar cuanto ganan y a comer en círculos, cafés y restaurants y a gozar en ellos de ciertas comodidades, hallan pronto deficiente y desagradable el hogar, en el que *nada luce ni nada es suficiente*. Cuando un casado aparece de nuevo por las puertas del Círculo al que solía asistir de soltero, bien puede asegurarse que ha comenzado a hallar insuficiente su hogar, excesivo el gasto y monótona la mesa. El mismo desorden que en la clase obrera aparece en esta otra clase social; las mismas luchas, idénticos desequilibrios, igual desencanto, exacto y lamentable final de un amor, un hogar y una ilusión, mermados primero, desaparecidos después, en innumerables ocasiones por defecto de educación del sexo femenino. A la mujer de la clase media se la enseña a fabricar ligas para cazar pájaros, pero no jaulas para retenerlos dulce y voluntariamente.

Nunca se dirá bastante, por mucho que se diga, sobre este tema.

La mujer, cuya misión especial es la de conservar la raza y asegurar la perpetuidad del hogar, debe estar educada para comprender la importancia y extensión de sus múltiples deberes. El arte culinario no debería tener secretos para ninguna joven. La cuestión de la vida material, tan difícil en sí por el desequilibrio entre los gastos y los ingresos, se simplificaría un tanto sin la ignorancia, la impericia y la imprevisión de muchas amas de casa. Al salir de la escuela, todas las jóvenes debieran saber combinar un régimen alimenticio, variar las comidas de una manera racional y preparar una cocina especial para enfermos. Las niñas a quienes se hubiese enseñado a reflexionar y calcular antes de comprar, sabrían apreciar el carácter ruinoso que tienen las compras a crédito y al menudeo; sabrían los principios de una alimentación sana; conocerían las propiedades nutritivas de los diversos alimentos y estarían al corriente de los precios del mercado. De esta manera, las amas de casa sabrían combinar las comidas mejores y más higiénicas sobre las bases más económicas.

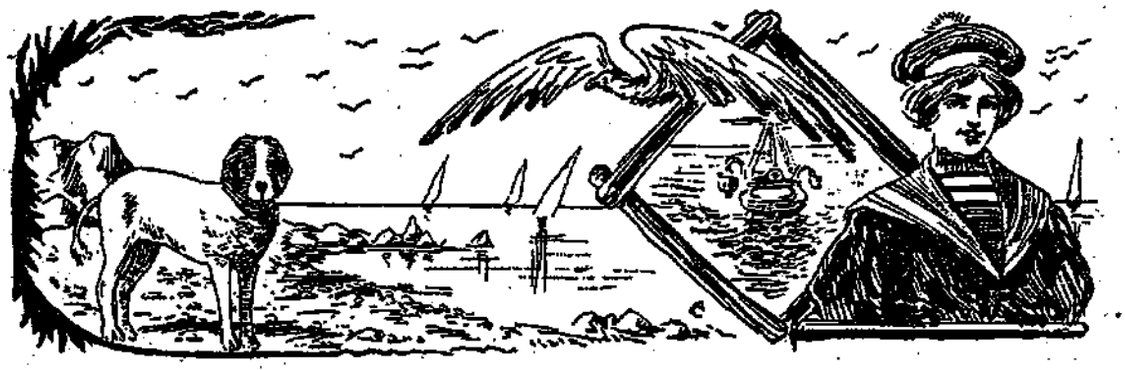
La buena ama de casa es la amiga adicta, la ayuda y el sostén, la compañera inseparable de su marido. Conserva con cuidado diligente su casita y hace de ella un lugar grato. Muebles, armarios, utensilios diversos, lencería y vestidos están siempre en excelente estado y demuestran

el orden que reina en el hogar. Vigilante con exactitud, la esposa debe reglamentar todas las cosas de su vivienda y repartir sus ocupaciones a hora fija, con lo que se gana un tiempo precioso; el valor del tiempo es tan necesario, como el valor del dinero.

Con estadísticas, que sería pesado publicar, se ha demostrado también que las jóvenes que se dedican al aprendizaje *ménagère*, ganan en salud considerablemente. El método, el orden riguroso que es preciso adoptar en una casa bien organizada, hace que la salud de las jóvenes crezca y se multiplique.

Mucho me he extendido en lo que respecta a la enseñanza del arte culinario; no se crea por esto que se trata de que sólo sean unas perfectas cocineras. La ciencia doméstica constituye por sí sola una maravillosa síntesis científica, en la cual conviene iniciar gradualmente a las jóvenes de todas clases y condiciones en una medida diferente y proporcionada. La síntesis doméstica ¿no es el resorte de todas las ciencias? ¿Cómo se podría determinar la función de la mujer en el organismo social y formular la ley de la división del trabajo de los sexos sin conocer la ley de evolución del ser humano? La antropología y la ciencia social son también bases de la ciencia doméstica. ¿Cómo podría la mujer seguir con fruto un curso serio de cocina si no poseía algunas nociones generales de anatomía y fisiología? La excelente ama de casa debe saber fijar la naturaleza y cantidades de géneros comestibles fisiológicamente indispensables a la reparación de fuerzas de cada uno, según su temperamento, su estado de salud, su edad, su género de trabajo. ¿No es preciso para esto que sepa en qué consiste la nutrición, cuáles son las relaciones entre el régimen alimenticio y las funciones nerviosas? ¿No es preciso que conozca el funcionamiento y las necesidades del organismo viviente? ¿Cómo, por otra parte, podría comprender la mujer la necesidad de la cocción de los alimentos, los fenómenos de combustión, la clasificación de los alimentos esenciales, su composición, sus transformaciones químicas, las garantías contra la falsificaciones de los productos alimenticios, si ignora los principios de la física y de la química? Además, la clasificación de los alimentos obliga a recordar las nociones de zoología y botánica; y el estudio de los productos del suelo y de los géneros coloniales se halla en íntima relación con la geografía económica. Gobernadora y reina del hogar, la mujer debe saber la organización práctica de un interior racional, y para esto la son indispensables nociones de arquitectura y de arte decorativo y de horticultura.

Como este artículo va tomando excesivas proporciones, lo suspenderemos por hoy, pues materia es ésta casi inacabable, y como además es de una importancia capital, nos ocuparemos de ella en capítulos sucesivos.



RECETAS DE LA ABUELITA

—La experiencia, hijas mías, es el arte más completo que existe. ¡Lástima grande que sea también uno de los más inútiles, por aquello que dijo el poeta:

que cuando el maestro llega
el discípulo se va!

¡Lástima, repito, que sólo a fuerza de años y sufrimientos se adquiera el utilísimo auxiliar llamado experiencia!

Casi puede decirse que llegamos a poseer la preciosa experiencia cuando para nada nos sirve.

¡Oh, sí! Puede servirnos para algo grande, sublime, magno: para ahorraros a vosotras, niñas inocentes y crédulas, multitud de lágrimas y amarguras en la vida. ¡Con cuanto entusiasmo pondríamos nosotras, pobres ancianas, con un pie en el sepulcro, nuestra especial *sabiduría* al servicio de vuestras inocencias! ¡Cuán grande sería nuestro gozo y hasta nuestra gratitud si nos escucháseis sin sonreír maliciosamente! ¡Qué satisfacción si oyeseis nuestras palabras sin fijaros en que nuestra boca no tiene dientes! Si supieseis apreciar lo que significan nuestros plateados cabellos, veríais que por cada uno de ellos que respetáseis y veneráseis se os ahorrarían muchos a vosotras. Son producto de las cavilaciones, cuya solución ya no llega a tiempo para nosotras, pero sí sería oportuna para vosotras si no creyéseis, como casi todas creéis, que nuestras frases y advertencias son *chocheces, olvido de la juventud, mal genio de la vejez.*

No, hijas mías, no es eso. Os ruego que desterréis de vuestras frescas bocas esa sonrisita de escepticismo; la boca marchita que hoy os habla,

fué también linda, roja y húmeda; también por ella se han cometido locuras amorosas como las que hoy inspiran las vuestras. Cesad, cesad en esas miradas risueñamente burlonas; los ojos que hoy os miran con apagado y triste mirar, también tuvieron resplandores vivísimos, miradas enloquecedoras, sugestión inmensa. Y por eso, porque sabemos lo que vale una tez aterciopelada, compuesta de nieve y rosas; porque sabemos el poder que tiene en sí el encanto personal; porque apreciamos ahora más honda e intensamente los hechizos que se fueron; porque sabemos cuánto valen, más aun que vosotras que estáis en posesión de ellos, es por lo que quisiéramos que oyeseis con atención y obedeciéseis sin protestar.

No, niñas mías; no esperéis a que la vida *os dé con la badila en los nudillos* para convencernos de que existen badilazos. Más sabio y cuerdo es que me creáis a mí que os lo aseguro, y que quisiera que los que yo recibí os ahorrasen a vosotras el dolor de recibirlos a vuestra vez. Oid; oid y aprended de todos los viejos; lo que han visto, padecido y vivido se repite en el mundo sin cesar, continuamente; lo que ocurrió a esta anciana, a la otra, a la de más allá, os ocurrirá a vosotras o al menos puede ocurriros; fijaos en el modo de evitarlo; para ello es menester que oigáis los consejos de los viejos con cariño y respeto.

En todos los aspectos de la vida tengo experiencia propia, no por sabia, sino por vieja. En asuntos hondos y trascendentales pudiera aconsejaros con absoluta y mundana exactitud; mas prefiero dejar esas cosas para otro día, y comenzar hoy por un asunto que ha de seros grato: vuestra belleza. Tened siempre muy presente que la mujer linda y bella tiene un crecido tanto por ciento adelantado para triunfar en la vida. Pero es condición precisa que no sea presumida, que *no se lo crea*, que observe un cuidado instintivo para conservar la belleza, que es la mejor carta de recomendación que pueda tener, pero que no por esto sea vana, ni se pase la vida conversando con el espejo.

Ya veis si quiero hacerme simpática a vuestros ojos, aun a trueque de que me comprendáis mal y creais que fomento vuestra presunción, cuando lo que sólo deseo es que aprendáis a sacar el mejor partido posible de los elementos con que os haya dotado el Sumo Hacedor, para que seáis más felices, no más tontas; aun a trueque, repito, de que no comprendáis bien la sana intención que me guía, comienzo mis *recetas* con las que al físico se refieren.

No soy yo, pobre abuela, quién sólo canto las conveniencias de la belleza. Muchos y muy importantes escritores y médicos se han ocupado de este asunto. Oid, oid conmigo al doctor Mariscal:

«Considero que no se es feo sólo por estar gordo o delgado y sano o enfermo, sino que hay otras muchas causas de fealdad, algunas de índole psíquica, que también son dignas de estudio para el higienista de la belleza».

En esto, como en otras muchas cosas, todo está en el punto de vista que uno elige para verlas, pues es axiomático que las cosas se pueden mirar desde muy diferentes sitios. Los autores que han escrito sobre esta materia, al menos los que yo conozco, apenas si se han empinado sobre la punta de sus pies para mirarla. Yo, que siempre procuro verlo todo desde el punto más elevado posible, he empezado, para tratar esto, por subirme a la cumbre más alta que he podido, para desde allí ver cuánto se alcanzaba a distinguir, y así ha resultado a juicio mío (no sé si me equivocaré), que este asunto que, contemplado desde el nivel del suelo, resulta incumbencia de empíricos, de charlatanes, de industriales, desde el punto de vista en que yo lo considero es asunto que no deben mirar con desdén ni el pensador ni el filósofo.

¡La belleza humana...! ¡Qué cosa tan baladí!, dirán algunos. Pero si se reflexiona en que no hay belleza sin salud, en que no hay belleza sin bondad y grandeza de alma, en que no hay belleza sin inteligencia, pues únicamente el individuo sano, bueno e inteligente es verdaderamente hermoso... la cuestión cambia de aspecto, la cosa no resulta ya tan baladí, y merece seguramente que fijemos en ella nuestra atención.

La higiene, hijas mías, es la primera productora de la hermosura. No quiere esto decir que sólo por la higiene se vuelvan hermosos los feos, no; pero sí serán menos feos y les dará el máximum de belleza de que cada uno sea capaz.

Como podéis apreciar fácilmente, es este un asunto que requiere el que hable muchas veces con vosotras, niñas mías; eso será para mí una gran satisfacción, y deseo que para vosotras también lo sea.

Una de las causas de la fealdad es la obesidad y otra el enflaquecimiento. Voy a daros a la ligera recetas contra una y otra.

¿Qué es lo que aumenta la proporción del tejido adiposo? ¿Qué consejos da la higiene para impedir su desarrollo?

La ociosidad, la vida sedentaria, el poco trabajo físico, la prolongación del sueño, el vivir en habitaciones mal ventiladas, unido a la predisposición natural, constituyen las principales causas de la obesidad. La demasiada cantidad de alimentos y bebidas es otra de las causas. Y las bebidas alcohólicas son también grandes responsables de la obesidad de muchas personas, por la acción esteatógena tan ostensible del alcohol.

Contra la obesidad es excelente el baño frío, sobre todo el de mar, acompañado de la natación. La aplicación por pocos instantes de una sábana empapada en agua fría sobre cuerpo y cabeza al levantarse del lecho, teniendo cuidado de secarse esmeradamente, y hacerse dar después masaje, o pasear.

Los obesos deben habitar lugares secos y elevados, hacer ejercicio constante, paseando en ayunas, remando, nadando, haciendo gimnasia, esgrima o equitación.

Deben dormir poco, comer en proporción al trabajo que hagan, levantarse de la mesa con apetito, y aun suprimir alguna comida. Deben beber poco también, y suprimir los alcoholes y la leche. Nada de mantecas, grasas, almendras, aceite, nueces, aceitunas, avellanas, etc. Tampoco patatas, judías y demás féculas. Evitará el obeso el azúcar, los dulces, el chocolate y las frutas azucaradas, el pan, las salsas, el hígado, el *foie-gras*, los sesos, los riñones, etc. Puede comer gallina, pavo, cordero y vaca, pero simplemente asados. Carnes y pescados salados; lenguado, barbo, rodaballo, ostras, caracoles, cangrejos y langostas. Beber mucho té y algo de café sin azúcar.

Si la excesiva gordura lleva a la deformidad, la excesiva delgadez también, porque ¿qué belleza cabe en un cuerpo que trasparenta al exterior en prominente relieve todas las piezas de su esqueleto, todos los ángulos y líneas de sus huesos, músculos y tendones?

Prescindiendo de las enfermedades que causan desnutrición, y cuyo examen y tratamiento no es de mi pertenencia, puedo deciros que las alimentaciones insuficientes y viciosas, el uso de los ácidos, especialmente el vinagre, de que tanto abusan muchas jóvenes, el abuso de bebidas aromáticas, las pasiones de ánimo, la envidia, los celos, la vida agitada, el exceso de trabajo intelectual, el soñar mucho, el insomnio, el juego, etcétera, son las causas más frecuentes del enflaquecimiento. Para combatirlo, es natural que lo primero que hay que hacer es suprimir las causas que al parecer lo motivan. Debe estarse, a ser posible, en el campo, dormir nueve o diez horas y tomar dos veces a la semana un baño caliente para relajar las mallas del tejido celular y activar su fuerza absorbente. La alimentación del flaco debe consistir, como es natural, en todo aquello que para el gordo está vedado, y especialmente gran cantidad de huevos, manteca y uvas.

En algunas estaciones termales de Alemania se usa mucho el combatir el enflaquecimiento por la cura de uvas y suero, para lo cual hay, rodeando a los establecimientos balneoterápicos, grandes viñedos y magníficos establos que contienen las reses mejores de Suiza y Holanda.

Si se engorda a los carneros, a las terneras, las aves, los bueyes, las carpas, los cangrejos y las ostras, ¿por qué no ha de poderse engordar a las personas?

Ya lo sabéis, hijas mías; aprovechaos de mis consejos y corregid vuestra obesidad o vuestra delgadez; y si queréis obedecer aún mejor lo que os brindo, *curaos en salud*; es decir, con arreglo a la tendencia que observéis en vuestra naturaleza, estableced y planead vuestra vida; siempre ha de seros más fácil evitar que el enemigo aparezca que el aniquilarle y vencerle. El plan que doy para las personas gruesas, deben practicarlo también las que, sin estarlo, tengan tendencia a ello, o antecedentes familiares, y lo mismo digo de la delgadez.

Si conseguís manteneros en el difícil término medio donde radica toda perfección, habréis conseguido una gran victoria, y casi puedo afirmaros que conservaréis por mucho tiempo vuestra belleza, porque de tal modo habréis evitado arrugas, manchas, humores grasosos, pérdida de expresión, de gracia, de movilidad y líneas angulosas y antiestéticas.

No dejaré por eso de daros mis *recetas*, las *recetas* de la abuela, para los demás extremos de hermosura vuestra, que tanto interés tendréis en poseer y conservar. Escuchadme con fe y no despreciéis mis palabras. Quizá algún día comprendáis cuán buena intención me guiaba al tomar la pluma, y recopilando cuanto el transcurso de los pícaros años y la lectura de multitud de libros me ha hecho saber, ofrecerlo a mis lindas lectoras, añorando mis días primaverales y queriendo prolongar indefinidamente los vuestros.

LAS VISITAS

Las visitas sirven para estrechar los lazos que unen a la familia y a la sociedad; y sería ridículo y contraproducente pretender substraerse a esa costumbre del visiteo, que nos proporciona el medio de atestiguar a nuestros superiores, a nuestros amigos y a nuestras relaciones, los sentimientos que nos inspiran y el afecto que les profesamos.

Hay dos clases de visitas que las compendian todas: las indispensables y las discrecionales. Entre las primeras se cuentan las que se hacen y devuelven con motivo de felicitar el año nuevo, las correspondientes a la invitación a una comida, y todas aquellas otras motivadas por cualquier suceso, ya próspero, ya desgraciado, acaecido a las personas con las cuales estamos en relaciones.

Las de año nuevo pueden hacerse durante el curso del mes de enero; y se gradúan en cuanto al tiempo de efectuarlas, según la calidad de las personas y la solicitud y respeto que se desea testimoniar. La víspera de primero de año se hacen a los parientes más próximos y a los superiores, considerándose las más respetuosas de todas; el mismo día de año nuevo, a los otros parientes y amigos íntimos; y durante el mes, al principio o más tarde, pero cuanto antes mejor, a los demás amigos y relaciones. En el transcurso del mismo mes deben devolverse completamente todas las visitas recibidas.

El que tiene buen corazón no puede permanecer insensible a las alegrías y penas de sus amigos y conocidos; y ha de mostrarles desde luego la participación que toma en unas y otras, así como en todo cuanto les afecte u ocurra. Una visita de felicitación con motivo de un casa-

miento, de la obtención de un empleo, de un ascenso, de una distinción cualquiera, de un suceso afortunado, es recompensada con singular agradecimiento; y la visita a los que se hallan sumidos en la desgracia y el dolor por la pérdida de un sér querido, o por reveses de la suerte, se paga con un reconocimiento eterno.

Esa solicitud ha de manifestarse igualmente en caso de enfermedad de parientes o amigos, pidiendo con frecuencia noticias del curso de ella y visitando a los enfermos si su estado lo permite y siempre que ellos expresen deseos de que se vaya a verlos; pues ese es el momento de atestiguar el interés y el afecto que sentimos por las personas que queremos, llevándoles nuestros consuelos y ofreciéndoles nuestros servicios.

Cuando se haya recibido una invitación para una comida o una reunión, se ha de corresponder a ella haciendo una visita a quien nos haya invitado, dentro de la octava de la fecha en que ha sido hecha, aun cuando no se haya aceptado o concurrido a la invitación.

En este último caso, algunos se contentan con enviar una carta de gracias; pero no debe hacerse, porque es poco; la cortesía requiere darlas personalmente, haciendo una visita.

Las señoritas no deben hacer visitas sin el consentimiento de sus padres, parientes o tutores, y nunca han de ir solas, sino acompañadas de una persona mayor o respetable. Inútil es añadir que las señoras jóvenes y las señoritas no deben jamás recibir solas las visitas de los caballeros. En ciertas familias, cuando la señora de la casa no se halla en ella, los caballeros no son recibidos, aunque vayan acompañados de sus esposas.

Las personas que nos han sido útiles en algo, o que nos han prestado algún servicio, son acreedoras a que les hagamos una visita para expresarles nuestra gratitud.

Al llegar a una población donde se piensa vivir, se ha de hacer una visita, dentro de la quincena de haberse establecido, a las personas que componen la situación con la que se quiere o se intenta entrar en relaciones.

Una visita exige la atención de ser correspondida con otra, porque el envío de una simple carta de atención indica el deseo de cesar en las relaciones que se mantienen.

La persona a quien no se le devuelve la visita que hizo, debe abstenerse de hacer otras, porque la no correspondencia es señal de que no se quiere conservar las relaciones con ella, excepción hecha de cuando se trata de personas entre las cuales haya una gran diferencia de rango o de calidad de empleo, porque un superior jerárquico no está obligado a devolver al inferior su visita.

Recordad que las mejores de entre éstas son las más cortas y que vale más pecar por carta de menos que exponerse a ser cansado o fas-

tidioso. Una visita de ceremonia, hecha a un gran personaje, a funcionarios, a personas muy atareadas, no debe pasar de diez minutos; a menudo el tiempo necesario, como quien dice, para sentarse y levantarse.

Las ordinarias de ceremonia pueden durar veinte minutos y hasta una media hora, pero no más, a no ser que se nos invite a prolongarla. En cuanto a las que se hacen a parientes, amigos o conocidos, no puede señalárseles duración, si bien es conveniente que no pasen nunca de una hora. Como regla general, hay que tener presente que en el preciso momento en que uno comienza a aburrirse, empieza también a fastidiar a los demás. Si la conversación languidece, si la señora o el dueño de la casa tienen un aire distraído o miran el reloj, es preciso retirarse en seguida; sea por la causa que quiera, es necesario dar por terminada la visita, porque su prolongación sería inoportuna.

Las horas de visita varían según los puntos. En las poblaciones de escasa o regular importancia, acostumbran a hacerse de dos a cinco de la tarde; en las grandes ciudades, después de comer, hasta las diez o las once de la noche. Precisa, siempre que sea posible, no hacerlas a las horas de comer, ni por la mañana. No se debe olvidar que el visitante debe acomodarse a las costumbres de la casa que visita, y que en días de recepción hay que someterse a las reglas habituales de ellas.

Cuando una señora entra en el salón, la que se halla al lado de la dueña de la casa debe ceder su sitio a la recién llegada si es de más edad que ella.

Si estando una persona de visita llega otra, no debe la primera levantarse y despedirse hasta pasados lo menos tres o cuatro minutos. Nunca debe aguardarse a que se vaya una visita llegada posteriormente, a no ser que la señora de la casa pida que no se retire, o bien que la nueva visita sea de un pariente o una amiga íntima. Al levantarse para despedirse, se ha de dejar la silla en su sitio, sin tocarla para nada.

Al entrar en un salón, se irá en busca de la señora de la casa para saludarla atentamente; luego, con una inclinación, se saludará a las personas que se hallen a ambos lados, y si entre ellas se encuentra alguna amiga, se le dirigirán unas frases de cumplido. Cuando es una señora la que ha entrado, las demás se levantarán respetuosamente si es de más edad o de mayor alcurnia que ellas; en caso contrario, bastará un simple saludo. En caso de ser un caballero quien entra, a menos que no se trate de un alto dignatario, se inclinarán simplemente al contestar a su saludo. Según sean la jerarquía y posición de los visitantes, se les despide acompañándoles hasta más o menos lejos del salón. Cuando no hay otra visita, la señora de la casa despide a los caballeros a la puerta del salón y a las señoras al pie de la escalera; algunas, cuando se vive en hotel y se habita, por esta u otra razón, en piso bajo, suelen acompañarlas hasta el carruaje.

A las visitas de ceremonia no han de llevarse niños menores de quince años. Una jovencita que hace visitas con su mamá en carruaje, debe montar en éste la última y descender la primera; para entrar en el salón aguardará a que lo haya hecho su madre y no tenderá la primera la mano, sino que esperará a que la señora se la tienda, porque el alargarla en este caso es una muestra de igualdad o de amistad protectora. Tampoco dirigirá cumplidos ni hará preguntas propias de la intimidad; en visitas de ceremonia se limitará a decir a la dueña de la casa, inclinándose reverentemente ante ella: «Señora, tengo el gusto de saludar a usted».

Durante la visita, las jóvenes deben guardar una apostura modesta y natural, entendiéndose con esto que deben evitar, con mucho cuidado, tanto el aire ligero de melancolía o sentimentalismo, como la seriedad indicadora de desdén, aunque dejen vagar por sus labios una discreta sonrisa. Además, deben permanecer derechas, sin llegar a estar tiesas; no apoyarse en el respaldo del asiento, no cruzar las piernas, no quitarse los guantes ni fisgonear mirando a todas partes, como si quisiera tomar inventario de lo que hay en la estáncia. Es necesario, por último, que no gesticule, que no hable muy alto ni muy bajo, que se exprese con palabras escogidas, aunque sin afectación, y principalmente que atienda y sepa escuchar.

Escuchar, ha dicho Monseñor Dupanloup, es precisamente lo que las señoras, y sobre todo las jóvenes, saben hacer menos; por lo que se las juzga más por la manera cómo escuchan que por la que hablan.

La timidez, o cualquier otro obstáculo, pueden privar a una joven de las ventajas de la conversación; pero nada le puede impedir escuchar atentamente, no interrumpir, desviar, ni rebajar, por una torpe interrupción o una pregunta intempestiva, una conversación elevada.

¡Escuchar! He aquí la primera de las artes liberales, ha dicho un espiritual escritor; he aquí el arte rarísimo que debería cultivarse en casa de todas las jóvenes antes que el dibujo y la música, y que debieran practicar las señoras, porque es tan agradable y delicado en ciertas ocasiones, como los encantos de una buena conversación.

LA HABITACIÓN

Por linda que veáis a una mujer en el teatro, el paseo o la reunión; por perfecta que os parezca; por sugestiva que la halléis; por encantador que encontréis su trato, absteneos de juzgarla. El fallo definitivo, cuando del sexo femenino se trata, no debe darse mientras no se observe y estudie a la mujer en su verdadero centro: el hogar.

En infinitos casos, si se pudiese entrar con absoluta confianza en las casas, se hallaría que la dama o damisela exquisitamente elegante en sociedad, es abandonada y poco pulcra en el interior; que la alegre y risueña es triste y regañona; que la espiritual es grosera; que la viva y despierta es holgazana y perezosa; que la simpáticamente afectuosa es en realidad agria y desagradable. ¡Oh, y cuántas sorpresas no gratas encierran los santuarios domésticos! ¡Oh, cuántos lujos externos encierran una triste escasez doméstica! ¡Cuántas esplendideces aparentes, una sórdida avaricia! ¡Cuántos encantos sociales, grandes y efectivos defectos!

En atención a esto y a otras mil consideraciones que irán apareciendo en el curso de esta obra, es preciso recomendar incesantemente que se cuide con gran esmero la educación de las niñas para el interior del hogar. Cierto que es provechoso que las jóvenes sean atractivas en sociedad; que su conversación sea amena y discretamente graciosa; que tenga algo de *don de imán*, para absorber voluntades y para atraer simpatías. Pero todo esto no significará nada, si al verla *en su centro*, en la casa, pierde los atractivos. Cierto es también que entre las distracciones sociales suelen las jóvenes hallar al que puede ser el compañero

de su vida, pero si la impresión causada en el coliseo o en la tertulia no se afianza después en el trato doméstico, o no llegará a feliz término la ilusión naciente, o se desvanecerá como pompa de jabón en el espacio, pues la vida social de una mujer es breve, rápida y poco importante si se compara con la grandeza que lleva en sí la modesta vida de la casa.

Debe, pues, inculcarse a las niñas desde chiquitas la idea de que encaminen la mayor parte de sus desvelos a saber crear y sostener un hogar admirablemente regido, y ser dentro de él amablemente seductoras.

Si por algún camino puede asegurarse a las hijas una buena porción de felicidad, es por ese.

La casa, el hogar, la habitación, deben inspirar mimosos cuidados a la mujer desde su más tierna infancia; tendiendo siempre a que todo allí sea grato, alegre, risueño, placentero, limpio, apacible y con algo del espíritu de la dueña del pequeño reino. Hacer hogares que atraigan y retengan, vale tanto como fabricar lindas jaulas para retener pájaros. Y sabido es que uno de los principales defectos de que adolece actualmente la educación femenina, es el de que se enseña a las jóvenes a hacer *ligas para cazar pájaros, y no jaulas para retenerlos*. De aquí tantas amargas decepciones matrimoniales.

Desde chiquitas deben habituarse las niñas a deshacer el lecho, apenas se levanten; a ordenar las sillas, *bibelots* y juguetillos que en el cuarto haya; a hacer la cama, desde que su edad lo permita; a limpiar el polvo; a poner y renovar las flores frescas en los violeteros y jarroncitos; a sacarlas del cuarto durante la noche, etc. Los minuciosos y delicados cuidados que la niña tenga en su habitación particular, los hará extensivos después al comedor, al saloncito, al cuarto de aseo, a toda la casa, en fin. Habituada desde pequeña a este grato entretenimiento, el amor al orden y el entusiasmo por lo bello nacerán en su alma; no habrá para ella solaz comparable al recreo de cuidar su casita, de que todo en ella lleve el sello de su delicado espíritu. Un tapetillo, un lazo, una planta, cualquier detalle por insignificante que parezca, puede dar la medida del *sprit* de la mujer que habita la casa.

¿No habéis observado cuánto hay de frío, de incoloro, de desdibujado en los hogares que ocupan hombres solos, y en aquellos poco amados y cuidados por la mujer?

La mujer que no ama la casa, que no pone en ella su alma, que no se recrea en su adorno, que no procura hacerla grata, tiene muy escasas cualidades femeninas y no ofrece grandes probabilidades de dicha al hombre que la elija por esposa.

Se ve que hasta las especies animales fabrican y cuidan sus madrigueras y nidos; el instinto les hace crear a su modo *una casita* con arreglo

a sus necesidades. Y si lo hacen sin tener todas las hermosas cualidades con que el Sumo Hacedor dotó a la especie humana, ¿cómo debe calificarse a la mujer que, teniendo a su alcance tantos y tan varios elementos, no siente el amor al *nido*, el placer íntimo de recrearse en engalanarlo?

Cuando nuestros primeros padres, después de su primer pecado, fueron arrojados del paraíso terrenal, como sintieron en seguida todas las necesidades que aquejan al hombre, hubieron de procurar tapar la desnudez y buscar donde resguardarse de los rigores e inclemencias del tiempo, especialmente durante el sueño. Si a un caminante le sorprende la noche fuera de poblado, su primer cuidado, sin pensarlo, por un movimiento instintivo, es buscar un peñasco, una gruta, algo, en fin, que se asemeje al hogar protector.

Se sabe que los hombres primitivos, cuando el cielo se rasgó con los vivísimos resplandores de los relámpagos y el espacio retumbó con el ruido de los primeros truenos y la lluvia cayó torrencialmente, se refugiaron bajo las copas y las ramas de los árboles; pero al ver que unas y otras eran débiles defensas contra los poderosos elementos desencadenados que los azotaban, aguzaron el ingenio e idearon la primera choza, principio y fundamento de la habitación humana.

El hombre escogió de los bosques dos árboles de regular altura y los clavó en el suelo a poca distancia uno de otro; limpió de árboles y malezas el terreno intermedio; después, por medio de puntales o de cuerdas que él y los suyos tejieron con plantas filamentosas, reuniendo todas las fuerzas disponibles, logró encorvar ambos árboles y sujetarlos por la parte superior, valiéndose para ello o de la misma cuerda o de juncos. Cuando vió terminada esta operación, seguramente se hallaría tan satisfecho como cuando los arquitectos de nuestros días ven terminado el armazón de una hermosa finca. Luego tomaron los primeros hombres más árboles de los bosques, los plantaron en círculo, tomando por extremos del diámetro los dos primeros, y unieron éstos con el punto de intersección. Con tal sistema obtuvieron una especie de inmensa jaula cuyos huecos rellenaban con cañas, yerbas, ramas, etc., que sujetaban con juncos.

A fin de obtener el mayor número posible de comodidades, tapaban rendijas e intersticios, cubrían toda la parte interior y exterior de la cabaña y fabricaban así sus nidos, a semejanza de algunos pájaros, y obedeciendo instintivamente las leyes maravillosas del Creador de cielos y tierra.

Si vemos que los animales construyen viviendas porque instintivamente sienten la necesidad de *la casa*, ¿no habrá de sentir el hombre, ser inteligente, más perfecto que todos los animales de la escala zoológica, necesidades más grandes que las que sienten seres inferiores a él por todos

estilos y que en ningún punto pueden comparársele, por separarles la distancia inmensa que va del sér dotado de razón al irracional? Y si la hembra de la especie animal busca y se afana por aportar al nido, cueva o madriguera, los mayores elementos de comodidades posibles, guiada sólo por el instinto, para que estén a gusto su compañero y sus hijuelos, ¿no es cierto que no puede perdonarse a la mujer que no se entusiasme, afane y recree en embellecer su hogar, y en estar en él, cuando con tantas maravillas cuenta para ello?

Una vez sentado el principio absolutamente necesario de lo importante que es habituar a toda mujer a engalanar y embellecer su casita, pasemós a dar unas ideas generales de cómo debe estar puesta una casa, es decir, de la fisonomía característica que debe tener cada una de las habitaciones de ella; no detallando, eso no, puesto que los muebles de una casa dependen de los medios de fortuna que se posean; de la profesión del hombre u hombres que la ocupan; de la vida social que se haga; y de mil y una causas que no es posible precisar para hacer un plano ni un presupuesto fijo; pero sí hay algo que debe existir y perdurar en todas ellas: la *tendencia*; y costosa o modesta; humilde o fastuosa en conjunto y en detalles, cada habitación debe tener un *sello* característico, especial.

El salón, tenga grandes o pequeñas dimensiones, debe tener algo de solemne; algo frío; algo que diga al visitante: «Hasta aquí puede usted llegar. El interior, el alma del dueño y el sagrado de la intimidad, no es para el visitante de cumplido, para el amigo de un día, con el cual no ha podido aún medirse el grado de intimidad a que se puede llegar».

No gran aglomeración de muebles, y algo de solemne regularidad en ellos. *Voilá* el espíritu del salón de recibir.

El gabinete. Coquetería, detalles mimosos; flores; todo lo que hable y pregone el gusto del ama de la casa y su cariño y dulzura. Un gabinetito tibio, perfumado, que diga al visitante: «Descúbrete; estás asomado al alma de una mujer buena, que ama a los suyos y se desvive por hacerlos felices. Este es el verdadero nido del amor; el santuario de las intimidades apacibles y honestas; el rinconcito de las dulces confidencias matrimoniales. Inclínate ante el perfume y la fragancia que de sí emana una mujer honrada, cariñosa e inteligente; aprecia en todo lo que vale la confianza que se te da al dejarte entrar aquí: eres un amigo».

Poca simetría y mucha coquetería en muebles y adornos; tonos claros: blancos, azules o rosados; flores, piano, labores.

El despacho ha de ser severo y artístico; desde la librería hasta la mesa, desde el sillón hasta el diván, los muebles deben pregonar que es aquel el reino del talento y de la laboriosidad, que allí se encierra

una voluntad masculina al servicio de una inteligencia, aunadas ambas para proporcionar vida holgada y tranquila a la mujer amada y a los hijos queridos. ¡Qué penosa impresión producen en el ánimo esos despachos *huecos*, sin papeles ni planos en la mesa; sin libros de estudio; sin cuartillas escritas, ni autos abiertos, ni recetas extendidas! Los despachos *de lujo*, los que se tienen sólo por tenerse, sin que los utilice un hombre de energía y laboriosidad, se parecen a esos gabinetes en los que no se advierte el dedal, ni la aguja, ni la labor comenzada. Son como cuerpos sin alma, y *no dicen nada* al que los contempla. En cambio, los que poseen cuanto en los *inútiles* falta, ¡cómo hablan a todo ser reflexivo! «Aquí tienes la más alta misión del talento masculino: enguirnaldar la vida a la mujercita amada. Si no tuviese este faro de esperanza y este acicate para el triunfo, ¿para qué querría sus poderosas energías el Rey de la Creación?»

Los muebles del comedor han de ser alegres, cómodos y elegantes. Esta habitación es una especie de compendio de todas las de la casa. Las comidas familiares; los banquetes de etiqueta; las reuniones de parientes en fechas solemnes, las meriendas infantiles, todos, todos los aspectos de un hogar se mezclan y confunden en el comedor, y por eso deben tener sus muebles y composición un poco de todos los aspectos de la casa. En el comedor, hasta el ambiente debe decir: «He aquí el eje familiar. Aquí se cambian las impresiones del día, mientras se reparan las fuerzas gastadas en todos los aspectos que lleva en sí la lucha por la existencia. Aquí se hablan y compenetran los padres con los hijos; aquí se aprecia claramente el orden y los dones de organización que tiene una mujer. Aquí se rinde culto al sublime arte de la conversación más o menos familiar, según los casos. Aquí se señala y repercute el triunfo de los afanes del dueño y de los cuidados de la dueña. Aquí se dan y se quitan grados a la confianza amistosa. ¡Salve, comedor, mezcla de todos los visibles y de los ocultos mecanismos de un hogar! ¡yo te saludo!»

No deben faltar, pues, en un comedor, asientos amplios, bajos y cómodos, dispuestos a recibir a los ancianos y enfermos; sillas ligeras y volantes, propias para la bulliciosa juventud; algún asiento enano para los pequeñuelos. Algo de severo, como la etiqueta, mezclado con algo ligero y agradable, como la intimidad.

En las alcobas debe haber pocos muebles; mucha luz y mucho aire; nada de cortinajes. En suma, la alcoba debe decir al observador: «La reina y señora de este pequeño reino es una mujer discreta e ilustrada; sabe cuán precisa y preciosa es la salud, y no la compromete por galas mal entendidas ni por apariencias engañosas; no relega las alcobas a los sitios obscuros y malsanos; no enrarece el aire y le impide el paso franco con cortinas ni colgaduras inopotunas; sabe perfectamente que

la base de toda la dicha es la salud, y a no turbarla ni comprometerla encamina sus esfuerzos, teniendo siempre muy presentes los sabios preceptos de la higiene».

El tocador debe ser una habitación coquetona, pero sencilla. Nada tampoco de inoportunas telas, tocadores, vestidos, ni cosas inútiles. El cristal debe ser el principal elemento de un cuarto de aseo y tocado. No se crea que esto es menos lindo que las antiguas batistas y lazos; el cristal es un lujo soberano, y nada tan precioso como el color sin color del cristal, su brillo sin tono determinado y con todos los que, en cambio, le quieren dar con sus cambiantes el sol y la luz. La coquetería femenina en los tocadores estriba, como en todas partes, en las flores, en los detalles. Los frascos de esencias, polveras y demás utensilios pueden ser de ricos cristales y adornos de oro; pero sean así o simplemente de cristal liso, el tocador puede ser precioso; unas sillitas *confidentes* de esmalte lavable deben completar la ornamentación de este cuarto, que hablará así al espíritu analítico: «He aquí el refugio de los pliegues ocultos del alma femenina; en esta habitación se consagra la mujer al cuidado de la conservación de su belleza, arma poderosa, aunque no única, para rendir corazones y atar voluntades. Aquí sigue paso a paso, con secreta y profunda amargura, los estragos que el paso de los años va causando en sus lozanías y esplendores; aquí se fragua poco a poco, lentamente, como se fraguan todos los enormes sacrificios, la abdicación de la juventud, *la entrega* de la corona y el cetro de reinecilla; aquí se sigue día por día el proceso del fracaso. Pero mira y observa: la mujer que en este tocador se engalana, no posee un espíritu superficial; la ornamentación cristalina lo pregona; es, sí, *una mujer*, y por serlo se da cuenta cabal y exacta de lo que lleva en sí de poderío la belleza; la cuida como es su deber, pero no para ojos profanos, sino para recreo y alegría de los *suyos*, de sus personas amadas, de los que sentirán una piadosa amargura ante el derrumbamiento de sus encantos».

Esto es, a grandes trazos, lo que *han de decir* las habitaciones de un hogar.

Todavía quedan habitaciones menudas que también tienen su *fisonomía;* pero todas igual: la fisonomía del orden. El cuarto de costura; el de planchado; el ropero; los cuartos de la servidumbre; la cocina y despensa, etc. En todos, claro es, debe adivinarse el espíritu de la dueña de la casa. En el ropero debe haber pocos y discretos trajes; en la despensa, muchas y sabias provisiones. En el cuarto de costura, al lado de la labor primorosa, la ropa de repaso; en el cuarto de plancha, los cestos *ad hoc*, las perchas y tablas oportunas; en la cocina, abundante batería, reluciente y limpia.

Pero como antes digo, todo esto revela solamente una cosa, admirable, sí, pero una sola: el orden. No tienen, como las otras habitaciones

de la casa, un espíritu propio, aislado del resto, que habla con gran elocuencia a quienes sepan leer en cosas y personas.

Y no se crea que es esto exagerado. ¿No habéis reparado que en muchas casas, al entrar, parece que todo ríe, que es la mansión de la felicidad? Si tenéis percepción sutil y delicada, no os equivocaréis. En esas casas no se ha llorado todavía; sólo la alegría ha impreso en ellas su sello peculiar.

Y, por el contrario, al atravesar los umbrales de algunas viviendas, el corazón parece que se contrae dolorosamente; que el llanto pugna por asomar a los ojos. No tengáis duda; estáis en la mansión del dolor; allí se sufre y se padece; allí se llora; la pena se ha impregnado en muros y muebles, y no es fácil el error.

¡Bendito mil veces el hogar que con nosotros se alegra y se aflige con nuestros pesares!

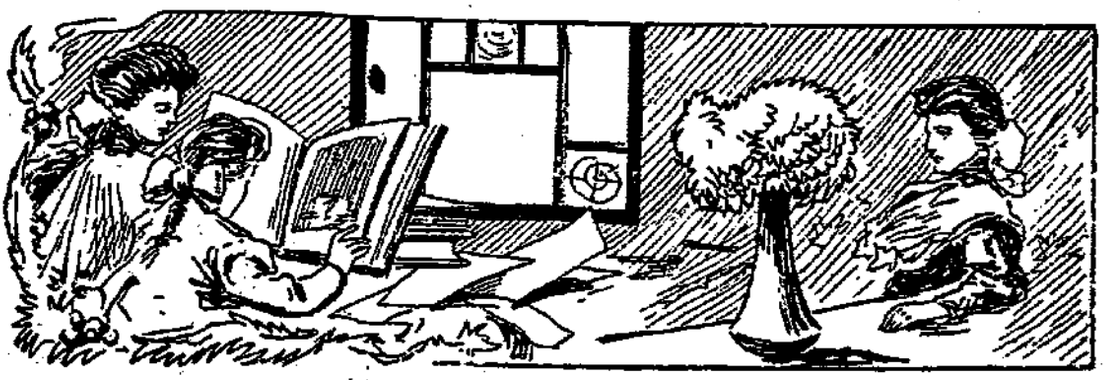
¡Benditas esas habitaciones que, inanimadas al parecer, toman, sin embargo, algo nuestro, algo íntimo, algo de nuestra propia esencia!

No toméis, niñas mías, la casa como una prisión de la que deseáis escapar. Por el contrario, amadla con vivo entusiasmo; dedicadla vuestros ratos más intensos, vuestros cuidados más exquisitos. Ella os devolverá con creces los cuidados, haciendo placentera vuestra vida y grabando en vuestro corazón múltiples y dulces recuerdos.

En la casa habéis nacido; en la casa han velado vuestros padres vuestro sueño y vuestras enfermedades; la casa encierra el recuerdo de vuestro juguete más grato: la *casita de muñecas*. En la casa se han desarrollado los sucesos más culminantes de vuestra vida; en la casa habéis amado, y otra casa nueva, brillante, aun *sin carácter propio*, os espera para ser el nido feliz de vuestros amores; en ella obtendréis las sublimidades de la maternidad y repetiréis a vuestra vez con vuestros hijos todo aquello que os recuerde la pasada infancia. En la casa sufriréis vuestros mayores dolores y gozaréis vuestras más puras alegrías. Y en la casa, en fin, y así se lo debéis pedir a Dios, hallaréis la muerte cuando el Señor se digne poner término a vuestros días.

¡Oh, niñas, niñas alegres y ligeras: aprended a amar y bendecir el hogar!

¡Oh, madres, madres, sobre las que pesa la responsabilidad de la educación de vuestras hijas, enseñadlas el culto al hogar, y para ello, comenzad por hacérselo grato!



CASOS PRACTICOS

(HISTORIA EN VARIAS CARTAS)

A Leonor Somosancho.
En el Colegio de...

Mi querida Leonor: Desde que salí del colegio, estoy pensando escribirte, pero no me ha sido posible por el gran trajín que llevamos mamá y yo. No me taches de olvidadiza. En medio de todas las fiestas a que he asistido para hacer mi presentación en el mundo, siempre he tenido un cariñoso recuerdo para ti y una gran pena, al pensar que aun estás entre esas cuatro tapias y con ese uniforme tan poco airoso.

¡Pobrecita educanda! ¡Tú no sabes ni presumes cuántas alegrías y diversiones esperan a las que salimos de esos encierros! Todo el mundo es luz, alegría y trajes bonitos. En confianza, te diré que algunas veces me encuentro algo mortificada. ¿Sabes por qué? Pues porque me reconozco ignorante.

A despecho de todas las bandas y medallas que he ganado en el colegio, tengo que reconocer que sé poco de todo.

A mi alrededor oigo hablar francés, que rara vez entiendo.

He tenido precisión de escribir a varios parientes de mis padres, y no se me ocurría nada absolutamente que decirles. ¡Claro! ¡Como siempre escribíamos con el modelo en el colegio!

¿No te parece que deberían educarnos más la inteligencia, aunque no educasen tanto la memoria?

De todas maneras, gozo muchísimo; salgo como puedo de las dificultades, que en realidad son insignificantes, y me propongo pasar la vida

recorriendo una senda de flores. Di a tus papás que te saquen pronto de ahí, porque fuera no hay penas ni preocupaciones.

¡Viva la libertad!

Tu inseparable

BEATRIZ DE HARO.

A Leonor Somosancho.
En el Colegio de...

No puedes figurarte, queridísima Leonor, lo que me acuerdo de ti y de tus consejos, siempre tan juiciosos y razonables. Tú, a quien denominábamos *la mujercita* por tu claro talento y tu carácter reposado, impropio de los pocos años; tú, que me llamabas *cabeza a pájaros* por mi atolondramiento y mi afán de divertirme, ¡cuánto te reirías de mí si presenciases mi primera desilusión!

Figúrate que están ahora mis papás discutiendo sobre si deben o no deben enseñarme algo práctico, algo que me sirva para ganar la vida en caso de necesidad. Mamá opina que sí; papá que no; mamá dice que lo mejor es que cada individuo se baste a su propio, *por si acaso...*

Papá contesta que siendo hija única y bastante festejada (perdona la inmodestia), raro será que no haga un buen matrimonio. Ellos discuten... discuten... y yo, completamente desilusionada, pienso: «¿Es que hay en el mundo peores sinsabores que estar encerrada en un colegio? ¿No todo son dichas? ¿También se trabaja?» ¡Qué pronto se han enfriado mis entusiasmos!

Y el caso es que parece que mamá tiene razón, porque habrá muchachas de mi edad que no tendrán dinero... ¿De qué comerán? ¿Cómo adquirirán lo necesario para vivir? ¿Casándose? ¿Y si no encuentran quien se quiera casar con ellas?

Y me hace pensar más esto, porque cada vez encuentro más deficiente la educación que se nos da. En resumen, ¿qué nos enseñan? A ser muy obedientes, pero a no servir para nada práctico. Ni tenemos iniciativas ni adquirimos conocimientos que puedan servirnos para algo. «*Señoritas de gabinete y aun eso insulsas*». Así nos califica, y creo que con razón, un íntimo amigo de papá, al cual he tenido que someter algunas de mis dudas. Este señor, que se llama don José Díaz de Carrascosa, es el viejecito más simpático, cariñoso e inteligente que te puedes imaginar.

¿Podrás creer que me gusta más hablar con él que con los pollos de las reuniones? ¡Te parece qué absurdo! Es verdad que si me atreviese a formar juicios de los demás, te diría que encuentro a todos los muchachos tan tontos como podemos serlo las «señoritas de gabinete»;

¿Acabarán de salir también de algún colegio? ¿Se compondrá el mundo sólo de seres inútiles?

Dime qué opinas de esto, y sobre todo de lo concerniente a si debo educarme conforme a los deseos de mamá.

Sácame de esta serie interminable de embrollos que se han introducido en mi pobre cerebro, tan poco hecho a recapacitar. Aconséjame, si no con tu experiencia, con tu buen sentido y claro talento.

¿Debo o no debo aprende a trabajar?

Tuya invariable,

BEATRIZ.

A. Leonor Somosancho.
En el Colegio de...

Leonor querida: Tu carta, tan bien pensada e inmejorablemente escrita, me ha producido grandísima melancolía. No te extrañe esta impresión, que es, a mi juicio, motivada porque mi carácter alegre, siempre ansioso de diversiones y risas, se aviene malditamente con *todo lo humano y verosímil,* como tú dices. Pero, Señor, ¿qué falta hacían en la vida los asuntos trascendentales? ¿No es preferible el *no profundicemos* que tanto nos hacía reir en el colegio? Quedamos en que tú votas por el *saber* y el *trabajo*... y quedamos en que a mí no me gusta eso ni pizca, porque encuentro mucho mejor pasear, ir al teatro, bailar, y que me digan piropos los «pollos tontos». ¡Ay! ¡pero qué tontos son *casi* todos, Leonor!

Les gusta más aun que a las muchachas hablar de modas y perifollos. ¡Si vieras cuánto nos burlamos de ellos mi gran amigo el señor Carrascosa y yo! Es verdad que también este caballero se ríe grandemente de mí y de los apurillos que paso siempre que tengo que resolver algo por mí misma en cualquier asunto.

En vista de todo esto y de los consejos que me das en tu última carta, me resignaré a perfeccionar mi educación, o más bien a empezarla. Claro es que en el supuesto de que papá me lo ordene.

Te abraza tu misma siempre

BEATRIZ.

A. Leonor Somosancho.
En el Colegio de...

¿Conque te extraña mi sumisión para ceñirme a la parte grave de la vida y eso te vuelve maliciosilla?

Pues bien; para no faltar a nuestra mutua confianza, te diré que tienes razón en creer que algo motiva mi obediencia. Ese *algo* es... que me parece que *no va a haber lugar.*

¿Me comprendes, Leonor? ¿No? Me explicaré. Hay por estos mundos cierto caballerito que ha logrado interesar el voluble y atolondrado corazón de mi personilla. ¿Que si es guapo? Mucho. ¿Que si me quiere? Más. Y como su posición no es despreciable y puede casarse en cuanto encuentre su media naranja... y como dice que ya la encontró... ahí tienes la solución del problema.

¡Ah! Pero no creas que yo le acepto interesadamente. Todo lo contrario. Antes que hacer un matrimonio de conveniencia, preferiría... hasta pensar seriamente en la vida y sus consecuencias. Es sencillamente que logró lo que ninguno había conseguido: hacerse querer. Por esto digo a todo, hasta a lo que me desagrada, *que sí;* pues pienso con alegría que si este principio de idilio llega a formalizarse, los pavorosos problemas planteados por mis queridos padres tendrían solución satisfactoria para todos. Ya podrán dormir tranquilos viendo a su hija con el porvenir resuelto y asegurado. Ya no les preocupará el qué será de mí cuando ellos falten... y yo no tendré que hacer más que procurar ser una buena mujercita de casa, lo que me parece sumamente fácil teniendo buena voluntad.

Me asusto al repasar estas líneas, viendo cómo mi imaginación, tomando veloz carrera, acerca y precipita los acontecimientos que aun están en embrión.

No sé, de todo cuanto te he dicho, qué ocurrirá. Pero estoy muy contenta con mis ilusiones y con mi caballerito de negra y rizada barba.

Se me olvidaba darte mil enhorabuenas por tu próxima salida del colegio. Confío en que este feliz suceso no alterará en nada nuestro cariño, y que siempre serás la juiciosa y dulce consejera de tu loquilla

BEATRIZ.

A Beatriz de Haro
En Madrid. Calle de...

Ya me tienes en París, querida Beatriz; y por cierto que nada ha logrado hacerme perder el juicio de alegría. Me divierto, ciertamente; pero ni por un momento me ha ocurrido, como te sucedió a ti, suponer que la vida entera se reduce a estar de fiesta en fiesta y sin más preocupaciones que elegir *toilettes* elegantes. Lejos de eso, cuanto más de cerca veo el mundo, más me aterran todos sus secretos. ¡Cuántas luchas ha de haber! ¡Cuántos sinsabores! ¡Qué número tan enorme de

amarguras y decepciones debe encerrar en su seno la sociedad en la cual nos toca vivir!

Ya te hablaré más despacio de todo y del rumbo que pienso dar a mis ocupaciones.

Por ahora quiro hablar de ti, de tus proyectos, ilusiones y esperanzas.

Me alegro, como de todo lo bueno que te ocurra, de la aparición del *caballero de la negra y rizada barba*. Si realmente sientes por él afecto, si te hallas con fuerzas para realizar la felicidad del hombre amado, ánimo y a casarte, pues creo que el matrimonio es el estado perfecto; pero conste que opino que para ser buena mujercita de casa, como tú dices, no es bastante la voluntad, aunque ya es mucho; han de hacer falta muchas cosas más.

En fin, cuéntame todo sin reservas, y da a tus papás mi más cumplida enhorabuena por tener casi resuelta la vida futura de su hija, que tanto les preocupaba.

Cuenta siempre con mis consejos, si te sirven de algo, y con mi cariño, aunque no te sirva para nada.

Tuya,

LEONOR SOMOSANCHO.

A Beatriz de Haro
En Madrid. Calle de...

Llevo un año entero sin escribirte, Beatriz; pero como sabía de ti con gran frecuencia por los viajes que hace a París tu primo Luis, y como no tengo nada agradable que contarte, me he abstenido de darte noticias mías, por no turbar con mis jeremiadas tu idilio amoroso. Sé por tu primo que el caballerito de marras se ha convertido en pretendiente formal y autorizado con el consentimiento paterno, y que pensáis casaros en cuanto los negocios del futuro lo permitan. Sé que estáis enamoradísimos y que causáis la envidia de todos los que os contemplan, por vuestra juventud, gentileza y alegría.

A mí no se me presenta la vida tan risueña. Han concertado mi boda por razones de intereses y conveniencias, sin que yo haya sido dueña de dar mi parecer, ni de formular una protesta. No sé si me agrada o no mi prometido, pues el solo hecho de ser impuesto quita imparcialidad al juicio que de él he formado. Me parece muy correcto, muy inteligente, muy dulce... pero no le he elegido yo, ni él se ha dirigido a mí. Nos han puesto al uno en presencia del otro, con toda la fría lógica que llevan en sí los hechos consumados. No podemos rebelarnos ante tal imposición, porque causaríamos la desesperación de nuestros padres, que

ven con este matrimonio resueltos una infinidad de enormes disgustos que al presente tienen.

Quizás si nos hubiésemos encontrado en otras condiciones, nos hubiéramos amado libremente; pero el saber que estamos impuestos el uno al otro, nos cohibe y enfría nuestras relaciones y temo que nos amargue la vida entera.

Te envidio con toda mi alma la libertad de elección que has tenido, y te auguro una existencia completamente feliz.

Ya ves que valía casi más que no te hubiera escrito por ahora, pues te habré dado un mal rato.

Mil abrazos de tu

LEONOR.

A Leonor Somosancho, Mad. Renard.
En París.

En estos diez años que hace hoy que tú en París y yo en Madrid contrajimos matrimonio, ¡qué de cosas han ocurrido, queridísima Leonor! ¡Cómo los acontecimientos, haciendo horrible burla de lo premeditado, se lanzaron por el camino de lo imprevisto! ¿De qué sirve el cálculo al lado del *sino* personal?

Tú, feliz después de haber hecho un casamiento de conveniencia. Yo desgraciada, habiéndome casado por amor. Y de ambas cosas, autor *lo inesperado*.

En todas tus cartas me dices que tu esposo es modelo de bondad; que disfrutáis buena posición y excelente salud, y que si no fuese por un poco de melancolía que te asalta algunas veces, a causa de que Dios te ha negado hijos, te considerarías la mujer más feliz del mundo.

Yo me encuentro sin haber llegado aún a los treinta años, viuda, con cuatro niños y con limitadísimos elementos de vida. ¿Quién podía figurarse ambas cosas?

Ya sabes tú el suplicio que con su terrible enfermedad pasó mi difunto esposo. Estás al corriente de los enormes gastos que esto nos originó, y no extrañarás si te digo que mis recursos han quedado tan mermados, que con mi escasa renta me es imposible atender al sostenimiento de mis cuatro pequeñuelos.

Y aquí tienes, querida Leonor, cómo al fin se han realizado los temores que mi madre manifestaba cuando, recién salida del colegio, se trató de si debía o no ampliar mi educación. ¡Cuánto lamento al presente no haberlo hecho!

Ya sabes de antiguo con qué pocos caminos de trabajo contamos las mujeres españolas, y qué limitados son nuestros medios de acción.

Es inútil pensar en la costura ni aun en el bordado, pues con esa clase de trabajos no se logra más que un miserable jornal y minar poco a poco la salud; no es, pues, esto lo que ha de darme una salida honrosa y satisfactoria. Porque yo sueño con sostener a mis hijos en el nivel social en que han nacido, y en darles una completa y práctica educación, y esto no se puede conseguir con el par de pesetas diario que puede ganar una mujer cosiendo. Por el pronto, con el escaso capitalito que me ha quedado, procuro hacer alguna que otra operación bursátil, aunque te confieso que con gran temor, por parecerme que este es un terreno muy escurridizo. También me han propuesto en una casa editorial que haga algunas traducciones del francés, que aunque mal pagadas, siempre me dejarán más utilidad que el cosido, y es trabajo menos penoso. Esto me agrada; veremos que tal salgo de mi empresa.

Esta es mi situación al presente. Mucho te agradeceré que me favorezcas con tus consejos, y espero que entre ellos no vendrá el que me dan la mayoría de las amigas y amigos: *que me case otra vez*. Esto seguramente no se te ocurrirá a ti, que me quieres tanto y que sabes que un matrimonio como *recurso* me parecería la cosa más abominable y menos digna que puede hacer una mujer.

¡A luchar por el pan moral y material de los chiquitines!

Esta es la divisa de tu leal amiga

BEATRIZ.

A D. José Díaz de Carrascosa.
Magistrado. En...

Mi respetable y queridísimo amigo: Empiezo rogándole que se arme de gran paciencia, pues la presente carta-consulta tiene todos los honores de enorme protocolo.

No creo necesario hacer historia retrospectiva, pues me conoce usted desde la infancia y sabe, lo mismo que si fuese mi segundo padre, todos los sucesos de mi vida. Como a un padre le considero y le amo, porque siempre fué usted mi paño de lágrimas, lo mismo en mis travesuras de niña, que en mi caprichosa juventud.

A usted, pues, acudo en la situación en que más necesitada me encuentro de consejo, para que su clarísimo talento y su larga práctica de la vida me saquen de este atolladero.

Mi hija ha llegado a los catorce años. ¿Qué hago con ella? ¿Cuál es la educación más conveniente? ¿La educo única y exclusivamente para mujer, o la hago *útil a sí misma*?

Hay muchos que claman contra lo que llaman *feminismo*, y suponen que por el hecho de intentar trabajar en lo que hasta la fecha ha estado

vedado para nosotras, lo que pretendemos es hacernos tan hombres que hasta querremos fumar y gastar pantalones. ¿No es esto un absurdo? Yo creo que nada tiene que ver una cosa con otra, y que la mujer debe saber trabajar, porque desgraciadamente se encuentra a menudo obligada a ello.

En los años que llevo de viuda, la dolorosísima lucha por la vida me ha impuesto tantos sacrificios y he necesitado hacer tantas cosas, que volviendo la vista atrás, me pregunto con asombro si no he sido tan *hombre* como *mujer*. Pues todo esto que he llevado a cabo ¿no me hubiese sido más sencillo si hubiera estado preparada a ello por mi educación? ¿Quién me ha librado de hacerlo? ¿Quién ha salido generosamente en mi ayuda para decirme: «No seas más que mujer de tu casa; cuida a tus hijos, y aquí tienes una pensión para cubrir las necesidades de tu hogar?»

He tenido que saber manejar mi pequeña fortuna. He ayudado con mi trabajo personal a aumentar los medios de vida para criar y educar cumplidamente a mis hijos. ¿Pues no es lógico suponer que me hubiese ahorrado muchos sinsabores y dificultades si hubiera sabido algo más que ser una mujercita de casa? ¿De qué sirve administrar bien un duro, si no hay quién ese duro gane?

Dícese también que las mujeres no tenemos capacidad intelectual suficiente para poder salir del estrecho círculo del trabajo manual. Y yo pregunto: ¿Cómo puede saberse eso, si nosotras dejamos de estudiar cuando los hombres puede decirse que empiezan? En igualdad de circunstancias deben juzgarnos, y esa no existe. Si a la mujer se la deja estudiar, pasará exactamente igual que con el sexo contrario, que unas servirán y otras no. Ni todos los hombres tienen aptitudes para la carrera de abogado, ni a todos les es posible ser médicos, ni en todos los cerebros masculinos entran los estudios de ingeniero. Déjesenos en igual libertad de elección y pocas, después de catorce o diez y seis años de estudios, resultarían negadas en absoluto. Y téngase en cuenta que muchísimos, innumerables hombres, después de estudiar, no son más que unos perfectos ignorantes. Ejemplos de mujeres hay que han llegado a ser cuanto se han propuesto, y no debe perderse de vista que ellas, a más de luchar con la dificultad de los estudios, tienen que luchar con los prejuicios y rutinas y con la mofa que la sociedad suele hacer de toda la que, rompiendo absurdas costumbres, trata de demostrar que el talento, la laboriosidad y la constancia, ni exigen ni reconocen diferencia de sexos. ¿No le parece a usted, amigo mío, que las que tal hacen y esto logran tienen cien veces más mérito que el hombre más sapientísimo? Usted reconocerá que el caballero más valiente y mejor templado retrocede ante el ridículo. La mujer que arrostra hasta eso por realizar un ideal tan noble como es el trabajar, tiene seguramente mucho de heroína.

No he podido nunca explicarme cómo hombres de gran nombre y reconocido talento son, como ahora se dice, *antifeministas*.

Recuerdo a este propósito que los célebres hermanos franceses De Maistre eran tan absurdamente contrarios a que la mujer estudiase, que uno de ellos, José, contestó a su propia hija lo siguiente, cuando ella le consultó sobre este punto:

«La ciencia es dañina para las mujeres. La mujer no puede ser sabia sino a costa de todos sus encantos, de toda su pureza, de todos sus deberes en el hogar. El destino de la mujer no es otro que casarse. Una coqueta se casa más fácilmente que una sabia; porque para casarse con una sabia es preciso no tener amor propio, cosa muy difícil, mientras que para casarse con una coqueta sólo es necesario carecer de sentido común, lo cual es muy corriente».

¿Ha visto usted nada tan profundamente inmoral como este consejo dado a una hija por su propio padre?

Esto es decirla sencillamente: «Acostúmbrate a la idea de que tú no eres nada y que todo en el mundo te ha de ser concedido por magnánima voluntad del hombre. No trabajes, no pienses en nada digno; concrétate a estudiar la forma mejor de *atrapar* al sexo contrario; si no te casas, tendrás que caer forzosamente, pues tu padre te inculca de antemano en el cerebro la idea de que única y exclusivamente en la unión con el hombre tendrás la solución de tu vida».

Se evitarían muchas deshonras en el mundo y se suprimirían gran número de desgracias, si se nos acostumbrase desde pequeñitas a pensar en el matrimonio como en un estado perfecto al cual se debe llegar sin miras egoístas de ningún género, no como la solución única de nuestra situación, pues de este modo, la niña que a los quince años sueña con un amor verdadero, a los veinticinco se casa con cualquiera que se quiera casar, y a los treinta pone furiosamente de su parte cuantos medios la sugiere la imaginación con tal de *pescar marido*, sea el que sea. De aquí tantos desdichadísimos matrimonios.

Yo no he querido contraer segundas nupcias porque hubiera contrariado mis sentimientos, y he podido, sin tener instrucción, sólo por un enorme esfuerzo de voluntad, sacar a flote lucidamente a mis cuatro hijos. Si hubiese contado con una educación práctica, la tarea hubiera sido menos penosa. ¿Con qué derecho me han privado de adquirir conocimientos y practicar profesiones los que no habían de ayudarme a salvar dificultades?

Mi caso se repite infinitamente en el mundo. Otras veces son huérfanas que no encuentran con quien casarse. ¿No es horrible que no haya más solución para la mujer que prostituirse o vivir miserablemente?

Todas somos *mujeres* por instinto, y en estando casadas con un hombre bueno, trabajador y honrado, no habríamos de meternos en libros

de caballería y nos concretaríamos a ser la dulce compañera y la madre amorosa y previsora; pero viéndonos en necesidad, sacaríamos nuestras habilidades, como el que echa mano de sus ahorros, y podríamos salir al frente de las situaciones apuradas, lo mismo exactamente que hacen las mujeres de la clase obrera. ¿Por qué los rudos oficios no les están prohibidos a las pobres mujeres, y sí las profesiones que pueden ser menos penosas y más lucrativas?

Estudie usted con cariño mi carta-consulta y contésteme pronto. A despecho de todo cuanto le he dicho, a usted ¿qué le parece que haga con mi hija?

De usted respetuosa y filial amiga,

BEATRIZ.

A Beatriz de Haro, viuda de...
En Madrid.

Adorable Beatriz: Tu carta me ha parecido de perlas, aunque contiene algunas injusticias, que vienen a ser a modo de pequeños lunares, muy disculpables por otra parte, pues a ti tiene que dolerte todo lo concerniente a las trabas que el bello sexo encuentra para adquirir libertades y derechos.

Pero recapacita en que ya no está tan oprimida la mujer; que se avanza, aunque algo lentamente, en el camino de la justicia respecto a ella. Ejemplo eres tú misma de lo que estoy diciendo, pues si hace siquiera cincuenta años hubieses intentado hacer lo que en estos ocho últimos has llevado a cabo, la sociedad entera, poniéndose frente a tus nobilísimos deseos, se hubiese erigido en enemigo para ti tan formidable, que hubieras sucumbido en la lucha. Desde los remotos tiempos en que la mujer era conceptuada casi más como *objeto* que como persona humana igual al hombre por mandato divino; desde los siglos en que la esclavitud femenina era un hecho real y positivo, hasta los presentes días, mira cuánto se ha hecho por la emancipación de la mujer, y cómo ésta va adquiriendo poquito a poco cuanto en justicia y por ley de Dios la corresponde. Cierto que falta mucho camino que recorrer; ciertísimo que aun existen preocupaciones que por lo absurdas parecen inverosímiles; pero no es menos cierto que todo llegará y que veremos a la mujer en perfecta posesión de todos sus derechos. Es decir, ya no lo veré, pues la tal generación llegará tarde para que la aprecie este pobre viejo.

Hoy tenéis de vuestra parte, a modo de esforzados campeones, muchos ilustres hombres de todas las naciones del mundo, que, lanza en ristre, se han arrojado a desfacer entuertos y que lo lograrán, pese a quien pese, pues la causa es justa, los primeros pasos están dados y, una

vez colocados los cimientos, el edificio adelantará y se elevará a poco que se le impulse.

Desarruga el lindo ceño, que vuestra defensa está en buenas manos y marcha por excelente camino. Y tenga muy presente la injusta doña Beatriz que ella menos que otras puede quejarse, porque, según propia confesión, con su sólo esfuerzo sacó a flote a los pequeñuelos, y la corresponde estar más satisfecha que quejumbrosa.

Pasemos a la consulta. Grave es el problema que mi traviesa amiga de otros tiempos pone sobre el tapete, y achacosillo ando yo de facultades para dilucidar asunto de tal trascendencia; pero la voluntad es buena y el consejo leal, aunque sin ínfulas de que sea acatado.

Educa a tu hija de un modo práctico: que aprenda todo lo que su cabecita la permita, y una vez aprendido, lo ejercite para evitar jugarretas de la memoria, y para que se acostumbre al santo hábito del trabajo. No pongas tus miras en títulos ni carreras que aun pertenecen al terreno inconquistado; atente a todo lo que esté al alcance actualmente, que ya hay campo ancho donde escoger. Los idiomas, el comercio, el profesorado, las Bellas Artes... Ahí tienes cuatro cosas que, sin buscarlas, se me vinieron a la pluma; aprovéchalas si te parecen dignas de ello. Acostúmbrala a que sepa lo que cuesta ganar el dinero para que, si se casa, no sea exigente, como lo suelen ser las «señoritas de gabinete».

Inculca en su tierno cerebro la idea de que el matrimonio no debe ser para la mujer recurso, sino aspiración. Encamina tus esfuerzos a convencerla de que una vez casada, la parte *hombruna* de ella, digámoslo así, ha de desaparecer en absoluto, para no dejar más que la mujer en toda la plenitud de sus encantos puramente femeninos.

El hombre lleva a mal que se le quiera obscurecer. No debe una mujer casada acordarse de lo que sabe más que cuando las necesidades pecuniarias lo exijan o la educación de los hijos lo reclame. Y que todo esto lo haga sencillamente, sabiendo que lo hace por obligación y no a título de sacrificio; y si de esta manera no los pones en posesión de la dicha, dígote en verdad que ignoro por qué vericuetos se hallará esta señora.

Y no hay más. Si alguna vez quieres verme loco de contento, vente con tus pimpollos al rincón donde voy terminando mi vida. Las dulcísimas confianzas del travieso diablillo de otros tiempos son al presente uno de mis gratos recuerdos. Tenerte a mi lado una temporada sería casi la felicidad.

Tu viejísimo amigo,

José Díaz de Carrascosa.

LAS MODAS

¡Mágica palabra para la mayoría del sexo femenino! Pero no debe culpársenos por ello en absoluto, pues sólo un cincuenta por ciento de culpa cabe a la mujer por el pecado de dar a las modas una importancia mayor que merece.

El otro tanto por ciento incumbe a los hombres. Su predilección por las mujeres bien ataviadas; sus acerbas críticas ante las que no visten con elegancia; sus frases despectivas para la mujer sencilla y humilde y su falta de afectuosa atención para las que no ostentan toilettes *dernier cri*, han creado la situación actual que todos lamentamos.

La vanidad femenina, el instinto de agradar, innato en la mujer, era desde luego un terreno a propósito para que fructificase la semilla de la presunción. Pero es, a lo menos tan culpable como ella, el hombre que sin analizar cualidades ni sentimientos, ni casi fijarse en la forma humana, muestra en cambio sus entusiasmos ante el adorno corporal y le da el puesto de honor al juzgar a la mujer.

Cierto, ciertísimo, que aunque una mujer sea linda, si se viste toscamente, sin gusto en líneas, tonos y adornos, pierde mucho de sus encantos. No es menos verdad que el arte de bien vestir demuestra un mucho de sentimiento artístico, cualidad recomendable, digna de ser tenida en consideración. Pero dando a las modas la errónea importancia que se les da en la actualidad, se pervierte indudablemente a las jóvenes por varios conceptos: uno de ellos, porque se las produce un anhelo loco, sin régimen, de lucir todas cuantas modas nuevas lanzan las fantasías de los creadores modistiles; y otra, porque se arraiga en su cerebro la

falsa idea de que el mérito de la mujer consiste en vestir, sólo en vestir lujosamente, sin atender a ninguna otra cualidad.

El signo de los tiempos está demostrado sólo con apuntar un hecho pequeño, un *detalle*. Antes, hace un siglo, al mirar a una mujer se exclamaba: «¡Qué buena!» «¡Qué virtuosa!» Pasados treinta años se decía: «¡Qué linda, qué graciosa, qué discreta!» Actualmente sólo se mira para decir: «¡Qué elegante!» «¡Qué bien viste!» «¡Cuántos trajes tiene!»

¿Es esto peor o mejor? Indudablemente peor, aunque se reconozca que todas las cosas tienen sus defectos y errores.

Los entusiastas partidarios del arte de *s'habiller*, proclaman que no hay otro que se le iguale. Pero son, sin duda alguna, cualidades más dignas de mención y aprecio, la belleza real y efectiva, sin artificios ni falseamientos, la gracia, el *sprit*, el ingenio, la bondad, el atractivo. Si a todo esto le sirve de artístico marco una linda *toilette*, miel sobre hojuelas; pero no se trueque la importancia de las cosas; no se dé y se tome, como cualidad inherente a la mujer, lo que en último caso se vende y se compra; lo que está al alcance de cualquiera que posea unos miles de pesetas.

Claro que todo el mundo sabe muy bien que existe una elegancia que no se compra ni se vende; una distinción natural encantadora; un no sé qué, que hace diferenciarse a las damas de buen gusto de las que no lo tienen. Pero esa distinción, esa elegancia, no entra en el terreno de *las modas*; es algo que se aparta de ellas; es algo que a ellas presta brillo, no que de ellas le toma. Para esa elegancia están de más las fantasías de modistos creadores y son inútiles las hondas preocupaciones de la moda; es un don natural, como la hermosura y el gracejo; es algo que no se sabe definir, pero que no depende de trapos y moños; y esa, esa es la única elegancia digna de mención y de admiración.

La mujer debe procurar, desde niña, educar el gusto, afinar la vista, habituarse a distinguir lo verdaderamente artístico y bello de lo que no lo es. Debe también acostumbrarse a formar idea y gustos propios, ajenos a influencias de fuera; y, sobre todo (esto es esencialísimo), debe saberse *ver*, con perfecciones o defectos, tal cual sea, para, conociéndose bien, crearse un estilo propio y no admitir cualquier *toilette* que altere su modelo-tipo, bajo el fútil pretexto de que *es moda*.

¿Merece esa diocesilla versátil y tornadiza que se la rinda el ciego homenaje que hoy se la consagra? No; cien veces no. Si la moda se redujese a crear modelos de trajes más o menos lindos, con mayor o menor número de adornos, de tal o cual color, aun sería acreedora de mayor atención. Pero ¿cómo hemos de obedecer ciegamente, y qué concepto ha de merecer quien acate y se humille ante sus mandatos, cuando en nombre *de la moda* se nos ordena que tengamos o no tengamos cade-

ras, que estemos gordas o flacas, que el seno luzca alto o bajo? ¿Qué pensaríamos de quien nos ordenase la supresión de las narices por estar *démodées*, que luciésemos los ojos en el cuello y la boca en la frente? Seguramente pensaríamos que estaba loco; que la forma humana ni admite ni requiere modificaciones. Pues lo mismo debemos pensar cuando se nos dice: *Ya no se estilan caderas; las gruesas no están de moda*, y otra porción de absurdos por el estilo.

El asunto de las modas, que tan ligero y poco importante parece, es, sin embargo, causa de grandes catástrofes en muchas ocasiones.

¡Cuántos hogares se ven perturbados por las modas! ¡Cuántas virtudes vacilan y a veces caen, por esos tentadores escaparates en los que lucen esplendorosos tules, gasas, bordados, sedas, joyas, plumas y toda clase de adornos!

Con motivo de una Exposición recientemente celebrada en una linda provincia, han ocurrido una serie de ruinas familiares que asusta. Y sólo por el afán de lujo de las damas; por el inmoderado deseo de lucir modas, muchas modas; por el censurable anhelo de atraer sobre sí la atención más que todas.

¿No es éste un tristísimo resultado de las modas?

¿No es horrible y *tonto*, el que en una familia que no hay ruinas por empresas desgraciadas, o por enfermedades repetidas, las haya por el poco sentido de las que ponen por encima de todo el inmoderado afán de pagarse costosas *toilettes* y adornos?

Toda mujer discreta (y las madres deben educar a sus hijas para que lo sean), no debe dar a las modas mayor importancia que la que en sí tienen. Deben, sí, atender su guardarropa con exquisito cuidado; procurar no tener muchos trajes, para que, de este modo, les sea más fácil el hacer alguno nuevo. Deben tener también muy presente que no todas las modas son dignas de ser adoptadas, pues la primera condición para vestir bien, es la de estudiarse el tipo y el colorido; y además pensar siempre en la posición que se ocupa; en si ella exige, o por el contrario, prohibe, ciertas *toilettes;* en la carrera que tienen padres o maridos; en si se ha de salir sola o acompañada; a pie o en coche; a paseo o tertulia... etc., etc.

Véase en cuantos detalles hay que pensar antes de adoptar o rechazar las modas.

* * *

Esta frase, que comienza en superficial y a veces termina en trágica, no se ciñe y concreta solamente a los trajes, joyas y sombreros.

Las modas abarcan muchísimas otras cosas. Actitudes, gestos, postu-

ras, costumbres... y ¡hasta conciencias! Todo, al presente, cae bajo la jurisdicción de las modas.

¡Qué error tan lamentable!

Si veis por la calle jovencitas que andan a saltitos, o con un paso gimnástico, de algún modo, en fin, extraño y no natural, pensad en seguida: «Esa debe ser ahora la moda de andar». Si veis unos pollos muy almibarados y compuestos, que al saludar elevan el codo hasta una altura inverosímil, o hacen algún ridículo gesto con las manos, no lo dudéis: «Esa es la nueva moda del saludo».

Si presenciáis con doloroso asombro que las niñas de veinte abriles cruzan las piernas descaradamente al sentarse, o que sacan con el mayor aplomo y frescura un pitillo y se lo fuman tranquilamente, o sostienen una ligerísima y picante conversación con los muchachos, sin que el rubor aparezca por ninguna parte, no os extrañéis: aquellas cosas tan contrarias al recato femenino, *están de moda.*

Pues bien: vosotras, las niñas que estáis en formación y aun aquellas que, habiendo pasado ya de esa etapa, queráis hacer caso de mis humildes consejos, no os dejéis arrastrar por las modas mal entendidas.

No comprometáis la paz y tranquilidad de vuestro hogar y familia; no adoptéis usos y costumbres repugnantes; no desorganicéis el presupuesto que en toda casa bien organizada debe existir; no habléis, ni vistáis, ni os conduzcáis, fuera y en pugna con las reglas del buen sentido, sólo por acatar *las modas*. Acostumbraos a mirar la vida desde puntos más altos; pensad en que, quien a ruindades concede gran importancia, ruindades hallará en su camino. Recapacitad en que al fin y al cabo las personas de mérito, únicas cuya opinión puede y debe importaros, dedican una sonrisa de desprecio a todas esas pequeñeces cuando se las quiere elevar a la categoría de *grandes cosas.*

Y seguid siempre las modas discretas y que hermanen con el medio ambiente que os rodee; nunca las ruinosas ni las ridículas.

AMAD LAS FLORES, AMAD LOS PÁJAROS, AMADLO TODO

El *corazón* y la sensibilidad: he aquí dos grandes fuentes de amargura, según dicen los egoístas y escépticos. Y con efecto, la intensidad del sentimiento ocasiona en numerosas ocasiones penas grandes. Pero ¡qué mezcla de apacible dulzura llevan en sí las amarguras originadas por un gran corazón!

Los fríos de corazón, aunque aseguren mil veces que son felices, no deben ser creídos. La dicha se compone principalmente de la suma de cariños que se inspiran y que se sienten; del compendio de amores compartidos; de las zozobras y expansiones, dudas y sobresaltos, esperanzas y luchas. El alma humana, al choque de las grandes y diversas emociones que producen los cariños, se siente confortada y orgullosa, se ensancha, se conmueve y brota la felicidad.

No envidiemos, no, la carencia de emociones de los corazones *secos*; no lloran, no suspiran, no sufren, nada les emociona, pero tampoco gozan, ni se alegran, ni palpitan con esas divinas sensaciones, inexplicables, indefinibles, pero sublimes, grandes, gigantescas, capaces por sí solas, de hacer la vida digna de ser vivida.

Debe acostumbrarse a las niñas, durante el período educativo, a practicar una especie de *gimnasia* del sentimiento, para afinar su sensibilidad y crear o moldear la exquisitez de alma tan precisa para la vida de la mujer, su mejor ornato, su más poderoso atractivo, el imán que tras sí ha de llevarse las voluntades.

No; no escatiméis a la niña las lágrimas dulces que brotan al

choque de nobles sentimientos. Dejadla llorar al ver rota su muñeca, su *hijita;* dejadla sentir al ver triste y silencioso a su pajarillo; dejadla suspirar hondamente si ve tronchadas por el huracán las ramas de su favorito rosal. Respetad su dolor, sin risas ni burlas, si gime al ver un gatito recién nacido arrojado a la calle, si llora al ver un pobre, si os suplica al contemplar a un niño desgraciado.

Recuerdo a este propósito una sentidísima escena que presencié hace años en un paseo público, y que me produjo honda emoción, tan grande como la que sentían los protagonistas de ella y cuantos la presenciaron.

Pasaba por el citado paseo una señora joven y bien ataviada, llevando consigo dos pequeñuelos, de los cuales la mayor era una niña que contaría escasamente dos años. En sentido opuesto avanzaba una pobre mujer que llevaba en pos de sí una criatura descalza y mal vestida. El frío era intensísimo, como que era un día de enero, ese enero madrileño célebre por sus bajas temperaturas. Al cruzarse los niños acomodados con la infeliz criaturita, la madre de ésta tendió la mano, en demanda de una limosna; la señora se paró para sacar de su portamonedas un socorro, y la niña *rica,* la pequeñuela de dos años, se fijó en los desnudos pies de la pobrecita; se arrodilló, rompió a llorar con amargo desconsuelo, y exclamó:

—¡Ay mamá! ¡Que no *tene papatos!* ¡Que no *tene papatos!*

No había manera de arrancar de la triste contemplación al compasivo bebé. ¿Qué sentiría su almita? ¿Qué impresión sufrió su tiernísimo corazón? ¿Cómo pudo, cuando aun no había de comprender, ni pensar, ni razonar, *sentir,* no obstante, todo el poder de la desventura?

Pues bien, a niñas así no debe mandárselas callar, ni desviarlas la atención, ni falsearlas los generosos sentimientos. Se las debe consolar, eso sí, pero procurando grabar en su corazoncito aquella instintiva caridad.—¿Ves, nenita? ¡Pobre niño! Tiene frío y no tiene zapatos. Tú eres más feliz, que los llevas; tienes otros en casa, ¿se los damos? ¡Pobrecito!

Esto ocurrió en aquella ocasión; y la madre pobre no salía de su asombro ante los delicados sentimientos de la *mujercita* de *dos* años, que andando el tiempo, y si Dios quiere conservarla la vida, será una esposa excelente y una madre amantísima.

Y no creáis, no, que todos los niños, sólo por serlo, son buenos y caritativos; lejos de eso, el instinto animal que llevamos como principio de nuestro sér, impele frecuentemente a las criaturas a ser crueles y malvadas; y por eso requiere un cuidado exquisito el estudio de las cualidades infantiles. A los niños que se dejan guiar por los instintos fieros, hay que educarlos de manera de hacer dormir esos instintos y hacer nacer en cambio la blandura en el corazón; y a los que desde luego la

poseen, encauzarles, educarles los nobilísimos impulsos, para que den el saludable fruto, sin exageraciones perniciosas.

¿No creéis que en las tiernas almitas pueda caber una mala intención? ¿Suponéis que la maldad es sólo el producto de los años? Nada más lejos de lo cierto. Mirad, si no, a esas criaturas que se recrean en coger nidos, en destruir familias de pajarillos, en llevar el desconsuelo a esos admirables alados cuya organización *familiar* tantos ejemplos de inmenso amor ofrece a los humanos. Yo conozco, en cambio, y no serán los únicos, por fortuna, a niños que, lejos de coger nidos, cuando han hallado en el campo algún pajarillo caído de uno, y que aun no sabía volar, le han cogido con gran cuidado, le han dado de comer introduciendo el piquito en su boca, y se han dedicado con gran entusiasmo a enseñarle a volar, echándole al alto con el previo y maternal cuidado de sostener una manta en el aire a fin de que al caer no se lastimase el animalito; y cuando supo volar, en vez de enjaularle, le vieron desaparecer en el espacio, y palmotearon gritando de júbilo al ver al pobre hijuelo, caído del lugar donde estaba protegido por el maternal amor, y al parecer predestinado a morir, volar... volar... libre y feliz gracias a sus generosos e infantiles protectores. ¿Hay algún punto de semejanza entre los niños que esto hacen y los que quitan nidos?

Pues bien, es urgente vigilar los instintos de las criaturas, e inculcarles el amor para todo y para todos.

Las flores, compañeras inseparables de la mujer, su mejor gala, su más preciado adorno, deben merecer de ella los cuidados más exquisitos; cuidar las plantas significa delicadeza de espíritu y un buen gusto refinado. Recrearse en ver brotar las nuevas hojas, como hijas de las antiguas; contemplar el lindo botón que apunta, asistir al nuevo brote, que crece y se desarrolla hasta convertirse en espléndida flor, es una de las aficiones más delicadas que puede tener una mujer, y desde niña debe acostumbrársela a tan dulce recreo.

¡El amor! El sublime amor, rey y dueño del mundo; sentimiento ante el cual se inclinan lo mismo el poderoso que el humilde pordiosero; fuente de todos los heroísmos; generador de los actos más sublimes que encierra la historia de los hombres y de los pueblos. ¡Salve, Amor!

El que de niño no siente latir su corazón por las flores, por los pájaros, por los indefensos animalitos, difícilmente será capaz de albergar en su pecho cuando sea hombre el santo amor a la patria, el abnegado amor a los padres, el apasionado afecto a la esposa, el entusiasta y sublime amor a los hijos.

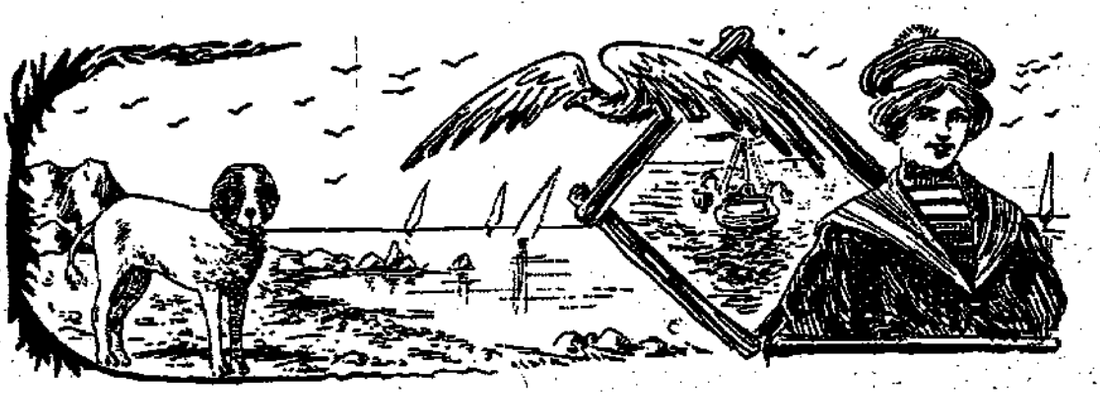
No hay nada pequeño en el mundo; todo en él tiene regla de continuidad; todo depende de todo, y quien desee tener hijos buenos que honren a Dios y a sus padres, que sean útiles para sí mismos y para la sociedad, vigile con gran cuidado los impulsos infantiles, para arrancar

de los tiernos corazones los malos instintos que puedan nacer en él, como en el más fértil campo nace la hierba inútil y dañina. Sembrad, sin cesar, sin cansancio, con tenaz constancia la simiente del amor. Enseñad a los niños que todo en el Universo requiere ser amado, y que nada existe que conduzca a la felicidad más seguramente que el corazón grande, hospitalario, susceptible de todos los amores, desde el más pequeño hasta el más inmenso.

Y en cuanto a las niñas se refiere, ¿puede caber en mujer mayor atractivo que un alma capaz de infinitas ternuras, un corazón, en fin, hecho para amar?

Nunca podréis legar a vuestras hijas fortuna comparable con la que le daréis si inculcáis en su tierno corazón la idea del amor. Tened presente que, aunque así la esperen en el mundo algunos desengaños, será más feliz que con un alma incapaz de amar, pues sólo el hecho de sentir cariño proporciona mayor dicha que el inspirarlo.

No olvidéis, pues, al educar a las niñas, el hacerlas comprender y practicar la hermosa máxima: *¡Amad los pájaros...! ¡Amad las flores...! ¡Amadlo todo!*



RECETAS DE LA ABUELITA

—Dejad hoy que la abuelita os diga varias cosillas a la ligera. Os reclamo atención para los pobres consejos de la experiencia, a cambio de la ternura e indulgencia que me inspira vuestra alocada niñez e inexperta juventud. ¡Podéis ahorraros tantas lágrimas, sólo con ahorrar también algunas risitas excépticas cuando habla alguna abuelita!

Después de haber vivido muchos años, he podido apreciar que la educación de las niñas es muy deficiente. ¡Cuánto y cuánto se discute sobre esto! Yo creo firmemente que lo primerito que hace falta es que se permita a las mujeres el ganarse el pan con su personal trabajo. ¡Es tan triste depender de lo que nos quieran dar otros!

Hay muchos que dicen que no; que eso no debe ser, que la mujer debe ser sólo mujer y contentarse con ello. ¡Error! ¡Error mil veces!

Pero yo ya soy una anciana para sostener estas luchas, a las cuales sólo aportaría mi propia experiencia, de una lógica contundente, eso sí; de un poder abrumador, pero sin frases elocuentes, sin fuego en la defensa de la causa. ¡La nieve de mis cabellos ha enfriado el fuego de mi razón!

Bueno; digo yo, sin embargo: ¿mujeres dijisteis? ¿sólo mujeres destinadas al hogar? Sea en buen hora. ¡Pero si aun eso lo hacéis defectuoso! ¡Si la mayoría de las niñas del día no sirven tampoco para mujeres! ¡Si a muchísimas les falta el aprendizaje y práctica de esa multitud de faenas que constituyen en el ama de casa la ocupación más digna y que vale a las mujeres el título de hacendosas, que lleva aparejado el de la honradez!

A todas las niñas se las enseña a leer, a escribir, a mal contar. Algunas aprenden en los colegios, además de a coser y a bordar, algo de historia, geografía y gramática.

Las familias pudientes amplían la enseñanza con los estudios de música, canto, idiomas, dibujo, baile, etc... Y ¡ea! ya está formada la mujercita. ¿No es eso? ¡Pues no es eso!

Por la fuerza de la costumbre y obligada por las circunstancias, sabe hacer, o lo hace sin saber lo que hace, todo el quehacer de su hogar, y según sus aficiones, resulta un día casualmente, casi por milagro, gran cocinera, lavandera, planchadora o modista en opinión de los indulgentes papás, pero con arreglo a la verdad, una medianía, y haciendo lo que haga *a la pata la llana*, sin conciencia de lo que ejecuta.

La economía doméstica y la higiene de la casa y de la familia, deben ser de primordial interés para la mujer si ha de ser buena hija, esposa y madre. Tened presente que el verdadero sustentáculo de la dicha del hogar está en su mejor gobierno.

Niñas hay, según decía el conocido escritor Angel Muro, con muchísima razón, que, tiernas o talluditas, tocan y cantan cosas de Meyerbeer y de Wagner, que hablan francés como verdaderas parisinas, que visten como reinas, que conocen de lejos un traje hecho por Wortz, Paquin o cualquier otro célebre modisto, y que no son capaces de poner una compresa de árnica sobre un chichón de la cabeza del hermanito, ni hacer una taza de te al papá, ni chocolate a la abuela, ni planchar una corbata, ni hacer *bien* una cama, ni limpiar el polvo de las habitaciones de la casa, etc.

Ahora, hijas mías, para que no digáis que la abuelita *gruñe*, pero no *enseña*, os voy a dar un buen consejo; no bueno por ser mío, sino porque lo es; un consejo sobre *las sobras* de las comidas; gran detalle de economía, no lo olvidéis. Hoy os hablaré de ello a la ligera, pero algo; quizá otro día os dé más detalles sobre el particular.

Quien ande en la cocina, cocinero, cocinera, señora o señorita de la casa —pero siempre alguien, —ha de tener un minucioso y exquisito cuidado de que ni se tire ni se pierda ninguna sobra de comida, lo mismo si se trata de casa grande que de chica, lo mismo si es rica, que si es pobre.

Cuando una comida es buena—y pobre o modesta, ha de serlo siempre—debe, lo que queda de ella, ser aprovechado para el día siguiente o el subsiguiente, según sea la época de frío o de calor, y según el manjar de que se trate.

Lo primero que debe saber el que guisa, es comprar bien los manjares, y conocer cuál es su duración en crudo y condimentados. Ha de estar al corriente de un modo principalísimo de la forma de tratar las car-

nes y conservarlas cuando llega la ocasión, bien preservaditas del contacto del aire, del calor y de la humedad.

El citado escritor-cocinero Angel Muro (los viejos siempre creemos que lo de nuestro tiempo es lo mejor) hizo con arreglo al clima de Madrid un pequeño cuadro demostrativo de lo que pueden durar las carnes más usuales en crudo, Vedlo aquí:

	INVIERNO	VERANO
Gallos monteses, faisanes, patos y gansos	14 días	6 días
Jabalíes	10 »	6 »
Capones y pollos	10 »	4 »
Ciervos, gamos y corzos	8 »	4 »
Cabritos	8 »	4 »
Pavos	8 »	4 »
Vacas, bueyes y cerdos	8 »	4 »
Liebres	6 »	3 »
Gallinas	6 »	3 »
Perdices	8 »	2 »
Carnero	5 »	2 »
Ternera	5 »	2 »
Cordero	4 »	2 »
Pollitos, pichones, codornices y pajarillos	4 »	1 »

Dejadme, dejadme gruñir un poquito contra la pícara y costosa costumbre, tan arraigada en las familias, ¡hasta en las de escasísimos recursos! que da para cada persona una clase y tamaño distinto de pan. ¡Qué lejos está eso de la economía! Así, ni se puede exigir el peso exacto al tahonero ni aprovechar lo que reste al cabo del día.

Fuera de los convites de ceremonia, en los que el pequeño panecillo es de rigor, lo que conviene en una casa de familia es un pan grande, con su peso exacto y apropiado para el gasto.

Así se evitan los mendrugos, y cuando sobra, se hace con él perfectamente sopas, picatostes, costrones y canapés, o se parte en rebanadas, se tuesta y se toma con o sin manteca para el desayuno.

Ya, ya; ya os puedo contar un caso de beneficio práctico obtenido por el *pan duro*. (Las abuelas somos un saco de sucedidos y cuentecillos).

Erase que se era una niña con no muy buen apetito y con una madre pertecta observadora y rígida practicante de la economía doméstica. En el hogar en que ambas vivían felices y contentas, no se desperdiciaba nada. Había siempre dispuestos por las mañanitas unos calientes, riquísimos y crujientes panecillos franceses, que eran vivamente esperados por la niña dengosilla, como un manjar exquisito por el cual se entusiasmaba. Pero la ordenada mamá no permitía llegar al pan tierno sin pasar antes por el duro, por el del día anterior. Y así como el buen soldado no deja que le cojan la bandera, enseña de la Patria, sin que pasen sobre su cadáver, así aquella excelente organizadora y mante-

nedora de un hogar no dejaba llegar al pan tierno sin comer antes el del día anterior. La niña aquella, que quizá se hubiese debilitado comiendo poco, con el afán de poder tomar el pan francés calentito, devoraba materialmente la ración de pan duro que por clasificación la correspondía; y repitiendo esto un día y otro día, la niña se habituó a comer mucho, mucho, y se hizo una mujer sana y robusta.

Otro aprovechamiento tiene el pan sobrante. Se desmenuza y se mete en el horno en una bandeja para que se tueste. Se saca crujiente, y con el rodillo de las pastas se tritura y muele. Se criba primeramente por pasadera muy fina y luego por otra mayor, y así se obtiene ralladura de pan de dos calibres diferentes, que se guarda para rebozados, gratines, guarnecido interior de moldes, etc., etc. En fin, en las casas bien administradas no debe perderse ni una miga de pan.

Cuando se cuecen legumbres frescas, especialmente coles de Bruselas, coliflores y judías verdes, el agua de la cocción, un poco salada, puede servir para caldo, o como fondo de sopa de vigilia para el día siguiente, con sólo añadir para cada seis personas una chispa de manteca de vacas y dos yemas desleídas en medio vaso de agua, cuando esté ya apartada la cacerola del fuego.

No creáis que es de absoluta precisión que la comida sea de vigilia para aprovechar el agua de la cocción de legumbres, que así preparada es sana, nutritiva y refrescante.

Cuando se quiera aprovechar sobras de sopas o potajes de vigilia para comerlos en otra comida, siempre que en ellas entre la liga o trabazón de yema de huevo desleída en agua, hay que recalentar esa sopa en el baño de maría, porque sobre fuego directo se cortaría, coagulándose el huevo en grumos sueltos.

Los sobrantes de las pastas de acederas, espinacas, coles, brecoleras, acelgas, judías, habas y lentejas, suministran también muy buenas sopas para vigilia o para diario.

El sobrante se debe recalentar con agua o caldo, y se incorpora manteca de vacas o de cerdo refrita. Se cuece un poco de tiempo y se pasa por pasadera, aumentando al mismo tiempo con agua el puré que resulta, que se liga, para servirlo, con una yema de huevo desleída en agua.

No hay sobrante de legumbres, por escaso que sea, con el que no se pueda confeccionar una sopa excelente.

Dos o tres cucharadas de puré de patatas, se deslíen muy bien en agua o en leche caliente, y después de retostar en una cacerola una cucharada de harina en manteca de vacas o de cerdo, se incorpora la papilla y se deja cocer unos minutos hasta que trabe.

Os veo sonreír y casi bostezar; os estáis aburriendo. ¿Verdad que sí, niñas mías? La abuelita se pone pesada con sus nociones de economía, y lamentáis la idea que he tenido de echar una *charladica* con vosotras;

y es que no podéis calcular todos los beneficios que en el porvenir puede reportaros el saber aprovechar lo mismo un faisán que un mendrugo, igual un millón que un céntimo.

Pero en fin; para que no me tachéis de vieja, anticuada e intransigente, y para que no me retiréis vuestro afecto y confianza, no os dejaré hoy con el amargor de haberme ocupado solamente de cosas para vosotras poco gratas. Me ocuparé, como final, un poco de vuestra belleza. ¿Sonreís? ¿A que ese tema os agrada mucho más?

Voy a tratar de una cosa que os preocupa: de vuestro cutis. ¿A que soñáis en tenerle como compuesto de leche y rosas? ¡Es tan encantador un lindo cutis! Y tened presente que esto puede ser un don de la naturaleza, pero también conquista del arte. ¡Cómo brillan vuestros ojos al leer esto!

Hace tiempo que las mujeres estiríacas, dice el doctor Mouin, recurrían al arsénico para obtener la frescura floreciente que caracterizó sus rostos y para provocar el desarrollo bermejo de una rica red capilar arterial bajo una epidermis fina y trasparente. Las preparaciones arsenicales, efectivamente, son las que excitan más poderosamente la nutrición dermo-epidérmica, y si saben usarse hábilmente, a los cutis más marchitos les puede dar la frescura más primorosa.

Las preparaciones ferruginosas, en cambio, perjudican notablemente a la epidermis, y es preciso usarlas con discreción y bien escogidas cuando son necesarias.

El tinte amarillento peculiar de los temperamentos biliosos, se trata igualmente con el arsénico y con frecuentes purgas de ruibarbo. Esta medicación interna tiene la ventaja de librar a la mujer de las jaquecas que arrugan sus rasgos, sombrean sus ojos y producen las arrugas prematuras.

Nada perjudica tanto al tinte del rostro como la acción del sol y el cambio de clima. Fijáos en esas inglesitas que llegan de su país nacarinas, transparentes, con mezcla de fresas y nácares, y tornan a él con un cutis cuarteado y ennegrecido.

Voy a deciros una cosa que quizá os asombrará; pero no creáis que son chocheces; robusteceré mi opinión con palabras del libro *Higiene de la Belleza*.

Toda señora debe ponerse en guardia contra los cuidados excesivos de limpieza, soberanamente perjudiciales a la belleza de la cara. El abuso de los lavatorios con agua caliente o fría, con agua de Colonia o con los diferentes vinagres de tocador, disuelve y suprime el producto sebáceo, que da su aterciopelado a la flor del cutis; produce una especie de lejiadura continua, que descama y atrofia, a la larga, los coloridos más agradables.

Para los cutis que tienden a resecarse, es muy buena la lanolina pura,

pues tiene un gran poder higrométrico que da por resultado ablandar la piel, rellenar las grietas y disolver las escamas y demás condensaciones.

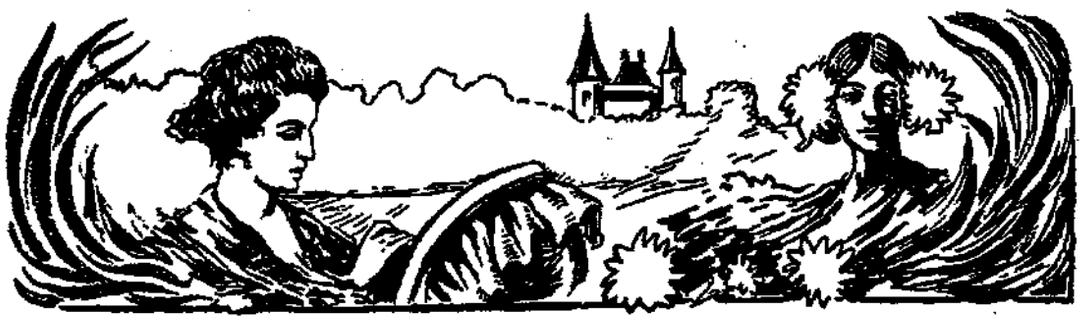
En todos los tiempos, el sexo femenino ha intentado proteger y embellecer su cutis espolvoreándole. ¡Y se critica a la mujer moderna! Pues en tiempos de los romanos estaba tan exagerada la costumbre de darse polvos, que muchísimas damas, tenidas entonces por exquisitas, estaban en su casa con el rostro cubierto de capas espesas de pastas llamadas *la careta del esposo (vultus domesticus)*.

El polvo de arroz es hoy el rey en el arsenal de la coquetería femenina.

La mayoría de los polvos que se expenden son verdaderos afeites; hay, pues, que tener un exquisito cuidado al elegirlos. Se les enmascara, pero en realidad llevan creta, bismuto, talco, alabastro, óxido de zinc, carbonato de magnesia... Es una lástima, porque en innumerables casos son perjudiciales.

El almidón de trigo debería, según una buena regla higiénica, constituir siempre la base de los polvos para la cara, porque goza propiedades dulcificantes y absorbentes que no posee ningún otro polvo mineral. Además, se adhiere bastante, sobre todo si se mezcla con un poco de talco pulverizado o con polvo de licopodio, cuya importancia higiénica es conocida de todas las señoras.

Y voy a terminar por hoy; no arruguéis el lindo ceño; no penséis que en lo referente al embellecimiento femenino me recreo poco. Nada más lejos de mí. Creo ya haberos dicho que la pérdida de mi juventud me hace amar más y más a quienes la poseen. Pero hoy se hace tárde; me reclaman estas líneas de la imprenta, y aunque a mi pesar, hago punto final. Digo mal: puntos suspensivos, puesto que muy en breve dedicaré a vuestro tema favorito, el cuidado de vuestra hermosura, muchas, muchas páginas. De tal modo, pienso hacerme perdonar los consejos caseros que os dé, siempre menos risueños y gratos.



RECETAS DE LA ABUELITA

—¡Malo! ¡malo! ¡malísimo!—dirán mis amables lectoras. La abuelita *se ha crecido;* supone que sus consejos nos son precisos, y cátate que a cada momento nos echa un sermoncito. ¡Todos los viejos son iguales! ¡Siempre aconsejando!

—Calma, calma, niñas mías—respondo yo, dando por hecha y oída la protesta.—Paciencia y no protestéis. La abuelita tiene poderosas razones para echar *su cuarto a espadas* con lo que llamáis *lamentable frecuencia.* ¿Creéis que por ser anciana no tengo también mi orgullito? Pues también... también tengo yo mi pedacito de vanidad. Creo que he sido una perfecta directora de casa, y creo también que he llegado a los últimos años de mi vida no demasiado *deteriorada,* gracias a ciertos cuidados higiénicos. Me siento ufana de ello. ¿Es esto pecaminoso? Creo que puedo haceros un bien, y deseo transmitiros a pedacitos, y en forma lo más amena posible, lo que me ha sido a mí provechoso y puede séroslo a vosotras. ¿Es esto censurable? Oid, oid con atención; yo procuraré entremezclar lo árido con lo ameno; pero no volváis la hoja cuando leáis *Recetas de la abuelita.* ¡Quizá algún día bendigáis la memoria de la que, a pesar de la nieve de su cabeza, conservó el fuego de su corazón con potencia capaz de amar a todos los jóvenes, desear su felicidad y practicar las frases del Divino Maestro: *Dejad que los niños se acerquen a mí...*

Voy a tratar ahora de economía doméstica...

Entendemos por *economía doméstica* la acertada disposición de cubrir nuestras necesidades sin hacer ningún gasto superfluo, y el aprovechamien-

to de cosas y efectos inutilizados para un objeto, aplicados a otro servicio.

No es solamente en el empleo material del dinero en lo que debemos llevar a cabo la economía; hay otras cosas que valen tanto y más que éste y de las cuales no se hace mucho caso, y sin embargo, es preciso tenerlas muy en cuenta, no solamente porque valen más, sino porque no se conoce el medio de adquirirlo una vez empleado.

Para que una mujer cumpla debidamente con las obligaciones de una ama de gobierno, es preciso que tenga presente tres cosas y saque de ellas el partido posible en su beneficio y en el de la familia: el tiempo, el trabajo y el dinero. He aquí los tres puntos sobre que debe aplicar sus reglas económicas, advirtiendo que es tal la relación de enlace que entre ellas existe, que es imposible obtener el resultado que se apetece de los unos, mientras no llene las condiciones de los demás.

Toda ama de casa o de gobierno debe tener presente que el orden proporciona la facilidad y desembarazo para ejecutar con prontitud las operaciones más complicadas, así como, de lo contrario, nacen la confusión y el entorpecimiento.

Repetir un acto con frecuencia hace que lo que se ejecuta sea hecho con tanta brevedad y precisión, que pone en el caso de hacer cualquier cosa pronto y bien casi sin darse cuenta de ello.

La costumbre que adquiere el ama de gobierno en reconocer su casa, hace que vaya a cualquiera de sus dependencias, aunque sea o obscuras, sin equivocarse; pero es preciso, además de esta facilidad y acierto, que señale un sitio para cada cosa, y que cada cosa esté colocada siempre en su sitio, porque de nada serviría lo expuesto si señalase a las mismas cosas colocaciones alternativamente distintas.

Conocidos detalladamente los quehaceres de una casa, debe distribuírseles entre las horas más oportunas a su aplicación, cuidando de no alterar el orden establecido mientras una causa justificada no lo exija, consiguiendo por este medio que todas las necesidades estén cubiertas a su debido tiempo.

Una vez establecido el orden, es imposible perder el tiempo; cualquier cosa que se necesita, como se sabe el lugar que ocupa, se va directamente y se encuentra; mientras que de otro modo ha de recurrirse a la memoria, que con tanta facilidad olvida las pequeñeces, y como resultado, se dan muchas vueltas antes de encontrar lo que se busca. De esta pérdida de tiempo resultan dos cosas: aumento de trabajo y exceso en el dinero; porque perdiendo de cada día unos minutos, al cabo de varios se habrá perdido un día entero, que puede hacer falta para alguna urgencia determinada.

Cuando la mujer se encuentra representando una familia, como cabeza de ella o como encargada de su gobierno doméstico, lo primero que

debe hacer es examinar los medios con que cuenta para llenar de la mejor manera posible el objeto de su encargo; ha de examinarse el sueldo o ingreso fijo; si existen o no algunas otras utilidades, y el número de individuos que hayan de depender de estas utilidades o productos.

Se ha de tener muy presente que del orden y buena administración dependen el reposo y la felicidad de la familia entera.

Una vez enterada el ama de casa de los medios de que dispone, hará mentalmente la distribución semanal, cuidando de dejar una reserva proporcionada para las muchas cosas que ocurren después, y de las que en su lugar trataré.

Debe evitarse cuidadosamente el tomar nada al fiado, porque a ello siguen gastos de consideración; el primero, que habrá siempre exceso en el precio como compensación del préstamo, y el segundo, ciertos olvidos que siempre gravitan sobre el consumidor, nunca sobre el comerciante.

Otro de los males, tal vez mayor, que proporciona la adquisición de objetos por este medio, es que, como vemos lejano el plazo en que debemos satisfacerlo, además de reparar muy poco en su verdadero valor, tomamos hasta con exceso, proporcionando serios disgustos el cumplimiento de tales obligaciones. Pero como hay muchas circunstancias en la vida en que las familias que no tienen renta necesitan vivir del fiado, bien porque la persona que gana carezca de trabajo, porque se halle enfermo u otras causas justificadas, en estos casos de imprescindible necesidad se tomará lo puramente necesario para vivir, se acudirá a personas de conocida probidad y se cuidará de no admitir ofertas onerosas, que más tarde absorban los ingresos, dejando a la familia en peor estado que antes.

No se debe tampoco incurrir en el extremo de tomar entre las substancias alimenticias aquellas que por ser excesivamente baratas perjudiquen a la salud. Sería entender al revés la economía, pues es bien sabido que los gastos de una enfermedad ocasionan a veces la ruina de familias regularmente acomodadas.

La hora de levantarse y acostarse y las destinadas a las comidas, deben ser rigurosamente respetadas; las primeras porque no es posible reglamentar las obligaciones, si los individuos se levantan y acuestan cada día a hora diferente, y las segundas porque se gasta más lumbre y se estropean las comidas cuando esperan. A no ser porque causas justificadísimas lo impidan, todos los individuos de una familia deben estar sentados a la mesa a las horas previamente marcadas para el desayuno, comida y cena.

Cuando haya precisión de adquirir telas, se ha de procurar no tomarlas con profusión, y las que se tome que sean adecuadas al servicio que tengan que prestar.

Si son para camisas, hay que tener presente la clase de ejercicio que

hagan las personas a quienes se destinen, para que la consistencia esté en relación con el trabajo; y si fuesen para vestidos, delantales, etc., la ocupación de los que han de servirse de ellos, para elegirlos más o menos claros y resistentes, tal como puedan convenirles.

Cualesquiera que sean las circunstancias, es de gran juicio y prudencia no tener mucha ropa.

Al elegir telas de hilo o algodón, se dará la preferencia a la que sea más tupida, blanca y bien torcida.

Antes de desechar la ropa blanca que se use, debe haber sufrido *una vuelta*; es decir, lo que antes era centro de una sábana, debe ser después extremos u orillas, y cuando por último haya que retirarla de su servicio, podrá hacerse de las puntas camisitas pequeñas, o paños de peines, y guardar los centros para paños de polvo.

Toda la ropa debe estar marcada y numerada, y cuando se dé para el lavado, se contará el número de piezas y se apuntará en una pizarra o en un papel.

Las compras de vestidos deben hacerse en las diferentes estaciones, sin seguir ciegamente modas mimosas, ni caer en el ridículo. Para esto, es muy conveniente tener poca ropa, porque así siempre estará bien gastada, y no será ruinoso desecharla substituyéndola por otra más moderna.

Las hechuras son otro ramo de importante economía, y toda joven bien educada debe saber cortar y confeccionar por sí misma, si no las *toilettes* de mucho vestir, al menos las de diario, blusitas, ropas interiores y trajes de niños.

Deben adquirirse siempre al por mayor ciertas menudencias, como botones, corchetes, hilos, sedas, algodón, agujas y alfileres, que cuestan generalmente menos de la mitad que adquiridos *al menudeo*.

El lavado es una operación que ofrece gran cuidado para el ama de casa, y en su buen desempeño hallará constantes economías, siendo perjudicial el dejar que la ropa se ensucie demasiado, porque puede verse destruída en poco tiempo bajo la acción de la lejía.

Cuando haya de lavarse, debe hacerse con la ropa dos montones: uno de la más fina, suave y menos manchada, y otro de la gruesa, sudada con exceso o manchada de grasa u otra substancia. La primera separación exige un solo jabonado, restregándola bien con las manos y mucha agua. Después de lavada se retuerce un poco, con el objeto de que se seque más pronto, para cuyo efecto se tenderá en cuerdas construídas con cerdas, las cuales no manchan ni se destiñen.

Esta misma ropa, que se recomienda para un simple jabonado, necesita sin embargo ir mensualmente a la colada; pero cuidando que no sea muy fuerte.

La otra ropa necesita, además del jabonado, estar en una lejía del grado de fuerza suficiente para hacer desaparecer las manchas que contenga.

Son tan variadas las lejías que para este objeto se preparan, y tan nocivas casi todas, que diré sencillamente la que mejores resultados da entre todas.

Se coloca un cesto o cubo horadado por el fondo sobre una vasija capaz de resistirle y de contener la lejía resultante caso de querer aprovecharla. En seguida se va poniendo la ropa plegada en desorden, dando principio por la más gruesa y obscura, sirviendo de cubierta a toda ella un paño grande, fuerte y tupido, o sea un cernedero, y colocando al mismo tiempo, si se quiere, entre los dobleces algunas hierbas aromáticas o raíz de lirio para que tome buen olor.

Para hacer la lejía se pone en una caldera, al fuego, la cantidad suficiente de agua con un poco de jabón, haciéndola hervir, y entonces se añade una libra de ceniza por cada arroba de agua, lo cual suspende la ebullición. Cuando comienza de nuevo a hervir, se va sacando con un jarro de cuatro o cinco cuartillos de cabida, derramándola igualmente sobre la ropa, dejando pasar algunos intervalos hasta que por último se vierte la que queda, que se llama cernada. En esta posición queda por espacio de doce horas, al cabo de las cuales se saca, se aclara, se tiende y queda preparada para la plancha.

La lejía o *colada* contenida en el barreño o recipiente puede emplearse en otra ropa que por su estado la necesite más floja. Esta es la manera de colar la ropa para que blanquee y no se queme.

Para el planchado sería conveniente destinar exclusivamente una habitación; mas en el caso de no ser posible, se procurará que el fogón, ya sea o no portátil, no esté muy separado de la mesa, porque se gasta más tiempo y combustible; la mesa debe ser grande y cuadrada, y habrá sobre ella una manta y encima una sábana usada, limpia y fina, con objeto de que no ensucie ni señale los hilos en la ropa; cerca de esta mesa debe haber otra tan alta y más reducida que la primera, para poner el tres pies, el cacho de cera, que se pasará a menudo para que corra la plancha sin detenerse, una regaderita con los agujeros muy chiquitos, para mojar el lienzo, hierros de rizar, una muñequilla de trapo fino mojada, para aplicar a algún pliegue contrapuesto, y tenacillas.

La ropa debe estar mojada con anticipación en una disolución de almidón hervido y colado, y si se la quiere dar un visto azulado, se le puede adicionar un poco de añil o de azul de Prusia, de volumen de la cabeza de alfiler; esto no perjudica nada y da una hermosa vista al planchado.

Cuando sólo se emplea una persona en esta ocupación, le son suficientes tres planchas siendo ropa gruesa, y dos si fuese fina, y a medida que vaya planchando las piezas las irá poniendo a secar separadamente, debiendo evitar la colocación de unas sobre otras, que estropea muchas veces el trabajo más delicado, por un descuido de esta especie.

Mucho puede también decirse de la economía mal entendida; constituyen ésta una porción de pequeñeces que ejecutamos a veces en la vida como razones de economía, las cuales muy lejos de darnos el resultado que apetecemos, nos dan el diametralmente opuesto.

Es necesario estar muy prevenidos para no omitir algunos gastos creyéndolos un ahorro, cuando realmente no lo es.

El desatender una enfermedad en su principio, creyéndola pasajera y leve, suele tener fatales consecuencias.

El escasear el alimento necesario a nuestros servidores, a los animales y a nosotros mismos, es otro de los errores más funestos y de peores consecuencias.

También resulta una economía mal entendida el encargarnos de un trabajo superior a nuestras fuerzas o a nuestra inteligencia, como acontece, por ejemplo, a la que se mete a cortar un traje sin saber, que cuesta la reparación más que el haberlo mandado hacer a persona competente.

Son otros tantos errores de economía el no poner (por ejemplo) un cristal roto, una aldaba a una puerta o ventana, no componer el calzado cuando está próximo a penetrar la humedad, y últimamente hasta no afilar un cuchillo a tiempo, pues al cabo del tiempo hay que comprar otro nuevo, y además se habrán desperdiciado muchas cosas durante el tiempo de tener el cuchillo sin afilar.

Es indispensable establecer una línea clara entre la economía y sus errores, no omitiendo ningún gasto cuya reproducción sea una verdad aunque su resultado no esté tan inmediato.

Basta de monotonía, mis queridas niñas; siguiendo la costumbre que he establecido para que me perdonéis mis cariñosos sermoncitos, voy a *desengrasar*, dedicando un espacio de tiempo a aconsejaros sobre la higiene de vuestra belleza, de esa belleza fresca y sana de la que tan orgullosas estáis, y que no obstante veréis desaparecer lentamente, si habéis de llegar a ser como la que os habla, *una abuelita*.

No os conozco a cada una particularmente; pero conozco a la entidad *juventud*, y estoy cierta de que una de vuestras predilecciones es la boca y los dientes.

Hacéis perfectamente; la boca, el *trono del beso*; la facción destinada a emitir la palabra, traductora del pensamiento; la encargada del importante problema de la masticación, es importantísima.

Además, puede decirse que es la boca un espejo de la salud; pues unos labios sonrosados, unos dientes bien conservados y colocados, y unas encías rojizas y duras, son indicios de una hermosa constitución; y es cierto también que cualquier alteración de la salud repercute en la boca, decolora los labios y encías y descarna y caría los dientes.

Hay, pues, que procurar un perfecto estado de salud interior, como causa principal de la hermosura de la boca.

Los labios deben ser cuidadosamente limpiados, y no se les debe exponer al frío húmedos, para evitar los agrietamientos. Cuando éstos surgen, se corrigen con cosméticos a la rosa o sencillamente con la pomada fresca de cohombro.

No hay mujer fea con dientes bonitos. Las enfermedades dentarias trastornan el carácter femenino, porque con razón espanta a la mujer la idea de las extracciones, que a más de dolorosas, dejan un vacío en las encías.

Los cuidados dentarios, o son desconocidos, o se desprecian, sin tener en cuenta que estos órganos tan delicados (cuyo valor no se aprecia hasta que faltan), están destinados a triturar los alimentos y no a romper los cuerpos duros ni a cortar el hilo; cada vez que se emplean los dientes para algo extraño a su fin fisiológico, nos exponemos a arañar el esmalte y abrirle así una puerta de entrada a la caries.

Hay que evitar cuidadosamente las temperaturas extremas. También algunas aguas son perjudiciales para la dentadura, y así se explica el hecho de que en algunos sitios y regiones haya hermosas dentaduras y en otros ocurra todo lo contrario. Las aguas magnésicas, ferruginosas y sobre todo calcáreas, son nocivas.

Con el fin de corregir la susceptibilidad de las encías, se las debe untar ligeramente todas las noches con una mezcla, en partes iguales, de tinturas de ratania y pelitre, y mascar alguna pastilla de clorato de potasa sin azucarar; frecuentemente se observa que bajo la influencia de este tratamiento, las encías blandas y pálidas se tornan fuertes y rosadas.

Es también muy higiénico para tonificar las encías, el pasar sobre ellas, siquiera una vez al mes, un pincelito impregnado en iodo.

Los dientes deben limpiarse con cepillo, pero suavemente, dos veces al día: mañana y noche; y es de suma importancia enjuagarse muy bien la boca después de cada comida.

Los mejores polvos dentífricos son los vegetales; el carbón, por ejemplo, que posee cualidades absorbentes y desinfectantes de primer orden; al carbón debe añadírsele polvo de quina, para que sea tónico el dentífrico; polvo de iris de Florencia para perfumarle; un poco de clorato de sosa o borato y un poco de jabón a veces.

No dejaré de hablar de los dientes sin tratar algo de las caries dentarias del embarazo. Todas las que sois niñas hoy, jóvenes mañana, estáis probablemente destinadas a ser madres. Es preciso, pues, que las vuestras sepan guiaros en tan difícil trance, y los dientes también entonces requieren sus cuidados. Hay que hacer caso del doctor Monin cuando afirma que «hay que buscar la causa de las caries dentarias en la mujer embarazada, en la demanda de sales calcáreas que tiene y padece el organismo de la madre para formar el tejido óseo del feto». La conclusión es, que para prevenir la caries de la madre y fortificar a la vez el esqueleto

del niño, hay que administrar en este caso preparaciones de fosfato de cal.

Los deseos, tan frecuentes en las mujeres embarazadas, de comer yeso, creta, pizarra y otras substancias minerales, se explican fácilmente. Responden a una necesidad natural del organismo, muy análoga a la de las gallinas ponedoras, que van a buscar el yeso y la cal con el fin de formar a sus pequeños una cáscara resistente y sólida.

Dad, pues, fosfato de cal a las mujeres embarazadas y desterraréis el viejo refrán: «*Cada embarazo cuesta un diente a la madre*».

Ya véis como hasta lo que se considera como vicio y rareza tiene su científica explicación; y ved también cómo es más útil y provechoso para sí mismo y para los semejantes, el aprender... aprender siempre, en vez de censurar... censurar sin medida.

A continuación os doy varias fórmulas relacionadas con el cuidado e higiene de la boca.

Contra las grietas de los labios

Manteca de cacao	10 gramos.
Aceite de ricino	3 »
Extracto de cachunde	1 »
Aceite de álamo blanco	2 »
Esencia de badiana	5 gotas.

M. S. A.

Para aplicaciones tres veces al día.

Eczema de los labios (Marín)

Manteca de moscada	35 gramos.
Aceite de álamo blanco	1 »
Acido salicílico	0'30 »
Esencia de reina de los valles	7 gotas.

M. S. A.

Para unturas tres veces al día.

Método para quitar las manchas de los dientes producidas por las preparaciones ferruginosas:

Frótese ligeramente los dientes (una sola vez) con un estilete rodeado de algodón y sumergido en la preparación siguiente:

Agua destilada Acido clohídrico	ana 5 gramos.

Después se usará durante quince días el polvo siguiente:

Creta lavada	10 gramos
Polvo de iris	20 »
Clorato de potasa	5 »
Esencia de menta y carmín	C. S.

M. S. A.

Polvo dentífrico (Fonstamos)

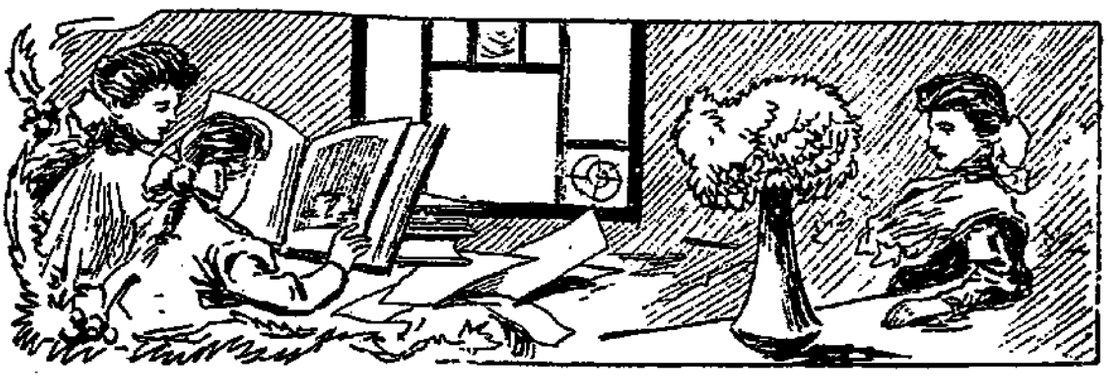
Creta preparada		6 gramos.
Carbonato de magnesia	ana	3 »
Extracto de ratania		
Esencia de clavo		
Idem de canela	ana	6 gotas.
Idem de menta		

Agua dentífrica alcalina (vigies)

Agua destilada		980 gramos.
Bicarbonato de sosa	ana	20 »
Alcoholado de menta		
Carbonato de magnesia		2 »
Esencia de menta superfina		30 gotas.

M. S. A.

Quizá en otros artículos vuelva a insistir sobre este mismo tema. Nunca será bastante cuanto se diga sobre la higiene de la belleza femenina, poderoso imán de atracción, al que debéis dedicar, más que una gran atención, una grandísima constancia.



LEER EN ALTA VOZ

Difícil es averiguar cuándo se publicó el primer libro, pues aunque parece que la Biblia es la más antigua fuente de sabiduría, es evidente que en ella se citan textos aun anteriores, habiendo historiadores muy eruditos y que merecen todo respeto, que afirman la existencia del libro antes del diluvio.

De lo que no es posible dudar es de lo que pudiéramos llamar existencia de la lectura en todos los tiempos, aun en los más antiguos. Desde las lejanas épocas en que se escribía en planchas de metal o madera; desde los habitantes del valle del Nilo, que recurrieron a la planta del papirus para fabricar lo que ya pudiéramos llamar papel, hasta nuestros días, en que contamos con grandes y selectas bibliotecas, cargadas y repletas de volúmenes de todas clases y de todos estilos y asuntos, la escritura, y con ella, como es consiguiente, la lectura, ha ocupado siempre un preferente lugar en la vida social de los pueblos y las naciones. Así vemos que muchos libros de la antigüedad, de entre cuyas páginas sobresalen algunas que pueden ser consideradas como expresión de una nacionalidad, representan en su fondo las creencias de la misma, y son, por decirlo así, testimonio de su civilización y organización.

Vemos, por ejemplo, que en la época en que Grecia y Roma alcanzaron su mayor esplendor, llegó también a su apogeo la actividad de los copistas y libreros. Se hicieron libros de todas dimensiones y formas, incluso ediciones ilustradas, y en aquellos tiempos de esplendor y grandeza es en los que encontramos la célebre biblioteca de Alejandría, en la que había miles y miles de obras nacionales y extranjeras y en la que se cree existieron los libros hebreos del Antiguo Testamento.

En la Edad Media, los frailes y monjes fueron los únicos poseedores de libros y bibliotecas. Los magnates y grandes señores no disponían de tiempo para las lecturas; las constantes aventuras de la guerra les ocupaban continuamente.

En nuestros días el descubrimiento de la imprenta hizo que en pocos años aparecieran millares de libros escritos en todos los idiomas y publicados en los más distintos países. Además, las bibliotecas selectas y escogidas, publicadas en pequeños y manejables volúmenes y encerrando en sus páginas trabajos verdaderamente notables de eruditos, filósofos y hombres de ciencia, han contribuído en gran parte a difundir el amor a la lectura. Una vez presentada en las breves líneas que anteceden una sucinta y rápida historia de la lectura y los libros, entremos de lleno en la materia de que hemos de tratar en el presente artículo.

Ya en las páginas anteriores de esta publicación hemos dejado anotados ligeros apuntes acerca de algunas reglas casi indispensables para leer bien en alta voz, de modo claro y en tal guisa, que al mismo tiempo que nosotros nos enteramos de la lectura, distraigamos y sostengamos la atención de nuestros oyentes, pues es este punto de suma importancia en una señorita que quiera figurar en sociedad como poseedora de una más que mediana educación.

He dicho que es la lectura uno de los placeres más dulces y agradables, y hoy lo vuelvo a repetir. Un buen libro es un buen amigo; pero siempre que sepamos enterarnos y apropiarnos el contenido de sus páginas, siempre que se sepa usar de esa amistad.

Sentadas ya las reglas generales para leer en alta voz, vamos a enumerar y tratar por separado las distintas utilidades que este ejercicio puede prestarnos. Antiguamente, en los guerreros tiempos de la Edad media, pasados los constantes ajetreos de los infieles y llegados los días de calma en que la familia castellana se reunía en el hogar, en las veladas invernales, solíase practicar la buena costumbre de que, reunidos en torno de la mesa todos los seres de la familia, uno de ellos, generalmente el hermano mayor, leyese en alta voz pasajes y versículos de algún libro, las más de las veces sagrado, o de poemas y romances castellanos, siendo escuchado con religioso silencio por el resto de los comensales; y cuando la lectura era terminada, el padre o el anciano abuelo solía hacer comentarios acerca de lo leído, deduciendo los principios morales que de ello se desprendían e inculcando en los cerebros de los pequeños principios sanos y enseñanzas prácticas, todo ello en relación con lo que acababan de oír. Hoy día esa costumbre ha desaparecido o casi desaparecido. Pocas, muy pocas, contadas familias encontraremos en nuestros tiempos en las que tan buena costumbre sea practicada. Unicamente, si tenéis mucho empeño en hallarla y la buscáis con verdadero ahinco y vigor, rebuscando por rincones y lugares apartados, puede que tropecéis con ella en alguno de esos muy escondidos rincones de una sierra, donde aun no hayan llegado las corrompidas costumbres del modernismo, en algún pueblecito ignorado donde aun se conserven las sanas costumbres de nuestros antepasados.

Unicamente encontraréis hoy esa práctica algo extendida en los conventos y monasterios. Los cartujos de Burgos, esos santos y venerables varones de luengas barbas blancas que se confunden con sus hábitos y cabelleras nimbando un rostro sereno y respetable, esos hombres apartados del resto de la humanidad, encerrados siempre en sus celdas de la Cartuja de Miraflores, colgada en los altos y verdeantes cerros de la población castellana; esos monjes, los días de fiestas solemnes en que, saliéndose de la regla ordinaria, comen en comunidad en el refectorio, hacen que uno de los legos, colocado en el centro del amplio comedor, lea con entonada y profética voz salmos y versículos de los sagrados libros, del Antiguo y Nuevo Testamento y de la Pasión y Muerte del Salvador.

En el silencioso refectorio no se oye más que el acento sombrío de sus palabras; ninguno de los comensales deja oír su voz en el transcurso de la sobria refacción.

En otros conventos de frailes y de monjas, monasterios y seminarios, también se practica la lectura en alta voz, durante las comidas. En los últimos, tanto para hacer de este modo meditar a los seminaristas en algún místico pasaje, como para acostumbrarles al silencio.

Pero fuera de estos sitios y algún que otro colegio de niñas o de niños, difícilmente encontraréis una familia que conserve esta antigua costumbre, que tantos y tantos beneficios puede reportarnos.

El primero de estos beneficios es el de acostumbrar al que lee a leer bien, con entonación, cosa que leyendo *por lo bajo*, no sólo no consigue, sino que, por el contrario, llega a perder la práctica que en ello pudiera tener; pues sucede que cuando hemos leído mucho en voz baja, no leemos, sino que únicamente recorremos los renglones con la vista, sin dar valor a los signos de puntuación y sin fijarnos más que en el sentido principal de lo leído.

Leyendo en alta voz oímos nosotros mismos lo que leemos y nos corregimos los defectos que tengamos y que nos suenan mal al oído; adquieren flexibilidad los órganos bucales, y acostumbrándonos a leer bien, aprendemos también a hablar y a expresarnos de un modo claro, al mismo tiempo que elegante.

No podéis imaginaros el efecto desastroso que produce una joven, por muy bonita que sea y por muchos atractivos que tenga, cuando llega por casualidad la ocasión de que haya de leer en alta voz y lo hace con ese sonsoneo y esa uniformidad con que se lee en los colegios y escuelas, que más que leer, parece que mal dicen una lección. ¿Quién podrá tener gusto en escuchar esa musiquita monótona e intolerable? Nadie; todos se cansarán, y si no dejan sola a la lectora, será porque esto es una grosería y una falta de educación; pero sí puede asegurarse que el noventa y cinco por ciento de los oyentes no se habrá enterado de al lectura, o se habrá formado una idea muy deficiente de ella.

Por el contrario, si la que lee lo hace con entonación, fraseando claramente, dando a las comas, puntos, interrogaciones y admiraciones el valor que les corresponde, marcando los puntos principales, suspendiendo brevemente la lectura en los pasajes emocionantes a fin de excitar más la curiosidad del auditorio, y en fin, si lee como se debe de leer, todos la escucharán con atención y gusto y todos se habrán formado una perfecta idea de lo que se leyó.

Muchos creen que se puede llegar a leer bien leyendo mucho, y leen, leen toda clase de libros, lo mismo buenos que malos, novelas u obras científicas: corriendo, corriendo, pasando hojas y más hojas, abriendo y cerrando tomos y más tomos, y llegando al cabo de un cierto tiempo a no saber lo que han leído y muchas veces a no saber leer y olvidar lo que sabían. No; no por mucho leer se lee mejor: *despacito y bien,* como dicen los maestros de la escuela. Todos los días un rato en alta voz y un buen libro, y entonces sí que se conseguirá un lucido éxito.

La lectura en alta voz es además un entretenimiento de los más agradables y distraídos; es un verdadero recurso en las largas y frías veladas del invierno y hasta en las calurosas horas del verano. En aquéllas, ¿qué mayor entretenimiento ni mejor modo de pasar la velada que estar reunida toda la familia junto a un chispeante fuego y atentos a las palabras que cualquiera de los hermanos lea en un buen libro? ¡Cuán agradable es el pasar unas horas escuchando una buena narración de aventuras o viajes, uno de esos libros de Julio Verne, por ejemplo, tan instructivos al mismo tiempo que recreativos, que entretienen a todos, grandes y chicos, a unos con sus verdades científicas, a los otros con sus escenas cómicas!

La lectura de las joyas de nuestra poesía antigua y clásica, las obras de Lope, Calderón, Cervantes, Tirso y otros; esas comedias, sainetes, novelas, etc., que tanta poesía encierran y tanta enseñanza atesoran tienen en suspenso la ateción de los oyentes, y éstos no se cansan de admirar las bellezas de lo que oyen, siempre que sea leído por un buen lector.

¡Cuánto y cuánto beneficio puede prestar una persona, un muchacho o una muchacha, que lea bien en alta voz, a los que por su desgracia no pueden hacerlo, por falta de vista, por ancianidad o por carecer de este órgano tan esencial en la vida!

Creo yo que los ciegos son los seres más desgraciados en este mundo, mucho más que los sordos, los mancos, los tullidos o los paralíticos; unos no podrán oír, otros no podrán correr, pero al menos pueden ver y mirar, y mirando es muy grande el consuelo que se experimenta en las desgracias de la vida. Pero no poder mirar, no poder ver la luz del sol, los infinitos tonos de los colores de la gama; no conocer a nuestros amigos y a nuestros parientes más que por el metal de su voz, y finalmente, no poder leer, no poder recorrer las letras de los libros y las columnas de los periódicos, pues aun cuando se ha tratado de imprimir, y se ha conseguido, libros con

caracteres de relieve para ciegos, creo yo que no resultará lo mismo leer al tacto que poder tomar un libro y pasar y repasar la vista sobre sus páginas, ¡cuán penoso ha de ser!

Pienso yo que será muy triste esto y por lo tanto que ha de producirles mucha alegría a estos desdichados que una persona por ellos querida, una amiga o hermana, abandonando por unos momentos sus quehaceres o sus entretenimientos, y sentándose junto a ellos, les relate de un modo correcto y comprensible los episodios desarrollados en las páginas de una novela o un libro de ciencia.

De este modo, indudablemente, se practica una muy hermosa obra de caridad, pues además de proporcionarles un rato de placer, ¿no pensáis, como yo, que deben apartarse de su imaginación ideas tristes, ideas sombrías que deben de llenar de ordinario su cerebro?

Si alguna vez en vuestra vida tenéis ocasión de practicar esta obra de caridad, leyendo a un ciego un pasaje histórico, un episodio novelesco o una narración antigua, veréis como a las primeras frases que pronunciéis, su rostro, de continuo indiferente, se torna placentero y una expresión de bienestar inunda sus facciones, que se dilatan en una dulce sonrisa.

Y cuando hayáis terminado vuestra lectura, notaréis que una satisfacción general de su ánimo y un profundo agradecimiento asomarán a sus adormecidas pupilas.

Suponed que no es a un ciego a quien leéis, sino a un anciano que a pesar de veros a todos, no llega a leer los diminutos caracteres de imprenta. Suponed que es a vuestro anciano abuelo, que mil y mil veces os habrá tomado sobre sus rodillas en los tiempos de vuestra infancia, lo que vosotras intentáis pagar procurando proporcionarle un rato de bienestar, leyéndole algo que le entretenga: ¿qué mayor placer para ese anciano que el que su nietecita le recuerde, por medio de una lectura, los tiempos pasados, las épocas lejanas de su juventud, aquellos días en que él era de la edad de su nieta y que acaso él leyera también algún romance o algún episodio a sus ancianos progenitores? Un mundo de recuerdos acudirán a su cansado cerebro y una y mil veces bendecirá a quien supo darle tanto placer y tanta alegría.

¡Y qué satisfacción tan grande para una nieta poder entretener a su abuelo y saber que éste la escucha con gusto porque ella lee con soltura, buena pronunciación y sabiendo escoger los libros que a él más le agradan!

Y al mismo tiempo, ¡qué cuadro tan hermoso el que forman esas dos criaturas, símbolo de la senectud y de la pubertad, íntimamente ligadas por los mismos sentimientos al escuchar y leer una página de nuestros clásicos, por ejemplo!

Si en el transcurso de vuestra vida habéis tenido la desgracia de sufrir una enfermedad que, impidiéndoos salir a la calle, os haya tenido encerrados en casa, recluídos en una habitación, sin poder siquiera distraer

vuestro dolor con la contemplación de la calle, seguramente habréis recurrido a los libros para poder pasar las horas que tan largas se nos hacen en esos interminables días de malestar y dolencias.

Cómodamente sentados en amplia butaca, bien abrigados y junto a un fuego vivificante que chisporrotea en la negra chimenea, habréis pasado y repasado vuestros ojos sobre las páginas de algún libro ameno y de este modo habréis logrado encontrar un medio sano y agradable de pasar el día entretenidos y olvidados de los dolores que os aquejan, pues es indudable que mientras la imaginación está entregada a las distintas situaciones, las escenas salientes y los pensamientos de la novela o el libro que leéis, no suele acordarse de la enfermedad y no acordándose de ella, los dolores no molestan.

Pero suponed que esta enfermedad, no sólo os impide salir a la calle, sino que también os imposibilita de salir de vuestra habitación y aun del lecho que habéis de guardar durante días y días, sin poderos mover de entre las pegajosas sábanas que abarrotan vuestros miembros bajo el peso de las mantas. La calentura os impide fijar la vista en las líneas de un libro, el médico asimismo os lo prohibe y si tal hiciérais, seguramente empeoraría el estado de la enfermedad; entonces sí que se hacen interminables las horas; sólo los ratos en que entra algún amigo a daros conversación, a contaros los sucesos que han ocurrido en el mundo durante vuestra ausencia de él, o la visita de quienes lleguen a informarse de vuestro estado de salud, romperán por un momento la monotonía de vuestra existencia de enfermo, que se desarrolla insufrible de hastío y aburrimiento. Pero si entre esos amigos o parientes existe alguno que tiene la buena idea de llevaros el periódico del día o un libro que sea del escritor de vuestra predilección y, después de saludaros y hablaros un momento, os pregunta si gustáis de que os lea un rato en alta voz, ¿no se alegrará vuestra alma y vuestro ser todo? ¿No consideraréis a ese amigo o pariente como el mejor de los unos o de los otros? Seguro estoy de que desearéis abrazarle y significarle de un modo evidente vuestro profundo agradecimiento, vuestro reconocimiento más sincero.

Si es un periódico del día el objeto de la lectura, estaréis de este modo bien informados de lo que en el mundo ocurre, y si es un libro de vuestro agrado, las horas que paséis al día escuchando la lectura de sus páginas serán las más felices y dichosas de vuestra enfermedad. Desearéis vivamente la llegada de ese simpático amigo o pariente y luego que, ya restablecido, abandonéis el lecho y podáis dar un vistazo al mundo, siempre estaréis agradecidos a quien tan buenos ratos os procuró.

También él ha de experimentar mucha satisfacción en distraeros y haceros más llevadera la enfermedad, pues un amigo que lo sea de verdad y de corazón, no puede menos de hermanar sus sentimientos a los nuestros y experimentar alegría en nuestro placer y pesar en nuestro dolor. Y

si haciéndonos ese rato de compañía y leyéndonos esos libros o esos periódicos encontramos alivio y placer, ¿cómo no ha de experimentar satisfacción el verdadero amigo, el amigo que nos quiere como hermanos?

Algunas de mis lectoras habrán llegado a la felicidad suprema de la mujer, a su estado perfecto, que a no dudar es el de madre. Creo yo que una mujer, en este feliz período de su vida, en que tiene hijos a quienes educar, es cuando necesita desarrollar todas sus energías, toda su actividad y toda su inteligencia, y sabido es cuánto tiene que luchar, cuánto esfuerzo que hacer, y cuánto obstáculo que vencer para educar a sus hijos; pero todo lo allana y todo lo vence el inmenso y santo amor de una madre hacia sus hijos, hacia la sangre de su sangre y la carne de su carne.

El afán mayor de una madre es el cuidado y la educación de sus hijos. Procura siempre llevarlos por el camino recto, inculcando en sus cerebros jóvenes, ideas y principios que tiendan a atraerlos a la senda del bien, hacia la verdad que han de amar, y apartándolos de los precipicios y barrancos del mal y de la mentira.

Por todos cuantos medios están a su alcance, intentan educar y enseñar a sus hijos, y he aquí que uno de los medios más eficaces y de más seguros resultados para ello se lo ofrece la utilísima costumbre de leer en alta voz.

Una madre amante de sus hijos, es decir, todas las madres, pues todas aman a sus hijos sobre todas las cosas en este mundo, siendo para ellas la vida, la felicidad y cuanto es objeto de amor terreno, todas las madres, digo, tienen en la lectura un medio excelente de enseñanza para sus hijos, no de esa enseñanza monótona de los colegios ante la rígida mirada del profesor o la maestra, sino una enseñanza amena y distraída, pues el niño puede incluso estar jugando entretenido con sus juguetes, mientras la madre le lee este o aquel libro, algo escucha aunque sea poco; se acostumbra a oír, y escuchando hoy esto, mañana lo otro, se apropia algunos conceptos e ideas que no se le olvidan ya mientras viva, pues ya se sabe que en la niñez es cuando más grabadas quedan en la imaginación todas las enseñanzas.

Cuando un niño pequeño está ya cansado de jugar con sus muñecos, le sirve de entretenimiento muy agradable escuchar uno de esos maravillosos cuentos de hadas y enanos de que tantos volúmenes han llenado los hermanos Grimm.

Y ¿qué mejor ocupación para una hermanita del *muñeco de verdad* que entretenerle leyéndole uno de esos cuentos?

Si un niño es ya mayorcito, seguro es que le entretendrá en gran manera la lectura de algún libro que, uniendo a los asuntos infantiles alguna idea científica, le ilustre, aunque poco, en los misterios de la ciencia.

Si en una reunión de diez o doce chiquillos de 8 a 12 años, que están

metiendo ruido y aturdiendo a todos los habitantes de la casa, les reunís a vuestro alrededor y les decís que vais a leerles una historia, veréis que pronto callan todos y se acomodan para escuchar la lectura mientras ésta dure, y si es de palpitante interés, no volveréis a oír sus desacompasados gritos y chillidos; ninguno se moverá de su sitio y si al final se desprende de lo leído una máxima o moraleja que les aparte de un error y les induzca a una verdad, veréis cómo les produce cierta impresión y se inculca en su mente la idea buena desechando la mala.

Ya mayores, un rato de *lectura en alta voz* es siempre un beneficio.

Decíamos en capítulos anteriores de esta publicación que no acertábamos a comprender por qué esta costumbre había de postergarse en la buena educación de los jóvenes; decíamos que es muy frecuente encontrar muchachas que poseían buenas cualidades y aptitudes, que bordan, tocan el piano, hablan varios idiomas, dibujan y hasta pintan de un modo más que regular y, sin embargo, son pocas y raras las que sepan leer bien en alta voz, como es debido, con la pronunciación apropiada y dando el debido valor a los signos de puntuación. E insistiendo en ello, no puedo comprender cómo se descuida un punto tan esencial como es éste.

Dadas las condiciones de la vida moderna y el gran desarrollo que el feminismo va adquiriendo, la mujer está llamada a grandes fines en el mundo. Tenemos ya mujeres-médicos, mujeres-abogados, mujeres-dactilógrafas, mujeres-contables. ¿Quién duda que la mujer puede llegar a dar conferencias, a pronunciar discursos en Ateneos y Academias?

Días llegarán en que esto sea un hecho, y entonces será necesario que estén las jóvenes bien impuestas en la lectura, no sólo por lo que a ella se refiere, sino también por acostumbrarse a hablar y pronunciar.

Los maestros de niños deberían estar obligados a leer muy correctamente en alta voz, pues sabido es que de viva voz es como mejor se aprenden muchas cosas y como mejor se las apropian los educandos.

Si cuando los niños empiezan a leer en las escuelas, oyesen primero leer a sus maestros, procurarían imitar su acento y maneras de expresión, y no ocurriría lo que actualmente ocurre, que para un muchacho o muchacha que lea como es debido, existen noventa y nueve que lo hacen con ese soniquete especial de las escuelas y no pierden esa costumbre hasta algunos años después, cuando en casa se les ha corregido.

La lectura en alta voz no es sólo un motivo de utilidad; lo es también de solaz y esparcimiento del alma. Si escucháis una pieza de música, es indudable que aquélla vibra al compás de las notas, que éstas os inspiran sentimientos y pasiones, que os elevan y transportan a las regiones de los sueños, que os llevan y os traen, que al sonar dulces y acompasadas, os adormecen en gratos ensueños de fantasías, que al vibrar roncas y atronadoras os exaltan y enardecen. Sí, es verdad; la música es un lenguaje universal que nos subyuga. Pero añadid a una melodía, a un

trozo de música, un recitado; poned letra a esas notas, reunid la poesía y la música en una romanza y escuchadla recitada por un buen lector y entonces, entonces sí que experimentaréis sensaciones sublimes, pensamientos profundos. La música es muy hermosa, pero unida a la literatura en una buena poesía, multiplica sus efectos.

Recuerdo haber oído recitar una de las mejores joyas del inmortal Zorrilla, el poeta de las leyendas toledanas, dedicada al Cristo de la Vega y titulada «A buen juez mejor testigo», la que fué recitada con acompañamiento de violines y piano, y creedme, insensiblemente cerré los ojos y todo mi ser se trasaldó a la Imperial ciudad, recordé las estrechas callejas, sus características imágenes de portal con sus farolillos, las sombrías encrucijadas, las mezquitas árabes convertidas en iglesias, los morunos arcos de las puertas del Sol, de Visagra y de Alcántara, el Tajo con sus huertas y en fin la Vega y la ermita del Santo Cristo y a éste en la cruz con su brazo derecho desclavado; pasaron ante mí en fantástica cabalgata los personajes de la leyenda, la doncella ultrajada, el capitán de los tercios, los jueces y los escribanos; reconstituía las escenas en mi interior y cuando acompañado de los armoniosos acordes de la música llegó el lector al momento solemne y culminante en que el Cristo deja caer su mano sobre el libro que le tiende el escribano, me creí realmente testigo de tal escena.

No dudo que la música contribuyó en mucho a tal efecto, pero puedo asegurar que en mí produjeron sin igual impresión los inimitables versos de la leyenda, inspirados indudablemente bajo una sensación semejante a aquella bajo la cual yo estaba cuando terminó el recitado.

La lectura de tales versos ejecutada por un buen lector que sabía reconcentrar la atención de sus oyentes, fué una de las impresiones que han quedado grabadas en mi mente de un modo profundo e indeleble y creo he de recordarla siempre.

La lectura en alta voz también puede sernos de una utilidad grande en la edad de los estudios; cuando necesitamos aprender algo de memoria o comprender una demostración algébrica, una de las maneras más seguras de conseguirlo es, sin duda alguna, leer en alta voz lo que deseamos aprender o estudiar. Los resultados siempre son seguros. Ya desde pequeños, sin que nadie nos lo enseñe, por propio instinto, cuando tenemos algo que aprender lo leemos muchas veces en voz alta y al cabo de unas cuantas veces lo leemos ya con un cierto tonillo, ese tonillo que escuchado en una calle denota siempre la existencia de una escuela o colegio y escuchado en una casa la existencia en ella de un estudiante; el oído se va haciendo, digámoslo así, a esa especie de música, y por el sonido se van sacando las palabras que forman el concepto que deseamos aprender.

En esto están fundadas las enseñanzas de viva voz, método muy apropiado, sobre todo para los idiomas cuya pronunciación, por muchas veces

que se lea en voz baja, si no se oye, no es posible hacerse perfecto cargo de cómo es.

Muy útil es también la lectura en alta voz para los que se dedican al canto, por cuanto con ella aprenden a frasear y pronunciar.

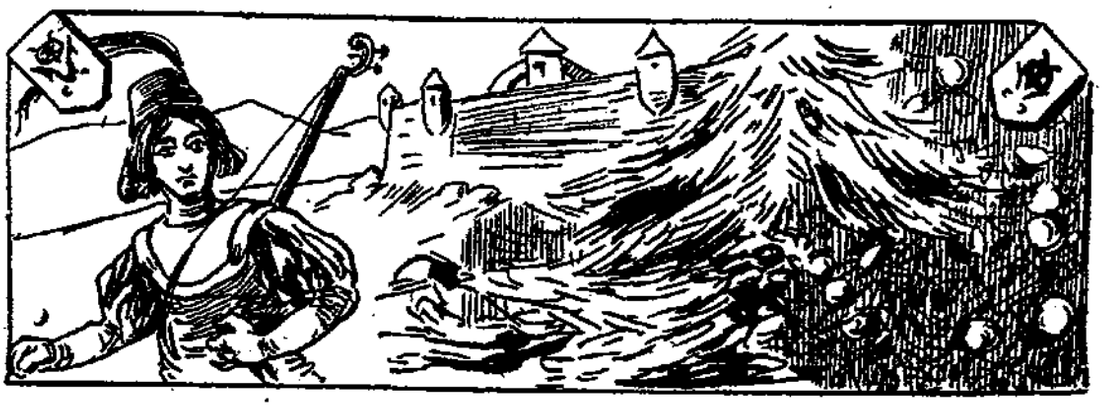
Necesaria, no ya útil, es la lectura en alta voz a los escritores, principalmente a los que se dedican al verso: para bien versificar hay que saber medir bien y para bien medir es una de las principales condiciones el tener oído acostumbrado a ello, y esto no se consigue nada más que de una manera única, leyendo mucho y en alta voz los buenos versos antiguos y modernos; versos reconocidos como maestros. Un individuo que sólo por el oído sepa apreciar la medida de un verso, tiene ya mucho adelantado para versificar como es debido.

En fin, son tantas y tantas las aplicaciones que este hábito puede ofrecernos, que no acabaríamos nunca de hablar de ellas aunque no hiciéramos más que enumerar y tratar de un modo muy reducido y en pocas palabras cada una de las infinitas utilidades que nos brinda.

De desear sería que volviéramos a resucitar en la actualidad esta costumbre, ya que además de las cualidades dichas, posee la de ser un medio mediante el cual podemos obtener el sustento para nuestra existencia, toda vez que un joven a una muchacha, especialmente esta última, que no puede dedicar sus fuerzas a tantos trabajos como aquél, que sepa leer bien y con claridad, puede siempre encontrar una honrosa ocupación de lectora, bien de una persona falta de vista, o bien de una persona rica que no teniendo ganas de estar pasando su vista sobre las líneas, prefiera haga esto leyendo en alta voz un' señorita discreta, bien educada y que sepa hacerlo bien, y ella escucharla mientras hace alguna laborcita o entretiene sus ocios viendo pasar las gentes que discurren por las aceras de las calles.

Conque ya véis como esta costumbre, como todas aquellas que presentan un fin bueno y saludable, tiene también su utilidad práctica y con la cual muchas veces podemos labrarnos un porvenir más o menos risueño, pero al fin y al cabo un porvenir en el que tengamos a cubierto nuestras principales necesidades.

No olvidéis, pues, estas líneas trazadas con el pensamiento de proporcionaros, además de un rato de expansión y entretenimiento, una pequeña enseñanza práctica que, como todas ellas, tienen dos lados por donde ser tomadas. Si les acogéis sin afición y no las atendéis, naturalmente que nada sacaréis de ellas en limpio; pero si, por el contrario, procuráis enteraros del fin que persiguen, si las leéis con cuidado y atención, encontraréis en ellas motivos y puntos para adquirir una buena práctica que os conducirá a un fin bueno, útil y provechoso.



PRÁCTICA DE LAS VIRTUDES MENUDAS

Existe algo en la educación de las niñas que requiere una gran constancia y no menor amplitud de criterio en las madres.

Ahondando, ahondando el problema, puede afirmarse que es asunto que lo mismo debiera ocupar la atención de los que educan niños. Me refiero a la *Práctica de las virtudes menudas*. Son éstas tan necesarias en el transcurso de la existencia, está la vida tan pletórica de ocasiones en que practicar las *virtudes menudas*, que adquieren ellas capital importancia para la felicidad. Y los niños, los varoncitos, cuyo instinto es siempre el del egoísmo, el del *yo* en primera línea, están bien necesitados ciertamente de que se les enseñe e inculque la práctica de esas virtudes, que casi no pueden detallarse, pero que constituyen el alma de un carácter. Así como los átomos que palpitan en la atmósfera ni se ven ni se palpan, pero forman esa misma atmósfera, así las virtudes menudas hacen y producen la felicidad, sin poder precisar en qué consisten... Las niñas poseen condiciones innatas de abnegación y heroísmo *silenciosos*, digámoslo así, y por esto es más fácil que se sometan y pleguen a estas abdicaciones sin brillo ni éxito público.

Los niños no; los niños tiene mucha pasta de héroes, pero de héroes brillantes y ruidosos. Sueñan con grandes batallas, con laureles de gloria, con triunfos en Artes y Letras, con empresas gigantescas. Pero no les habléis, cuando son hombres, de que vayan a paseo si no les agrada, sólo por complacer a alguna persona de su familia; no intentéis que dejen de fumar, aunque con eso lleven tranquilidad a la madre o a la esposa

aprensiva; no les digáis que cedan el periódico, que vuelvan temprano a casa, que no tomen café o cerveza porque tal gasto desnivela el presupuesto. No; esas *pequeñeces* no las entienden, no se las explican, no les conceden la gran importancia que en realidad tienen, y, por lo tanto, no las practican.

Creo yo, y conmigo opinarán cuantos se tomen el trabajo de *desmenuzar* la vida y la dicha para analizar sus componentes, que también a los niños les sería de suma utilidad este aprendizaje y contribuiría en gran parte a aligerarles la existencia de contratiempos y disgustos. Mas si los encargados de preparar los hombres del porvenir estiman que es cuestión de poca monta, asunto de menor cuantía esta serie de minucias que en realidad son tan importantes, nada podemos contra ello y hemos de limitarnos a lamentarlo primero, y a procurar después, por nuestra parte, inculcar a las niñas que nos están encomendadas, la idea de lo provechosas que son las *virtudes menudas*. ¡Oh, si todos, unos y otros, contribuyesen por su parte a la armonía del conjunto familiar, a la paz del hogar, a la quietud social! ¡Oh, si cada cual, en la parte que le está encomendada en la vida, se habituase a llevar a efecto esas heroicidades obscuras, sin cruces ni recompensas! ¡Cómo a modo de encantamiento surgiría una beatífica paz y una perfecta unión de todos! ¡Cómo terminarían las luchas!

Porque, fíjense bien mis amables lectoras. Pongamos un ejemplo, que todos entenderán, porque en la actualidad se está escribiendo con sangre, que de todos los hogares sale, dejando una triste huella de lágrimas, desdichas y catástrofes. ¡La guerra! No hay nadie que dude de que allá, en lejana tierra, se están llevando a cabo multitud de hazañas dignas de ser esculpidas en bronce; que a diario se realizan innumerables actos de valor inconcebibles... pero ¡ay!... es que el instinto tiene una fuerza gigantesca: y en el duro trance, ante la vida amenazada, cada hombre se vuelve una fiera capaz de todas las grandezas, un héroe de todas las sublimidades. Pero si unos y otros hubiesen sido prudentes y buenos y sufridos; si no se hubiese dado lugar a la lucha, ¿no serían más grandes aun? Si aviniéndose los contrarios, con discreción, con suavidad, hubiese sido posible evitar esta guerra que, como todas, es horrible, ¿no merecerían cien veces más las cruces y laureles los que hubiesen acertado a evitar el choque ahorrando millares de vidas?

Conste que no trato esta cuestión tan magna conociendo el asunto y creyéndome capaz de arreglar tan grave problema desde la mesa de trabajo, como muchos creen arreglarlo desde la mesa de un café.

Sólo sé sentir la sangría mortal que sufren los dos campos, y pensar cuánto más preciosa hubiese sido la práctica de heroicidades pequeñas y ocultas, si ellas hubiesen ahorrado este horror...

La sociedad es una familia grande... grande... compuesta de innume-

rables familias pequeñas; si cada una de éstas tiende al perfeccionamiento y se esfuerza por conseguirlo, no cabe duda de que el beneficio alcanzará a todas partes. Y si dentro de cada pequeña familia los individuos de que se forma tienen a gala el ser perfectos, el sostener el equilibrio, el no *desafinar*, el renunciar, si preciso fuere, a caprichos y derechos por el bien común, claramente se desprende que cada familia sería un pequeño paraíso, en el que nadie padecería, porque la sana intención de los individuos aislados garantizaría la dicha y los derechos y posesiones de los otros.

¡Y qué hermosos resultados da ese sistema! ¡Cómo se ven compensados los menudos sacrificios con el espectáculo de los seres queridos dichosos y contentos! ¡Y cómo las personas buenas casi se recrean al pensar: «Esa risa me ha costado a mí tal sacrificio». «Para esa alegría he cedido yo una mía!» Si se piensa alto y se siente hondo, ¿no constituye la mayor de las satisfacciones, la más preciada corona a la pequeña virtud realizada, el ver que los que amamos ríen, gozan y son felices por nuestro modo de ser?

Conocí yo una santa madre que adoraba a sus hijos con amor inmenso. «Como todas las madres»—me diréis.—Cierto; pero si no *más*, sí *mejor*, puesto que por la educación tenaz y constante, grande y chica que les dió, les proporcionó la dicha. No pudo, por sólo la educación, ahorrarles penas de las que del cielo vienen, pero sí les limpió la existencia de abrojos que no matan, pero pinchan incesantemente, haciendo desagradabilísima la vida.

Cuantas personas han rodeado a los hijos de aquella santa señora, se han prendado de sus cualidades y caracteres, y en torno suyo no ha habido jamás esa atmósfera de hostilidad desagradable que existe y rodea a los que no saben practicar las virtudes menudas. La señora que cito, cuando veía a su hija arreglada y dispuesta para salir con ella a paseo o bien para asistir a algún teatro, algunas veces la llevaba, con gran placer y orgullo; pero otras la hacía quitarse las galas y sentarse a trabajar, diciendo:—¡Tantas veces tendrás que renunciar al espectáculo que más te agrade, que bueno es que te vayas acostumbrando, para que no lo consideres una desgracia!

¿Os parece una tontería? No lo es; la hija se casó y a su vez tuvo hijos, y jamás tuvo altercados con el esposo por esas cosas pequeñas por las que tantas casadas los tienen. Si se la derrumbaban los planes hechos, no se tomó por ello un disgusto ni se lo proporcionó a su marido. ¡Se había acostumbrado a practicar sin réplica las virtudes menudas, las abdicaciones ocultas y a pensar sólo en la dicha de los demás!

Ceder siempre... ¿No se ve bien claro que si todos lo hiciesen, sería como si no lo hiciese nadie? Al encontrarse todos los individuos que

compongan una familia dispuestos a no querer que predomine su criterio ni su derecho, claro es que no habría ningún sacrificio.

Como al principio digo, no pueden detallarse las virtudes menudas familiares; ceder... ceder... pensar siempre en la satisfacción de los demás, no en la propia, creyendo que la nuestra nacerá de aquélla y pensando también que si hemos realizado algún capricho a costa del disgusto ajeno, nunca podrá ser completa nuestra satisfacción, que amargará el espectáculo de la contrariedad o el dolor de los demás.

En otro orden de cosas, es también provechosísima la práctica de las *virtudes menudas*. Veamos la caridad. Entre la persona que está dispuesta a dar mil pesetas de limosnas, y las da fríamente, en cualquier ocasión, quizá en la que crea que es de mayor lucimiento y en que pueda ser más aplaudida su esplendidez, pero que las da sin conmoverse, sin sentir que ante la desdicha se le acongoja el corazón y se humedecen sus ojos, sin hallar frases que prodigar a los desgraciados, y la persona que da esas mismas pesetas, pero afanándose por buscar, para socorrerlas, las desdichas mayores, aunque sean más ocultas, y que las divide, las reparte, con el íntimo anhelo de que aquellas limosnas, como un nuevo milagro del pan y los peces, se aumentan prodigiosamente para alcanzar a todos los rincones donde haya lágrimas; que prodiga frases cariñosas, palabras de ánimo y consuelo, algo *suyo*, algo propio, algo íntimo, que vale más aun que el dinero; que pone, al entregar, dividir y repartir la limosna, besos maternales para los niños, ternura filial para los ancianos, atención fraternal para todos... ¿qué relación ni parecido existe? El dinero, el socorro en conjunto, es igual; la virtud grande, que se ve, que se oye, que se aplaude. Pero los procedimientos ¡qué distintos!... Las *virtudes menudas*, el cariño, la piedad, la *blandura*, hacen doblemente valiosa la limosna para los desgraciados que en muchos, en muchísimos casos agradecen más la peseta que se les da con media docena de palabras efusivas, que el duro que le alarga fríamente y con despego el señor *respetuoso* (como dicen ellos), que parece que se siente humillado sólo con que se le acerque un haraposo.

Enseñemos a las niñas la práctica de esas preciosas virtudes menudas, en la seguridad de que las haremos un señaladísimo favor, por ser de lo que la vida está compuesta. Aunque muchas veces se necesita hacer frente valientemente a grandes catástrofes y a situaciones gravísimas, que requieren hercicidades, lo corriente, lo humano, lo *de diario*, lo de siempre, es la continuidad de conflictos pequeños, de problemas mínimos, de choques insignificantes, pero tantos y tan continuados, que, si no se tiene el hábito de practicar las virtudes menudas, arrollarán la felicidad y la destruirán con el enorme poder y el soberano empuje que tienen todas las cosas pequeñas.

¡No despreciéis un enemigo por creerlo insignificante! No hay ene-

migo despreciable. Mirad a vuestro alrededor; fijaos en muchos hogares de conocidos y amigos, y veréis reinar en muchos de ellos una tirantez, un disgusto, un *algo*, que no es muy fácil precisar. Quizás en ellos no pasen graves cosas, pero es indudable que la felicidad ha huído: *no se entienden*... decís... *Los caracteres contrarios*... añaden otros... No; no es eso. Es que ninguno de los individuos que componen esos hogares tiene ni la más remota idea de lo que es y de lo que significa la *práctica de las virtudes menudas*.

LAS AMISTADES

El pueblo tiene un instinto poderoso, y a veces con una sola frase, con un intencionado dicho, pinta toda una fase social, como el pintor brillante que con una sola pincelada, con una mancha de color soberbia, nos da la idea clara y precisa de la grandeza del arte de Apeles.

Dime con quién andas, y te diré quién eres, dice un vulgar adagio que encierra verdad profunda.

Primero, porque es difícil tener amistades sin que ellas influyan algo en nuestro modo de ser, y segundo, porque aunque se tenga gran energía de criterio propio, el público, los de fuera, no lo aprecian así, y creen siempre que no hay más remedio que sentir la influencia amistosa, y padecer iguales defectos e idénticas deficiencias que los que son nuestros amigos.

De aquí el exquisito cuidado que debe tenerse para elegir, cultivar y conservar amistades.

Al que se trate con estafadores, difícilmente se le podrá tener por hombre honrado. A la que se recree con la amistad de una mujer coqueta y ligera, nadie podrá juzgarla sesuda y formal. Y como ello es así, conviene tener un gran cuidado con las amistades.

El mal que producen los malos amigos y los perniciosos ejemplos, debe tener un remedio a más de la selección de conocimientos. Mejor dicho, no un remedio, sino una medida previsora: la de educar a los niños y niñas de modo que tengan criterio propio, voluntad firme y enérgica, no una voluntad blanda en la cual toda ajena presión deje huella.

Los individuos sanos y fuertes de cuerpo tienen la carne dura; apo-

yad un dedo en ella y veréis que no se nota nada, que continúa tersa; en cambio, los de naturaleza débil, aunque sean gordos, tienen la carne floja, blanda, en la cual la presión de un dedo marca una pronunciada depresión del tejido, una especie de hendidura... Lo mismo ocurre con la parte moral del individuo; si es sano de cerebro y de corazón, fuerte y enérgico, con la fuerza y la energía que prestan un cerebro bien dirigido y cultivado y un corazón bien regido, se le puede abandonar entre los malos, bien seguros de que pasará entre ellos como la salamandra a través del fuego, sin quemarse; que seguirá el camino recto, sin inmutarse; sereno, con la indiferencia enérgica que tienen para la opinión ajena todos aquellos que tienen la propia firmemente cimentada.

Cread seres conscientes, capaces de discernir el bien y el mal, de saber dónde termina y dónde comienza lo bueno y lo malo; seres que, no sólo por instinto, sino también por estudio y reflexión, odien el mal y amen el bien; y si se logra esto, se habrán suprimido casi por completo los peligros que tienen las amistades.

Mas mientras se consigue esto, es útil y provechoso aconsejar a todas las madres que vigilen escrupulosamente a los amigos y amigas de sus hijos. Aunque de niños de pocos años se trate, toda precaución es poca; por desgracia (y lo afirmo por hechos sabidos y comprobados) existe gran perversión en la infancia. Los colegios, en muchas ocasiones, son un vivero de malos hábitos, porque la abundancia de criaturas que viven, comen, duermen, estudian y juegan en comunidad, hace necesariamente, si no es muy rígida la vigilancia, que se maleen los buenos al contacto de los malos, como se pican las frutas frescas y lozanas si se las coloca en la misma bandeja que las dañadas. Se ignora la causa, pero la consecuencia es cierta: no es solamente entre la juventud donde se anidan malas costumbres; también en la niñez existen, aunque cueste trabajo y dolor confesarlo a quienes aun creemos que en esa edad encantadora todo deben ser inocencias e ingenuidades.

Hay que dar la voz de alerta a los padres y a las madres: cuando se vea un amiguito o amiguita de vuestros hijos, observarles, vigilarles, no desechar por absurda la idea de que aquel pequeño sér pueda ser un gran perturbador.

Este cuidado, que repito debe comenzar desde la infancia, se multiplica y acrecienta en la pubertad y juventud. Cuidad mucho la observación de la parte moral y modo de pensar de los amigos que entren en vuestra casa, y no os fijéis, en cambio, en la posición social, como ocurre con frecuencia.

Hay muchas familias que cometen el enorme error de mirar sólo en las amistades la igualdad de posición social, creyendo que si no hay semejanza de pergaminos, de fortuna y de brillo, no debe concederse una amistad franca y sincera.

Nada más lejos de lo conveniente. Aunque unas personas sean humildes, no deben por ello ser despreciadas; en el concierto universal no hay fuerza creada que sea perdida, no hay persona que no pueda ser útil en la vida; y a veces, merced a ese misterioso factor llamado *imprevisto*, puede prestarnos mayores servicios aquel que despreciamos por inferior, que el que tuvimos como potentado. ¡Es la existencia un conjunto tan complicado de acontecimientos!

Aparte de todas estas líneas generales de conducta, poco puede decirse de las amistades.

Debe hacerse una sabia y prudente clasificación entre los llamados amigos, porque la mayoría de ellos sólo pueden y deben ser designados con el título de *conocidos*. La amistad es algo precioso, que no se puede prodigar, como la *amabilidad*, por ejemplo. Amigos son aquellos, bien probados, que nos quieren de veras, que están dispuestos a servirnos en el mismo grado y medida que nosotros a ellos; que son capaces de gozar con nuestras alegrías y éxitos y llorar con nuestras penas y amarguras: ¡qué escaso es el número de ellos! Por eso no se puede llamar *amigos* a todos los que visitamos y nos visitan, y que en su mayor parte son sólo *conocidos*.

En cambio, sí se debe ser muy amable y risueño con todos; a una buena recepción, a unas frases corteses, tienen derecho todos nuestros semejantes, mientras los hechos no nos prueben que son verdaderos malvados; pero a la amistad sólo tienen derecho aquellos que merecen tan dulce título y que saben hacer buen uso de él.

Y mientras llegan los niños a la edad en que puedan hacer con conocimiento de causa la prudente separación de *amigos* y *conocidos*, vigilad, vigilad siempre escrupulosamente las *amistades* de los pequeñuelos.

VIDA SOCIAL

PEQUEÑOS USOS SOCIALES.—LA HOSPITALIDAD

En innumerable ocasiones os habréis visto obligadas, o podréis veros, a dar hospitalidad a algún huésped o a recibirla vosotras a vuestra véz.

La primera regla de conducta que debe tenerse presente en este último caso, es el de no admitir ciertas invitaciones cuando no estemos bien seguros de que la amistad que se nos profesa es leal y sincera, y por consiguiente, que la oferta está hecha de corazón.

No nos expongamos a que por nosotros se diga el antiguo refrán:

Los huéspedes y la pesca,
A los tres días apestan.

Por idéntica razón debemos reflexionar muy mucho antes de ofrecer nosotros la hospitalidad. Antes de hacerlo hemos de estar seguros de que no nos serán desagradables; de que no careceremos de medios para hospedarlos y de que no nos es imposible proporcionarles distracciones y sobre todo las pocas o muchas comodidades a que estén acostumbrados aquellos a quienes hemos dirigido el convite.

Una vez hecha y admitida la invitación, ha de procurarse que a la llegada del huésped reine el mayor orden y limpieza en la habitación que se le haya destinado, desocupando todos los muebles cerrados para que queden a la completa disposición del que llegue, y disponiendo una mesa con todo lo preciso para escribir.

Si se conocen sus gustos literarios o artísticos, debe procurarse que haya sobre la mesa algún buen libro, álbum, etc.

En la cama principalmente, y en los objetos de tocador, debe ponerse un minucioso cuidado. ¡Que las sábanas y toallas estén siempre limpias!

Desde la instalación del huésped en la casa, aunque con aparente descuido, para no hacerle sentir el peso de lo que ocupa y preocupa su estancia, se deben por completo a él, previniendo sus menores deseos y organizando todas aquellas diversiones que se sepa le son gratas. Así como, si se trata de una persona amante de la soledad, quietud y reposo, debe no perturbársele con espectáculos, jiras, etc., que alteren sus costumbres y agrien su humor; en este último caso, ha de hacerse una vida sencilla, como para indicarle que hermanan con sus hábitos de reposo.

El ama de casa debe tener un exquisito cuidado para que la marcha ordinaria de la casa no sufra visibles entorpecimientos, pues el huésped podría achacarlo al exceso de trajín que origina su presencia.

Un cuidado aun más intenso debe ponerse en que el invitado no se entere de las pequeñas nubecillas que a veces surgen en el horizonte familiar. ¿Sería de buen gusto hacer presenciar a un huésped disputas y rencillas entre esposos, padres e hijos, o entre hermanos? Hay que disimular a toda costa esos tropiezos, no sólo en obsequio al huésped, sino por propia dignidad.

¿Os sonreís ante esta indicación suponiéndola simple y al alcance de todas las inteligencias?

Así debiera ser, en efecto, pues es de una lógica extrema; pero por desgracia, no siempre suceden así las cosas.

Yo puedo afirmar a mis discretas y amables lectoras, que hace pocas semanas he sido testigo de un hecho tristísimo. En la casa de un célebre hombre público había dos invitados a quienes la señora de la casa no había conocido hasta entonces. Después de las presentaciones de rúbrica y de charla un rato los caballeros, llegó la hora del almuerzo. ¡Qué triste espectáculo! La señora, nerviosa y mal educada, reñía agriamente al hijo mayorcito y se enfurecía contra el esposo por todo lo que hablaba, llevándole la contraria en sus opiniones. De nada sirvió la corrección del esposo, que sufría verdadera tortura al ver puesto de manifiesto ante personas extrañas el interior, lo íntimo de su hogar, poco envidiable ciertamente. El almuerzo terminó marchándose enfurecida la dama por si el padre había o no permitido al niño comer poco; lejos se oían los gritos destemplados de la señora y los llantos del niño; en el comedor quedó el dueño de la casa, que no había almorzado apenas, sosteniendo una conversación insostenible: la defensa de los *nervios* femeninos. Aunque los invitados, como hombres de mundo, dieron otro

rumbo a la conversación, la situación se hizo insostenible, y se fueron antes de lo pactado de aquella casa, tristísimamente impresionados y comentando cómo un hombre, por mucho que valga y brille, puede ser puesto en ridículo y sentirse profundamente desdichado, sólo por el hecho de que su mujer no tenga la discreción de dominarse en público al menos, ya que carezca de la virtud de dominarse siempre.

Este hecho, que aseguro es rigurosamente cierto, se repite por desgracia con gran frecuencia. Y por esto conviene repetir: Sed discretos y ocultad las pequeñas nubecillas que surjan en vuestro hogar al choque de los caracteres.

Si en vuestra casa se alojan varios huéspedes, tratad a todos con el mismo cariño y agrado; sólo si hay alguna persona anciana o enfermos están disculpadas las distinciones.

Cuando llega el momento de la partida de quienes han sido por más o menos tiempo huéspedes vuestros, poned una espléndida y exquisita merienda. Si es un amigo, el que se va, para que siempre conserve grato recuerdo de la estancia entre vosotros. Si es un enemigo—que se dan casos,—porque nunca seréis bastante generosos tratándose de un enemigo que se aleja.

Debéis prohibir severamente que vuestros criados admitan propinas; nadie más que el amo de la casa debe remunerar a su servidumbre; lo contrario sería denigraros y algo así como un pago indirecto a vuestra hospitalidad, que no debéis consentir.

Estos son a la ligera los deberes del que concede la hospitalidad. El que la recibe, por su parte también tiene muchos que cumplir. El primero y principal es el de estar dispuesto a acostumbrarse al modo de ser de la familia a cuya casa vaya. Quien no sepa ceñirse a otros gustos, quien no sepa dispensar caràcteres y caprichos ajenos, que se esté en su casita: se ahorrará unos días de martirio y se los ahorrará a los demás.

Debe mostrarse complacido por todo, aun por aquello que más le desagrade; inquirir con talento y habilidad las costumbres de la casa; las horas de comer, de levantarse, de retirarse, para arreglarse a ellas. No reprender jamás a los criados. Madrugar lo suficiente para poner en orden vuestros objetos y dar ese menos quehacer a los servidores. Procurar elogiar todo aquello que os enseñen con ánimo de agradaros. Llegar hasta el entusiasmo por los niños, perros, pájaros, gatos y flores. Generalmente son los grandes amores de los dueños de la casa.

Usad de todo y no abuséis de nada. Procurad que vuestro aspecto no sea preocupado ni triste.

Pensad que no tenéis ojos ni oídos cuando presenciéis escenas agrias de familia, y no os mezcléis en ellas.

No demoréis ni un momento vuestra marcha en cuanto se cumpla el plazo para que habéis sido invitados. Tened presente que los dueños

de la casa deben instaros por cortesía a que os quedéis, pero sólo como cortesía debéis tomar el ruego... y no aceptarle.

Por último, dentro de los ocho días siguientes a vuestra marcha, debéis escribir reiterando las gracias y recordando la grata impresión que conserváis del hospedaje.

PEQUEÑOS USOS SOCIALES.—LOS LUTOS

Las reglas generales adoptadas para los lutos deben ser rigurosamente seguidas, pues son—al menos así hay que creerlo—la manifestación externa del dolor.

Cierto que, discretamente pensando, los lutos son absurdos, puesto que al propio tiempo que parecen demostrar la pena, dividen ésta en étapas, y al cabo la hacen desaparecer en plazos brevísimos. Un año, dos, tres, de luto ¿pueden dar clara y precisa idea de la duración de un dolor inmenso, como el que se siente por la muerte de padres, hijos o esposos?

En otra ocasión trataré del lado absurdo de los lutos. Hoy, dedicada a dar cuenta solamente de los usos y costumbres sociales, me ocuparé sólo de lo ya establecido.

El luto de viuda se conserva dos años; muy riguroso todo el primero; algo menos los seis meses siguientes, y casi de alivio, aunque siempre de negro, el último medio año; en este período de tiempo se permite el uso de encajes, azabaches, galones y demás adornos que se habrán excluído en los diez y ocho primeros meses.

El primer año sólo se usan las telas de merino o crespón y los guantes de lana; después las telas pueden ser menos severas y los guantes de seda o piel. En los últimos seis meses debe desaparecer gradualmente el luto, y al expirar el segundo año el color negro deja su puesto al gris obscuro o al negro y blanco; pueden usarse flores en los sombreros y algunas joyas.

La servidumbre de una viuda debe llevar las mismas gradaciones.

Las mismas etapas se observan en los lutos de padre, madre, hermano, etc.

Los lutos de padres duran año y medio; el de abuelo, un año; el de hermanos, un año; el de tíos, seis meses, y el de primo o sobrino, tres.

Estas son las reglas que el mundo exige; a ellas deben ajustarse los que les conceden gran importancia.

Hasta que hayan transcurrido las seis primeras semanas después de un fallecimiento, no debe recibir a nadie la familia. Y las visitas no deben devolverse hasta pasados los seis primeros meses.

Al devolver las visitas de pésame, debe cuidarse de elegir las horas en que se sepa que está sola la familia con quien se va a cumplir; jamás en horas de recibo o recepción.

Una madre, una viuda, un padre, pueden limitarse a dejar una tarjeta doblada; su dolor les exime de más cumplidos.

Mientras dura la primera mitad del luto, deben excluirse toda clase de diversiones. En la segunda mitad puede asistirse a paseos, conferencias serias, sesiones musicales, etc., y se pueden recibir y devolver visitas, hasta tornar por completo a la normalidad de la vida.

Apuntaré un detalle de cortesía internacional: Los embajadores de naciones extranjeras se ponen luto cuando ocurre un fallecimiento en la familia real del país que representan. Cuando esto ocurre, en los días de recepción las damas invitadas deben vestir completamente de blanco.

PEQUEÑOS USOS SOCIALES.—EN FAMILIA

De cada componente de la vida en el hogar, me voy ocupando, y seguiré ocupándome ampliamente, con extensión, como merece todo lo que contribuya a formar hogares felices.

Mas, puesto que de *pequeños usos sociales* trato al presente, también puede darse una pequeña pincelada social, *en familia*.

Asunto del que pueda depender la felicidad doméstica, jamás debe desperdiciarse ocasión de tratarle; y ésta peligra si se olvida el mutuo respeto, el cariño y consideración que se deben entre sí los miembros de una familia.

El desabrimiento, las contestaciones acres, violentas, secas, deben suprimirse en el trato familiar; las frases insultantes y duras no deben jamás salir de los labios, pues cuanto mayor cariño exista, más daño causarán.

Si se olvidan estas medidas de prudencia, si se rompe el dique del respeto mutuo, nadie puede decir donde se irá a parar.

Claro es que el matrimonio, la familia, sea cual fuere, no es un cielo sereno, sin nubes ni peligros. Si las nebulosidades aparecen en un matrimonio, la prudencia de los esposos está en ocultarlo, en procurar que los hijos no se enteren, pues las ligeras nubecillas que empañen el matrimonio pueden parecer a los hijos dolorosas tempestades. Los padres deben mostrarse siempre a los hijos como modelos dignos de imitación. Si los esposos opinan de diverso modo en algunos asuntos, pero ambos tienen una perfecta educación, la diversidad de pareceres se limitará a una cariñosa discusión; jamás llegará a un agrio y duro altercado. No se olvide que la mujer, en general, es tierna y delicada; se la hiere fácilmente y agradece mucho las buenas maneras y la amabilidad. Claro es que tratándose de mujeres *como deben ser*, no como algunas excepciones que desgraciadamente existen, y que son ellas las que dan el triste y penoso espectáculo de las discusiones violentas.

Si el esposo tiene por su mujer todo género de delicadas atenciones,

a las que corresponde ella con lo que podemos llamar *cortesía familiar*, los hijos e hijas instintivamente los imitarán, y esa imitación es una garantía de paz para el porvenir de los hijos.

Hay que procurar dominarse, y que la amplia confianza no sirva para dar paso a la grosería; y también que la poesía de la vida no desaparezca por un exceso de refinado egoísmo, o por una confianza mal entendida. Esta confianza, por ejemplo, no autoriza para decir cosas desagradables a ninguno de los individuos de la familia. Hasta las riñas y reprensiones deben hacerse con oportunidad y en tono comedido. Probad a reñir a un niño inoportunamente: seguramente obtendréis un resultado contrario al que perseguíais. Y si esto ocurre con los pequeños que no razonan y que sólo tienen la protesta por instinto, ¿no se tendrán tristísimos resultados cuando las riñas ofensivas se dirijan a lo seres que piensan y sienten todo el ridículo de la situación?

¡Cuánto más consigue una madre con su triste llanto, que un padre con sus ademanes furiosos y enérgicas amenazas!

No; no prescindáis en familia de esa cortesía que se aconseja para los extraños; si en sociedad es indispensable, en el hogar no lo es menos.

¡Mujeres! Extremad esas atenciones, esos minuciosos cuidados y esa constante dulzura para vuestros esposos y para todos los que os rodeen; os evitaréis muchos desvíos y conseguiréis quizá con vuestro tenaz ejemplo corregir la acritud de los genios de los demás.

PEQUEÑOS USOS SOCIALES.—LA TARJETA

La tarjeta de visita debe ser elegante, buena, completamente blanca o con franja negra si se está de luto; pero nunca con dorados, adornos ni colorines, que resultan de pésimo gusto. No son muchas, por fortuna, pero sí algunas las personas que se dejan cautivar por lo que luce y brilla, y adornan la tarjetas lamentablemente.

Las tarjetas deben ser de extremada sencillez; sólo con el nombre y las señas las de los caballeros; deben tener otras en que pongan el cargo, si éste es importante, pero sólo para las visitas profesionales. Las tarjetas de las señoras casadas no deben llevar las señas del domicilio.

Si la señora es sola, sí; así como también debe poner el cargo que ejerza, si ejerce alguno, tal como modista, profesora, etc. Los esposos deben tener también tarjetas colectivas.

La nobleza usa las tarjetas que dicen simplemente: *El Marqués de****, o *La Baronesa de****. En algunos casos suelen agregarse las señas en la parte derecha inferior y la corona en el centro superior.

Se emplean las tarjetas para felicitar las Pascuas y la entrada de Año Nuevo; para felicitar los días a los amigos ausentes, o a los que aun

viviendo en la misma población, sólo son conocidos; cuando ocurre a cualquier persona que conocemos o debemos favores algún fausto o triste acontecimiento; siempre que se envíe algún obsequio o se haga algún regalo de boda. Se cambian para entablar nuevas relaciones. Entre caballeros, cuando se efectúa algún lance de honor, etc.

Nunca se debe salir a la calle sin llevar tarjetas; y claro es que son imprescindibles cuando se va a hacer visitas, pues si no está en casa la persona que vayamos a visitar, doblando la punta superior derecha de la tarjeta, ella cumple por nosotros e indica que la hemos entregado personalmente. Aunque no haya criado en la casa y la tarjeta la echemos por debajo de la puerta, la visita queda hecha, y aquellos señores están en el deber de pagarla; la tarjeta en este caso es como nosotros mismos.

Cuando se reciban tarjetas de Año Nuevo, Pascuas o de día de días, hay que corresponder con otras, menos en los casos siguientes:

Si un matrimonio recibe tarjeta de un soltero o viudo, sólo debe enviar tarjeta el esposo.

Las viudas y solteras que vivan solas no están obligadas a devolver sus tarjetas a los caballeros solos.

El envío de tarjeta-felicitación de entrada de año debe partir siempre del más joven o del más inferior. Cuando se trata de señoras debe ser el caballero el primero en remitir la tarjeta, sin tener en cuenta edad ni condiciones.

Por muy numerosa que sea la familia a quien se felicite, sólo debe enviarse una tarjeta; y sólo se envían dos cuando hay dos matrimonios bajo el mismo techo.

Resumiendo: la tarjeta es la representación de nuestra persona; es nosotros mismos en espíritu; debe, pues, concedérsela la importancia que tiene; emplearla prudentemente y a tiempo, y no prodigarla demasiado.

Claro es que nunca podrá compararse con absoluta verosimilitud la tarjeta con la espada. Es ésta tan grande y sagrada, que pocas cosas habrá que puedan comparársele. Pero, aunque pequeña y remota, la tarjeta tiene un punto de semejanza con ella. La espada dice como lema:

No me saques sin razón,
ni me envaines sin honor...

y si al referirnos a las tarjetas no puede aplicárselas lo segundo, no deja de estar muy en su punto lo primero: *No me saques sin razón...*

EL TRABAJO MANUAL

Uno de los puntos a que mayor atención debe prestar todo el que se dedique al cuidado debido a la educación de las jóvenes, es el referente a los trabajos llamados manuales. La educación física, la literaria, tienen importancia grandísima: los trabajos a que vamos a dedicar este capítulo son verdaderamente fundamentales para la futura mujer, que de no hallarse bien adiestrada en ellos, carecerá de uno de los elementos indispensables que deben adornarla y se encontrará además desarmada para hacer frente a las contingencias y contrariedades que pueden presentársele en el curso de la vida y de las que en nuestros tiempos difíciles, menos que en los pasados, puede nadie considerarse a cubierto, tanto si es elevado, como si es modesto el hogar en que ha nacido.

Si damos una mirada a la historia, nos encontramos con que el trabajo manual fué considerado siempre como un elemento indispensable en la educación de la mujer y tanto más indispensable y atendido, conforme las sociedades fueron perfeccionándose y levantando el nivel de su civilización. En los pueblos antiguos que más brillante puesto ocupan en la historia de la humanidad, por su cultura y por su influencia en todos los órdenes de la vida, vemos que no son sólo las clases humildes, sino las más altas, las princesas, las hijas de los magnates, las que se distinguen por su habilidad y su buen gusto en estas tareas, de tal modo, que se recuerdan las frases de satisfacción con que Alejandro el Grande enseñaba a sus cortesanos los vestidos que le hacían sus hermanas, la no menor complacencia con que Augusto lucía los que le confeccionaban su esposa, su hermana y sus hijas, y la celebridad que en los antiguos tiempos llegaron a adquirir las

mujeres de Israel por la perfección con que elaboraban lienzos, tapicería, etc.

Los trabajos manuales ofrecen para las jóvenes dos ventajas de valor incalculable: en los tiempos normales, en los días de prosperidad, o por lo menos de mediano pasar, son un medio de ejercitar el buen gusto de cada una, de desarrollar las iniciativas y de huir de la ociosidad y del aburrimiento, que son los enemigos más temibles que pueden presentarse así a la mujer como al hombre; en los días de adversidad, a que todos estamos expuestos sin excepción alguna y que ojalá no lleguen para ninguna de las que benévolamente me leen, son estos trabajos un recurso contra la tristeza, cuando no un medio para llevar al hogar recursos que lo sostengan con más o menos desahogo o que complementen los que puedan aportar los afanes del padre, del hermano o del esposo. De lo primero nos dan muestras las infortunadas reinas María Estuardo, de Escocia, y María Antonieta, de Francia, que en los largos días de cautiverio que el destino las obligó a sufrir antes de que perdieran la vida, debieron a su habilidad en los trabajos manuales el olvido, a ratos siquiera, de sus penalidades; la última de ellas llegó hasta a verse precisada a arreglarse las ropas que vestía, mientras estuvo en la prisión del Temple. Respecto a lo segundo, basta con que volvamos la vista en derredor nuestro, para que encontremos ejemplos, y no escasos desgraciadamente, de personas que ocuparon buenas posiciones y que en momentos de contrariedad han encontrado medios de vivir con el honrado trabajo o de aumentar el salario escaso obtenido por sus deudos, gracias al cuidado con que fueron educadas en los trabajos manuales.

No se dirá nunca lo bastante para recomendar a los padres y profesoras que no pierdan de vista este punto esencialísimo en la educación de las hijas de familia. Durante algunos años, hay que decir que la moda hizo que esta parte de la enseñanza femenina no fuera atendida todo lo debido y que se prestara más cuidado a otras cosas más superficiales y de relumbrón; pero afortunadamente, la verdad va imponiéndose de nuevo y se vuelve a los senderos de lo positivo, que son los que han de llevarnos a la formación de generaciones realmente útiles.

Esta clase de trabajos, que son los que se fundan en el empleo de la aguja, deben ser enseñados con orden y método; lo primero que precisa saber es coser bien, dejando la labor limpia y pulida, para lograr lo cual es indispensable que la educanda empiece por habituarse a tener paciencia y constancia, teniendo siempre muy en cuenta que no por correr mucho se llega más pronto y mejor al término deseado y que una costura irregular, con puntos largos unas veces y cortos otras, unidos en unos sitios y separados en otros, no se efectúa realmente con más rapidez que la que se hace observando la más estricta regularidad y en forma que enaltezca a quien la ha confeccionado.

Cuando en la costura, que es la base fundamental, se ha conseguido la debida perfección, ejercitándose en hacer las diversas clases de puntos, puede pasarse a lo que pudiéramos llamar aplicaciones de aquel principio, esto es, a la recomposición de la ropa blanca, al remendado (uno de los trabajos más delicados y difíciles y en el que mayor lucimiento puede alcanzar una dueña de casa), la confección de ojales, el arreglo de medias y la confección de ropas blancas y de color. Las labores de fantasía, como el crochet, los bordados, etc., deben venir después de los trabajos esenciales de que acabamos de hablar.

Por lo que toca a la recomposición, zurcido y remiendo de las ropas como a la confección de éstas, es asunto que reviste interés especialísimo, porque representan para la buena marcha del hogar el orden y la economía. Donde no se atienda a lo primero, dentro desde luego de las condiciones sociales en que la familia haya de moverse, el gasto general será mucho mayor de lo que lógicamente debiera ser; en cuanto a las familias de posición modesta, nadie como las que se hallan al frente de ellas pueden apreciar el valor altísimo que tiene atender con cuidado a la recomposición, a su debido tiempo, de los desperfectos que por el lavado, planchado y uso se producen en la ropa blanca y nadie tampoco como las que se hallan encargadas de la administración de estas familias, puede preciar en lo que realmente representa el hecho de que la mujer sepa confeccionar las ropas interiores y si es posible también las de color.

Como dice muy bien una educadora distinguidísima, al tratar de estas materias, esta clase de trabajos, «a la joven pobre, a la obrera, le permiten ganarse honradamente la vida; a la madre de familia le dan el medio de aumentar sus economías, a la mujer favorecida con bienes de fortuna le ofrecen una distracción agradable, un pasatiempo precioso y le permiten ser útil a los pobres y acudir delicadamente en su auxilio».

Al llegar aquí no es posible pasar sin dedicar un elogio a la tendencia que, desde hace algunos años especialmente, viene observándose, encaminada a completar la educación así de las futuras profesoras, en las Escuelas Normales, como de todas las hijas de familias en los colegios, incluyendo en los programas de enseñanza el corte y confección de ropas de todas clases. Es un elemento más que ponemos a disposición de las mujeres del porvenir; las que no necesiten utilizarlo, mejor para ellas; pero no cabe dudar que para todas ha de ser de grandísima utilidad; esto sin contar con que acaso no haya ninguna mujer, por alta que sea su posición social, que, en algún momento de su vida, para solventar una dificultad, un accidente más o menos pasajero, no tenga que acordarse de los conocimientos de esta clase que adquirió en sus años de educanda.

Prescindiendo de entrar en pormenores acerca de estos trabajos, pues ello exige explicaciones largas que no son de la índole de este libro, no está de más consignar que lo primero que se necesita para ser una buena

obrera, es hallarse provista de buenos instrumentos de trabajo. Claro está que, si por cualquier circunstancia se carece de alguno de ellos, la habilidad y el ingenio saben muchas veces suplirlos; pero esto no es más que una excepción de la regla general a que debemos atenernos para obtener los resultados que se desean.

Son, pues, precisos buenos utensilios. De aquí que toda hija de familia deba poseer un estuche en el que los tenga encerrados y, sobre todo, ordenados, porque la falta de este orden obliga en el momento de ir a trabajar, a entregarse a tanteos que hacen inútil el cuidado de poseer todo lo que se necesita y que desde luego representan una pérdida de tiempo, preciso en muchas ocasiones para otras cosas.

En el estuche o caja de que venimos hablando debe haber en primer término una buena colección de agujas: cortas, medianas, gruesas, delgadas, para zurcir, para bordar, etc. Las agujas están numeradas en forma que los números más pequeños corresponden a las más gruesas, constando cada serie de doce números. Debe haber también hilo de diversos gruesos y colores, para coser, para el tambor, etc.; algodón, cordoncillo, seda, cinta, un metro, unas tijeras por lo menos, una almohadilla para alfileres, corchetes, botones, útiles para crochet, etc., y demás necesarios en cualquier circunstancia que puede presentarse, aparte de las labores ordinarias y cotidianas de la interesada.

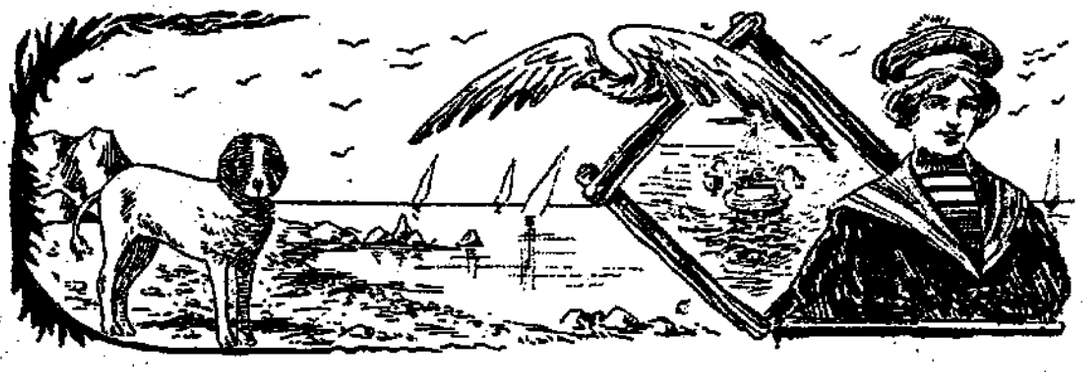
En estos últimos años se ha generalizado también el empleo de un aparato que presta incalculables servicios en los hogares: la máquina de coser. Su conocimiento y manejo es utilísimo para todas, porque ahorra mucho tiempo y facilita la rápida realización de muchos trabajos. Al principio se la tachó de que su labor no resultaba nunca tan perfecta como la hecha a mano por una concienzuda costurera y algo y bastante había de ello, lo que no impedía que prestase excelentes servicios. Hoy se ha perfeccionado mucho la máquina y constituye un mueble poco menos que indispensable en todos los hogares y que conviene igualmente cuidar mucho de su limpieza y buena marcha, para poder obtener de ella en todos los instantes los muchos beneficios que proporciona tan gran invento.

Para cuidar debidamente las máquinas de coser, se recomienda limpiar primero cada uno de los agujeros con un poco de petróleo, secar luego bien la máquina y por último, limpiarla y engrasarla con una mezcla formada por partes iguales de petróleo, aceite purificado y petrolina. El aceite purificado puede obtenerse poniendo en aceite de olivas unas chapitas de plomo que tengan mucha superficie, pues sobre estas chapitas no tardan en depositarse todas las impurezas que el aceite contenga.

No terminaré este artículo sin insistir en la conveniencia de que se atienda mucho a instruir a las jóvenes en toda suerte de trabajos manuales y más aun que en los que pudiéramos llamar de lujo, en los que revisten verdadera utilidad en el seno de la familia, y no terminaré tampoco sin

hacer una recomendación : nunca, ni con ningún pretexto, os pongáis las agujas en la boca ; es ésta una imprudencia que ha ocasionado numerosos y graves accidentes.

Y para final, una receta que encuentro : si las agujas se os oxidan, para limpiarlas, las dejaréis durante un día en aceite de olivas al que mezclaréis algunas gotas de petróleo ; luego las pondréis entre serrín fino y muy seco.



LA HIGIENE

No se necesitan ciertamente grandes esfuerzos para convencer a todo el mundo de las ventajas que lleva consigo la observancia de las reglas higiénicas. La sola definición de esta ciencia es suficiente para que a nadie pase inadvertida su importancia: es la que nos enseña a conservar la salud, a disminuir el número y gravedad de las enfermedades y a aumentar y hacer más agradable, dentro de lo posible, el período de vida que la Providencia nos tenga señalado.

La salud, dice un escritor, es la riqueza de los que no tienen otra cosa y a ello debiéramos añadir que en rigor, es la riqueza absoluta, porque de nada sirven todos los dones de la fortuna al que tiene la desgracia de no disfrutar de un cuerpo y de un espíritu sanos.

La salud se pierde más aun que por los mil enemigos que la acechan, por nuestro propio descuido. El sér humano, en la mayor parte de los casos, «no muere, sino que se mata», como dice M. Flourens, y se mata por echar en olvido la serie de reglas que para que se conserve tiene recomendadas la ciencia.

Sin embargo, con ser esto tan claro y tan concreto, con resultar tan evidentes las ventajas que de la observación de esas reglas han de seguirse, el hombre, como si fuera el primer enemigo de sí mismo, las ha olvidado casi siempre, hasta el punto de que en la antigüedad tuvieron que imponérsele las prácticas higiénicas mezclándolas con leyes religiosas y en los tiempos modernos no son difíciles de recordar los casos en que ha sido preciso emplear hasta la fuerza pública para conseguir que las prescripciones de la Higiene fueran respetadas.

Es por tanto en beneficio de todos y de cada uno, que precisa desde los

primeros años de su vida inculcar a la juventud el conocimiento de los medios de que ha de valerse para conservar su propia salud y la de sus semejantes y hay también que infundirles la convicción de que sólo ateniéndose a estos principios es posible alcanzar la felicidad en la vida, en lo que cabe obtenerla.

La Higiene, en las condiciones en que se ha colocado en nuestros días, gracias a los adelantos de las varias ciencias que la auxilian y complementan, resulta un estudio tan útil como interesante y que alcanza a todas las manifestaciones de la vida, pues rige absolutamente todos nuestros actos. Los movimientos y actitudes, el ejercicio de la inteligencia, las sensaciones, los sentimientos, los sentidos, la alimentación, el aire que respiramos, las profesiones, cuanto somos y cuanto nos rodea, ha sido estudiado en sí mismo y en sus relaciones, deduciéndose de ello un conjunto de reglas, de verdaderas leyes cuya desobediencia no sólo puede, sino que suele costar cara al individuo y a la colectividad.

Es más fácil impedir que cien personas caigan enfermas, que curar a una que ya lo esté, dice el Dr. Rochard. Es más fácil prevenir que curar las enfermedades, dice otro ilustre escritor, y a esta obra previsora nadie puede contribuir de modo tan decisivo como las que han de ser un día dueñas de casa y han de tener por consiguiente a su cargo, no sólo la dirección del hogar, de cuyo buen o mal orden depende muchas veces que se resienta la salud de los que forman la familia, sino que ha de ejercer profunda influencia en los individuos que la rodeen, a los que en más o menos puede recordar lo que en esta materia les conviene, si es que lo ignoran, lo descuidan o lo olvidan.

Por esto creo que es ésta una de las ciencias en que debe procurarse hacer que estén versadas todo lo posible las hijas de familia, porque si importante es que conozcan cuanto se relaciona con los quehaceres de la casa, no lo es menos por cierto lo que atañe a la salud suya y ajena. La convicción de que esto es así va cundiendo afortunadamente y prueba de ello es que ya en los programas de enseñanza se ha conseguido introducir el estudio de la Higiene en grado más o menos extenso, siendo de desear que esta extensión sea cada día mayor, no sólo para que con ello gane el bienestar general, sino para que con la adquisición de tales conocimientos vayan desapareciendo errores que en muchas partes se abrigan acerca de estas materias.

No es posible entrar en un estudio detallado sobre las reglas higiénicas; algo de ellas he dicho al tratar de la cocina, de la que depende buena parte de lo que se refiere a la buena marcha de los órganos que intervienen en la nutrición y aun puede decirse que de la de todos los del cuerpo, pues ha dicho un ilustre médico que «el estómago es el regulador de todo el organismo». En otros capítulos de este libro (habitaciones, vestidos, etc.), he señalado también, aunque ligeramente, algunas de

las reglas principales prescritas por la Higiene; voy sólo a consignar aquí algunas más, por si en otras partes se me quedaran en el tintero.

Entre las reglas que conviene tener siempre muy presentes, figuran las que se relacionan con los baños. Hoy son éstos reconocidos como cosa indispensable, gracias precisamente a que la Higiene va imponiéndolos, no sólo en consideración a la limpieza tan imprescindible al cuerpo, sino por la influencia que ejercen en el buen funcionamiento del organismo en general.

Prescindiendo de los baños a determinadas temperaturas y en condiciones especiales, que esos sólo puede aconsejarlos el médico, examinando a cada individuo, como reglas generales deben no olvidarse las siguientes:

No debe tomarse un baño hasta que se halle terminado el trabajo de la digestión, esto es, hasta que hayan transcurrido por lo menos tres horas desde la última comida.

Si se toma un baño tibio, como suele hacerse generalmente, es preciso procurar que al entrar en él no se sienta una impresión de demasiado calor ni de frío excesivo. Las personas de temperamento sanguíneo, pueden, durante el baño, aplicarse de vez en cuando una compresa de agua fría sobre la frente; al salir se secarán con un lienzo caliente y se mojarán los pies con agua muy caliente hasta que la sangre acuda a ellos, lo que no tardará en suceder. Siempre que sea posible conviene, después del baño, acostarse una media hora, para que el cuerpo se seque bien y sea menos impresionable por los agentes exteriores.

Es peligrosísimo tomar un baño cuando el cuerpo está sudoroso, porque la sensación que produce el contacto del agua hace que la sangre refluya rápidamente al interior, produciéndose luego una reacción enérgica que en muchos casos origina a las pocas horas una fluxión de pecho.

Un baño tibio debe durar, cuando más, una media hora; un baño frío, de ocho a diez minutos, y aun en ese tiempo conviene moverse, nadar, hacer movimientos sean los que fueran. Cuando se sienten escalofríos es señal de que el baño se ha prolongado con exceso.

Agregaré todavía algunos consejos generales de diversos órdenes:

No toméis helados, ni aun bebáis agua fría cuando estéis sudorosas o muy fatigadas, pues os exponéis a congestiones pulmonares, peritonitis agudas y otras indisposiciones graves. En estos casos debéis añadir siempre al agua un poco de vino, azúcar, café, aguardiente o aunque sea vinagre. Es también una medida prudente tomar antes algo sólido, pan, chocolate, un pastel, por poco que sea, y se procurará luego beber a pequeños sorbos, conservando el líquido en la boca el mayor tiempo posible, antes de introducirlo en el estómago. Es mejor aun cuando se está muy cansado tomar un té ligero, o una bebida caliente cualquiera. Estas bebidas, tomadas inmediatamente después de haber bebido un lí-

quido frío, neutralizan muchas veces los efectos perniciosos que éstos causan.

Si estáis sudorosas no os expongáis a corrientes de aire ni os mojéis las manos con agua fría.

Procurad no mirar los relámpagos, ni al sol fijamente, porque la consecuencia probable de ello será que vuestra vista se debilite, si es que no se presenta una ceguera.

Procurad no trabajar con luz escasa.

Vestid con arreglo a la estación y haced los cambios por transiciones; nunca de un modo brusco.

Si usáis utensilios de cobre en la cocina, vigilad siempre que se hallen bien estañados. Constantemente se ve que los confiteros y las cocineras cuecen frutas y legumbres en marmitas de cobre, sin que aquellos comestibles adquieran nada nocivo a la salud. ¿Sabéis por qué es esto? Porque retiran las frutas y legumbres cuando están hirviendo; si las dejaran enfriar en aqullas marmitas, la mayor parte de las veces resultarían con más o menos cantidad de veneno. Cuando tales útiles están bien estañados, no importa que los comestibles se enfríen en ellos.

No uséis corsés que impidan el libre funcionamiento de los pulmones y del corazón ni que perturben la marcha de las digestiones.

Preferid, para la calefacción, las chimeneas a las estufas. Estas producen demasiado calor y además despiden generalmente olores metálicos y vapores malsanos, procedentes de la materia de que están construídas y del barniz o color que las recubre.

Procurad, en lo posible, que vuestra habitación esté ventilada y que dé en ella el sol.

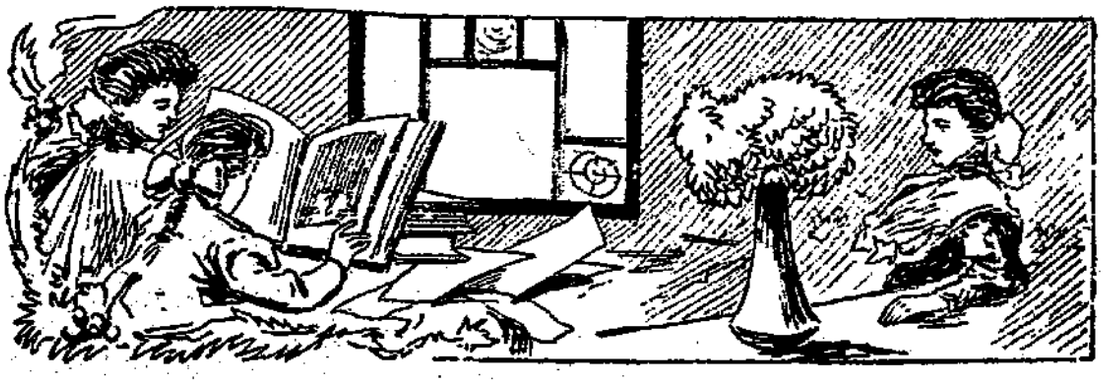
No permanezcáis excesivo tiempo al sol y sobre todo no os durmáis expuestos a los rayos solares, porque os exponéis a una congestión.

Temed a los ácidos, porque tomándolos con exceso perturbarán las digestiones y producirán dolores de estómago, con todas sus consecuencias.

El calzado debe ser desahogado y ha de tener la debida flexibilidad para adaptarse a los movimientos del pie.

No vayáis escotadas; aparte de lo que a ello se opone la modestia, los médicos están de acuerdo en que esta costumbre produce más anginas, laringitis, bronquitis y pulmonías que todas las demás causas juntas.

Y para cerrar este artículo, un último consejo: no olvidemos la importancia que reviste la higiene; tengamos presente sus preceptos y procuremos propagarlos; con ello cumpliremos un deber de conservación propia y de amor hacia nuestros semejantes.



LOS «¿POR QUÉ?» Y LOS «PORQUE»... DEL AMA DE CASA

No se insistirá nunca lo bastante para difundir las reglas de la Higiene. Lo que acerca de ellas dije en el artículo a esta cuestión dedicado voy a completarlo aquí con algunas preguntas y respuestas que entrañan algunos principios de utilidad general y práctica corriente, que no deben ser olvidados nunca.

—¿Por qué no se debe cerrar la llave de una estufa colocada en un dormitorio, cuando vamos a acostarnos y tenemos el propósito de conservar en la estancia una temperatura agradable durante toda la noche?

—Porque al cerrar la corriente establecida por el tubo de la estufa no tienen salida los productos de la combustión y se esparcen por el ambiente del dormitorio, causando a los que en él duermen grandes molestias, dolor de cabeza y muchas veces la muerte.

—¿Por qué es peligroso acostarse en una habitación en que haya encerradas flores o plantas?

—Porque éstas, bajo la influencia de la luz solar, despiden oxígeno y recogen del aire carbónico, mientras que, por el contrario, durante la noche, despiden este último gas que es nocivo para la respiración; esto sin contar con que el mismo olor de las flores puede ser perjudicial.

—¿Por qué el agua de lluvia, que es la más pura después de la destilada, tiene la propiedad de cocer bien las legumbres y de disolver fácilmente el jabón?

—Porque contiene muy pocas sales calcáreas, que son las que reducen las propiedades disolventes del agua.

—¿Por qué el agua destilada siendo tan pura es desagradable para beberla?

—Porque es insípida y pesa en el estómago; pero para que recobre sus propiedades, basta con agitarla fuertemente al contacto del aire o con traspasarla varias veces seguidas desde una vasija a otra.

—¿Por qué cuando se quiere evitar que los sonidos que se producen en una habitación se oigan en la contigua, se construyen los tabiques con ladrillos huecos o se rellenan con serrín, etc.?

—Porque las vibraciones sonoras se extinguen cuando encuentran cuerpos blandos y excesivamente divididos.

—¿Por qué usamos lana y pieles?

—Porque estas materias, siendo malas conductoras, impiden que se escape el calor del cuerpo. No es que por sí mismas comuniquen calor alguno; lo que hacen es conservar el que se desarrolla en nuestro organismo.

—¿Por qué usamos vestidos blancos en verano?

—Porque reflejan más calor del que absorben, debiéndose a esto que sean más frescos.

—¿Por qué llevando un impermeable o un calzado de goma se suda tanto?

—Porque la goma o caucho es impermeable y no permite que el calor y el sudor del cuerpo se disipen o se sequen; de aquí que no convenga utilizar esta clase de prendas más que el tiempo estrictamente necesario.

—¿Por qué es peligroso conservar sobre el cuerpo ropas húmedas, y más aun dormir con ellas?

—Porque la humedad de las ropas, para convertirse en vapor, se apodera continuamente del calor del cuerpo, lo que hace que éste pase a ser inferior al normal.

—¿Por qué se hacen de madera las asas de los utensilios de cocina fabricados con metal, como las cafeteras y teteras?

—Porque la madera es mala conductora del calor y queda a temperatura menos elevada que el metal, lo que evita que se quemen las manos al hacer uso de dichos utensilios.

—¿Por qué una taza de porcelana o un vaso de cristal se rompen si se les echa de pronto agua caliente?

—Porque la parte de la porcelana o cristal tocada por el agua se dilata más que las restantes; para evitarlo basta con echar un poco de agua caliente y hacer que toque todos los lados de la taza o del vaso, a fin de que se dilaten por igual; hecho esto puede llenarse sin temor alguno de agua caliente.

Otras muchas preguntas se ocurren por el estilo, todas ellas de explicación curiosa e interesante, pero de incluirlas todas, se haría este libro excesivamente extenso y nos quedan aún algunos puntos por tratar y a los que es indispensable que se dediquen algunas líneas.

LA CONVERSACIÓN

PEQUEÑOS USOS SOCIALES

Más que *pequeños*, pudiéramos llamarlos *grandes*, puesto que la buena conversación es sin disputa una de las mejores cartas de recomendación que puede poseer una persona para hacerse simpática, para hacerse un envidiable *hueco* social.

Puede dividirse el tema *conversación* en dos partes, que deben llamarse *decoro material* y *decoro moral*; en la primera parte pueden comprenderse los cuidados físicos del órgano de la conversación, los movimientos, la pronunciación y la pureza del lenguaje bajo el aspecto gramatical.

Es la conversación, repito, tal vez el solo medio de agradar y abrirse camino en el mundo. ¿Cómo será, pues, que tan escasa atención presten las personas a sus defectos y tan poco cuidado ponen en enmendarlos?

Veamos, a grandes rasgos, algunos puntos generales del asunto, bien entendido que, por mucho que se insista en este tema, nunca será demasiado, dada la importancia que tiene lo mismo en hombres que en mujeres; por lo que siempre será altamente beneficioso hacer detener la atención de niñas y niños en este asunto, y que, desde pequeños, se habitúen a saber apreciar los defectos propios en fuerza de estudiar los ajenos; y, lo que es aún mejor, a poner remedio a todo lo censurable.

Es de suma importancia no llevar la lengua demasiado al borde de los labios para hablar, pues esta mala costumbre tiene graves inconvenientes; ocasiona una especie de silbido desagradable producido por el contacto

inmediato de la lengua con los dientes, que deja atrás; dificulta la pronunciación y expone a lanzar la saliva fuera.

La predisposición al tartamudeo, en razón al poco volumen de la lengua, se corrige acostumbrándose cuando se está solo a pronunciar muy despacio y distintamente: declamar y ejercitarse en las palabras que presentan más dificultades.

Hay personas tan abundantes en saliva, que ésta hace difícil su pronunciación. Deben acostumbrarse a tragarla con mucha frecuencia y siempre antes de comenzar a hablar.

La urbanidad en consorcio con la higiene exige un minucioso cuidado de la dentadura. Si ésta se halla sucia y mal oliente, el que hable no conseguirá jamás que se aprecien bien sus palabras, porque los fallos de la repugnancia son inexorables.

Otras personas, en cambio, poseen hermosos dientes y tienen la fatuidad de mostrarlos a menudo; esta vanidad hace reír al observador y perjudica la fisonomía; los dientes han de descubrirse sólo naturalmente, y sin afectación.

Nunca se debe tener, cuando se habla, mondadientes, flores, ni nada en la boca.

Abrir desmesuradamente la boca cuando se habla; lanzar exclamaciones de admiración o sorpresa; llevar la boca torcida o con gesto; plegarla para que parezca pequeña; reír a carcajadas de una manera necia o ruidosa; dar a los labios un temblor convulsivo cuando se dice o se lee algo tenebroso o triste, y soplar casi en la cara a aquella persona con quien se está hablando, son defectos desagradabilísimos.

También es muy desagradable hacer pantomimas a cada palabra. Nada más al contrario al buen gusto que las grandes gesticulaciones: los signos misteriosos acompañando el anuncio de la cosa más sencilla; los gestos bruscos en una conversación amistosa; los gestos melindrosos en una grave; los movimientos rápidos de una persona sentada o de pie que parece ejecutar casi un baile, todo esto son verdaderas faltas imperdonables.

No quiere esto decir que se hable estando rígido, tieso, inmóvil como una estatua; nada de eso; las gesticulaciones discretas dan *fisonomía al discurso*. Gestos moderados y acomodados a las palabras, no solamente están permitidos, sino que casi son indispensables.

En familia y en la intimidad amistosa se permiten multitud de pequeños detalles y libertades, que si se continuaran en el mundo, serían juzgados como de pésima educación. Y eso es lo que requiere el exquisito cuidado de cada cual. Por ejemplo: levantar la delantera del traje para resguardarla de un fuego muy vivo; manifestar sentimiento o enfado si cae una mancha u otro accidente semejante pronunciando palabras coléricas o destempladas; complacerse en hablar largamente de cualquier ligera indisposición que se tenga; quejarse con frecuencia de la temperatura, repitiendo una y otra

vez las exclamaciones contra el frío, el calor, la lluvia o el viento, llega a hacerse realmente intolerable. Otra parte esencialísima de la conversación es la referente a *escuchar*. Conversar no es hablar continuamente como opinan los charlatanes; es escuchar y hablar alternativamente. Ahora bien; es tan importante lo uno como lo otro, y para hacerlo bien es necesario prestar atención al interlocutor, y *saber escuchar*. Si titubea o se detiene vuestro interlocutor, no hay que aparentar haberlo notado, y en el caso de existir confianza, pasados unos instantes, puede apuntársele con tono modesto la expresión que parece escapársele. Si por algún accidente se ve interrumpido, cuando haya cesado la causa de la interrupción, no debe aguardarse a que reanude su discurso espontáneamente, sino que con benévola sonrisa y semblante amable se le debe invitar a proseguir con estas palabras: *Continúe V.*: *iba V. diciendo...* Lógica es, por tanto, esta deducción: si una interrupción extraña hay que atenuarla, una propia es casi inexcusable.

Cuando se refiere alguna cosa que, sin ser graciosa, tenga intención de serlo; que sin ser patética se proponga enternecernos, por muy fastidiado que uno se halle, no debe dejar de sonreir o mostrar interés.

Si el narrador se pierde en largas digresiones, hay que tener paciencia hasta que acabe su laberíntico discurso. Esta condescendencia es absolutamente indispensable si se trata de un anciano u otra persona respetable. Cuando el despiadado o *latoso* narrador es un amigo, puede obligársele a resumir diciéndole risueña y discretamente: «¿Y qué pasó?... ¿En qué quedó el asunto?»

Cuando se os refiere una impostura evidente, el arte de escuchar es más difícil, porque si parece que le dáis crédito pasáis por un tonto, y si dáis muestras de dudar, pasáis por un descortés. Un poco de frialdad, una atención escasa, una frase ligera como *¡Eso es increíble!* sacan fácilmente del mal paso.

Cuando la aventura que se refiera sea solamente extraordinaria o dudosa, conviene conducirse de otro modo. Las fisonomías de los oyentes deben expresar admiración, y no está de más decir alguna frase así: *Si no conociese la veracidad de usted... Si otro cualquiera me contase todo eso, me sería difícil creerlo.* Pero en cualquiera de estos casos no interrumpáis.

La peor de todas las interrupciones es la que dicta el orgullo. Si una persona de ingenio *se apodera* de una historia contada por otro, aunque sea con el fin de darla más colorido, de darla mayor realce, gracia y expresión, se hace a pesar de su elocuencia modelo de impertinencia y grosería. Claro es que a veces da pena escuchar a un necio echar a perder una anécdota, de que se habría podido sacar mejor partido; pero la urbanidad y la cortesía reclaman este sacrificio.

La interrupción es perdonable cuando se hace para defender a un ausente, aclarando un hecho a su favor. Cuando se os acuse, podéis en rigor

interrumpir con una exclamación, aunque en la mayoría de los casos es más correcto y al propio tiempo más enérgico un simple gesto.

La *pronunciación* es aún más indispensable en el discurso que la misma elocuencia, porque antes que la elección de expresiones, está el hacer que se entiendan, y esto no sucede si se pronuncia mal, porque la mala pronunciación da origen a repeticiones forzadas, pérdida de oportunidad, fatiga, disgusto, impaciencia en los interlocutores.

La falta más principal contra el arte de pronunciar está en la volubilidad; hablando muy de prisa se atropella la pronunciación; se producen sonidos inarticulados, ininteligibles, y es el más insoportable de todos los defectos. Por el contrario, pronunciar muy despacio, lentamente, *escucharse*, es un defecto indudablemente; no está, pues, de más activar la palabra, pero sin precipitarla nunca.

Tras este vicio viene el de la perplejidad, que no es menos enfadoso, porque matiza el discurso de ridículos y penosos esfuerzos: esto, que en algunas ocasiones depende de la organización, proviene casi siempre de que se domina la idea antes de tomar la palabra. Lo motiva también la timidez, la emoción y el cuidado presuntuoso de emplear términos escogidos. El que quiera parecer ingenioso a fuerza de palabras rebuscadas resultará enormemente fastidioso.

Es impolítico convertirse en corrector, como algunos que detienen al que habla, en medio de una peroración, sea o no interesante, para repetir con una maliciosa sonrisa la locución vulgar, la palabra mal pronunciada o el mal acento que ha pronunciado.

Hay que huir del lenguaje excesivamente chabacano con tanto cuidado como del extraordinariamente ampuloso.

Una buena gramática castellana y la lectura de buenos libros, con profunda atención leídos y recordados, son los maestros por excelencia. La atención que debe prestarse en sociedad a *todo* y a *todos* puede completar la obra, puesto que al poner ante nuestros ojos claro y distinto el ridículo que hacen algunas personas hablando de tal o cual modo vicioso e incorrecto, puede ser una provechosísima enseñanza si ponemos exquisita atención en analizar imparcialmente nuestros errores.

Otro detalle del que hay que huir con sumo cuidado es el de las *muletillas*.

¡Cuántas veces nos hemos sonreído y hemos ridiculizado a las personas que a cada momento sueltan *¿Me comprende V.? ¿Sabe V.? ¡Naturalmente! ¡Claro! ¿Está V.?* y *Dale que le das, Palatín, palatán*, y *Tal y tal, ¿Eh?* etc. Estos son, como si dijéramos, *lunares de la conversación* que a toda costa hay que evitar.

Los jóvenes y las jóvenes no se prevendrán nunca bastante contra estas faltas que denuncian una educación desatendida. Hay que poner gran aten-

ción en el significado de las palabras. En suma: hay que procurar honrar el habla castellana.

Si en la tranquilidad de un gabinete cuesta trabajo hacer una oración prolongada ¿qué será en el mundo, cuando el calor de la conversación impide reflexionar? Hacer largas frases, es exponerse a cometer faltas de lenguaje, y si se toma espacio para presentar correcto lo interminable, se demuestra presunción, porque la conversación no debe parecer nunca rebuscada y trabajosa, y la expresión y el pensamiento deben tener el mismo arranque.

Respecto a la mujer, puédese afirmar que una conversación sencilla, ingeniosa, culta, sin rebuscamientos, es una de sus más poderosas atracciones; y del dominio público es el saber que han existido y existen mujeres totalmente desprovistas de encantos físicos y que han tenido lo que el vulgo llama *gran partido*, esto es, un poderoso don de imán, merced a su gratísima, chispeante y correcta conversación.

Y si a la mujer la es de suma utilidad el saber hablar, esta utilidad se acrecienta cuando se trata de hombres; las madres de familia harán bien si dedican un gran cuidado a este punto en la educación de sus hijos.

Piensen que este adorno o atractivo es *adquirible*. No ocurre como con la belleza, que si no se tiene no puede comprarse. Una conversación agradable, como todo lo que es hijo del estudio y de la observación, está al alcance de todo aquel que ponga empeño y cuidado en educarse y perfeccionarse. Y para demostrar a mis lectores la verdad de esta afirmación consignaré un hecho, quizá olvidado de puro sabido, y que deben saber y recordar los que desconfían de poder hablar en público por sus defectos de pronunciación.

Demóstenes, el rey de la oratoria en la antigüedad, era de constitución débil, de corto aliento y pronunciaba muy difícilmente. Las primeras veces que habló a los atenienses fué recibido por éstos con silbidos y otras manifestaciones de desagrado; pero el joven orador, empeñado en corregir aquellos vicios, se retiró a una cueva y pasó mucho tiempo, ya recitando largos trozos con la boca llena de piedrecillas, ya arengando a las olas del mar para buscar efectos y acostumbrarse a formar períodos redondos y robustos. Demóstenes realizó sus ejercicios rapándose el cabello para no poder salir en público durante mucho tiempo.

No son precisos ciertamente tantos sacrificios, aunque sí es necesaria una voluntad tan firme y decidida.

Un auxiliar poderosísimo para obtener una buena conversación es, como en otros capítulos de ésta obra se ha dicho, la lectura en alta voz.

Adquiriendo la costumbre beneficiosa de leer en voz alta, teniendo cuidado de elegir libros buenos y útiles, prácticos y literarios, se tendrá mucho adelantado para saber hablar. El oído se habitúa al lenguaje justo y apro-

piado; se aprende el valor y significado de las frases; se educa la voz y la pronunciación; se llega a saber apreciar exactamente lo que es bello, lo que es rebuscado y lo que es chabacano. Se llega, en fin, a tener el *Arte del bien hablar*, por la familiaridad que se adquiere con el idioma.

Mientras los pequeñuelos estén en educación, y cuando atraviesen el hermoso período juvenil en el cual es tan fácil y hacedero grabar las enseñanzas en su fresca imaginación, no se olvide el *detalle* que con el tiempo llegará a tomar proporciones de *primera necesidad*, de hacerles leer todos los días un buen rato en alta voz. Se apreciará fácilmente la excelencia del sistema, si se comparan niños y jóvenes que estén acostumbrados a dicho ejercicio y enseñanza, con los que no lo hayan hecho jamás.

Veráse entonces cuanto más fácil les es a los primeros sostener una agradable y culta conversación.

ARTE DE TRINCHAR EN LA MESA

El arte de trinchar fué mirado por nuestros antepasados como tan esencial, que era entre las personas bien educadas una cualidad indispensable. El último maestro que se daba a los jóvenes era el maestro de trinchar, que lo hacía delante de ellos, y no daban por terminada la enseñanza en este arte, hasta que se familiarizaban con todas las articulaciones de las piezas de caza y pesca.

En París han existido maestros en el arte cisorio, tan hábiles en ejercitarlo sobre una mesa, como en disponer la materia.

Entonces había, y no hace mucho tiempo había aún, piezas de aves, liebres, conejos, hechas de madera con las indicaciones de las junturas, mediante las cuales se podía, con un poco de ejercicio, trinchar medianamente; pero no hay mejor práctica que la *de verdad*: puesto que una pieza de madera, por perfecta que sea, sólo imperfectamente puede enseñar, porque si la pieza verdadera es más gruesa o delgada, más grande o más pequeña que el modelo, la mano permanece dudosa, el cuchillo se desvía, el alón inocente del ave se hace trizas o el anca de la perdiz no se desprende bien. Entonces queda el trinchador turbado delante de la víctima y precisado a recurrir a excusas. Puede comparársele a un general que no haya estudiado el teatro de la guerra sino sobre el mapa, y que creyéndose seguro de conocer los bosques, los valles, zanjas, escondrijos y demás puntos por tenerlos en la memoria, al hallarse sobre el terreno no encuentra nada de lo que se ha figurado, se confunde y pierde la batalla.

El arte de trinchar tiene por objeto los tres principales reinos, digámoslo así, de una cocina; los cuadrúpedos, las aves y los peces.

DISECCIÓN DE LAS AVES

PAVO

Se trincha de dos modos; el primero consiste en levantar un alón y un anca por el mismo lado, y luego el alón y anca opuestos; se ponen las ancas aparte, después de haberlas dividido en dos trozos, y los alones se cortan y hacen tajadas. Hecho esto, se levantan las pechugas, se rompe el caparazón y se parte en dos la rabadilla.

El segundo modo consiste en no trinchar todo el pavo. En consecuencia, se levantan las ancas con el caparazón, se las desprende, y se da una cuchillada en el cuerpo por debajo de la rabadilla, se levanta ésta y se forma con ella lo que se llama una mitra; después se trincha la parte delantera.

Para desprender bien las ancas y los alones es necesario tener cuidado en poner bien el cuchillo en las junturas. Esto se aprende fácilmente con un poco de ejercicio.

GALLINAS, CAPÓN Y POLLO

La disección de estas tres piezas es absolutamente la misma. Consiste en levantar una después de otra sus partes principales, y luego las pechugas. Hecho esto, se separa el caparazón y se corta horizontalmente.

Se divide cada anca en dos pedazos, cada alón en tres, y el caparazón en cuatro. Si estas piezas son cocidas se trinchan fácilmente, pero siempre se necesita un cuchillo muy bien afilado y manejado por una mano diestra que sepa hallar bien las coyunturas; los pollos se trinchan de la misma manera.

GANSO Y PATO

Se trincha el ganso por hebras o tiras desde la parte superior del estómago, cogiendo la carne de los alones y extendiéndose hasta la rabadilla; se toman cuatro tajadas de cada lado, y si no bastan se quitan más de encima de las ancas y otras partes carnosas; después de haber desprendido el mayor número de tajadas que se pueda, se cortan los huesos en que queda aún carne.

Respecto al pato, si es doméstico y cocido, se le parte por trozos sin levantar las tiras, y si es silvestre y asado, se trincha como el ganso.

POLLA DE AGUA O GALLINETA

Esta ave por lo general se sirve asada. Primero se divide el pescuezo

y después un anca; se levanta el alón del mismo lado haciendo que el cuchillo resbale a lo largo del vientre, para coger por dentro la juntura del alón que está metida en la otra ave. En la polla de agua las extremidades de los alones son las más delicadas.

LA CERCETA

Si esta ave se presenta cocida, se la trincha como una polla; si se presenta asada, en hebras que se bañan con su mismo jugo y zumo de limón.

PICHONES

Si estas aves se presentan en salsa, se deben servir con la cuchara; y como la parte de entre ambas ancas es la más estimada, es de rigor el ofrecérsela a las señoras. Si los pichones son asados, se dividen en dos o cuatro partes, según su grueso; si se parten en dos, debe ser a lo largo, de manera que quede un alón y un anca de cada lado, o al través, de manera que los alones queden separados de las ancas.

FAISÁN

Se trincha como la gallina.

PERDIZ

La perdiz se trincha levantando el alón y el anca de un lado primeramente, y luego el alón y el anca de la parte opuesta.

BECADA

Esta ave, que ofrece un asado excelente, se sirve sobre rebanadas de pan tostado y bañadas con zumo de limón; se trincha como la gallina, y después de haber levantado las cuatro partes principales dichas, se corta transversalmente el caparazón en partes iguales.

CODORNIZ, ZORZAL, COGUJADA Y HORTELANO

De estas aves se sirve ordinariamente el anca entera, o cortada a lo largo en dos partes iguales.

Se divide el zorzal levantando sus cuatro miembros principales, o dividiéndolos a lo largo.

La cogujada se sirve sobre una tostada bañada con su pringue.

El hortelano se sirve también entero.

El picafigo, el pluvial y el tordo, se sirven del mismo modo.

DISECCIÓN DE LOS PECES

EL RODABALLO

La carne de este pez se sirve con la trulla. Se echa una línea que le divide en dos partes hasta la espina y otra transversal; se levantarán con la trulla o con cuchara los trozos comprendidos entre estas líneas. Después de haber servido el vientre, que es la parte más delicada, se levantan las espinas y se sirve el lomo. Las señoras son muy aficionadas a las barbas de este pescado, y no se ha de olvidar servírselas.

LA TRUCHA

Una gran trucha asalmonada es un manjar delicioso. Se sirve también con la trulla o pala. Con este instrumento se traza una línea desde debajo de la cabeza hasta la cola, y después otra línea transversal, y se levantan los trozos comprendidos entre las divisiones; luego se vuelve el pez y se sirve esta parte. El vientre en la trucha es lo mejor.

EL BARBO

Se tirará una línea sobre el lomo desde la cabeza a la cola, y otra línea transversal; después se partirán y servirán los trozos contenidos en estas líneas. La lengua de este pez es muy delicada, así como la porción cercana a la cabeza.

CARPA

En primer lugar se le corta la cabeza, que siendo un bocado muy especial, puede presentarse sola por si algún convidado la desea. Después se levanta con la trulla el pellejo y las escamas, poniéndolas aparte; se tirará una línea desde la cabeza a la cola y otra transversal, levantando y sirviendo los trozos comprendidos entre ellas; se prefieren los trozos cercanos a la espalda.

EL SOLLO

Al sollo se le corta en primer lugar la cabeza, como a la carpa, que es un bocado delicadísimo. Se tira con la trulla una línea profunda desde el principio de la cabeza hasta cerca de la cola; ambos lados del pez se dividen y parten en líneas transversales, de manera que cuantos pedazos se levanten con la trulla participen del lomo y del vientre.

ALGUNAS CARNES

CORDERO

Se trincha del modo siguiente:

Se le parte en dos cuartos iguales, abriéndole desde el principio del pescuezo hasta la cola, lo que se hace echándole el cuchillo sobre el espinazo; después se vuelve a dividir cada cuarto en costillas iguales, se separan las piernas y se cortan en rebanadas.

Del mismo modo se parte el cabrito. Las partes más delicadas son las del cuarto trasero, al paso que las del cordero son las costillas.

LECHONCILLO

Se le quita desde luego la cabeza y se le levanta el pellejo formando cuadros, y teniendo cuidado de que quede pegada alguna carne a cada trozo.

LIEBRE, CONEJO

Estas dos piezas, cuya estructura es casi la misma, se sirven asadas y se trinchan del mismo modo. Se levanta desde luego el lomo desde la extremidad anterior hasta las ancas, adelantando el cuchillo por cada lado; en esta dirección se desprenden los lados y se cortan en diferentes pedazos transversalmente, se quita la parte carnosa de las ancas, así como se le quita la cola con porción de carne, que es el bocado delicado llamado tajada de cazador.

Si es un gazapillo tierno, después de haberle cortado la cabeza, se le divide al través sin quitarle el lomo, de manera que éste y los lados queden unidos.

JABALÍ

La cabeza de este animal salvaje, deshuesada y cocida, se divide horizontalmente en dos trozos por encima de los colmillos; después se hacen lonjas ambas partes, sea por arriba o por abajo; luego se unen los dos trozos por medio de dos agujas de lardeal, para conservarlos en estado de aparecer en la mesa como el jamón.

ALGUNAS RECETAS PRACTICAS

PARA HACER DE UVAS, PASAS

Quince días antes de vendimiar se cuece goma o potasa con goma, después se vuelve a cocer la mitad, para que tenga once grados de álcali. Estando las uvas preparadas, las más gruesas y maduras se echan en una caldera llena de agua alcalina hirviendo, y se sacan en el momento que principia a rizarse, luego se ponen sobre esteras al sol, dejándolas al sereno la primera noche: después se guardan de noche y se ponen al sol de días hasta que estén casi secas. Luego se ponen en cajas.

MELOCOTONES SECOS (OREJONES)

Se cortan en dos partes, se mondan ambas y se echan en un plato donde están doce horas: el jugo se echa fuera, y en su lugar se añade una parte de azúcar y otra de aguardiente con un poco de canela y clavo, en todo lo cual hierven doce horas; después se ponen sobre esteras, y se secan al horno. Esta operación se repite tres veces.

MELOCOTONES EN AGUARDIENTE

Se mondan con un cuchillo, y para cada libra se añade una cuarta parte de azúcar cocido, en la que también hierven un poco los melocotones; se revuelven y se echan en un frasco, añadiendo el jarabe con aguardiente.

MERMELADA DE ALBARICOQUES

Media libra de azúcar blanco por cada libra de albaricoques mondados. Se cuecen en un puchero por espacio de tres cuartos de hora, meneándolos sin cesar. Luego se añade una mitad de almendras mondadas.

CONSERVA DE GUINDAS

Se las quita los rabos y los huesos, y se ponen en un cazo con una sexta parte de zumo de grosella y una décima parte del de frambuesa, y se hace hervir todo por espacio de una hora.

JALEA DE GROSELLA

Seis libras de grosellas encarnadas y tres de blancas, y una libra de

frambuesas ; estrújense estas frutas, después de quitarles los huesos, con un paño, sacando el jugo posible, que se echará en un caldero. Se hace hervir por espacio de un cuarto de hora, espumándolo ; luego se añade una libra de azúcar por cada una de zumo, y continuará el hervor hasta que tome la consistencia necesaria.

OREJONES MOJADOS

El día antes de servirse los orejones o cascabeles, se tendrán todo un día en agua tibia. Llegada la noche se les quitará el agua con gran cuidado, se les echará vino blanco hasta bañarse, estarán con él toda la noche, y se servirán con azúcar y canela.

CAMUESAS REHOGADAS

Se asan, se parten a pedacitos, quitándolas el corazón y corteza, se echan en un puchero con vino blanco, azúcar y canela, y se dejan un rato a fuego manso, hasta que se evapora una tercera parte del vino.

PRECIOSOS CONSEJOS DE UN ABUELO

Castillo de los Almendros

*A Susana y Margarita de ****

En el convento de...

Mis adoradas nietecitas Susana y Margarita: El correo me trae hoy una triste noticia: la de vuestro ingreso como pensionistas en un colegio. ¿Qué ha podido ocurrir, niñas mías, para que vuestros padres, y más aun vuestras madres, hayan tomado una resolución tan enérgica? Decídmelo vosotras; ya sabéis escribir; vuestras cartas tendrán ingenuidad y franqueza, y el abuelito os ruega que seáis completamente francas. Estoy consternado. Yo había escrito a vuestras casas en solicitud de que os permitiesen venir un mes a alegrar con risas y juegos la soledad de este vetusto castillo y la de su anciano morador. Y en vez de tan risueña esperanza, ha llegado una amarga realidad. Vuestros padres me envían una lacónica carta que dice: «Renuncie usted por ahora a ver a las niñas. Hemos tenido que llevar a las dos primas internas a un colegio. Ya daremos detalles». ¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? ¿Tenéis ocho años apenas y ya han tenido que apartaros de vuestros hogares? Decídmelo vosotras... decídmelo vosotras, ¿por qué ha sido eso? Esta carta es para las dos, puesto que estáis juntas. Aunque pequeñas, me parece que sabréis comprender la angustia de vuestro abuelito, que, solo, viejo y encerrado aquí, sólo pensaba en los dichosos instantes en que el coche del castillo se engalanaba con sus mejores arreos y sus más ruidosas colleras para recibir con todos los honores de la alegría a las

nietas queridas, rayos de sol que iluminaban mis tristes días. ¡Qué solo estoy!

Os abraza vuestro

Abuelo.

*Al señor Marqués de ****

En el castillo de los Almendros.

Querido abuelo: Tu carta me ha hecho llorar. Yo no tengo la culpa de que estés solo, ni de que estés triste, ni de que me hayan encerrado aquí, ni de nada... Es decir, sí tengo un poquitín de culpa; a ti te lo voy a decir, porque no me regañarás ¿verdad, abuelín? Pues verás lo que ha pasado: Margarita y yo pasábamos casi todos los días juntas... ¡ya te acordarás de eso! y jugábamos mucho... mucho... y no nos daba la gana de trabajar... y un día tiramos el tocador de mamá y la rompimos todos los frascos... y otro día yo empujé a Margarita, y... ¡cataplum! tiramos la mesa de cristal que había en el despacho de papá... ¡se puso más furioso! Y verás... verás... aún más cosas. Resultó que al ponerse furioso papá, le temblaban los bigotes... y... ¡me eché a reir! Mira, abuelito, no lo pude remediar. Bueno; otro día te escribiré más largo y te contaré muchas cosas. ¡Tengo una pena al saber que estás triste y yo encerrada sin poderte dar muchos besos! ¿Me perdonas? Yo seré buena para que me saquen pronto, y poderte ver. Mira; ahora... pienso... pienso... y me parece que he sido muy mala. ¡Ya ves tú; para que papá y mamá me echen de casa! Ya seré buena, abuelito. Te quiere mucho tu

Susana

*Al señor Marqués de ****

En el castillo de los Almendros.

Querido abuelo: ¡Qué gracioso eres! ¡Como si yo tuviera la culpa de que mamá y papá sean unos egoístas y me hayan traído aquí porque sí! Sí; estoy rabiosa... y me quiero escapar del colegio ¡eso! La culpa la tiene la estúpida de Susana; hacía atrocidades, y era una holgazana y una tonta. ¡Pues si creen que voy a estudiar aquí, se equivocan! ¡No pienso trabajar ni pizca! ¡Y me he quedado sin estrenar un traje precioso de color de rosa que me habían hecho! ¡Y tengo que ir con este uniforme feo y raro! ¡Cuando te digo, abuelo, que estoy rabiosa! Adiós; no te pongas a decir tonterías, porque yo no lo he podido remediar.

Margarita.

*A Susana y Margarita de ****

En el convento de...

Mis queridísimas nietas: Quince días hace que recibí vuestras cartas, que esperaba con tanto afán. ¡Qué trabajo me cuesta escribir esta carta! Sí, hijitas mías; me cuesta trabajo inmenso, porque en ella tengo que decir algo que quizá os desagrade, es decir, a una de las dos. Ya sabéis que siempre os he querido de igual manera a una que a otra. Vinisteis al mundo cuando yo estaba agobiado bajo el peso de inmensas penas: y vinisteis con pocos días de diferencia; así es que el consuelo que con vuestro nacimiento recibí, me lo disteis por igual... ¿cómo no quereros igualmente? Desde que me separé de vuestro lado para encerrarme en mi viejo castillo, sólo pensaba en las cortas temporadas que habíais de pasar conmigo, y durante ellas, vuestras travesuras y encantos presentes me hacían no fijarme en nada más... Las últimas cartitas han sido para mí una enseñanza... ¿no adiviináis?... En la suya, Susana se me aparece tierna, dulce, humilde y justa... Pero ¡ay! que Margarita, mi rubia y sonrosada Margarita, muestra una dureza de corazón y una injustificada soberbia, que pienso ha de hacerla muy desgraciada en la vida... motivando el que antes lo seamos todos cuantos la queremos... ¡Con qué encantadora lealtad confiesa sus culpas Susana, y hasta supone que debe haber aún más que no recuerde! ¡Con qué espontáneo encanto femenino trata de curar mis heridas y de ponerlas el bálsamo de la esperanza hecho con su buena voluntad y propósito de enmienda! ¡Cuán distinta de Margarita, que, encastillada en su terco orgullo, no ve sino ajenas culpas; no se acuerda del dolor de los demás, al que llama *tontería*; y sólo lamenta la pérdida de un traje; y sólo abriga propósitos de rebelión!

¡Por Dios, Margarita; fíjate en los consejos del abuelito y grábalos bien en tu memoria y en tu alma! Esa roca de que parece hecho tu corazón, saltará algún día en mil pedazos, porque el mundo se venga cruelmente y porque la vida encierra muchas penas. Y no creas, no, que porque tu corazoncito sea duro, las sentirás menos. Dura es la roca de las montañas, y se destruye con barrenos, menos brutales que algunas amarguras de la vida. Mira, niñita mía: eres aún pequeña, pero esfuérzate por entenderme. La felicidad la llevamos dentro de nosotros mismos: es la bondad y el agrado. Estas cualidades van limando asperezas por nuestro camino; son los heraldos de la dicha. ¡Desgraciado de aquel que sólo siembra odios y antipatías! ¡Pobre del que no se cuida de hacerse amar!

¡Susana, mi Susana! ¡Dios te premie tus cariñosas frases! Toda culpa la aminoras, puesto que la declaras y te arrepientes. Procura trans-

mitir algo de tu dulzura a Margarita... ¡pobre niña! Me da pena... Y sed buenas... muy buenas... ¡Pensad que de vuestro comportamiento depende el que yo os tenga o no.; es decir, la dicha o la desdicha del

Abuelo.

*Al señor Marqués de ****

En el castillo de los Almendros.

Mi querido abuelín: Estoy *la mar* de contenta, y quiero que lo estés tú también; por eso te escribo. He ganado la medalla este mes; dicen las Madres que me porto muy bien y ha dicho papá que le parece que me va a perdonar todas las picardías que hice, y que me dejará salir en las vacaciones y pasarme contigo quince días. ¡Qué gusto ¿eh? abuelito! Ya puedes preparar el coche, y el borriquito moro ¿sabes? el chiquitín enano que me monto encima de él. Pero no te creas que eso va a ser en seguida ¡quiá! ¡Falta aún mucho, abuelín! Pero te lo he querido decir para que te alegres pronto. ¿Me quieres, verdad? ¡Ah! Tengo que decirte otra cosa, pero en secreto ¿oyes? no se lo digas a nadie... Mira, Margarita... no, no te lo digo ¡pobre prima! no la quiero acusar; pero ¡si vieras, abuelito, qué malas ideas tiene! Adiós, adiós. Te da un beso

Susanita.

*Al señor Marqués de ****

En el castillo de los Almendros.

Querido abuelo: Casi no debía escribirte, porque me enfadé contigo una atrocidad por aquella carta en que decías que yo no soy buena, y qué sé yo cuantas simplezas más. Susana es una tonta y una majadera; las Madres la han dado el premio este mes, pero sin merecerlo ni nada; ¡tiene una suerte! En cambio a mí no me hacen caso, y eso debe ser porque el tío regalará más cosas a las Madres que papá, y por eso me tienen rabia; sí, señor, por eso debe ser. Tú tampoco me quieres, porque ya ves cuantas atrocidades decías en tu carta; pero no me importa tampoco. Ya no iré a verte en las vacaciones porque no me dejarán salir; a ti no te importará eso; bueno, pues a mí tampoco. ¿Quieren todos hacerme rabiar? Pues se fastidian, porque no rabio ni pizca.

Tu nieta

Margarita.

*A Margarita de ****

En el convento de...

Adorada nietecita: Ven acá, nena mía. ¡Vamos a ver si nos entendemos! ¡Ya ves! Cometo la falta de no escribir a Susana; sólo a ti, a ti solita. A Susana la dirás que la envío muchos besos... y muchos bombones. Que me siento orgulloso de ser el abuelo de una señorita *condecorada*, y que otro día la escribiré. Hoy voy a dedicarme a ti por completo. No te digo nada de tu carta... ¿para qué? La guardaré, y cuando seas mayor la leerás y te avergonzarás de ella. Pero sí quiero decirte que procures variar. Mira, los sentimientos generosas hacen más felices a quienes los poseen que a aquellos en quienes se emplean. Verás, nenita: si tú quisieras ser menos *rabiosilla*, menos orgullosa y más dulce, verías cómo te considerabas más feliz. Anda... prueba... corrígete; sé aplicada; no tengas esos celitos de tu prima; reconoce tus faltas sin pensar en si los demás las tienen o no; detrás del reconocimiento de los propios defectos, llega el afán de remediarlos; eso ocurre siempre. ¿Por qué hay tantas personas malas? Porque no quieren convencerse de que lo son; si lo reconociesen, más de la mitad se arrepentirían. Piensa, no en que habrá *trampa* en la medalla de Susana, sino en que se esfuerza por alcanzar gracia; y piensa en que si tú quisieras... si hubieses hecho algo para ello... quizás tuvieses dos medallas, no una; pero tú, siempre terca, prefieres pensar mal de los demás que confesar tu error.

Y el caso es, mi Margarita adorada, que ahora eres pequeña y todo pasa como genialidades de niña; pero crecerás... te convertirás en una señorita... y no habrás aprendido nada, ni siquiera sabrás dirigir tu geniecillo de modo que tú y todos los que vivan contigo seáis felices. Piénsalo... Mira; si te dominas, si procuras ser muy aplicada... mucho... para ganar premios... y saber cosas... y no pensar en censurar a los demás, porque mientras te ocupes de trabajar, no te ocuparás de los otros...; pues bien, si haces todo eso, y consigues, como Susanita, permiso para venir una temporada al castillo, te compraré... te compraré... ¡una muñeca tan alta como tú! ¿Eh? ¿Qué le parece este plan a Mademoiselle Margarita? Pues aun hay más. Como una muñeca igual compraré a Susana, y teniendo en cuenta el mayor sacrificio que has de llevar a cabo con la modificación de ese orgullito tan mal entendido, te compraré además ¡un cochecito para que lo guíes tú! Me parece que el proyecto es magnífico y que ahora va a ser Susanita la que note cierta envidieja... ¡Animo, Margarita! ¡A corregirse tocan! ¡Y considérate feliz, puesto que se te premia además! Si no te enmiendas, en el porvenir tendrás que hacerlo... ¡a fuerza de golpes!

Te adora y se preocupa hondamente por tí, tu

Abuelo.

*Al señor Marqués de ****

En el castillo de los Almendros.

¡Caramba, abuelín! En cuanto te vea, te voy a dar lo menos... lo menos... cuatrocientos besos. Mira, iba a empezar la carta muy enfadada, en broma, naturalmente, pero ¡quiá! no puedo, ¡me cuesta un trabajo enfadarme, aunque sea de mentirijillas! Y además, pensé: «¿Y si el abuelín se cree de verdad que estoy enfadada? ¡Tan bueno como es el abuelito! ¡Quiá! ¡Quiá!» Y por eso te escribo sin enfados mentirosos, ni nada.

No creas que me importó que la carta tuya fuese sólo para Margarita. Como me decías que estabas *orgulloso de mí*, me puse tan contenta como si me hubieras escrito una carta larga... larga... ¡Si las Madres se reían de mí porque estuve haciendo pucheros al leer eso! Pero eran pucheros de alegría ¡tonto! ¡Mira que tú orgulloso por mí! Anda, pues verás; lo que es este mes, voy a ver si saco todos los premios. ¡Voy a estudiar más! A ver qué me dices entonces. Has hecho bien en escribir a Margarita sola. Ella me decía: «¡Anda, rabia, rabia, que el abuelo me quiere y a ti no!» Pero yo no creo eso; ya sé que me quieres, y que no me has escrito para poder hacer la carta de Margarita más larga... porque... porque... porque la hacía más falta. ¿Verdad que sí es por eso, y que me quieres lo mismo que siempre? ¡Claro! ¡Si ya lo sé yo! Además, me enviaste unos bombones muy ricos... y unos besos más ricos todavía. ¡Ah! Me alegro mucho que compres el cochecito a la prima; ya montaré yo también en él, y si no ¡mejor! me quedaré con mi muñeca y mi abuelo... y me contarás cuentos de hadas y de ángeles... El caso es que Margarita esté contenta. Ya ves tú: el tío dijo que se la iba a llevar mucho más lejos... en castigo... y a mí me da eso mucha pena... yo la quiero mucho, y no quiero que se la lleven... Verás, ¡tengo un plan. Yo me estoy ganando este mes la mar de premios... bueno; pues la voy a decir a la Madre que no me los dé, y que se los dé a Margarita para que la dejen salir de vacaciones... ¿A qué te parece bien? Así estaremos las dos con nuestros papás... y luego nos iremos juntas a pasar muchos días... con un señor Marqués... muy bueno... muy bueno... que se llama abuelo... ¿eh?... y que regala muñecas... y que le va a dar muchos abrazos.

Susanita.

A Margarita y Susana, en el convento de...

Todo llega y todo pasa en el mundo. ¡Ya hace más de un mes que os habéis marchado de aquí, y aun me parece que entre los árboles se oyen vuestras risas; que en los caminos se escucha el tintineo de los borriquitos enanos que tiran del coche de Margarita, y que las sillas del parque esperan al abuelo y a Susana, que se cuentan mutuamente cuentos!... ¡Pero si ya hace más de un año que estáis en el convento! El tiempo pasa... la vida pasa... tenedlo presente para no malgastar el tiempo, que es de lo que se forma la vida. Creo y espero que cuanto habéis hecho durante la temporadita que los papás os han dejado conmigo, y cuanto os he aconsejado, habrá quedado grabado en vuestras cabecitas. Os encargo que no abandonéis la costumbre, que os he hecho empezar, de llevar apuntados en el librito que os di todos vuestros pequeños gastos; en el porvenir os alegraréis de tener esa costumbre; así se sabe lo que se gasta, y al sumar... vosotras ya sabéis sumar... pues bien, al sumar, algunas veces se ve que se ha gastado más dinero del que se debía gastar... Entonces se repasa el librito, y se dice: «¡Anda, qué tontería hice al comprar esto!» O bien: «El dinero hubiera venido justo y aun hubiese sobrado, si no llego a hacer tal o cual compra, que ahora al leer la lista, veo que era inútil...» Y con este sistema aprenderéis a organizar el presupuesto; enseñanza utilísima en la vida; indispensable en todo hogar bien establecido... y ya os he repetido muchas veces que tendréis un hogar que regir.

A Margarita la recomiendo muy especialmente que corrija su genio. Durante esta temporadita, tan dichosa para mí, he observado en ella multitud de detalles que me desagradan. No se lo he querido decir para no amargar con desagradables discusiones la estancia en el castillo. Ciertamente que no se puede culpar a Margarita de graves faltas; pero es tan dura y agria de lenguaje, tan *cortante* en sus réplicas, tan poco activa, tan poco *femenina*, en fin, que tiemblo por ella.

No así mi risueña Susana. O mucho me equivoco, o mis años y experiencia no sirven de nada, o esa niña tiene que ser feliz forzosamente. ¡Cómo no, si lleva dentro un caudal de alegría, una riqueza de dulzura e indulgencia, un tesoro de laboriosidad y paciencia!

¡Y qué abnegación más sencillamente sublime! ¡Cómo gozabas, Susanita mía, al ver a Margarita guiando su cochecillo por el inmenso parque del castillo, sin pensar que casi todo lo debía a tu hermoso rasgo, cediendo tus premios y méritos en aras de su libertad! En fin... pasó la hermosa temporada, niñas queridas. El abuelito vuelve a pasear solitario por las grandes habitaciones y por la dehesa, sólo con los re-

cuerdos y con las esperanzas, y viendo siempre la belleza rubia, soberbia, orgullosa, brillante, de Margarita, y la menos linda, pero... no sé... no sé por qué sugestivamente atrayente, de la morenilla y sonrosada, viva y cariñosa Susanita. ¿Qué imán posees, querida nena, que de tal modo robas las voluntades? ¡Qué misterios tan hondos encierra la bondad! Margarita, soberanamente hermosa, espléndidamente bella, ha pasado por aquí sin hacer nacer a su paso ni un cariño; criados, mozos, trabajadores, colonos... todas la admiran; todos la declaran perfecta... ninguno la recuerda con ansias de vuelta, con recreo de su estancia. Por el contrario, el nombre de Susana lo pronuncian todas las bocas con entusiasmo, recordando cada cual algún *rasgo* noble, algún detalle de ternura llevado a efecto, y con el anhelo grande, con la súplica constantemente repetida de que vuelva pronto... que vuelva pronto... Recapacita, Margarita mía; yo te adoro del mismo modo que a Susana; quizá algo más, puesto que en mi amor, como en el de tus padres, hay una mezcla de temor angustioso por tu futura dicha; quisiéramos, fíjate bien, quisiéramos detener la marcha del tiempo y poder decirle: «Espera... aguarda.... nuestra Margarita está aún sin *moldear*... su corazón, duro, tercamente duro... cerrado a todos los generosos sentimientos; se ablandará... espera... es cuestión de tiempo... no queremos que sufra... sabemos... presentimos que la traes muchas lágrimas... detente. Tiempo... queremos defender a nuestra Margarita de las penas... y con paciencia... con mucha paciencia, confiamos en conseguirlo... Tenemos un angelito que nos ayuda... es Susana... ¡Oh Tiempo! ¿Conoces a Susana?... Pues por ella te pedimos que te pares; ella, como nosotros, tiene el anhelo infinito de ver corregida a su prima, y no regatea para ello su personal sacrificio... ¡Ayúdanos, Tiempo; detén tu marcha...!»

Pero ¡ah! niñas mías, que el Tiempo es inexorable, y anda... anda... marcha siempre desoyendo ruegos y súplicas... y por eso parece que queremos aún más a Margarita, porque en nuestro amor entra el temor de su porvenir...

En fin, basta de este tema. Aplicaos mucho; sed muy buenas; tened siempre presentes los consejos de todos, y volved pronto al vetusto castillo del vetusto

Abuelo.

*Al señor Marqués de ****

En el castillo de los Almendros.

¡Vaya una carta la tuya, parece un sermón! ¡Me molesta más cuando te pones así! ¿Que no me quieren tus criados y colonos? ¡Pues vaya

una desgracia! Me es igual; no, no me es igual; me alegro. ¿Qué falta me hace que ellos me quieran? ¡Unos sucios y unos ordinarios! ¡Vaya una ganga! Eso para la imbécil de Susana, que parece que se olvida de que es una *señorita*, nieta de un marqués, y rica, y habla con todos y besuquea a los chicos... ¡qué asco!... ¡Pues no te conté una atrocidad que hizo! Fué, y un día dió a un trabajador viejo de tus campos un gran trozo de roscón a cambio de un *pedacín* de pan duro que él estaba comiendo. ¿Será majadera y asquerosa?

Me alegro que me quieras tanto, pero no te pongas tan pesadito con que si voy a llorar... y si seré desgraciada... y esto y lo otro. ¿No soy hermosa? Todos me dicen que mucho. ¿No soy rica? ¿No soy hija única? ¿No eres tú marqués? Pues déjate de tonterías... ¿Voy a sufrir porque no lloren tus criados cuando me vengo? ¡Pues vaya una desgracia! No seas tonto, abuelo, no seas tonto. Lo que tienes que hacer es procurar que otra vez que vaya nos divirtamos más; a ver si me compras algo muy bueno... Un automóvil... ¡qué sé yo!

Te quiere, aunque eres muy gruñón, tu nieta

Margarita.

*Al señor Marqués de ****

En el castillo de los Almendros.

Queridísimo y *precioso* abuelito: ¡Cuánto me acuerdo de ti y de la temporada que he pasado contigo! ¡Qué preciosos cuentos me contabas! ¡Pues y los lindos borriquitos que comían en mi mano y me llevaban encima! ¡Pues y el coche de Margarita! ¡Anda, pues y las faenas del campo! ¡Qué risa pasábamos el tío Zurdo y yo cuando me subía en el trillo! Recuerdo también con alegría el jaleo que se armó un día que llevé al tejar unos cucuruchos de bombones y los repartí; y unos hacían gestos, y los niños se chupaban los dedos... y las mujeres se relamían... y yo me divertí una atrocidad. En fin, abuelito, que si con trabajar mucho, mucho, pudiese conseguir ir pronto otra vez... ¡pronto iría!

¡Anda, abuelito! ¡Qué bien escribes! ¡Qué atrocidad! Lo que dices en tu carta del Tiempo parece así... ¡qué sé yo! Pero mira, no le digas al Tiempo que pare, porque si te hace caso... ¿cuándo te voy a ver yo? ¡Anda, chúpate esa; porque en eso no habías pensado tú; te he ganado!

Te advierto que no me ofendo porque quieras más a Margarita. ¡Tengo yo cariño para todos, y con quereros yo más, en paz!

Tampoco creas que me ofendo porque me digáis que no soy bonita; eso ya lo sé yo; pero si aunque no lo sea me queréis todos ¿qué más

da! A mí me parece que eso es lo mejor del mundo. ¡Margarita sí que es preciosa! ¡Qué barbaridad de preciosa es, abuelín! Cada día más.

Bueno. Adiós, adiós. Tengo mucho que estudiar. Da muchos abrazos a todos los borriquitos, y a las yeguas, y a los perros. Expresiones al tío Zurdo, y a la Basilia, y al Rubio, y a la Peregila, y al viejo Anselmo, y a la Dora, y al tío Perendengues, y al Pelao, y a la Pastora, y... ¡a todos, vamos, a todos! Y les dices que me acuerdo de ellos, y que cuando vaya, voy un día a comerme sus sopas, que deben ser muy ricas.

Adiós, adiós, abuelín. Te quiere mucho, muchísimo, una atrocidad, tu nieta

Susanita.

PRECIOSOS CONSEJOS DE UN ABUELO

(SEIS AÑOS DESPUÉS)

*Al señor Marqués de ****

En el castillo de los Almendros.

Queridísimo abuelito: Mi carta de hoy es un poquito interesada, pero ¡qué le vamos a hacer! Para no enfadarte mucho con tu Susana, acuérdate de lo que tú siempre dices: «*Los días se suceden y no se parecen...*» Y con efecto, no se parecen absolutamente nada, puesto que yo, que no creo ser pedigüeña, tengo que serlo hoy. Verás. Margarita y yo hemos cumplido quince años, y... ¡Si vieras, abuelo, que poquitos atractivos tiene a esta edad el colegio! Ya sé que me vas a contestar que le vaya con ese cilindro a papá... Pero... te diré... Vamos, me parece que si tú nos ayudas triunfaremos mejor. Ya ves; yo puedo alegar que, según dicen las profesoras, soy la primera en todo. Aquí no voy a aprender más; y en cambio ¡me he portado tan bien! Es decir, a mí me parece que me he portado bien, puesto que he sido siempre premiada y nunca castigada.

En cuanto a Margarita... ya... sé que ese es un huesecillo algo duro... Pero, mira, abuelo: convéncele al tío de que si en los siete años que llevamos aquí metiditas no se ha podido conseguir el modificar su geniecillo orgulloso, y apenas se ha podido hacer que sepa cuatro cosas... no muy bien ciertamente... ¿qué se espera? Quizá fuera de aquí, estando con la familia, yendo a visitas y tertulias, al ver otras muchachas... vamos... quizá ponga en corregirse el empeño que hasta la fecha no puso. Ella no es mala, no; es una lástima de chica... Pero aquí, aburrida (porque ya nos aburrimos mucho)... ¡Y debe ser el

mundo tan bonito! ¡Anda, abuelín! Intercede por nosotras... Dios te lo pagará... Y yo también te lo pagaré con un chaparrón de besos y con muchos ratos de compañía, tantos como me dejen mis papás. ¿Convenido? Gracias. ¡Si eres tú más bueno!

Agradecidísima tu

Susanita.

*Al señor Marqués de ****

En el castillo de los Almendros.

Querido abuelo: Me dice Susana que te escriba para pedirte que intercedas a fin de que nos saquen del colegio. ¡Bueno! Te escribo; pero no creo que conseguirás nada. ¡Son unos egoístas los papás, y no quieren molestias! Eso sí; están completamente equivocados si creen que así ganan más. Susana, que es tonta, como siempre ha sido ¡se da cada atraquina de estudiar y de hacer labores! ¡Como si así lo consiguiera antes! Ya ves que lo mismo la da, y que sigue aquí metida... ¡Yo no soy tan imbécil, y no me doy malos ratos! Lo mismo estamos aquí encerradas una que otra. ¡Pues siquiera yo no me mortifico; juego; procuro divertirme y en paz! Claro es que tengo ganas de salir de aquí, de ir a todas partes y de llevar trajes bonitos... y de que me admiren. Pero yo no lo pido a papá ni a mamá. ¿No me metieron ellos aquí? Pues ellos verán... Yo no me *rebajo* a solicitar nada. Ya tengo quince años; supongo que no pensarán tenerme encerrada toda la vida. ¡Susana se lo ruega a sus padres en todas las cartas! ¡Valiente tonta! Además, ¿para qué querrá esa ver el mundo, tan feuchilla como es? ¿Si creerá que la van a hacer caso? ¡Y hasta puede que se figure que la va a salir novio!... En fin, abuelo; ya está escrita la carta. Conste que por mí no pido nada; es Susana que se ha empeñado en que te escriba.

Un abrazo de tu nieta

Margarita.

A Margarita y Susana, en el convento de...

¡Adoradas nietas: ¡Ya lo creo que he hecho gustoso vuestro encargo! ¡Pues bonitas ganas que tengo yo de que salgáis de ahí, para ver si me tocan temporaditas más largas en vuestra compañía! ¡Y que he enviado a Madrid una carta... superior! No, no; creo que no me desairarán. ¡No se me ha quedado en el tintero ningún argumento defensivo! ¡Bien me he acordado de cuando vestía la toga!

Respecto a lo que dice Margarita, que lo mismo saca ella sin estudiar que Susana trabajando, no estoy conforme. Cierto es que no por eso se ve libre antes; pero el día que lo esté, ¿no hará mucho mejor papel en sociedad, estando tan maravillosamente educada, que Margarita con su ignorancia? ¿No será ésta la que quede relegada al olvido cuando vean su nulidad? Es posible... es posible... ¡Tiene tantos encantos una jovencita bien educada, primorosa, activa, sabiendo hablar idiomas, llevar la contabilidad, cantar, dibujar, arreglar la casa, tocar el piano! Y según aseguran las Madres, Susana es maestra en todo esto. Piensa... piensa, Margarita, en que será ella y no tú la que triunfe. Y piensa, niña mía, en que tú solita eres la culpable, pues los mismos elementos de aprendizaje has tenido tú que ella... y quizá... y sin quizá, muchas más contemplaciones. En fin, lo principal es que salgáis, porque tiene razón Susana; ella no puede ya aprender más, y Margarita ¡lo que ya no ha aprendido...! ¡Veréis qué bonito es el mundo! ¡Qué espléndido de bellezas se mostrará a vuestras inocentes miradas! Y como lo feo que tiene el mundo, los desengaños, las traicioncillas, las penas, las luchas, no se han de rozar con vosotras tan pronto, tendréis tiempo de gozar intensamente. Aprovechaos bien, si lo conseguimos. La felicidad debe saborearse allí donde se encuentre; porque no creáis que es fruta que se prodiga.

Una cosa me ha hecho reir, porque no he querido que me haga enfadar: cuando dice Margarita que Susana es feuchilla. ¡Qué error y qué injusticia! Voy a dar un golpecito a ese orgullo tan malsano que padeces, Margarita, haciendo un ligero estudio comparativo. Tienes tú una estatura aventajada, y una arrogante figura amanece en ti, es cierto; pero *no haces pasable* esa arrogancia y resultas con lo que el vulgo llama *empaque altivo*. ¿No aprecias el hechizo de la mediana y aniñada figurita de Susana? ¿No comprendes que ha de resultar a todos más mujer, aunque sea menos diosa? Tú posees unos ojos grandes, de un purísimo azul ¡qué bellos ojos si los animase la dulzura! Pero no; tu mirada, cuando no es dura, es indiferente, y roba todo el encanto a esos hermosos espejos del alma, que, en tu caso, delatan un alma de hielo. ¿No te has fijado en el supremo encanto de los ojos garzos de Susana? Ojos que ríen, que besan, que acarician, que miman, que consuelan... ¡y que lloran! ¡Que lloran con las penas de sus semejantes! ¿Puedes concebir unos ojos más espléndidamente hermosos? Ríete de tu nariz de líneas griegas ante la gracia de esa naricilla incorrecta, pero con un no sé qué infantil, que tiene Susanita. Una naricilla pícara e inocente a la vez ¡un primor de incorrección! ¿Pues y la boca? «La mía es más linda, más bermeja, más pequeña», dirás. Y te responderán todos: «Pero el pliegue de constante desdén que la adorna echa abajo toda su hermosura». Una boca de líneas duramente orgullosas, con sólo sonrisas des-

preciativas, no puede ser nunca encantadora. Repara, repara la boca fresca de Susana, risueña, charlatana, alegre, visiblemente deseosa de soltar besos para todos los que ama; besos para todos los niños que están a su alcance, y palabras afectuosas para todos... ¡Eso es una boca digna de su misión! Tu porte soberano pierde al lado de su gracia exquisita. Tu espléndida belleza producirá *admiradores*, pero no *adoradores*, como surgirán a la vista de la lindeza de Susana, toda frescura, toda alegría, toda luz, toda atractivo. ¡Ya verás... ya verás, altiva y hermosa Margarita! Es decir, aun es tiempo. *Humanízate*, toma como ejemplo a tu prima; moldéate a su imagen y semejanza; y si te esfuerzas en ser como ella ¡entonces sí que tu magnífica belleza será irresistible! ¡Oh, si tus ojos mirasen de otro modo! ¡Oh, si tu boca olvidase el gesto de desdén! Hazlo siquiera para aumentar tus hechizos. Siquiera para eso, enmiéndate.

Me debéis una temporada larga... larga, en pago a mi intervención en el asunto de la vuelta al nido paterno. Soy un viejo egoísta y reclamaré el pago. ¿Os habíais figurado que iba a trabajar gratuitamente? ¡Quiá!

Os abraza mil veces vuestro

Abuelito.

*Al señor Marqués de ****

En el castillo de los Almendros.

Mi adorado abuelito: ¡Buena la hiciste, abuelín! ¿Atacar a la belleza física de Margarita? No quieras saber cómo está contra ti. ¡Es un horror! Dice que ni contesta, ni irá contigo al castillo. Y mira, en secreto, abuelo, te diré que yo te agradezco la buena intención de tu lección a Margarita, por ver si algo se corrige; pero, ¡me ha dado una risa leer que puedo yo resultar más bella que Margarita! ¡Ave María Purísima! ¡Se necesita ser abuelo para decir esas cosas! Así es que ella lloraba de coraje, y yo me reía... me reía como una tonta, y la decía: «¡Pero si el abuelín no cree eso! ¡Si está a la vista de todos que tú eres bellísima y yo no valgo nada! ¡Es su cariño el que me adorna!» Y yo ríe que ríe, y Margarita llora que llora, nos pasamos un gran rato. Yo... te envío mil besos por la piadosa mentirilla; pero no me la creo. ¡Cualquiera se parece bien teniendo siempre delante a la perfecta prima! ¡Si es una atrocidad lo bonita que está! ¡Ya verás! Te asombrarás cuando la veas... porque... porque... ¿te lo digo?... no, no te lo digo... Digo, sí, sí te lo digo: han escrito los papás que para Año Nuevo nos sacarán del convento...

Me parece estarte viendo sonreír, con esa sonrisa de santo que tie-

nes, y... ¿a qué sí?... limpiarte unas lagrimitas de gozo que no quieren marcharse sin asomar a los ojos del adorado abuelín... ¡Ah! Te advierto que te creo a ti único causante de este feliz suceso... ¡y te voy a dar unos abrazos más apretados! ¡Pero si aún hay más, abuelín, aun hay más: esto sí que no lo adivinas!... Vamos, te lo diré. Como para cuando nos saquen de aquí tendremos casi diez y seis años, y ya somos muy altas... Margarita muchísimo más que yo, pero en fin, las dos altas... ¡quizá nos pongan de largo! ¿Eh? ¿Qué te parece el notición? ¡Ya puedes preparar el bolsillo, porque de este sablazo no te librás! ¡Ay, abuelo! Estoy nerviosa con tanta cosa, y no doy pie con bola. La señorita Susana de *** ofrece a usted su vestido largo y su salida del convento, y le ruega que dé parte de este acontecimiento a los colonos y trabajadores del castillo... ¡y a los perros, y a los caballos, y las gallinas! ¡Mira, ahora que lo pienso, abuelo: echa un puñadito de trigo extraordinario a las gallinas, alpiste y cañamones en abundancia a los pájaros, y azúcar a los borriquitos y perros! *La señorita Susana de ***, próxima a salir del colegio y a vestirse de persona,* costeará este banquete extraordinario. No temas, abuelo: el libro de gastos e ingresos que tú me enseñaste a llevar, dice que me puedo permitir este despilfarro.

Te besa mil veces tu contentísima

Susana.

*A Margarita y Susana de ****

En Madrid.

Queridísimas nietas: Hasta este rincón del mundo llegan los ecos de vuestro triunfo en la aparición que habéis hecho en el mundo. Ya sé, ya sé que el éxito ha sido completo, que al paso de mis nietecitas adorables y adoradas la admiración abría todas las bocas... y todos los ojos... Y sé más; sé hasta los trajes que habéis lucido: oid, oid. La belleza espléndida, deslumbradora, de Margarita, brillaba más y más envuelta en rosadas gasas; parecía la diosa de la hermosura. La gracia infantil, el aniñado encanto de la morenilla y coloradita Susana, tomaba tonos angélicos con sus blancas vestiduras... ¿eh? ¿Qué tal? ¿Sé o no sé lo que por Madrid pasa?

Ahora voy a haceros unas cuantas advertencias. Consejos del abuelo, digo yo. Rarezas del abuelo, diréis, quizás, vosotras. Rarezas o consejos, como por vuestro bien os los doy, y por el cariño están dictados, no los desoigáis. Empezáis a andar ahora la senda que conduce al matrimonio. Vuestra vida actual es, como si dijésemos, el curso preparatorio para la gran misión que la mujer trae a la tierra: la maternidad. No os

empeñéis en mirar solamente las fiestas y diversiones. Ciertamente que la vida así resulta placentera; pero vacía. Perfeccionad vuestros estudios; no olvidéis el hábito del trabajo. En vuestro hogar, vigilad a la servidumbre discreta y dulcemente; acostumbraos a entrar en la cocina, a ser auxiliares de la cocinera; eso al presente os divertirá, y en el porvenir puede seros de utilidad suma. Proceded, no como señoritas ricas, sino en previsión de que algún día podáis no serlo; sed ahorrativas, diligentes, buenas y cultas.

Además, en el orden moral y afectivo, procurad con exquisito cuidado no provocar ni avivar pasiones en que no podáis ni queráis corresponder; en una palabra: no seáis coquetas; pensad en el daño que causaríais si lo fuéseis.

En fin, veo que escribo... escribo, sin tener en cuenta el cansancio de las neófitas.. en valses y rigodones. Perdonad y escribid a vuestro

Abuelo.

*Al señor Marqués de ****

En el castillo de los Almendros.

¡Válgame Dios, abuelo! ¡Que nunca puedas escribir sin tu sermoncito correspondiente! ¡Qué afán de amargarnos las dichas!

Estoy loca de contenta. ¡Qué triunfo, abuelo, qué triunfo! ¡No había ninguna muchacha tan guapa como yo, ni se vió ninguna tan festejada! Susana gustó... así... así... ¡demasiado para su escasa belleza!

Lo raro es que la primera noche, la del baile en casa de los condes, donde nos presentaron, Susana pasó casi desapercibida, ¡en cambio, yo! Pero ahora, en las tertulias a que asistimos y en los palcos de los teatros, ella tiene siempre un enjambre de pollos... y gallos, que la dan conversación... y yo tengo menos... ¡Estoy rabiosa! ¡Como es tan charlatana y tan coquetuela, me quiere quitar los adoradores! ¡Esa era la mosquita muerta!

Me parece una atrocidad que nos digas que trabajemos. ¡Lo que es yo no pienso hacerlo! ¡Qué nos confundamos con las cocineras! ¡Vaya una ocurrencia! ¡Tú chocheas, abuelo! En cuanto a que no demos alas a los pretendientes... ¡pero si es tan divertido hacerles creer que se les admite con agrado, y luego... zas, calabazas! Yo me río muchísimo con eso. Hasta otro día.

Te quiere mucho

Margarita.

*Al señor Marqués de ****

En el castillo de los Almendros.

Queridísimo abuelín: ¡Estoy asombrada, asombradísima! ¡Mira que resultar ahora que a la feucha Susana la hacen caso y no vuelve la gente la cara con indiferencia! ¡Si hubieses visto a Margarita y la vieses los días de baile o teatro! ¡Es cosa de quedarse, como dices tú, con la boca abierta... aunque entren moscas!... ¡Qué barbaridad de guapeza! No hay en Madrid muchacha tan hermosa como ella. Pero mira, abuelo, no hace ni pizca de caso de tus consejos ni de los de sus padres; a todos los que mariposean a su alrededor les hace caso... y luego se burla de ellos. Sé que ella te ha dicho que yo coqueteo; no es cierto; lo que ocurre es que soy muy charlatana y tengo muchos amigos, pero algunos no son jóvenes, ¡si me gusta hablar con los señores mayores! Pero en cuanto noto que alguno me hace la corte, procuro con tacto cambiar el rumbo de sus ideas, porque... ¡me asusta pensar que tuviera yo que dar calabazas! Creo que me dolería más que al que se las diera; no me explico el gozo que siente con eso Margarita. Oye, abuelo: como yo soy muy franca, sí te diré que me van entrando ganillas de tener novio... Pero no te asustes, no lo tendré hasta que no tropiece con un muchacho bueno, formal, trabajador y que me quiera. Lo mismo me da que sea pobre que rico. Si es trabajador, ¿qué mayor riqueza? Además, gracias a los consejos de un abuelito muy *precioso* que yo tengo, y a los de mamá y papá, no me asusta tener poco dinero. Yo soy la que *corro* (no te rías) con el dinero en casa, y soy una mujercita que sé guisar... para que no *sisen* las cocineras, y si fuese preciso, suprimir hasta eso. Te prometo, cuando vaya al castillo, hacerte unos almuerzos que... ¡flojitos chupetones de dedos te vas a dar!

Te soy deudora de un millón de gracias por haberme enseñado desde chiquita a llevar mis gastos e ingresos apuntados. ¡Si vieras cómo me ha hecho esto ahorrar! ¡Si a lo mejor me compraba cada tontería y cada inutilidad, que luego al leerlo casi me daba vergüenza! Yo ¡zás! he suprimido las inutilidades de raíz, y en cambio su producto lo empleo en limosnas. ¡Lo que se aprende así, abuelo! Mira, se dan casos de que con lo que me pudiera costar una chuchería cualquiera, ¡come una familia ocho o quince días!

En fin, concluyo, porque soy una calamidad. ¡Pero si es que gozo tanto contándote cosas!

Adiós, abuelo querido; hasta pronto, porque no creo que tardemos mucho en conseguir que nos dejen pasar contigo un par de mesecitos

¡Y cómo me van a estorbar las faldas largas para correr y saltar y trepar por las montañas!

Adiós, adiós, abuelito. Tu nieta que te adora

Susanita.

*A Margarita y Susana de ****

En Madrid.

Mis nietas queridísimas: ¡Parece mentira los oídos que tienen los abuelos! Estamos a una porción de leguas de distancia, y... ¡oigo todo lo que ocurre en Madrdi!

Oigo... oigo... que hay muchos jóvenes empeñados en ser mis *nietos*... ¡habráse visto! ¡Quererse llevar a las dos perlas de mi castillo! Oigo... oigo... oigo, que mis predicciones se van cumpliendo, y que la *feuchilla* Susana inspira cada pasión que ¡ya! ¡ya! Y que en cambio la *magnífica* Margarita asombra... pasma... pero... *rien plus*. Además, oigo que los pocos que se decidieron a pretenderla fueron agriamente despedidos y motejados de *poco*... porque la diosecilla quiere un gran título y unos grandes millones. ¡Digno marco, por cierto, para su espléndida belleza! Pero que como entre nosotros no hay más que mi modesto título, que pasará a otra rama a mi muerte por falta en la nuestra de herederos varones, y un mediano pasar, toda vez que la mayor parte de la fortuna existente llevará el mismo caminito que el marquesado, puesto que a él se aneja, preveo que ese *marco* no se presentará tan fácilmente.

Oigo también desde mi apartado rincón, que llueven los aspirantes a maridos de Susanita, y que ésta parece que sonríe complacida a la vista de un arrogante ingeniero, director de una fábrica importante... sin el más remoto parentesco con los grandes títulos ni con las grandes fortunas, pero sí primo hermano de dos *señoras* llamadas *actividad* y *bondad*, excelentísimas señoras!

Oigo más... oigo más... Oigo a una niña gentil y gallarda, morenilla y *feucha*, clamar a diario por escapar a un solitario castillo, a dar un alegrón a un viejecito... y que su generoso deseo se estrella ante la frialdad de una espléndida Margarita, que responde que en el citado castillo no hay bailes, ni *soirées*... ni adoradores, ni ocasiones de éxitos. Susanita no se atreve a ir sola, por temor a que el corazón del abuelo sangre al ver palpable el desamor de uno de sus ídolos, y va entreteniendo el tiempo con piadosas mentirillas, cargándose con imaginarias culpas de pereza e indecisión y procurando mientras tanto convencer a la rebelde... ¿Eh? ¿Qué tal? ¿Tengo o no tengo fino el oído?

Pues bien, niñas mías; concretemos. El primer deber del cariño, cualquiera que su índole sea, es el de hacer felices a los seres queridos. ¿Cómo, entonces, he de obligar a venir aquí sin agrado a Margarita? Lejos de mi ánimo semejante imposición. Venga mi Susana, mi dulce y caritativa Susana, a hacer compañía al solitario abuelo. Tu generoso corazón, niña del alma, tu alegría y tus infinitos encantos amenguarán las heriditas del desengaño que me produce la ingrata nieta. No me prives, Susana, por más tiempo de tu alegre presencia, vivificadora como los rayos del sol; no tuerzas, con ánimo generoso, la voluntad de Margarita. Lo que quiero es que sea feliz, y si lo es lejos de mí... ¿qué vamos a hacer? ¿Cómo va a ocultársele que mi compañía es insuficiente para alegrar a una reinecita de la belleza? Ven tú; ven tú... puesto que tu corazón es tan caritativo y bueno que halla encanto en estas soledades. No aplaces más tu obra de misericordia: *Consuela al triste.*

Os abraza vuestro

Abuelo.

*Al señor Marqués de ****

En el castillo de los Almendros.

¡Vaya una carta tristona que has enviado, abuelo! Eso no vale. Los oídos tuyos hay que enviarlos a componer, porque oyen algunas verdades... pero muchas mentirillas, y como éstas te ponen triste... no se permiten. No van descaminados los oídos al hablar de cierto ingeniero... ¡Ya te contaré... ya te contaré! En cuanto a nuestra reinecilla, hay que disculpar sus aspiraciones. ¡La sentaría tan bien una corona ducal o aunque fuese principesca! Mira, ahí tienes: en lo de mis *modestas aspiraciones* no te permito adjudicarme elogios. ¿Cómo voy yo a suponer que pueda enamorarse de mí un príncipe? ¡Y linda princesa haría la feucha Susana! Yo no sé si Margarita realizará sus deseos; creo que sí... Se dice que el duque de X la encuentra adorable... Allá veremos. Pero mira, no la taches de ingrata; si quiere ir contigo, pero... estoy yo terminando una labor... ¡Me meto en cada obra, abuelín, que luego todo lo trastorna! Soy yo la culpable del retraso... de veras. ¿Cómo no iba a quererte Margarita? ¡Tan bueno como has sido siempre para ella... como para todos! ¿Cómo era posible que te causase una pena tan grande? ¡No y no! Eso no puede ser. Iremos las dos. ¡Pues no faltaba más! ¿Que no tendrá ahí adoradores? Tendrá al más *hermoso* de los abuelos, que vale más que todos los duques juntos. ¿Qué no hay *soirées* ni bailes? Hay campo, hay pobres... y habrá un abuelo que sonría

gozoso... ¿es esto poco? ¡A mí me parece una dicha tan grande! ¿Demostrarte Margarita desamor? No... mientras yo viva. *Iremos las dos.* ¡Ya lo creo! Espéranos a fin de mes, próximamente el día 28.

¡Pronto nos abrazaremos!

Hasta entonces, mil besos de tu

Susana.

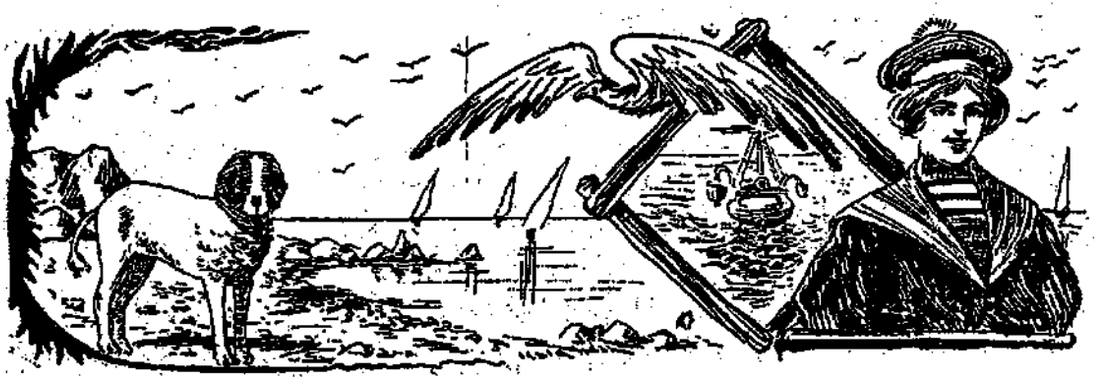
*A la señorita Susana de ****

Madrid.

Eres un ángel. Lo presiento... lo sé... lo afirmo... Por no apenarme, te has *impuesto* a Margarita... ¡y triunfaste! Dios te lo pague. Tienes el alma más bella, que en cuerpo humano existe. ¡Bendita seas!

Os aguarda impaciente vuestro

Abuelo.



PRECIOSOS CONSEJOS DE UN ABUELO

*A las señoritas Susana y Margarita de ****

En Madrid.

Nietas mías: Necesito absolución. Tiempo hace ya de vuestra marcha, y aun no os he escrito, faltando con ello a las leyes del cariño y hasta a las del agradecimiento... Me dejó vuestra partida en un estado tal de aplanamiento que casi rayaba en enfermedad... ¡Qué dos meses más deliciosos! ¿Por qué no será así toda la vida, Dios mío? Tengo la pretensión de creer que hasta la orgullosa Margaritilla, el *pasmo de Sicilia*, ha pasado bien algunos de los días de su estancia aquí. Las cacerías que organicé con todos los señores de estos contornos resultaron bastante distraídas, y la fiesta que en vuestro honor di... ¡no estuvo mal! ¡no estuvo mal! Encontró mi hermosa nieta algo de la atmósfera social que tanto le agrada, y por eso soportó mejor la temporadita de campo. ¿Verdad, Margarita? Escríbeme y cuéntame tus impresiones. Has sido aquí la reina, como lo serás allí donde vayas. ¡Qué feliz podrías ser en tu vida, sin esos defectillos que te complaces en aumentar! Por centésima vez te doy el consejo de que te enmiendes. La belleza no es una cualidad enorgullecedora: es un don de Dios, que hay que agradecer, pero del cual nadie debe infatuarse, puesto que ningún mérito propio significa. La sencillez aumenta la hermosura. ¿Ni aun para aumentarla quieres ser sencilla? En fin, no insisto, para que no me llames gruñón, como siempre. Sólo te ruego que recapacites en que de igual modo que he acertado respecto a lo que íbais a inspirar, acertaré

en lo demás... ¡La vejez es una gran adivina!... Si sigues así, no serás feliz... como no lo eres ahora, a pesar de todo. ¿Eh?

Tú, mi Susana querida, has dejado tras tu presencia una porción muy respetable de afectos. No hablo de criados y colonos que te adoran, sino de algunos jóvenes vecinos que creyeron ver en ti el Paraíso prometido... No frunzas el entrecejo; ya sé que el ingeniero ha tomado tu corazón por derecho de conquista, y no hay más que hablar.

Serás feliz, porque eres una mujer perfecta, buena, ordenada, metódica, trabajadora y útil; llevas la dicha dentro de ti; eres tú misma la felicidad. Cuéntame cómo has hallado al regreso al ingeniero. ¿Cuando van a llegar a feliz término vuestros amores? Y cuéntame también, por si ella no quiere hacerlo, en qué estado se hallan esas borrascosas pretensiones del duque del X con respecto a nuestra Margarita. En fin, cuéntamelo todo. Soy un viejo curioso por cariño... y por ser viejo.

Os abraza vuestro

Abuelo.

*Al señor Marqués de ****

En el castillo de los Almendros.

Querido abuelo: Con efecto, no me he aburrido demasiado en tu castillo, y nunca creía que tuvieras elementos en ese rincón para dar fiestas. La cacería fué muy bonita y me divertí mucho.

Te repito las gracias por todo.

No te preocupes tanto por mi felicidad futura, que eso es cuenta mía. Me parece que ya he mareado bastante al duque de X y me voy a decidir a ser duquesa. Creo que con eso no corre peligro mi felicidad, y además, te convencerás de que tus célebres consejos no han sido de ninguna utilidad. ¿Qué falta puede hacerme en el porvenir tu aborrecible libro de gastos e ingresos, el rebajarme hasta el punto de ayudar a los criados en sus faenas, ni tantas otras cosas como me has dicho? Eso se queda para la simple Susana, que piensa casarse ¡con un director de una fábrica! ¿Has visto qué cosa más prosaica? También es verdad que no podía aspirar a más, y aunque la han pretendido algunos títulos y jóvenes ricos, me parece a mí que habrá sido por broma, aunque digesen lo contrario. ¡Vaya unos méritos de belleza los de Susana para tener buenos partidos, digas tú lo que quieras!

En cuanto a mi genio, que a ti, a mis padres y tíos y a Susana os parece tan mal, no pienso molestarme en cambiarle. Voy a ser duquesa, rica, poderosa. ¿Merece la humanidad que yo me moleste en hacerme *agradable* a ella? ¿Qué vale la humanidad, ni qué falta puede hacerme su simpatía en la posición que voy a ocupar? ¡Y qué bien he *trasteado*

al duque con el tejer y destejer continuo de esperanzas y desdenes! ¡Bien le he mareado, bien!

En tu carta, abuelito, hay dos cosas que me molestan, y no quiero callármelas. Una, el que nos escribas en la misma a Susana y a mí. Parece que yo no tengo bastante importancia para que mi abuelo me escriba sola. ¡Ni que estuviésemos aún en el colegio!

La otra es que dices que no soy feliz ahora. ¿Tú qué sabes? Me molesta que asegures eso, cuando yo no se lo he dicho a nadie. ¿Quién te ha mandado adivinarlo, y además escribirlo en una carta que había de leer también Susana?... Pues bien, sí; no estoy satisfecha, porque parece que todo el mundo está en contra mía. Veo que a otras muchachas, a la misma Susana, por ejemplo, todos la quieren más y la atienden más. ¡Y hasta la boda se le va a arreglar más pronto y con menos disgustos que la mía! Claro que el ingenierito no es una proporción como el duque, ni vale lo que él, pero no la da nunca un disgusto, y se pasa la vida embobado, contemplándola como si fuese una cosa extraordinaria. Eso y otras cosillas me tienen nerviosa, alterada, y no me dejan estar contenta. ¡Tengo ya unos deseos de ser duquesa para eclipsar a todas!

Hoy no te quejarás de que te escribo poco.

Un abrazo de tu futura duquesa

Margarita.

*Al señor Marqués de ****

En el castillo de los Almendros.

Queridísimo abuelo mío: ¿Estás mejor de la pena que te produjo nuestra partida? ¡Pobre abuelín! En cuanto me case, quieras que no, te arrancaré de tus soledades y te vendrás temporadas largas... largas... al lado nuestro. Ya se lo he dicho a Luis, y aprueba todos mis proyectos, y se dispone a quererte mucho, tanto *casi* como tu Susana. Como no hemos de vivir en Madrid, este Madrid que tantas amarguras te recuerda, sino en la fábrica, no te concedo el derecho a la negativa. ¡Sólo te reconozco el derecho del pataleo! Patalearás cuanto te plazca, pero no volverás a estar triste, solo y aburrido como una alma en pena. Así como así, me parece que también secuestraré a papá y mamá para que tampoco se queden melancólicos y llorosos... ¡Ay! ¡No puedo ver caras tristes! Verás... verás, abuelito... ¡todos reunidos! ¡y con un hijo más! ¡Qué delicia! Vamos a caer en la fábrica cual una nueva *invasión de los bárbaros*... pero seremos unos *bárbaros* muy dichosos y que se preocuparán grandemente por la suerte de todos los obreros... ¡Tengo una abundancia de planes en la cabeza!

¡Ah! ¡Pero qué tonta soy! Aun no te he dicho que a los papás les ha gustado muchísimo el collar de perlas que nos regalaste cuando estuvimos ahí para el precioso baile con que a Margarita y a mí nos presentaste al mundo. Repito las gracias en su nombre y en el mío.

Espera, espera, abuelo; esta carta va a ser muy extensa, y es preciso ir por partes.

Recordemos primero la deliciosa temporadita que en tu compañía hemos pasado. ¡Eres el abuelo más encantador del universo! ¡Mira que organizar tú mismo, a pesar de tus tristezas, jiras, bailes, fiestas y cacerías, para que no nos aburriésemos...! Es decir... para que no se aburriese Margarita, porque a ti te consta que yo contigo, en el campo, con flores y pájaros, no me aburro jamás. Además, sólo con visitar a tus labradores, tejeros y criados, tengo sobrada ocupación. ¡Pues eche usted visitas de *etiqueta!* ¡Y qué agradable es ir recorriendo las chozas, y que en una me den gachas, en otra pepinos, en aquella me enseñan los nenes que han nacido durante mi ausencia, y en la otra me muestran los estragos que la vejez va haciendo en tal o cual anciano! ¡Cualquiera tiene tiempo de aburrirse! Me alegraron las fiestas por Margarita... ¡Y qué hermosísima estaba el día del baile! ¿Te acuerdas? ¡Y qué preciosa el de la cacería! ¡Qué arrogante con su traje de amazona! ¡Ay, abuelo; qué lástima de criatura!

Te diré en secreto (¿no lo dirás, eh?) que temo mucho por ella. Ese duque, con el que parece que al fin se casará, preveo que la dará disgustos, a pesar de estar muy prendado de la hermosura de la prima. Y el caso es que a mí me parece bueno, y creo que *en otras manos* podría ser un excelente esposo. Pero... no sé... no sé... ¡Le ha hecho rabiar tanto Margarita! ¡Le somete a tal estado constante de celos y de irritabilidad con su extraño y desagradable carácter, que mucho me temo que lo que comenzó en él por ser un verdadero cariño y un enamoramiento real, vaya trocándose en un tenaz capricho, en un íntimo deseo de vencer a la indómita y en un orgullo de llevarse la mujer más linda de Madrid, como tiene los caballos más hermosos y los más lujosos trenes. ¡Qué sé yo! Quizá sea esto un efecto de mi enamoramiento por Luis; pero me parece que voy a ser más feliz que mi prima. Y repito que al duque lo creo un buen muchacho al que Margarita está maleando... Allá veremos. Parece que se casarán, aunque creo que será después que nosotros... ¡Qué extraño me resulta escribir esto! ¡Casarme yo! ¡Pues va de veras, abuelo! Dentro de poco me pedirán, y antes de un año nos casaremos.

Te advierto que estoy trabajando mucho, y haciéndome yo la ropa y multitud de cosas para mi futura casa... Ya, ya sé lo que me vas a decir: que se puede comprar todo hecho... Pero es que me pasa una cosa muy rara. Sé que papá no es rico y no me gusta agobiarle con in-

cesantes peticiones de dinero... También sé lo que a esto replicarás. Que aun está en el mundo un abuelín, y que como él está, continúan en su poder ciertas riquezas que luego no existirán... Bueno; pero es el caso que, aun así, ¡tengo tanto gusto en hacerme yo misma el *trousseau* y los caprichos! Es que soy muy rara, de veras, y pienso cosas muy extrañas. Verás. A mí me gustará que en mi casa, en cada habitación, haya algo mío, algo de mi sér, algo que a mí y a las personas queridas nos hable de mis gustos y aficiones... Aquí un tapete... allá un biombo... después un cortinaje... unas flores... ¡Qué sé yo! Rarezas mías, abuelo; pero te aseguro que no me gustan absolutamente nada esas casas en las que se ve que sólo el dinero las ha adornado. Por ricas que sean, por artísticamente amuebladas que estén, *no me dicen nada;* las hallo frías, incoloras, sin calor ni color, poco íntimas, poco apetecibles. Se me figuran personas sin alma... No, no: prefiero mi casita, aunque sea modesta, *caldeada* con mi cuidado, con mi anhelo, con mi desvelo, con algo *mío*, muy *mío;* que no se parezca a las demás casas; que, mejor o peor, tenga al menos mi *sello* personal... Yo no sé si me entenderás, aunque creo que sí. ¡Y si vieras cuánto me alegro de haber sido aplicada en el colegio! Me enseñaron tantas cosas, que ahora es para mí tarea facilísima el hacer encajes, bordados, matizados y demás cosillas.

¡Ah! Pues aun tengo que darte una satisfacción. He empezado a utilizar en gran escala tus consejos, y presto auxilio a Luis en multitud de pequeños detalles; y dice él, abuelito, que en cuanto nos casemos voy a ser yo el *tenedor de libros* de la fábrica y la encargada de la correspondencia extranjera. Me tiene entusiasmada la idea de ser un buen auxiliar de *mi esposo*... «La unión hace la fuerza—dice Luis riéndose.—Verás, Susanilla, cómo llegaremos a ser muy ricos, marchando unidos por el camino del trabajo... y por el de la dicha».

Bueno; bueno. Se hace esta carta muy pesada. Perdóname. ¡Me inspiras tanta confianza y gozo tantísimo contándote cosillas!

Adiós, mi adorado abuelín. Prepárate, porque ni Luis, ni yo, ni los papás permitiremos que sigas solo.

Te quiere con toda el alma tu nieta

Susana.

PEQUEÑOS USOS SOCIALES

I

DEL DECORO MORAL DE LA CONVERSACIÓN

Tres cosas indispensables son el alma del decoro moral de la conversación y la divisa que lo manifiesta: bondad, moderación, decencia Sin ellas toda conversación es improcedente.

El cuidado de ser siempre agradable y benévolo, de establecer en todo una prudente medida, de respetar los derechos ajenos hasta en las menores cosas, de atender a toda delicada susceptibilidad en lo que se refiere a la piedad y el pudor, todas estas cualidades que forman la urbanidad están reunidas en las tres citadas palabras: bondad, moderación, decencia.

Una regla de decoro exige que casi nunca hablemos de nosotros mismos sino a los amigos íntimos; no ponernos jamás por ejemplo, ni mantener conversación con los extraños de todo lo que pueda interesarnos. Las preguntas son necesarias, pero exigen mucha delicadeza y tacto a fin de no fatigar ni chocar. Si en lugar de expresar un creciente interés formuláis un interrogatorio seco dictado por una fría curiosidad; si parecéis no poner atención alguna a las respuestas que os dan; si tomáis torpemente un tono protector; si prolongáis desmedidamente esta forma de conversación; si viendo que está el interlocutor confuso y que busca una respuesta evasiva, en lugar de guardar silencio, manifestáis pesar de vuestra indiscreción, estad ciertos de que vuestras preguntas, y aun vosotros mismos, seréis considerados como un azote.

Madame Necker observa ingeniosamente que estos términos favoritos y frecuentemente repetidas con que se siembra la conversación, sirven por lo general de bandera que pregona los defectos de cada uno. No en balde dice el refrán: «Dime de lo que alardeas, y te diré de lo que careces». Así, por ejemplo, los embusteros tienen como expresión habitual: «Puede usted creerme». «Para terminar». Los vanidosos: «Sin alabanza». «No es porque yo lo diga, pero...»

Esta observación es de una rigurosa exactitud, y por consecuencia débese cuidar mucho de desechar ciertas costumbres, aunque no sea más que para no enterar a nadie de nuestros defectos.

Aparte de esta razón, conviene desterrar con cuidado las frases intrusas o parásitas, porque con el tiempo, la costumbre las multiplica hasta un punto verdaderamente espantoso; cortan los discursos, distrae la atención de las personas que escuchan, y hace a quien así procede inoportuno y ridículo.

Pasemos a un punto importante de la conversación: *El análisis, las narraciones y las digresiones*. Para el buen efecto de las narraciones, son indispensables muchas condiciones. La primera, no hacerlas muy frecuentes, porque las mejores historias cansan cuando se multiplican con exceso, pues cada cual quiere a su vez ser autor en la escena del mundo. Así, aun cuando tengáis alguna cosa excelente que contar, atended menos al deseo de hablar que al que se tiene de escucharos. Por desdicha, abundan las personas que encuentran el secreto de fastidiar diciendo cosas muy buenas por el deseo inmoderado de decirlas; y después quedan descontentas de sus oyentes, porque, como dice La Rochefoucauld, *perdonamos frecuentemente a los que nos fastidian y no podemos perdonar a los que fastidiamos*.

Viene después en importancia la oportunidad. Que vuestra narración brote naturalmente de la conversación, que explique un hecho que venga en apoyo de una definición y no parezca jamás traída por el necio afán de charlar, o por el deseo, no menos necio, de hacer ostentación del talento. Recordad y tened muy presente que las narraciones de menos mérito, cuando están traídas con oportunidad, gustan frecuentemente más que las cosas mejores del mundo cuando se dicen fuera de tiempo, y apoderarse siempre de la conversación está mal visto, principalmente en los jóvenes y en las damas, sobre todo cuando pocos momentos antes se ha ocupado la atención de los oyentes.

Es una urbanidad amable y siempre agradecida el instar a alguno que sepa lo mismo que vosotros, por ejemplo, la anécdota del día, para que la refiera, aunque la hayáis vosotros indicado, cuando los presentes muestran deseos de conocerla.

Es necesario de todo punto que el lenguaje se preste a las formas diversas que exige la narración; que so pretexto de adornar el discurso,

no se establezcan comparaciones rebuscadas, ociosos detalles, interminables diálogos; que si se encuentra un rasgo inútil, se procure pasarlo en silencio, y finalmente, que antes de comenzar una narración de este género, se tenga presente, como dice La Fontaine en sus elegantes versos, no anunciar la agudeza o importancia de la frase, porque no se sabe si el que escucha la apreciará de igual manera.

Cuando por falta de esta precaución los narradores no producen el efecto que esperaban y creen volver a causarlo comentando los hechos, o repitiéndolos, no hacen más que aumentar su derrota y el fastidio de los oyentes.

Si se refiere una anécdota ya conocida, dejad que el que la cuente llegue al fin y no distraigáis la atención de los demás que escuchan. Si se os pregunta vuestro parecer, dadlo ingenuamente y sin querer que os tengan por mejor instruído que el mismo que la ha referido.

Hay más: si estáis sola con el narrador o narradora, guardad el mismo silencio, escuchadle con señales de interés, y si participa un hecho que ya ha contado el día precedente, prestad la misma atención que si la oyeseis por primera vez. Ocurre a veces en casos tales que el narrador titubea en medio de un relato, cree recordar... observadle entonces atentamente: Si está dudoso, podéis afirmar que ignoráis completamente de lo que se trata. Si se le aviva la memoria y recuerda por completo que ya os contó el hecho, rogadle que continúe, diciendo que le escucháis siempre con nuevo placer. Esta delicada cortesanía es sobre todo indispensable para con los ancianos.

Cuando vuestras narraciones hayan tenido buen éxito, dejad a los circunstantes que os elogien, pensando que el medio más seguro de no alcanzar la aprobación de nadie, es solicitarla con las miradas o con las palabras.

He aquí una de las partes más difíciles de la conversación; si no estáis seguros de poder clasificar vuestras ideas con orden, expresarlas con claridad y elegancia, no tengáis nunca la temeridad de querer analizar un libro o una obra dramática. Esto debe dejarse para las personas de gran talento y experiencia, duchas en ciencias y en artes. Las que no posean estas cualidades, se contentarán con exponer sencilla y brevemente el asunto de una obra, dar cuenta de la emoción que hayan experimentado, hablar algo de los pasajes más salientes y añadir siempre que no presumen ni quieren hacer un juicio de la obra.

Las *digresiones* tienen sus grados. El primero es el paréntesis, y puede usarse con tal que sea corto, natural y poco repetido. El segundo es más delicado, porque comprende esas reflexiones accesorias; esas locuciones comunes, pero agradables; esas alusiones generales o particulares que sólo con el auxilio de un acento especial se permiten; acento que, en el lenguaje, substituya a la letra bastardilla de la imprenta y al

subrayado de la escritura. Esta manera de hablar es graciosa... si lo es; las personas de ingenio y de facilidad de réplica, tienen con estas digresiones una conversación sumamente atractiva y chispeante; pero es también sistema peligroso porque puede resultar obscuro y trivial. La costumbre es peligrosa, y es una regla de prudencia, *por si acaso*, el no utilizarla más que con los amigos.

El tercer grado es la digresión propiamente dicha y frecuentemente involuntaria. Suele ocurrir que en un diálogo vivo y apasionado, el interés de la conversación hace remontarse a los interlocutores y pierden el punto de partida.

Si se trata de asunto delicado e importante, el que primero se dé cuenta de la situación debe decir: *No perdamos de vista nuestros negocios.* Pero si se trata de pequeñeces, detalles o fruslerías, no hay inconveniente en alejarse del objeto primitivo de la conversación.

Otro detalle del lenguaje: los supuestos y comparaciones.

Estos dos escollos de la conversación tienen defectos totalmente opuestos: el uno la trivialidad; el otro la hinchazón.

La hipótesis o supuesto tiene por objeto aumentar la fuerza del raciocinio y llevar la convicción a la persona que escucha. La comparación se dirige a dar relieve a lo que se quiere decir, es decir, a procurar que *se vea* con la imaginación el objeto o cosa descrito. Cuando supuestos y comparaciones están ajustados a la razón, al uso y al gusto, nada hay que reprochar. Pero no lo están si en el curso de una discusión se obliga a una persona respetable a ponerse en el lugar de otra mal educada, o de un malvado, o a suponerla en una situación ridícula o vergonzosa, diciendo, por ejemplo: *Supongamos que hubiese usted cometido esa bajeza, o ese robo, o esa estupidez; que se burlasen de usted; que le prendiesen...* etc.

Ni tampoco están en su punto cuando, refiriéndose uno a una persona despreciable por cualquier sentido, la compara, aunque sólo sea bajo su aspecto físico, a cualquiera de las presentes; o cuando sin saber qué son y de dónde son todas las personas que escuchan, se permiten calificar injuriosamente a una clase; como el decir: *Charlatán como un médico. Tozudo como un aragonés. Vocinglero como un abogado. Embustero como un andaluz*, etc., etc.

Hay que huir también de las comparaciones triviales y gastadas, como: *Hermoso como un ángel. Negro como boca de lobo.* Y de las campanudas y presuntuosas, como: *Sabio como las musas. Fresco como las verdes praderas. Risueño como el ángel de la alegría*, etc.

PRECIOSOS CONSEJOS DE UN ABUELO

*A la señorita Susana de ****

En Madrid.

Mi adorada niña: Después de mi grave enfermedad, que tantos meses me ha tenido retirado *de la circulación*, mi primera carta es para ti, después, naturalmente, de las que he enviado a tu buena madre y a la no menos excelente Margarita, por haberse consagrado a cuidarme en el período crítico del mal. Mi primera carta, fuera de esas, es para ti, querida niña; en ella quisiera demostrarte cuán sincera es mi gratitud por todo lo que has llorado por mí; por las frecuentes escapatorias que hacías a verme, tantas como te eran posibles después del cuidado de tu padre, que quedó a ti confiado, y por los numerosos obsequios de gelatinas, fiambres y golosinas que me has enviado, confeccionados por tus mismas manos, con el piadoso fin de levantar las fuerzas del pobre abuelo.

¡Ay, Susanita! ¡A este marqués se le va acabando la cuerda como al más vulgar segador de mis tierras! Ya ves, ya ves qué poco importante y de qué escasa fuerza y poderío son los marquesados. Viene un reuma, un señor reuma, y sin respeto a títulos ni a tierras, da unos golpecitos en el corazón y dice que quiere entrar. ¡Ríete, ríete de negativas! Aunque hubiese puesto a la puerta a todos mis criados en fila, no hubiesen podido echarle de allí y me hubiese dado un disgusto gordo, si él, el *señor* reuma, no se hubiese ido espontáneamente; es decir, yo creo que se marchó a fuerza de ruegos míos. — Mira, reuma — le decía yo,

—me parece inoportuna tu entrada en el corazón, dicho sea con el respeto debido.—El reuma daba dos o tres punzadas que me quitaban la respiración, y que yo traducía así: — ¡Yo hago lo que me parece, y no admito reconvenciones!—¡Canario, no aprietes! — continuaba yo. — Tienes un geniecillo parecido al de mi nieta Margarita. — Otras punzaditas me anunciaban que la comparción no era de su agrado. Por fin se me ocurrió una idea luminosa. — Oye, caballero reuma; no te expulso violentamente, y hasta, si quieres, te reconozco el derecho de molestarme; pero ¡déjame vivir siquiera hasta que se case mi Susana! ¿Conoces a mi nieta Susana? ¡Es un ángel... y la vas a dar un disgusto! Me quiere mucho... ¡Si aplazases tu último estrujamiento hasta que hubiera vivido una temporadita con ellos, en esa fábrica que dirigirá su marido...! ¿Qué trabajo te cuesta esperar un poquito? ¿Que aquello va a ser la gloria? ¡Mejor! Así entraré adiestrado en la que se me conceda después! Además — continuaba yo en mis soliloquios, dirigiéndome a mi contrario, el señor reuma,—es una falta de cortesía el que me estrujes ahora el corazón y me mates; ¡si han retrasado la boda por mí! ¡Ya ves, és hacerles un feo muy grande el no asistir después de que me están esperando!—En fin, Susana mía, el caso es que desde que pensé en ti, en lo que te apenaría mi muerte y te amargaría la felicidad, en que no quisiera irme del mundo sin haber saboreado el supremo goce de vivir con vosotros, comencé a mejorar... a mejorar... El reuma pícaro fué abandonando el campo, no sin algunas vengancillas por su parte, que me produjeron los colapsos que tanto os alarmaron; pero, en fin, se fué. Y aquí está el abuelo otra vez dispuesto a comerse todas las gelatinas que la nieta quiera mandarle, y a asistir a las bodas de las nietas. ¿Eh? ¿Qué os parece mi heroica decisión? ¿Tengo o no tengo carácter?

Di a Margarita que no la escribo hoy porque aun estoy débil y mareado. Que ha sido muy durilla durante mi enfermedad, y que no ha tenido ni un solo *rasgo*; pero que la quiero como siempre, que sé con complacencia la proximidad de su matrimonio, y que no se ponga orgullosilla por ello. ¡No vale mucho más un ducado que un marquesado, y ambos títulos reunidos no tienen el poder de detener a un simple reuma si se empeña en apretar! ¡Miserias humanas! Que no se envanezca la lindísima muñeca que ceñirá la corona ducal.

Dime el plazo y fecha definitivos de las dos bodas.

Te adora tu debilucho

Abuelo.

*Al señor Marqués de ****

En el castillo de los Almendros.

Querido abuelo: Estoy ocupadísima con mi próxima boda, y por eso no he ido a verte mientras has estado malo. Pero no digas las cosas así... con segunda intención; no es que no haya querido. En cuanto a las cosas de cocina que te ha hecho Susana, buen provecho; ya sabes que yo no he tenido nunca aficiones de cocinera. ¡Estaría bonita metida en la cocina la que va a ostentar uno de los más linajudos títulos españoles! Naturalmente que yo no coso ni bordo como mi prima, porque sólo el ir a casa de los modistos a probarse, ya es buena faena.

Y mira, abuelo: tú que tienes influencia con papá, puedes aconsejarle que no sea tan tacaño y que no me tase el dinero; es preciso que se convenza de que al casarme con el duque, yo no puedo ir mal vestida, ni con un equipo modesto, sin pieles, sin encajes, sin plata, sin alhajas... ¡no puede ser! El otro día tuvimos un disgusto muy serio; dice papá que no tiene dinero para casarme como yo pido. ¡Qué risa! ¡Qué no tiene dinero! ¡Es que nunca me ha querido, ni le he importado!

Susana es más feliz que yo; no tiene las contrariedades y penas que yo tengo; ¡ni aun el novio la da disgustos! ¿En qué consistirá que no regañan nunca? ¡En que siempre tuvo Susana más suerte que yo, aunque es más fea!

En fin, ya sabes, abuelo. En cuanto papá suelte las últimas treinta mil pesetas para varias cosillas que me faltan, nos casaremos. Espero que vendrás; no me harás el feo de que por mi parte no vaya ningún título a la boda. ¡Se creería que era yo una señorita de poco más o menos! Ya ves que, siquiera por esto, es precisa tu presencia.

Te envía un abrazo tu nieta

Margarita.

¿No vas a regalarme nada?

*Al señor Marqués de ****

En el castillo de los Almendros.

¡Abuelín! Ahí va la noticia estupenda. Mi boda será el día 12 de octubre. ¿Te parece bonito día? ¡Ya lo creo!

Te espero, te espero sin falta, abuelito mío. Siento hacerte venir a este Madrid, donde tanto has sufrido y al que habías jurado no volver. Por mí, por tu Susana, olvídalo todo y asiste a mi matrimonio.

Mi dicha no será completa sin ti. Me hace falta tu cabecita blanca, tu beso de despedida, tu bendición y tus consejos. Si comienzo mi vida matrimonial sin tus preciosos consejos, creeré que no voy a ser feliz. ¡Me has hecho tanto bien con ellos! Necesito que me digas cuatro palabritas, de esas tuyas, características, dulces y graves, que encierran tan profunda filosofía. ¡Ven! Yo me casaré el 12 y Margarita el 28 del mismo mes. Puedes quedarte esos días con mis padres, para que toquéis a menos tristeza así reuniditos, mientras Luis y yo hacemos una rápida excursión a Francia. No temáis: será rapidísima, porque deseo regresar en seguida a recogeros a los tres. Quizá no pueda volver para la boda de Margarita... Después de todo, ¿qué papel voy a hacer entre tanta grandeza? De todos modos, lo procuraré, porque a pesar de su aparente brillantez, creo que el casamiento de mi prima va a ser triste, como si presagiase graves contrariedades.

¡Si supieras qué exigencias las de ella! ¡Cuánto ha hecho sufrir a los tíos! ¡En qué compromisos los ha puesto! ¡Hasta parece que algo nubla su espléndida hermosura! Indudablemente, esos altercados con todos, esas nerviosidades, esos disgustos por la cosa más nimia, esa holganza perpetua, esa vida *hueca*, sin intensidad de afectos ni puras alegrías, va secando el corazón de Margarita; y como no se seca el pétalo de una rosa sin que toda ella adquiera un tinte mustio y de perdida frescura, así la prima es menos bella cuanto más crecen sus defectos. Se la seca el corazón y parece que todo en ella se marchita. ¡Nunca quiso oirte, abuelo! Yo, por mi parte, he hecho cuanto he sabido para dulcificarla y también fracasé en mi empresa.

Nos hemos criado juntas. Ahora que la vida va a separarnos, me acomete una pena muy grande por ella. ¡Ojalá sea muy dichosa! ¡Ay! Me temo que no ocurra eso. Yo la he dicho que, feliz o desgraciada, esté segura de que el abuelo y la prima la querrán siempre igual; que a nosotros acuda cuando la sea preciso... ¡Y flojita carcajada que ha soltado! No te repito la contestación, ¿para qué?

En fin, abuelito, el tiempo urge. Tienes la habitación preparada. ¿Cuándo viene el pájaro a la jaula?

Te abraza con alma y vida tu

Susana.

*A las señoritas Margarita y Susana de ****

En Madrid.

Queridísimas nietas: Antes de emprender mi viaje para vuestra boda, envío mi regalillo... que a propósito he querido que sea el último.

¿Por qué? ¡Chocheces de viejo y misterios de un alma inquisitiva!

Os envío en cheque por valor de cien mil pesetas, la mitad para cada una. Comprad un recuerdo con ello, de parte del

Abuelo.

*Al señor Marqués de ****

En el castillo de los Almendros.

Querido abuelo: Mil gracias por tu regalo. Si me hubieras enviado antes ese dinero, me habrías ahorrado muchas rabietas y muchos rebajamientos. Parece que todos se vuelven contra mí, y que gozan en hacerme rabiar.

En fin, aunque tarde, me viene muy bien tu obsequio, y me salvará de algunos apuros de amor propio.

Te lo agradece tu nieta

Margarita.

P. D.—No dejes de venir, porque en los periódicos saldrá la noticia de que vienes.

*Al señor Marqués de ****

En el castillo de los Almendros.

¡Pero, abuelito! ¡Qué barbaridad... y perdona la exclamación! ¡Diez mil duros de regalo! ¿Pero lo has pensado bien? Te hubieses reído de mí cuando llegó tu carta; me quedé como tonta, sin saber que hacer, y preguntando: ¿Pero qué voy a hacer yo con tanto dinero? Después de pensarlo mucho y de hablar no poco con papá, mamá y Luis, hemos convenido en no gastarlos. «El regalo del abuelo — dije — debe ser y será la primera piedra de nuestra fortuna; en nada mejor empleado que en seguir sus previsores consejos. Una alhaja, unos caprichos, pueden perderse o desaparecer por cualquier causa. Si ese dinero lo aumentamos, siempre nos recordará que debemos al adorado abuelín los primeros peldaños de la riqueza. Si no sabemos ahorrar, ese dinero podrá ser quizá nuestra salvación en el porvenir. Honremos al abuelo respetando su regalo». ¿Te parece bien?

Conste que ahora, como siempre, veo clara tu bondad unida a la previsión. El haber sido el último, es quizá la cualidad más de agradecer que tiene tu obsequio. Adivino el pensamiento que te ha guiado; creo

compenetrarme con tu espíritu y con tu deseo no malgastando el generoso don. Te queda, como siempre, agradecida, tu nieta, que te adora y te espera con gran impaciencia.

Susana.

PEQUEÑOS USOS SOCIALES

II

DEL DERECHO MORAL DE LA CONVERSACIÓN

Cualquiera que sea el asunto de la conversación que se sostenga, exponed vuestra opinión con modestia, defendedlo con seriedad y dulzura si se combate, ceded sin entercamiento si estáis equivocado, y hacedlo también, aunque la razón esté de vuestra parte, si la cosa que se discute es de escasa importancia, y también si la persona con quien se discute es señora o anciano.

No obstante, si el amor a la verdad o el deseo justísimo de instruiros os induce a entablar y sostener una discusión, hacedlo con miramiento y políticamente; jamás con violencia.

Y si en la discusión tenéis por contrincante a uno de esos señores o señoras poseídos de la manía de las disputas, que empiezan por contradecir sin estar casi enterados del asunto, y sólo por sistema, que están siempre dispuestos a sostener el parecer contrario, cededle el terreno sin ningún resentimiento, pues nada se ha de sacar provechoso de tal dicusión; y hay que tener presente que el espíritu de cotradicción sólo puede ser vencido por el silencio.

Las citas, de las que se ha abusado tanto, se han desacreditado con mucha razón. Para que las citas no resulten de una pedantería insoportable, han de estar bien escogidas, ser parcas y cortas, favorecerlas la oportunidad, ser nuevas y dichas modestamente; finas y de buen gusto;

y no buscadas con empeño en la reputación de sabios empleando palabras prestadas de lenguas extranjeras, o términos de ciencias que la generalidad de las gentes desconoce.

Las citas en lenguas extranjeras deben suprimirse casi totalmente, o al menos no usar más que de las que son tan corrientes y están tan al alcance de todo el mundo, que se tiene la seguridad de ser comprendidos por todos.

Si la sociedad no es escuela para que se ejerciten los pedantes, tampoco es un campo de batalla a disposición de esos entes malignos que se jactan de agudos y creen tener privilegio para insultar a todo el mundo con sus gracias. Cualquiera que sea la finura de sus pensamientos, la sal de sus observaciones, la risa misma que exciten, no por eso dejan de ser personas muy lejanas a la cultura y al buen tono, porque la verdadera urbanidad es la benevolencia.

Si el chiste sólo se emplease para herir, mortificar, zaherir, burlar, ridiculizar, en fin, a las personas, debería ser severamente execrado, así como los aficionados a practicarle.

Por fortuna, existen otras chanzas graciosas, inofensivas, ligeras, que deben admitirlas con agrado los mismos que son objeto de ellas, porque sólo son una lucha jovial, amistosa, donde no aparece nunca la mordacidad ni el atrevimiento.

En cuanto a la burla con que las personas de escaso criterio se complacen en poner a prueba la credulidad ajena, o su urbanidad en no desmentir a nadie, es un vicio tan necio como digno de reprobación.

Los dichos populares y los refranes exigen, como las demás citas, algunos cuidados, y además carecen de oportunidad fuera de la conversación familiar. Si son frecuentes, se convierte la conversación en una charlatanería fastidiosa, basta y poco distinguida. Y si se dicen de modo imprevisto, sin razón de continuidad, o hacen al que habla incomprensible, o le hacen semejante a Sancho Panza.

Los juegos de palabras son a menudo censurables y conviene no emplearlos, porque sólo se consigue provocar una risa pasajera a cambio de serios peligros. Unicamente deben usarse los juegos de palabras que sean de buen gusto, felices de forma y fondo, y que no sean impolíticos.

La gran severidad, inexorable, debe guardarse para los equívocos que ofendan el pudor. El decoro permite y aun ordena no escuchar y hasta interrumpir al desatento que importuna con indecentes juegos de palabras, que una persona bien educada debe evitar siempre, porque estas frases sirven de auxiliares para cubrir ciertas expresiones inmorales con un velo tan transparente, que se distinguen mejor.

Respecto a este punto, puedo aducir el dato exacto, verídico, cierto, de que algunas jóvenes, confundiendo lamentablemente el sentido exac-

to de la palabra *chiste*, creen poseer una nota de original atractivo aprendiendo y relatando multitud de cuentecillos del tono más verde que se puede imaginar.

Conozco alguna cuya simpatía y gracejo natural quedan tristemente maltrechos por el afán inmoderado de *lucirse* contando chascarrillos de doble intención y de la más completa y grosera inmoralidad. La estupefacción de quienes escuchan tales enormidades en juveniles labios femeninos es extraordinaria; y como tratándose del bello sexo es más difícil demostrar desagrado, el asombro se traduce en risas mal encubridoras del asco; risas que interpretadas como éxitos francos y verdaderos, alientan a las jóvenes a seguir por tan escurridizo camino.

Piensen en esto detenidamente las lectoras, pues no será imposible que hayan conocido alguna vez muchachas aficionadas al chiste y al equívoco de doble sentido, y puedan pensar en el malísimo efecto que esto produce.

Y basta fijarse en lo que hacen los demás para lograr el perfeccionamiento de la propia educación.

¿No es cierto que en casos tales siente más vergüenza el que escucha que la que relata?

¿No es también verdad que aunque la señorita que así proceda en el curso de una conversación sea buena, honrada y virtuosa, se juzga muy mal de ella y se la niega, o al menos se la regatea, el candor, el rubor y el pudor, esas que pudiéramos llamar *las tres gracias* de la virtud femenina?

Si mis lectoras no han conocido jóvenes aficionadas a ese género de conversaciones picantes, yo aseguro que ciertamente existen, y que hay que poner un exquisito cuidado en apartar a las hijas de tales compañías, que pueden viciarlas *de dicho*, aunque no las maleen *de hecho*.

Muy lejos de nuestro ánimo el fomentar la gazmoñería, también pecaminosa y desde luego antipática; pero la sana alegría, el regocijo juvenil, los hermosos gorjeos de las niñas que ríen ante todo, porque toda la Naturaleza ríe ante ellas; ese perfume candoroso, sin doblez, sin tonterías, no puede ni debe confundirse con ninguno de los dos extremos: ni las jóvenes que bajan los ojos a la sola presencia de un hombre y que enmudecen ante la más trivial broma, ni las que se aficionan a conversaciones escabrosas, difíciles, de un alcance picaresco muy desacorde con una señorita bien educada.

Las compañías y lugares que frecuentan, lo mismo las muchachas que los muchachos, deben ser objeto de una severa inspección paternal, y si los azares de la vida llevan a convivir con personas de bastos modales y educación, es necesario redoblar el propio cuidado y vigilancia.

Hay quien cree poderse permitir toda especie de chanzas delante de ciertas personas; pero una persona de buenos principios debe guardar

reserva en todo. Puede citarse más de un ejemplo de sujetos que han perdido la urbanidad de modales y lenguaje, adquiriendo los hábitos y expresiones de las sociedades a donde la casualidad les conducía. En sólo un instante se pierde la delicadeza que distingue al hombre de mundo, y que se adquiere con tanta dificultad. Nunca, pues, será excesivo el cuidado que se ponga en no adquirir malos hábitos en el lenguaje y en desterrar los que involuntariamente se hayan tomado.

Es un grande error el creer que sea preciso brillar siempre en la conversación y hacerse admirar por la oportunidad de réplica, mejor que encerrarse algunas veces en el silencio, o dar una respuesta más juiciosa que brillante.

Para que una contestación sea verdaderamente agradable, es preciso que el que la dé tenga derecho para hacerlo; y que *encaje*, digámoslo así, en la boca que la pronuncia; en este punto puede afirmarse que hasta las respuestas necesitan *marco*. Las hay que son muy agradables en la boca de un militar y que serían perfectamente ridículas en la de un magistrado o un banquero. Una joven puede dar respuestas prontas y lucidas que serían insoportables en boca de una mujer de edad madura; así como ésta puede dar algunas picantes, que de ningún modo estarían bien en boca de una jovencita. Parece ocioso agregar que los rasgos de talento deben conservarse siempre dentro de los límites del decoro; y que un aire orgulloso de triunfo quita todo el mérito de un dicho agudo.

Una de las cosas más inoportunas es alabar con exceso y fuera de tiempo. Las alabanzas excesivas y extemporáneas no honran al que las hace ni al que es objeto de ellas.

Nótese el mal efecto que causa el que unas jóvenes alaben estrepitosamente en su casa la belleza de una de ellas; si la ensalzada es discreta, su turbación dará la medida de lo improcedente del elogio. El medio infalible de poner en un compromiso a una persona de mérito, es dirigirle en su casa, y sin precaución, elogios exagerados, que hacen embarazosa cualquier respuesta. Si se guarda silencio, parece que se acepta el incienso con placer; si se protesta, parece que es para excitar más los elogios. Así sucede que, en tales casos, aun personas de mucho talento se turban o contestan con una necedad.

Algunos hombres poco versados en el trato social, se imaginan generalmente que no se deben acercar a una dama sin dirigirla frases galantes y elogios a su hermosura o elegancia. Esto es un error. No hay vulgaridad tan grande como el repartir requiebros a todas las mujeres con quienes se habla, sin distinción de edad, rango o mérito. Esto puede divertir a mujeres casquivanas, pero fastidia a una mujer sensata.

Mas no por esto se crea que deben proscribirse en absoluto los elogios; la sociedad no ha llegado a este grado de perfección; pero deben ser verdaderos y fundados a fin de no presentar el carácter de un ultraje san-

griento; indirectos y delicados, para que se puedan oír sin estar obligados a protestar. Estas reglas, que deben inculcarse a los niños, son aún más necesarias a la niñas, tanto para que aprendan a conversar y elogiar prudentemente, cuanto para que sepan medir la calidad e importancia de los que a ellas se las dirija.

Las *quejas*: he aquí otro aspecto del bien hablar.

Bajo cualquier aspecto que se las mire, las quejas tienen siempre poca gracia.

Apartad ¡oh, jovencitas! sobre todo vosotras, aunque es esta regla muy provechosa para toda edad y sexo, apartad de vuestras quejas la acrimonia y la animosidad. Que vuestro enfado demuestre solamente sentimiento del mal que se os ha hecho; no del que no podéis hacer.

El decoro, que proscribe las quejas excesivas que dais al primero que se presenta contra aquellos de quienes estáis quejosos, no autoriza tampoco las alabanzas frecuentes y exageradas que tributáis fuera de propósito a personas de quienes esperáis un bien.

Por *desatención* se entiende generalmente toda falta contra el decoro, aunque también se le da un sentido particular para denotar una falta, un olvido especial de los miramientos que reclaman los demás.

He aquí algunos ejemplos de esas infracciones particulares de la urbanidad: acercarse a las personas tristes con rostro risueño y maneras alegres, que prueben la poca parte que se toma en su situación; turbar con rostro de tristeza y declamaciones patéticas la alegría de los que están llenos de satisfacciones; encarecer las ventajas de la belleza delante de señoras viejas o poco favorecidas por la naturaleza; hablar de la consideración que da la opulencia delante de personas que disfrutan escasamente de un mediano pasar; enorgullecerse de sus fuerzas, de su salud, junto a una persona débil o enfermiza, etc.

Todavía es más alto el significado que se da a la palabra *preocupaciones*. En ocasiones con ella quieren encubrir esas prevenciones antisociales que existen de nación a nación, de ciudad a ciudad, de barrio a barrio, y que desdichadamente ocupan muchas veces las conversaciones de personas que, por no saber ni practicar las medidas de la prudencia, hacen que se enconen y aumenten divergencias y distancias que todos debemos aplacar.

Esta clase de conversaciones debe en absoluto desecharse.

* * *

No olviden las madres cuanto en el anterior capítulo y en el presente vengo diciendo, para perfeccionar el uso de la conversación; ese *pequeño uso social* que tanta importancia y trascendencia tiene.

Una joven que apenas hable, que permanezca seria y muda lo mismo

entre sus compañeras que entre personas de distinta edad, es siempre desagradable. No se sabe si su boca la cierra la ignorancia o el orgullo, y en cualquiera de ambos casos, la cualidad no es muy recomendable.

Una joven habladora sin reglas de prudencia y saber, puede verse en innumerables compromisos y poner en ellos a sus padres, primero, y a su esposo e hijos más tarde.

El bien hablar es de suma importancia, y el callar a tiempo quizá de mayor discreción y mérito.

Desde chiquitas es necesario educar a las niñas a este fin. Para ello es necesario comenzar por corregir a esas niñas chiquitas que se mezclan imprudentemente en las conversaciones de las personas mayores, así como también a las que callan obstinadamente, aunque se las dirija la palabra para preguntarlas la cosa más sencilla.

PRECIOSOS CONSEJOS DE UN ABUELO

(SEIS AÑOS DESPUÉS)

*A la señora Duquesa de ****

En Madrid.

Querida Margarita: Las noticias que hasta aquí llegan respecto a vosotros me tienen alarmada. Ya sabes que siempre te he querido profundamente, y en nombre de ese cariño te ruego que me cuentes tus penas, por si está en mi mano el aliviarte algo. Luis y yo estamos dispuestos a servirte en todo cuanto necesites, y a Dios gracias, estamos en situación de poderte ofrecer el apoyo que te sea preciso, sea de la índole que sea.

Lo principal es que no resulten ciertos los rumores que corren y que motivan esta carta. Si por desgracia son ciertos, ten franqueza; ábreme tu alma; la mía está de par en par para ti. Al abuelo, que tanto te adora, procuro ocultarle cuanto se dice: está muy delicado y siempre pensativo por tu suerte. No me atrevo a decirte más cosas respecto a tus asuntos por temor a ofenderte, pero te suplico que veas en mí a una hermana.

Por esta modesta casa, tuya como el espléndido palacio que habitas, no ocurren novedades; la vida se desliza dichosa e igual. Mis padres y el abuelo entretenidísimos en mimar a mis hijos. ¡Si vieses al abuelo no le conocerías! A pesar de lo delicado que está, se pasa la vida jugando con los tres niños, y dice que su obligación actual es la de aniñarse

hasta igualar a los pequeños. No te cuento más cosillas de estas que yo llamo *lluvia de dichas,* porque sé que a ti no te satisfacen.

Repito, pues, el objeto de esta carta. Si necesitas de nosotros, llámanos. Besa a tu hija en mi nombre; saluda a tu marido y cuenta siempre y para todo con el inmenso cariño de todos nosotros y principalmente de tu prima

Susana.

*A la señora de ****

Fábrica de electricidad en...

Querida Susana: No puedo más. Con el estrépito con que pudiera derrumbarse la torre más gigantesca, así mi orgullo, mi estúpido orgullo, que nunca quise confesar, se ha venido a tierra, derrumbado por un verdadero ciclón de desdichas, que jamás creí posible pudieran herirme. A ti, mi querida prima, te lo contaré todo; te ruego que mi confesión la guardes para ti solamente: no digas nada a tus padres ni al abuelo; aun no es tiempo.

Por mis tardías cartas has sabido que vivimos; hoy voy a decirte cómo vivimos. Mi alma necesita expansionarse, no tengo apoyo ni consejo, y pasó el tiempo en que vanamente creía bastarme a mí misma.

Desde que me casé, mi vida ha sido una continua decepción. No vi satisfecho el inmenso afán que sentía de eclipsar a todo el mundo.

La belleza, causa principal de mi erróneo modo de ser, de mi fatuidad maldita, comenzó a oscurecerse antes de mi matrimonio y se marchitó al ser madre. Quiero confesarte todas mis faltas. Al verme desposeída de lo que siempre fué mi encanto, casi recibí con desagrado a la niña que yo consideraba causante de mi ajamiento físico, y este oculto rencor me robó la suprema dicha del amor maternal. Hoy lo recuerdo con espanto; hoy que la veo arrastrada en nuestra catástrofe, es cuando siento vibrar mi alma con un amor infinito hacia ese pequeño sér que llegó al mundo entre una glacial indiferencia, puede decirse que en una atmósfera de hostilidad, y que va a ser desgraciada por culpa mía.

La sociedad, que yo creía debía estar postrada ante mí por mi título y por mi elegancia, no me admitió con afecto; no supe hacerme agradable; mi orgullo hería; y la amistad fué para mí una palabra vacía de sentido; la humanidad corresponde a lo que se la da, y el desprecio que yo sentía hacia los que consideraba mis inferiores, me fué devuelto con creces mientras se me creyó feliz, con saña cuando se me vió desgraciada. No tengo ni el derecho de quejarme; pensé que la humanidad no me era necesaria, y ella me ha demostrado mi efectiva inutilidad en su seno.

Mientras mi vida como dama brillante me proporcionaba tantos y tan repetidos desengaños, mi casa, mi hogar, eran una *cuesta abajo* vertiginosa. Mi marido no me ama. ¿Me quiso alguna vez? El jura que sí; yo no lo creo. Si me amó realmente, debe haber sufrido mucho, porque ahora reconozco que le he hecho muy desgraciado, como a todos los que me han querido. Nuestra vida conyugal ha sido un infierno, un continuo suplicio para ambos. Hasta ahora le he recriminado a él creyéndole causante de nuestro martirio; hoy veo claro, parece como si se me hubiese iluminado la inteligencia, cegada por mi vanidad ridícula, y veo que he sido yo, yo sola la culpable. Ningún hombre, por enamorado que estuviese de una mujer, soportaría el genio acre, la recriminación constante, el exigir, dilapidar, y sobre todo esta falta de blandura que siempre he tenido y que tantas veces habéis tratado de corregir el abuelo y tú.

Y mira, Susana, mi castigo es tanto más terrible, cuanto que aprecio de un modo claro y preciso mis culpas, ahora que no pueden remediarse los males que han originado.

Mi casa era un desorden completo. Los criados, faltos de vigilancia y freno, malgastaban y robaban cuanto querían; yo, lejos de ocuparme en la organización de los gastos, pues lo creía denigrante, me dedicaba a buscar un ficticio alivio a mis lágrimas en un gasto estupendo, absurdo. Compraba alhajas costosísimas que vendía a los pocos días por precios ínfimos; adquiría constantemente nuevas y lujosas *toilettes*, que regalaba, apenas puestas, a mis doncellas; viajaba con gran séquito, y gastaba, gastaba incesantemente para adquirir la dicha. ¡Necia de mí!

Esa dicha, como decía siempre el abuelo, *se lleva dentro*, y si no se lleva, es inútil gastar sumas fabulosas para correr en su busca.

Mi marido, en tanto, para hallar un desquite a sus desilusiones, jugaba; bebía y procuraba encontrar en otras mujeres la felicidad que huía de su casa y de su esposa.

En esta vida ¡compadécenos, Susana! hemos pasado los seis años de nuestro matrimonio, sin pensar siquiera en la pobre hija de nuestro fatal enlace, que se criaba abandonada y falta de caricias, en manos de criados.

Un día... hace de eso dos meses, el administrador se presentó en casa... a decirnos... ¡qué horror! ¡qué estábamos completamente arruinados! Es ocioso relatar el calvario que sufrimos desde entonces.

Las fincas de mi esposo, hipotecadas por nuestra vida de desorden, han sido vendidas en pública subasta: se han llevado los trenes, el palacio... todo... ¡todo!

Si son esas las noticias que hasta vosotros han llegado, son tristemente ciertas.

No se lo digas aún a tus padres ni al abuelo... ¡me da vergüenza!

Espera al menos hasta ver qué rumbos tomamos... o si desaparecemos... Aconséjame tú, que has sido siempre superior a mí. ¡Ahora lo reconozco! Me hace falta tu cariño, tu apoyo... ¡Oh! ¡si siempre lo hubiese solicitado!

Compadece a la que nunca creyó ser compadecida.

Margarita.

*A la señora Duquesa de ****

En Madrid.

Ilustre duquesa y adorada nieta: Aquí tienes a un viejo feliz, pero muy intrigado. ¿Por qué no me escribes hace lo menos seis meses? ¿Por qué Susana no me deja leer tus cartas, y se limita a decirme que estáis todos bien... que ya me contarás despacio cosas... y que los abuelos no deben ser curiosos? ¡Hombre! pues si los abuelos no tienen ese derecho, ¿para quién se guarda? Además, me ha parecido ver llorar a Susana, ¡ella, que no hace más que reír siempre! Y aunque ha contestado a mis preguntas diciendo una vez que el chiquitín la había metido un dedo en un ojo al acariciarla, y otra vez que la había saltado cebolla de un guiso... yo estoy muy escamado. ¿Sabes tú por casualidad qué pasa? Dímelo. Esto de llorar Susana, es un hecho estupendo capaz de intrigar al menos curioso.

Ahora que ya te he hecho las preguntas, pasaré a darte cuenta del curso de este paraíso. ¿Has oído asegurar que el Paraíso se perdió por culpa de Adán y Eva? ¡Mentira! ¡Mentira completa! Está aquí el Paraíso; en él han edificado una fábrica de electricidad, y lo habitamos muchos Adanes y muchas Evas... Que pregunten, que pregunten a este pueblo obrero si esto no es una sucursal de aquella perdida delicia. ¡Anda! ¡Y que les pregunten si la Eva mayor de este cotarro, o sea tu prima Susana, es capaz de dejarse robar la felicidad por manzana más o menos! Mira, Margarita; tú ocupas, a no dudar, una envidiable posición social; pero no puede ser comparable con la que disfrutamos todos en la *Isla de la Risa Perpetua*, como yo llamo a esta fábrica.

Aquí todos somos felices, y todos adoramos a Luis y Susana: la pareja más perfecta que pueda soñarse; cada día más enamorados; cada día prosperando más, y cada día más ocupados de que su felicidad sea como el sol, que para todos sale y a todos calienta. ¡Y qué preciosidad de hijitos les ha concedido Dios! Son tres pimpollos que nos traen locos a todos.

¡Y cuántas veces me acuerdo de cuando decías que Susana era feuchilla! ¡Cuando la veas te quedarás asombrada! La actividad, el traba-

jo, la dicha, el amor, la maternidad, han terminado de modelarla, y está realmente bella, con belleza luciente, atractiva, que cautiva y no ofende.

Es un asombro tu prima; ella vigila la casa, criados, hijos, padres y abuelo, mimándonos infinitamente a todos; ella desempeña la administración de la fábrica; visita las casas de los obreros cuidando de que nadie pase necesidades ni penas sin acudir en su socorro. Y... ¡asómbrate! Sobre la base de mi regalo de boda está labrando una fortuna, que va creciendo... creciendo... creciendo... y que como se hace por la admirable ley del orden y la vigilancia, no hay modo de que se desmorone.

Y estoy orgullosito... ¡vaya!... Como que cada fin de año, al hacer las liquidaciones y cerrar cuentas, me dice siempre Susana:

—Abuelito: tus *preciosos consejos* han sido la primera piedra de nuestra fortuna; tu regalo de boda, los cimientos; el edificio de nuestro capital sube... sube... gracias a ti... ¡bendito seas!

¡Ya ves, Margarita! ¡Eso es enorgullecedor! ¡Vaya una discípula que he sacado!

Figúrate si esto será la Gloria, cuando yo vine a pasar aquí una temporada y llevo más de seis años y sin ganas de volver al castillo solitario. ¡Cómo no me regalen a los niños, no me marcho! Me tienen chifladito. Debías venir tú con tu hija... no creas que viviríais peor que en medio de tus riquezas, y algo aprendería la pequeñuela, porque Susana educa perfectamente a sus hijos empleando su maravilloso sistema de cariño y dulzura.

En fin; el abuelo chochea; hablando de esta vida de delicias, no acabaría nunca. Si quieres convencerte, ven y lo verás. ¡Hace tanto tiempo que no te vemos!

Un beso de tu

Abuelo.

*Al señor Marqués de ****

Fábrica de electricidad en...

Querido abuelito: Inmensa pena va a causarte esta carta, pero es imposible callar por más tiempo lo que pasa. Tus predicciones se han cumplido con exceso. Ruina, desgracia, abandono, todo ha caído sobre mí con justísima razón.

Susana, que está enterada, puede contarte detalles, que omito hoy por no hacerte sufrir más.

¡Qué razón tenías al preocuparte de mi suerte por mi rebeldía ante tus consejos prácticos y beneficiosos!

No es tiempo de lamentaciones. En mi desesperación, sólo tu nombre y el de Susana me sirven de lenitivo: sé que haréis por mí cuanto podáis y cuanto voy a pediros.

Mi marido quiere marcharse a América. Tiemblo perderle definitivamente y deseo irme con él, para ver si con un supremo esfuerzo reconquisto el afecto que me tuvo y que no supe apreciar. En este total naufragio de mi vida, sólo mi hija me ata. ¿Qué sería de ella si en lejanos países sucumbiésemos por enfermedad o por desesperación?

Os ruego, pues, que la admitáis con vosotros. Bien mirado, más provechosa le será la estancia al lado de Susana y del abuelo, que la eduquen y formen a su imagen y semejanza, que la vida de privaciones, luchas, lágrimas e incertidumbres que al lado mío puede aguardarla.

Mi carta de hoy sólo tiene este objeto. ¿Queréis llevaros la niña mientras nosotros intentamos rehacer nuestra existencia derruída?

Antes de tomar una determinación, espero vuestra respuesta.

Os suplico que accedáis; que la queráis como a los otros, y que procuréis que se parezca lo menos posible a su desdichada madre.

Te abraza tu arrepentida nieta

Margarita.

*A la señora Duquesa de ****

En Madrid.

Margarita querida: Tu carta y los detalles que me ha dado Susana me han agobiado, como si de repente hubiese caído sobre mi cuerpo todo el peso de la vida, tan dulcemente ligera al lado de tu prima.

En esta casa se ríe poco y se llora mucho pensando en la hermosa Margarita, cruelmente castigada por el destino... o por la Providencia.

Por suerte de todos, Susana es una inteligencia, una voluntad y una bondad reunidas en el cuerpo de un ángel, y ha tenido una idea luminosa... y heroica.

—Abuelito — dijo; — los hechos consumados tienen más fuerza que todo en la vida; contra ellos nada podemos; pero limitarnos a llorar la catástrofe de Margarita sería una cobardía imperdonable. Cuanto más apurada es una situación es cuando precisamente hacen falta más energías para vencerla.

Tú, abuelín, posees, mientras vivas, un hermoso castillo y unas rentas. Yo sé que lo que de ellas puedes guardar, mientras la usufructúas, lo reservas para mis hijos y para la niña de Margarita. Pues bien, abuelín; mis hijos tienen un padre trabajador y honrado que alienta por ellos; y me tienen a mí, que me preocupo hondamente por su porvenir. Acuér-

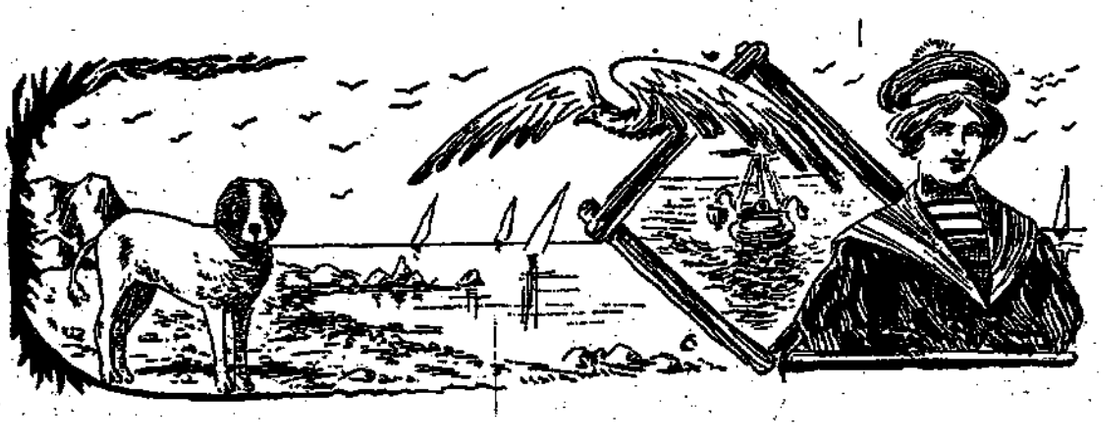
date, abuelo, de que uno de tus preciosos consejos decía: *Lo primero es antes;* pues bien, por ahora *antes* que todo es la salvación de Margarita. No temas que nuestros actos sean hoy infructuosos como lo fueron en otro tiempo los consejos: Margarita ha aprendido con una dolorosísima maestra, *la experiencia,* y no es de temer que olvide tan duras lecciones. Llámalos, abuelo; llama a ese matrimonio y a la nena a tu castillo; que se instalen en él; todo cuanto dinero tengas se lo dassin pensar en nosotros, y que con él comiencen su vida de rehabilitación. ¡Qué dicha, abuelo, si logramos así rehacer un hogar, unir un matrimonio y no apartar a esa niña de su refugio natural, el seno materno! ¡Qué felicidad si así podemos contribuir a que nuestra Margarita sea de nuevo rica, bella, feliz... y perfeccionada!

Esto, hija mía, ha pensado tu prima; yo besé aquella frente pura que alberga tan nobles ideas y generosos pensamientos, y añado mi ruego al suyo. No desoigas como siempre nuestros consejos, ni rechaces nuestro amor.

El castillo os espera para ser vuestro nido de amor. Mi modesta fortuna para auxiliaros a triunfar.

Con muchísimo menos ha construído Susana un hogar rico y feliz. Pero es preciso que, como ella, no te burles de los *preciosos consejos de un*

Abuelo.



EL ARTE DE LA LIMPIEZA

Se limpian :

Los *muebles barnizados,* con una mezcla, a partes iguales, de aceite de oliva o de linaza y de alcohol.

Los *muebles pulimentados,* con encáustico, cera o aceite secante.

Los *utensilios de hierro,* como palas, tenazas y morillos, con papel de vidrio, ladrillo rojo o arenilla (greda molida).

El *hierro colado* (caloríferos, estufillas, braserillos, etc.), frotándolos con una cebolla cruda rápidamente y pasando encima en seguida polvos de mineral de plomo con una brocha o cepillo. Frotarlos otra vez con un trozo de lana usada para secarlos y darles lustre.

Los *utensilios estañados* se limpian con agua hirviendo; después se les enjuga o se les pasa polvos de blanco de España para secarlos. Lo mismo se hace con los *utensilios de metal blanco.*

Los *recipientes de loza* o *porcelana* se limpian con ceniza o arenilla muy fina, ligeramente humedecida. También se puede utilizar una disolución acuosa de sosa o potasa.

Las *mesas de cocina* y la *fregadera,* con agua muy caliente, en la que se haya disuelto previamente 40 ó 50 gramos de cristal de sosa.

Las *repisas de mármol* de las chimeneas, con agua de potasa o de jabón negro.

Los *cuchillos,* frotándolos vivamente con un tapón de corcho, con ceniza húmeda, con arenilla o con ladrillo inglés. También se pueden hundir las hojas de los cuchillos en la tierra húmeda del jardín o del patio y moverlos con rapidez arriba y abajo hasta que queden relucientes. Los cu-

chillos que se utilizan a diario deben ser limpiados y enjuagados después de cada comida; en cuanto a los que sólo se usan de cuando en cuando, es necesario ponerlos en sitio seco y untar ligeramente las hojas con manteca de cerdo no salada.

Los *vidrios* se limpian con blanco de España o de Medún, o se diluyen en agua estos polvos hasta formar una pasta clara. Por medio de un tapón de corcho se embadurna el vidrio en todos sentidos con dicha mezcla, y antes que se haya secado del todo, se le enjuga con un paño limpio. Se completa la limpieza pasando un lienzo seco y suave por el vidrio.

Las *lunas de los espejos* pueden limpiarse de la misma manera; pero es preferible emplear alcohol mezclado con agua para no manchar ni deslucir las molduras doradas. Los marcos dorados se limpian con una esponja fina, empapada en agua ligeramente jabonosa; o bien se moja una brocha o cepillo suave en una mezcla de dos claras de huevo bien batidas con 15 gramos de agua de cloro y se frotan ligeramente los marcos.

La *plata* se lava después de la comida con agua hirviendo, metiéndola en seguida en otra fría, y se la enjuga con un lienzo fino o un trozo de piel de búfalo. Para limpiarla perfectamente, se disuelve blanco de España en un poco de agua y mejor de alcohol, y se la frota con esta mezcla, secándola luego con un lienzo fino o un pedazo de piel muy suave. Si se quiere dar a la plata el brillo y el lustre de la nueva, mézclense partes iguales de blanco de España y crémor tártaro y una cuarta parte de alumbre pulverizado y muélase todo; frótese con esta mezcla, déjese secar y enjúguese. El agua en que se ha hervido patatas sirve para hacer desaparecer las manchas negruzcas que los huevos comunicán a la plata. Un poco de hollín mojado con alcohol da el mismo resultado.

El *cuero* se limpia perfectamente con la preparación llamada agua de cuero, que se vende en las droguerías. Antes de servirse de ella, se agita la botella, se derrama un poco sobre una muñeca, se frota el cuero con ésta, se enjuga y se concluye la operación pasándole un bruñidor seco.

Se pueden emplear también la sal de acederas y las arenillas, o mejor aun, formar una pasta con arenilla, harina y vinagre. Se moja un trapo en esta mezcla, se frota el cuero, se enjuga luego y se termina frotando aquél otra vez con tierra podrida. Póngase luego los objetos limpiados al sol o a una distancia prudente de la lumbre, para secarlos completamente.

El *cuero barnizado* se limpia con agua tibia ligeramente acidulada.

El *cuero dorado* se puede limpiar frotándolo ligeramente con una esponja empapada en alcohol aguado o con agua jabonosa casi hirviendo; se le vuelve a pasar agua caliente y se le deja escurrir sin enjugarlo.

Cuando el cuero se ha secado al aire, se le frota con un lienzo fino o una piel suave.

Para preservar de la herrumbre los *instrumentos de acero,* basta sumergirlos en lo que se llama una lechada de cal, o sea una disolución de ésta en agua suficiente. Se les deja después secar al aire y no hay el menor temor de que vuelvan a deteriorarse por la oxidación.

Este procedimiento es igualmente aplicable a los demás metales susceptibles de oxidarse, los cuales pueden, de este modo, conservarse intactos en los sitios más húmedos.

Para limpiar las *garrafas,* se echa dentro un poco de agua, cáscaras de huevos rotos o papel de estraza y se agita en todos sentidos; se enjuaga con agua limpia, se deja escurrir y se enjuga.

Para limpiar las *alfombras,* después de haberlas sacudido violentamente, se derrama sobre ellas hojas de té húmedas que hayan servido para hacer una infusión; y así que se hallan secas, se barren con una escobilla de palma. Las hojas de té devuelven a los colores el brillo perdido.

LA MUJER RUINA DE SU HOGAR

El tema de este capítulo parece un contrasentido. La mujer ha sido creada para ser reina y señora del hogar; en él aparece más esplendorosa, más seductora, más atractiva. ¿Cómo, pues, puede una mujer causar la ruina, hundir el pequeño mundo por ella y para ella creado?

Pues a pesar de eso, existen, por desgracia, muchas, muchísimas mujeres que son la ruina del hogar.

¿Cómo? — dirán las amables lectoras. — ¡Ah! De mil diversos modos. Quizá ni la misma mujer comprenda clara y precisamente la importancia y trascendencia de su misión. Quizá, en su eterno gemir por creer que carece de las prerrogativas que hacen al hombre rey de la creación, suponga que el papel que se le ha repartido en el concierto del Universo es insignificante, de poca fuerza, incapaz de crear, ni originar, ni evitar catástrofes. ¡Error! ¡Error grandísimo! Puede afirmarse, sin temor de equivocación en la mayoría de los casos, que el hombre es sólo lo que la mujer quiere que sea; que el hogar es lo que la mujer sabe hacer de él; que hogar y hombre son a modo de grandes relojes, de aspecto gigantesco, y que sin embargo, no andarían a no ser por la pequeña *cuerda*, la espiral que, dentro de la máquina, oculta, poco visible, marca y sostiene el perpetuo movimiento.

¡Pobre del hombre que a pesar de su grandeza aparente, carece del suave *tic tac* en el interior de la casa, que le regule la vida, que le sostenga las fuerzas, que le marque el paso que ha de seguir, que sea la *cuerda* dulce y grata que dé compás a su vida, a sus afanes y a sus sentimientos!

¡Pobre hogar aquel en que falte la *cuerda*, o en que ésta no sea como

debe ser! A semejanza de un reloj descompuesto, aquel hogar no puede marchar con la exacta regularidad necesaria para la dicha.

Cuando la mujer es de mal carácter, de escasa paciencia, de nulas dotes acomodaticias á los caracteres y circunstancias; cuando es ligera, ó excesivamente triste, ó celosa, ó abandonada, ó poco pulcra, ó desordenada, etc., etc., el hogar se va *agrietando* poco á poco, más ó menos rápidamente, hasta que las brechas, al principio imperceptibles, se agrandan, y el edificio carcomido se viene al suelo, unas veces con gran estrépito, con ruido que llega á todos los oídos, y estos son los hogares escandalosamente deshechos; y otras, calladamente, con cautela, sin que nadie se entere y esas son las ocultas desdichas, las disensiones íntimas, no menos amargas y dolorosas por ser calladas.

El marido ó los hijos que encuentran en su casa agrias escenas, gritos destemplados, riñas injustas, lágrimas extemporáneas, susceptibilidades molestas, rigores extremados, se apartan de allí, primero instintivamente, después á conciencia, aunque con pena; por último, con fruición. El dinero que habían de entregar en el hogar, se merma y sirve, en cambio, para buscar una compensación á las amarguras íntimas en cafés, teatros, tertulias, círculos, juegos ó bebidas; y en infinitos casos también, al lado de otra mujer, si encuentra en ellas las cualidades que embellecen la existencia. El hogar puede decirse que está cimentado en dos columnas: el marido y la mujer; si una de ellas se aparta, el edificio se viene al suelo; pues si el esposo huye por culpa de las cualidades de carácter de la mujer, aunque ésta siga en él, ¿no será la culpable de la ruina?

Aparte del aspecto moral de este tema, el más grave que entraña la cuestión, existe otro también de suma importancia. Las dotes domésticas de la mujer.

Cuando ésta es poco hacendosa, poco hábil, ha de recurrir para todo á lo que vulgarmente se llama *la aguja de plata;* ha de encomendar á manos mercenarias todas las cosas que deben ser por ella efectuadas, y el presupuesto de gastos se eleva.

Cuando la mujer es descuidada y, por ejemplo, no tiene la previsión de poner bajo llave dinero, comestibles, ropas, jabones, etc., como no todos los criados son fieles, y como encierra una gran verdad el refrán que dice: *Quien quita la ocasión, quita el peligro,* se expone á que haya sisas excesivas, *filtraciones* de géneros, abusos de confianza, desapariciones de prendas, etc., y á que el gasto mensual adquiera proporciones que no estén en armonía con los ingresos.

Cuando la mujer practica una *economía mal entendida,* como ocurre frecuentemente, que compra en abundancia comestibles que pueden echarse á perder y de los que haya que tirar la mitad; que no compone muebles, cacharros ni ropas á tiempo por no gastar, dando por resultado la precisión de comprar otros nuevos al cabo de poco tiempo; que, por

el contrario, gasta en componer cosas que por su estado de vejez no admiten composturas, y hay que desecharlas apenas compuestas, etc., etc.; cuando esto ocurre, y otras mil cosas al parecer insignificantes y que sería prolijo enumerar, nada basta en una casa, con nada hay suficiente: el dinero se deshace, se funde, se evapora, y llegan primero los desequilibrios, después los préstamos, después los atrasos, por último la ruina.

¿No es cierto, discretas lectoras, que conocéis y recordáis en el momento de leer estas líneas, muchos hogares desgraciadamente hundidos por causas iguales ó parecidas á las citadas?

Y reparad en que aún no se ha citado á la mujer lujosa que gasta en *toilettes* más de lo que puede.

Ni á la presumida y coqueta, que necesita un crecido presupuesto para perfumes, polvos, tintes y menjurges.

Ni á la que emplea grandes sumas, en relación con su posición, para asistir á espectáculos y diversiones de todos géneros.

Ni á tantas y tantas otras que, sin ser lo que la sociedad entiende por *malas,* son, sí, capaces de *desgobernar* cuanto caiga bajo su mando, causando la desdicha de todos los que las rodeen.

¡Qué necesario es educar á las jóvenes convenientemente para que tengan un perfecto equilibrio mental, que dé por consecuencia las aptitudes precisas para regir una casa!

¡Qué diferencia existe entre emplear bien el dinero, ó gastarlo sin orden ni concierto!

¡Y qué abismo separa á la mujer previsora, activa, cuidadosa, dulce y minuciosa, de la que por todas las causas dichas y otras muchas calladas, llega á ser la *ruina del hogar!*

ARTE DE HACERSE UNA RENTA

En los críticos tiempos por que vamos atravesando y que pudiéramos llamar la edad del billete de Banco, no como aquella otra edad de oro de nuestros antepasados, porque en ella florezcan las artes, las ciencias y la literatura, sino porque hoy día el que no tiene un pequeño capital o una mediana renta con la que atender a sus principales necesidades, no puede salir a flote de entre las revueltas aguas de la vida llenas de espumas de necesidades y no puede llegar a las suaves arena de la playa del bienestar y la buena vida.

Puede decirse que hoy, quien no es dueño de ese capital o de esa renta ni tiene medio de conseguir uno u otra, no tiene más remedio que esperar a que llegue la ola grande, dejarse llevar por sus crestas y hundirse en los profundos abismos conocidos.

Ahora bien, si aseguramos esto, también debemos asegurar que el que no tiene una renta es generalmente porque no quiere, pues sobrados medios nos brinda el mundo para conseguirlo, si bien es verdad que siempre es preciso trabajar, y trabajar mucho, pues no todo sale a pedir de boca y el que algo quiere algo le cuesta.

Claro es que una muchacha tiene muchos menos medios y muchas menos puertas abiertas para poder crearse una posición que un muchacho, pues éste tiene infinitas carreras y empleos que, estudiando y trabajando, pueden proporcionarle un porvenir brillante y lucrativo.

Para una muchacha es mucho más difícil la situación, y muchas veces depende su felicidad de la educación que sus padres le hayan procurado.

Antes, la mujer estaba destinada únicamente a ser mujer de su casa,

a saber muy bien todo lo concerniente a coser, limpiar, comprar y cocinar y esta era la educación que se daba a las hijas y en realidad esta era la que necesitaba y la que han debido de tener siempre. Pero según ha ido rodando la inmensa bola terráquea por los infinitos espacios interplanetarios, han ido cambiando las cosas, las maneras de ser, pensar y sentir y las necesidades de la vida, de las que unas se han suprimido y otras nuevas se han creado.

Así tenemos, por ejemplo, que hasta hace relativamente pocos años, algunos menos de un siglo, la instrucción de una hija bien educada se reducía a muy poca cosa: un poco de lectura, otro poco de escritura con una letra que en cuanto se leía ya era buena, cuentas muy poco, las cuatro reglas y basta, labores todo lo concerniente a ropa blanca, algunas de crochet y, si acaso, algún bordado, observancia de buenos modales, respeto y amor filial, rezos y algún arreglo de casa.

Esto era lo que solía aprenderse en tiempos de nuestros abuelos.

Después empezó a darse alguna instrucción más en las escuelas y se implantó algo del réginien escolar francés; este idioma entró en casi todos los centros docentes bien organizados y se dió alguna más extensión a la gramática y aritmética, se enseñó algo de geografía e historia y las labores tomaron más incremento.

Andando los años, hemos llegado a la actualidad y hoy en cualquier colegio de mediana altura se hace aprender a las alumnas ciencias y letras, labores, dibujo, música y hasta historia natural, fisiología, mitología y qué sé yo cuantas cosas más, que forman en total un jaleo de dos mil demonios.

Yo no sé a ustedes lo que les parecerá; si que se adelantaba más antes enseñando poco o ahora enseñando mucho. Pero yo creo que hoy, si se estudiasen con fundamento (que no se estudian) las asignaturas de los colegios, encontraríamos en ellas una base para poder ofrecer a una muchacha lista y aplicada un porvenir risueño y exento de preocupaciones e ideas negras.

Tenemos por el mundo muchas señoras del antiguo régimen que andan errantes por haber muerto sus familias sin dejarlas un triste pedazo de pan que llevar a la boca, y que, siendo de clase más alta que el proletariado y habiendo figurado en el mundo en esferas más elevadas, se ven ahora precisadas a vegetar en un taller de modas de tristes operarias, dedicadas, por un mísero sueldo que apenas les da para sus principales necesidades, a preparar la labor que otras oficialas más jóvenes que ellas y con más arte han de confeccionar. Alguna vez llegan a ser jefas de taller, pero de aquí no pasan.

Y tenemos también muchachas de hoy, que aun sabiendo algo de música y otras artes, no tienen tampoco un sueldo fijo y un bienestar seguro y reposado.

Si se dedicase más tiempo al estudio y se ampliasen los que se hacen en las escuelas, encontraríamos base para un porvenir.

La música da un buen principio para ello. Hoy día rara es la muchacha que no toca el piano o el violín, pero la mayoría de ellas lo hacen muy a la ligera y sin verdadero arte. Bien es verdad que hay muchos profesores y profesoras de música por el mundo, pero yo no me refiero a ellos sólo. Una joven que sepa interpretar bien el piano o cualquier otro instrumento de música, sea el que sea, puede abrirse un brillante camino en el mundo por medio de los conciertos, y ahora que éstos tanto se generalizan, son un buen punto de partida.

Pero para ello no hay que contentarse con tocar bien unos valses o unas piececitas ligeras, sino que es preciso identificarse con la música, entenderla, vivirla y expresarla con verdadero sentimiento. De este modo, lejos de quedarse, como la mayoría, en ese punto indefinido de la medianía cuyas aspiraciones tienen siempre que ser muy escasas, pueden llegar al punto álgido del arte y al mismo tiempo que conquistar la gloria halagadora del triunfo, procurarse un modo de vivir honrado y desahogado sin temor a estrecheces ni apuros.

No sé tampoco por qué han de tener la mayoría de las jóvenes esa especie de aversión hacia la carrera de maestras, siendo, como es ésta, una de las carreras más adecuadas para una joven y de las que ofrecen más amplios horizontes para poderse labrar un porvenir, mira de toda señorita que por no ser su posición todo lo desahogada que es necesario para poder vivir sin auxilio de nadie ni de nada, sólo por los propios recursos, se ve precisada a buscar esa posición de la mejor manera posible.

Ahora bien, la carrera de maestra hay que saberla entender para conseguir una brillante posición. Es preciso no conformarse con hacer las oposiciones, obtener el título y sacar una plaza en la escuela de un pueblo: las que con esto se contentan no pasarán nunca de una existencia muy reducida, podrán cambiar de partidos y algunas veces mejorar de condiciones, pero no llegarán jamás a figurar en el mundo con una posición regular. Es necesario aspirar a más, estudiar y profundizar en ciertas materias, procurar ganar siempre un punto en la escala del saber. ¿Por qué han de ser siempre los varones los hombres de ciencia? ¿por qué no habían de existir también mujeres científicas? Pocas hay hoy día, y esas pocas lo son porque han dedicado mucha parte de su existencia al estudio y a profundizar puntos y materias.

Actualmente la mujer va poco a poco logrando puestos y ocupaciones que antes estaban reservados únicamente al sexo fuerte, pero que no por esto son inaccesibles al sexo contrario. Es un hecho que el feminismo va tomando incremento, va apoderándose cada día de una ocupación, va echando raíces que se extienden por todos los terrenos del saber humano y por todos los medios de procurarse la existencia.

Antes la mujer, aparte las labores propias de su sexo y las carreras antes mencionadas, si acaso, pudiéramos añadir la de dibujo, no tenía más recursos para el porvenir que o el patrimonio de sus mayores o la renta de algún individuo del sexo feo que enamorado de sus naturales encantos la pidiese en matrimonio, convirtiéndola en dueña de un hogar y haciéndola partícipe de sus goces y de sus penas.

Pero hoy la cosa varía; se ha visto que la mujer tiene las mismas o parecidas cualidades que el hombre para los negocios y para las ciencias y aun existen muchas de ellas que poseen dotes, inteligencia y talento muy superiores a los de muchos de ellos que pasan en el mundo por inteligentes e instruídos.

La literatura abrió sus puertas al feminismo, y la mujer dejó de ser sólo musa para convertirse en poetisa, y versos y prosas tenemos en nuestra literatura que no por pertenecer a plumas femeninas son por esto menos dignas de aprecio, y que tienen en sus versos y en sus líneas pensamientos más sublimes que las de muchos y muy buenos vates castellanos.

Después, las aulas de las facultades de derecho y medicina cobijaron bajo sus techos bellas alumnas que estudiaron con aprovechamiento las ciencias de Galeno, la filosofía, la lógica y los códigos, y de ellas salieron oradoras y doctoras que si hoy son en reducido número no por esto dejan de tener su valía.

En esto, como en muchas cosas, nos ha aventajado nuestra vecina Francia, donde ya existen en funciones mujeres abogados y mujeres médicos con sus clientelas y sus visitas.

Aquí también tenemos algunas mujeres médicos y creo yo sería una cosa no muy desacertada que para las enfermedades corrientes que no necesitan de un carácter enérgico y un cuidado profundo pudieran tener las señoras su médico-mujer para las afecciones ligeras.

El invento y la aplicación a la práctica de la mecanografía ha sido un escalón que han sabido muy bien remontar las hijas de Eva. Naturalmente el trabajo de dactilografía es un trabajo muy adecuado a sus condiciones y facultades, que no necesita esfuerzo alguno corporal, pues es trabajo que se practica cómodamente y como quien teclea en un piano y no se necesita tampoco un gran derroche de inteligencia, pues es más bien un trabajo mecánico en el cual todo consiste en llegar a aprender el teclado, y en teniendo un poco de práctica y poseyendo una buena ortografía, es como quien dice pan comido, pues el trabajo es bien fácil.

Una vez que una muchacha conoce con alguna perfección el mecanismo de una máquina, tiene ya un punto de apoyo para conseguir algún ahorrillo.

Primeramente en casa mismo sin necesidad de molestarse en salir, hoy que todo se vende a plazos, puede adquirirse un buen modelo de máquina

por pocos duros mensuales, procurándose copias entre los amigos y conocimientos mediante conveniente retribución, y ya tiene una ayuda para la vida.

Si además de esto conoce algunos idiomas, miel sobre hojuelas, pues ya entran en su dominio las traducciones; puede traducir libros y novelas pedidos a un editor, proyectos, memorias, discursos, e incluso libros de texto.

Añadid a esto el conocimiento de la teneduría de libros, la contabilidad, y ya no sólo en casa y entre los amigos, sino en los Bancos, Casas de comercio y Oficinas tiene ya entrada y aplicación práctica su trabajo. Hoy en la mayor parte de los Bancos franceses e ingleses existen contables y dactilógrafas, con los mismos y aun mayores sueldos que sus iguales masculinos, siendo además, como es consiguiente, más consideradas por los jefes y por los mismos compañeros, pues siempre son señoritas a quienes se debe respeto y consideración.

También en España va tomando esto algún incremento, y en muchos centros, en el Banco de España, el Credit Lyonnais y otros, existen ya algunas señoritas al servicio de la casa, principalmente para sus relaciones con el público, corte de cupones, y mecanografía.

La Taquigrafía entra también en el dominio de la mujer y es un poderoso auxiliar para los empleos antes citados, pues en muchas casas se acostumbra a que el jefe o Director dicte las cartas, un empleado las escriba taquigráficamente y los dactilógrafos las pongan en limpio para su envío al público.

No tan sólo es preciso labrarse una posición para la satisfacción de las propias necesidades de la vida, sino que además, suponed una muchacha hija de padres ancianos, sin parientes ni capital; ¿no será siempre una buena ayuda el trabajo de esa joven? Ella podrá aprontar al sueldo de que el padre pueda disponer algunos medios para subsanar y saldar pequeñas necesidades, pequeños gastos.

Por esto es muy necesario que las jóvenes sepan valerse a sí mismas, sepan aprovechar sus cualidades, conocimientos y estudios.

Hemos procurado dar algunas ligeras ideas sobre unos cuantos medios de conseguir esto; muchos más podríamos citar, la costura, la confección de sombreros; hoy, las telegrafistas, etc., etc., medios todos de labrarse un porvenir feliz y desahogado, pero no los tratamos detenidamente por alcanzarse su importancia a todas las inteligencias y no necesitar de nuestras modestas explicaciones.

Ahora bien, hemos de hacer presente que no se crea que es oro todo lo que reluce: para labrarse una posición hay que trabajar y trabajar mucho, con ardor y con afición, sin dejarse vencer por las primeras dificultades y tropiezos, saltando los obstáculos, teniendo siempre una voluntad fija, una firme proposición de llegar a un fin determinado; no empezando

hoy una cosa para cansarnos mañana, abandonarla y comenzar otra de nuevo. De este modo nada se consigue sino perder el tiempo y no lograr ningún provecho. Es además necesario en esta como en las demás cuestiones de la vida, tener cierto orden, cierta seriedad, no tomar las cosas *a tontas y a locas*, como cosa de juego, sino tomarlas muy en serio.

La economía es otro factor importantísimo para el porvenir y conviene tener presente el proverbio inglés: «Ahorrar el céntimo, que la moneda de oro por sí sola se guarda». No despilfarrar. Si ganamos como diez, gastar como ocho y guardar dos. Esto es casi lo más difícil de conseguir en esa edad de los gustos y de los caprichos, edad en la que el dinero se gasta sin sentir, y por esto es necesario mucha fuerza de voluntad y mucha energía.

Seguid siempre una buena norma, una regla fija, y sobre todo siendo jóvenes, en la plenitud de vuestra edad, no os importe el exceso de trabajo, no desperdiciéis nunca una ocasión de trabajar: trabajad cuanto podáis, sin llegar a la exageración.

¿Quién sabe ni puede asegurar lo que será de vosotras en la ancianidad?

La parte teórica, llamémosla así, del asunto, queda expuesta y determinada: es el factor *trabajo*. La parte práctica... ¡ah!... Es tan difícil o más que la primera: *el ahorro*.

Los artículos de primera necesidad suben y suben despiadadamente. Y los que entran en el número de *caprichos*... Hay que ser justos; necesita la juventud una fuerza de voluntad rayana en el heroísmo para resistir tantas sugestivas tentaciones. Nunca como ahora han sido los escaparates de los comercios tan lindos y atractivos; el gusto se va afinando y depurando en todo orden de cosas, y es un verdadero tormento ver tantas lindezas, tener, quizá, el dinero suficiente para adquirir alguna, y cerrar los ojos, ahogar el deseo y apretar el paso, pensando en *el ahorro*, en el *arte de hacerse una renta*.

Las diversiones han sufrido también una gran evolución; con los cinematógrafos y teatrillos baratos se ha ganado mucho terreno en lo que respecta a la cultura del pueblo; pero también, al abaratar los espectáculos, se ha dificultado el ahorro. ¡Ver una función por unos céntimos! ¡Esparcir el ánimo durante una hora por un desembolso al parecer insignificante! ¡Qué difícil resistir el justo deseo cuando se tiene en el bolsillo alguna pesetilla! Y no obstante, cuando no se posee más capital que el trabajo, es necesario, *absolutamente necesario*, cercenar esos ca-

prichillos, no por injustos, ciertamente, sino porque de eso, de eso precisamente es de lo que puede formarse una renta para la vejez: del pequeño ahorro.

Se presentan también grandes dificultades para el empleo del ahorro menudo. Tenerlo en nuestro poder, es estar constantemente expuestos a gastarlo; es el suplicio de Tántalo. Y para adquirir algún papel del Estado, alguna acción de cualquier empresa industrial de sólidas garantías, hace falta reunir algunos cientos de pesetas, lo cual no siempre puede efectuarlo quien del trabajo modesto vive.

Existen bastantes Sociedades de seguros, de urbanización, etc., que admiten el pequeño ahorro; mas por desgracia son tantas las quiebras y los desengaños que frecuentemente ocurren, que el recelo natural hace pensar en una institución que, aun cuando ofrezca menos beneficios, tenga en cambio su organización sólidas raíces. Ahí tenemos para ello el Monte de Piedad y Caja de Ahorros. Esta benéfica casa tiene, para el modesto ahorrador, dos ventajas grandes: una, que admite imposiciones desde *una peseta;* otra, que, como no se coge el interés de lo guardado, esto da ocasión a que aumente el ahorro, por la sencilla razón del *interés compuesto*. Cuando se tenga en la Caja de Ahorros una cantidad relativamente grande, puede sacarse, emplearse en papel del Estado o de alguno de los que, aún no siéndolo, *se coticen en la Bolsa;* nunca debe emplearse el dinero en valores que no tengan oferta y demanda en los centros de contratación, pues eso equivaldría a tener un dinero muerto, inútil, no reembolsable, si las contingencias de la vida obligasen a deshacerse del papel. ¡En cuántas ocasiones se malgasta una peseta, se emplea sin necesidad un duro y se desperdician unos céntimos, con la consabida frase: «*¡Bah! ¡Ya se sabe dónde llega un duro!*» Este es el error capital, fundamento y base de muchas desgraciadas situaciones.

Hay que habituarse a pensar, cavilar y planear mucho antes de gastar el dinero. ¿No habéis oído mil veces durante vuestra vida afirmar de tal o cual persona que «*hace un duro de una peseta?*» Pues bien: nadie existe capaz de tal milagro; esas personas lo que hacen sencillamente es gastar la peseta lucidamente, prácticamente, pensando antes, y no malgastándola, porque existe gran diferencia entre gastar bien o gastar mal.

Habituándose a la sana práctica de no despreciar ni un céntimo, de ahorrar, ahorrar aunque sea una cantidad reducida, y aunque parezca que no merece un sacrificio el ahorro de tan mísera moneda, se llegará a tener una renta, más chica o más grande, según hayan sido los medios de que se haya dispuesto para ello.

Cierto es que satisfacer los caprichos de la juventud es muy agradable; pero hay que pensar en que si esa juventud no se ve truncada, tras de

ella llegará la edad madura y tras de ésta la vejez. ¿Conocéis algo más triste, más doloroso, más horrible que la vejez unida a la miseria? No; no hay nada comparable. La miseria en la infancia, es cruel, inícua, pero la niñez tiene una inmensa ventaja: no piensa; en su inocencia, sin pasado, sin conocer las cosas, el dolor es muy relativo, y los elementos de ángel que aún persisten en el niño, le hacen sentir las punzadas de la desdicha con menos intensidad; dijérase que aun no han terminado de desprenderse del cielo.

La miseria en la juventud tiene una compañera que dulcifica sus heridas: la esperanza. Hay vida, se ve ante los ojos mucho camino que recorrer; se poseen fuerzas, arrestos, energías; el triunfo es fácil, y si no lo es, la esperanza se encarga de hacer soñar en su pronta realización.

¡Pero la miseria en la vejez! La vejez, con la carga de los recuerdos y remordimientos como pasado; con la muerte próxima, inapelable, como porvenir; sin esperanzas, sin ilusiones, sin sueños, sin rosados celajes que atenúen las negruras de la existencia; sin salud; sin fortaleza... si también la falta el necesario sustento, el preciso abrigo... ¿Concebís algo más espantoso?

Pensad en eso mientras transcurren los días felices de la juventud; tened siempre un pedacito de vuestra imaginación dedicada a la construcción de una vejez sin escaseces; recapacitad que una peseta hoy, otra mañana, un duro después, que guardéis, pueden ahorraros muchas lágrimas cuando seáis viejos. Y pensad, pensad sin tregua, en que no existe nada tan amargamente doloroso como esos ojos trites, apagados, que lloran...

LAS MANCHAS

La limpieza es una virtud que en un ama de casa no será nunca bastantemente alabada. Nada predispone tanto contra una mujer como la suciedad que se observa en su casa, o en sus ropas, o en las ropas de las personas cuyo cuidado está a su cargo.

Los mayores enemigos de la limpieza son las manchas: los vestidos más elegantes, cuando la grasa, el polvo y el barro han impreso en ellos sus huellas, son tan repulsivos a la vista, como son agradables y predisponen favorablemente hacia sus dueños los que son sencillos, pero limpios.

Ocurre con la limpieza lo que con la higiene: que es más fácil prevenir que reparar; por ello deben tomarse siempre las precauciones necesarias para no ir con los vestidos manchados. Pero si se ha tenido la desgracia de coger una mancha, es del todo indispensable quitársela.

Hay manchas de varias clases; y por ello los quitamanchas son también diversos.

Las manchas producidas por las *substancias grasas*, como el aceite, la manteca, el sebo, la pintura reciente y la resina, desaparecen muy fácilmente con la ayuda de la bencina u otras substancias análogas. El que quiera practicar con éxito esas operaciones, ha de seguir las siguientes instrucciones:

Rodéese el contorno de la mancha con hilo blanco para fijar exactamente el sitio que ocupa y cepíllese al derecho y al revés. Tómese luego una servilleta o una manta usada, pliéguese en varios dobleces, póngase encima de una mesa y colóquese debajo de la tela manchada; después de ello, con una muñequita de franela bien empapada de bencina, frótese la

mancha, de modo que la bencina que haya disuelto la grasa penetre en la servilleta. Hecho esto, levántese la tela, póngasela en un sitio de la manta o servilleta que no haya sido tocada por la bencina y comiéncese de nuevo la operación; enjúguese el sitio de donde se haya quitado la mancha con un paño fino, plánchese la tela todavía húmeda con una plancha no muy caliente y póngase a secar al aire. Se obtendrá siempre mejor resultado operando una vez por cada lado de la tela, es decir, una vez por el derecho y otra por el revés. Sabido es que la bencina deja a veces círculos húmedos sobre la ropa. Para evitarlos, es conveniente, al frotar, ir describiendo radios del centro a la circunferencia y apretar menos con la muñeca cuanto más se aleje de la mancha.

Para limpiar *las cintas*, basta sumergirlas en la bencina, enjugarlas en seguida con un paño blanco y pasar por encima de ellas, cuando todavía están un poco húmedas, un hierro o una plancha algo caliente.

Para limpiar los *guantes de piel*, se les coloca tan estirados como sea posible sobre una hoja de papel blanco y luego se pasa sobre ellos un lienzo embebido en bencina, con el que se las frota suavemente.

Cuando no se tiene bencina a mano para quitar las *machas grasientas*, puede substituirse aquélla con esencia de terebinto, éter, amoníaco, etc. Para quitar las manchas de *brea* o *alquitrán* y las del *sebo de las ruedas de carruajes*, se extiende manteca sobre la mancha y, después se lava con jabón.

Las *manchas de tinta* y las de *orín* o *herrumbre*, se quitan con sal de acederas, de la siguiente manera: mójese la mancha con agua clara y cúbrase con sal de acederas pulverizada, derramándose en seguida sobre ella agua hirviendo; la mancha desaparecerá más o menos rápidamente. Algunos, en lugar de esto, ponen trozos de carbón encendido en una cuchara de plata y la pasan sobre la mancha mojada en la que haya la sal de acederas pulverizada. La operación termina lavando la mancha con agua en abundancia y enjugando la parte desengrasada.

En lugar de sal de acederas, se puede aplicar sobre las manchas de tinta, con una brocha o cepillo, una solución de cianuro de potasio. Cuando la mancha ha desaparecido, se lava con agua fría.

Cuando se trata de lienzos *enmohecidos*, se mezclan una parte de jabón suave y otra de polvos de almidón con media parte de sal común y el jugo de un limón. Se extiende esta mezcla sobre las manchas con un pincel, por el derecho y por el revés, y se pone luego el lienzo a secar sobre el césped, teniendo cuidado de estirarlo.

Las *manchas de fruta, de vino, de licores, de confitura*, etc., pueden combatirse con el azufre, pero se corre el peligro de que en el sitio de la mancha aparezca un agujero, o que con ella desaparezca también el color de la tela, con lo que vendría a ser el remedio peor que la enfermedad. Para evitar este inconveniente, se procede como cuando se em-

plea la sal de acederas. Se moja la parte manchada y se coloca bien estirada encima de un recipiente en el que se haya quemado azufre, o simplemente encima de una pajilla de azufre. En seguida lávase con agua abundante.

Las *telas de lana y de seda* se limpian con palo de jabón; 250 gramos son suficientes para limpiar un vestido. Se divide el palo en trocitos y se ponen en maceración en agua fría durante veinticuatro horas; se decanta luego esta agua y se añade a ella otra caliente en cantidad suficiente para que pueda mojarse completamente toda la tela que haya de limpiarse. Se extiende en seguida la tela sobre una tabla y se la frota con un cepillo de crin, que se moja de cuando en cuando en el agua bien caliente de palo de jabón. Se enjuga en seguida la tela y se plancha por el revés cuando se halla todavía húmeda. El agua en que se han cocido espinacas sirve también para este objeto.

Los *peines* se limpian asimismo con agua de palo de jabón.

¿Será preciso hablar ahora de la lejía casera que las señoras cuidadosas componen con agua y cristales, o carbonato de sosa? No tiene rival para desengrasar la vajilla, la loza, los objetos de gres, etc.

El *agua de cloro* se emplea para limpiar la ropa blanca. Se puede meter la parte manchada en dicha agua, pero teniendo cuidado de no dejarla en ella más allá de cinco o seis minutos y de enjuagarla en seguida con mucha agua.

Una señora hacendosa debe tener en su casa, para poder echar mano de ellos en el acto, una botella de agua de cloro (agua Javel), un frasco de sal de acederas y una botella de bencina; pero estos objetos han de estar colocados muy lejos del alcance de los niños.

Manchas de ácidos o de álcalis.—Los ácidos que emplean los químicos, lo mismo que el vinagre, el jugo de limón, etc., alteran muchos colores, los cuales se restablecen o reproducen muy fácilmente con un lavado de agua jabonosa, y aun mejor con amoníaco muy aguado.

El raso blanco se queda como nuevo frotándolo con un cepillo de franela que contenga polvos de creta o *blanco de España*, bien finos y secos. La tela se sacude luego y se cepilla cuidadosamente para quitar el exceso de polvos.

El amoníaco puro o mezclado con agua es a propósito para desengrasar los trapos de color obscuro; y los traperos casi siempre acuden a él para volver nuevos los cuellos de los vestidos usados.

Uno de los medios más sencillos para quitar las *manchas de vino tinto* de los manteles, consiste en cubrir las manchas con sebo de vela antes de ponerlos en colada, la cual quita la mancha y el sebo a la vez. Lo mismo puede practicarse para las *manchas de tinta*. Si quedara una mancha amarilla, una segunda colada la haría desaparecer.

PARA SER BUENA ENFERMERA

No es precismente la enfermera profesional, la de hospitales o asilos y establecimientos benéficos o sanatorios, la que va a ocupar nuestra atención.

La faz de enfermera es una de tantas como las circunstancias quieren que por su fuerza superior adopte la buena mujer de hogar, y en este sentido la trataremos.

Por deber y por cariño, por su espíritu abierto a todo sentimiento elevado, por el amor egoísta de los suyos, que parecen hallar alivio a sus dolencias cuando los asiste y acompaña la mujer íntima en cualquiera de sus relaciones con el paciente, ésta, con el maravilloso don de adaptación que distingue al sexo femenino, pronto aprende los rudimentos del mejor practicante, y hasta inventa recursos materiales y morales para endulzar las amarguras de sus enfermos.

Muchas se han sentido con vocación patente de Hermanas de la Caridad, y yo creo que todas tenemos esa vocación platónica.

Damas excelentes y distinguidas, bien por carecer de cuidados propios y de enfermos íntimos a quienes atender, o bien porque los grandes afectos son expansivos, han sentido que en los corazones henchidos de cariño hay lugar para propios y extraños, y extienden su esfera de acción incluso fuera del hogar, ocupando el rato que otras destinan a paseos y *sports*, fortificando el alma y hasta aseando con sus blancas manos el cuerpo del enfermo desvalido.

No una vez, muchas, hemos visto en la plana de anuncios de populares rotativos: «Señoras: se ofrecen a cuidar enfermos gratuitamente».

Siempre la mujer, intuitiva providencia del hombre, tuvo la tendencia de mejorar su situación.

Los libros antiguos nos hablan de heroicas y santas mujeres que sabían de bálsamos y plantas salutíferas con que curaban enfermos y heridos y que ungían la fatigada planta del hombre venerado en el término de sus jornadas.

La Biblia nos habla de aquéllas en sus poéticos episodios.

En la Edad media, transformábanse los castillos en hospitalaria mansión, y las legendarias inspiradoras de trovadores, con su ciencia tradicional, más aun que con la aprendida en la escasa lectura, sanaban a los guerreros y a los cruzados, y más de una, restañando heridas de flecha, lanzaba involuntarios dardos de sus ojos.

Conservar y defender una vida, es acercarse a la divinidad, es ser casi creadora, y no hay que decir cuánto amor inspira lo que se crea con el hermoso fuego de la caridad.

Toda mujer tiene dentro la entidad enfermera; y algunas en tan superlativo grado, que no sólo asistiendo a sus deudos y a los pobres la manifiestan, sino que es muy frecuente que, en la clase media, una vecina, por ejemplo, acuda a la casa donde se presenta repentinamente un caso de enfermedad y auxilie a la familia en los primeros momentos, demostrando, sin querer alardear de ellas, excepcionales aptitudes de enfermera; pues lo inmediato al despedirse, cuando se normaliza un poco la situación, suele ser, sobre todo si el doliente es un niño, que se agarre a la improvisada enfermera y le diga: «¡Ay, por Dios no se vaya usted!»

Y desde aquel momento, por derecho propio, ya tiene el enfermo constituído a su cabecera un ángel tutelar.

Casos así sulen ocurrir a menudo, aunque lo más corriente es que el papel de enfermera corresponda a la madre de familia.

Desde luego, teniendo un enfermo en nuestro hogar, por muchas habilidades que queramos hacer, toda facultad anímica tiende a consagrarse a aquél.

Un minuto que nos apartemos de su lado, nos parece que le estamos robando cuidados y afectos y hasta que ejercemos cierta influencia hipnótica para conjurar el mal, que no ha de atreverse a poder más que nosotras.

Y cierto es que sin *pases* ni *fluídos* científicos, el nuestro es favorable y opera en el doliente amado como si el más hábil magnetizador le sugestionara.

Si en un momento salimos de la habitación y quien nos substituye quiere ofrecer tal o cual alimento o medicina, y el paciente lo rechaza, es seguro que ingerirá cuánto le ordene su enfermera en cuanto regresemos a su lado.

Y a los niños, cuantas veces intentan hacerles tomar cualquier cosa,

y aunque al principio se nieguen, aun surte efecto el hipnotismo a distancia si se les sabe decir:

—Toma esto, que lo ha mandado mamá.

Y mamá viene en seguida y confirma la orden.

El papel de enfermera tiene mucha abnegación en sus páginas, pero es preciso que esta abnegación sea bien entendida.

Por justo nivel psíquico de que esté dotada la enfermera afectiva, no cabe duda que hace un gran desgaste nervioso.

Tiene que sacar *fuerzas de flaqueza*; parece mentira que pueda con tanto; no se fía apenas de que nada esté bien si no lo prueba y dirige todo.

Y no digamos si no lo hace, porque lo primero que suele hacer la enfermera es delegar, si puede, todo lo que no sea el contacto inmediato con el enfermo. La cocina quita mucho tiempo, y, dando instrucciones, un caldo y un vaso de leche hervida no es difícil hallar quien lo prepare.

Decíamos que su abnegación debe ser bien entendida, porque ha de empezar, en lo posible, por disciplinar sus ímpetus y educar su voluntad.

Si el enfermo es un niño de lactancia y la madre es su nodriza, excusamos exponer que el cuidado de la madre es un gran elemento terapéutico para el infante: todas hemos oído, al implorar en muchas enfermedades de nuestros pequeñuelos toda la farmacopea, indicando al médico eminente con la *mayor frescura* este o el otro remedio, esta contestación, acompañada de un movimiento negativo:

—Abrigo, temperatura igual y... teta; siempre con la mayor regularidad de intervalos.

El buen cuidado de la madre beneficia al hijo.

Aun cuando no se lacte ni nos una al enfermo el lazo de la maternidad, debemos cuidarnos para sostener nuestras energías, de que tanto ha menester quien nos tiene por defensora de su salud.

Al lado del paciente será bien que tengamos una cama, donde, aflojando las cintas que nos opriman y a medio vestir, por si nos necesita de improviso, podamos reposar mientras aquél lo haga.

En nuestro trato con él, no hay que ponderar la suma de paciencia y el indulgente cariño con que nos convertiremos en su mejor medicina; debemos recordarle su estado de enfermedad sólo para recomendarle prudencia si quiere darse de alta prematuramente, tomar algo que le dañe, airearse o faltar en cualquier detalle al tratamiento facultativo. Sólo para esto convendrá aludir a la dolencia o para distraerle, sin fatigarle, con proyectos de trabajo o recreo para cuando esté bueno.

Sea cual fuere la gravedad, el rasgo dominante de la enfermera ante su patrocinado ha de ser la presencia de ánimo y el valor exteriorizado por un semblante tranquilo y placentero.

No sé de qué modo, pero hanse visto mujercitas, al parecer débiles y menudas, manejando enfermos que pesaban como plomo, a fuerza de voluntad y de posesionarse de su alta misión, autosugestión utilísima, como la de convencerse y convencer al mundo de que *los enfermos no tienen sexo*. Esto es para los que en ellos no vean más que una vida que defender y una presa que arrancar a las garras del mal; el enfermo es sagrado, y como si estuviéramos en un lugar de bienaventuranzas, no hay que pensar más que en el amor divino, que todo lo inflama.

Perdonad, considerándolo puerilidad de menor cuantía, el enojo por causa de males. Nunca os alegraréis bastante de haber ejercido la pacífica virtud de la templanza.

Procurad, discretamente, alejar del enfermo toda persona importuna. Nadie más que quien ha pasado por ello comprende el perjuicio de sostener la atención para un cerebro debilitado. Desde dolor de cabeza, hasta vértigos y desmayos y fiebre, hay un tropel de peligros en las visitas *que no hacen falta*.

Está mal montada la sociedad en ciertos perfiles, quizán por atavismo.

Visitar la casa donde hay un enfermo, no yendo a prestar una utilidad, es una aberración. Si se entra en la alcoba, se molesta al protagonista, que a veces por vergüenza se priva de cumplir alguna exigencia orgánica, con peligro o retraso de su curación.

Y si la visita la recibe la familia, es quitar un tiempo precioso y perturbar la imaginación, que, piadosamente pensando, debe estar orientada hacia el trance o problema del resultado de la enfermedad.

Es, pues, lo más práctico y humanitario y racional informarse de cómo está el enfermo sin restarle tiempo ni tranquilidad a él ni a los suyos.

A más, si el mal es contagioso, aunque no lo contraiga el visitante, puede llevarlo en las ropas y propagarlo inconscientemente.

Debe, por lo tanto, suprimirse la desatinada manía de ofenderse las familias si no son visitadas cuando tienen dolencias.

En los tiempos primitivos, cuando se abandonaba a los leprosos y demás apestados, estaba muy en razón visitar a los enfermos; pero hoy, que los visite *quien les sirva*, cumpliendo el resto de la humanidad, cumplimentera y holgona, «el onceno... no estorbar».

Un visitante indiscreto es más peligroso y temible de lo que a primera vista parece, pues *por hablar... por hablar*, se pone a lo mejor a hacer estudios fisonómicos y al pobre enfermo *le mete el corazón* en un puño con sus observaciones sobre si está desmejorado...

Nosotras sabemos que *un prócer*, no obstante su conspícua jerarquía, le soltó a otro el siguiente pildorazo:

—¿Qué tiene usted?—*Tal cosa*.—De esto se murió mi padre.

Para ser buena enfermera, hay que saber dar con la puerta en la cara,

siempre correctamente, a todos los gandules que ¡ay! son infinitos, y a todos los imprudentes y a todos los pesados.

La buena enfermera deberá, por la mañana a primera hora, o cuando despierte el enfermo, ponerle el termómetro, y una vez tomada la temperatura, anotarla en un papel o cuaderno, donde consignará sus impresiones acerca de la enfermedad y cuanto observe y juzgue útil comunicar al médico.

Repetirá la toma de temperatura cada dos o tres horas, según la índole del mal.

Si las energías del enfermo lo permiten, le facilitará agua hervida para lavarse la cara y manos, un aparatito para limpiarse la lengua, y de no haberle, una ballena, polvos de *bicarbonato de sosa* para la dentadura y agua hervida con *clorato* de potasa como enjuagatorio. También se procederá a la limpieza interior por medio de enema, a arreglar el lecho y a ventilar la habitación, cuidando siempre de evitar enfriamientos, por lo cual se abrigará al paciente cuanto fuera preciso.

La limpieza y un ambiente saneado, unidos a descartar las toxinas intestinales, con ser detalles tan fáciles de hacer, representan una gran batalla ganada a los microbios.

Registrará la enfermera vasos, vasijas y medicamentos. Su práctica y buen sentido le dictarán los que debe eliminar o conservar. Sabrá dirigir o hacer cataplasmas, cuya operación no indicamos por ser tan general, que cualquier persona que haya vivido algo prácticamente, sabe ejecutar.

Sabrá asimismo colocar sinapismos, bayetas calientes y el primitivo remedio de oprimir la cabeza con un pañuelo, en los dolores nerviosos.

Conjurará el frío que puede perjudicar al enfermo, envolviendo a éste en una manta mientras se le hace la cama, introduciéndole en ésta liado en aquélla hasta que, después de unos minutos, las sábanas, ya templadas, no produzcan un brusco cambio de temperatura. Entonces se quita la manta.

Debe saber la enfermera quitar y poner sábanas sin que el paciente se tenga que levantar.

Para este menester no basta una sola persona, y una a cada lado del lecho terminan pronto y bien de mudar las ropas de la cama.

Si se trata de enfermedad cerebral y el médico ordena se aplique hielo en la parte alta de la cabeza, se hará con telas suaves, aunque algo voluminosas, una especie de turbante a fin de que el agua no moje el cuerpo y rostro del paciente, al que debe colocarse con la cabeza fuera de la cama y sostenérsela, teniendo debajo una vasija receptora de los líquidos.

En las fiebres altas mandan los médicos aplicar al enfermo *afusiones* frías. Consisten en poner en una jofaina agua con un poco de vinagre, y

con una tela que empape bien, humedecer, mejor dicho, mojar el cuerpo de arriba abajo, con alguna rapidez, enjugando y poniendo en seco al paciente.

Aplicar oportunamente pediluvios y maniluvios con el agua a la temperatura que resista cada individuo, según su sensibilidad, en los casos, los primeros de fluxión y estados congestivos de poca monta; y los segundos cuando haya dificultad respiratoria, que hemos visto combatir felizmente también aspirando un pañuelo con gotas de colonia.

Cuando se asiste a un enfermo, sobre todo contagioso, la enfermera, que debe estar perfectamente limpia y, a ser posible, tomar un baño diario, que no sólo limpia el organismo de impurezas, sino que le desfatiga, ha de procurar tener el menor contacto posible con las demás personas de la familia, especialmente los niños, a quienes se abstendrá de besar, y evitará tocar las ropas de los que estén sanos.

Sus cabellos han de estar lavados y brillantes como seda; sus uñas, limpias y tan cortas como lo resista su temperamento, pues sabido es que hay quien siente molestísima impresión con la uñas rapadas.

Otro sencillo menester de enfermera es leer bien los termómetros clínicos y graduadores para la balneación, el grado térmico del agua, la duración del baño; los detalles de dejar fuera o dentro la cabeza mojada o seca, según las enfermedades, son datos que han de tenerse muy presentes.

El día que un enfermo se purga, se procurará, de no haber precisión inminente en contra, que no tome ninguna otra medicina.

La alimentación antes o después del baño y la distancia de las comides a que se efectúe, se indicarán por el médico, aunque, en general, un caldo con jugo de carne y un sorbo de Jerez o buen vino de mesa, sano, aunque sea vulgar, reponen pronto la fatiga momentánea y la ligera depresión de fuerzas que a veces causa el baño.

Como uno de los padecimientos más frecuentes hoy son los estados más o menos acentuados de desgaste nervioso (neurastenia), y en casi todos ellos se recomiendan duchas, de una o de otra especie, consignaremos que la enfermera debe aplicarlas cuando no se trate de mover aparatos, colocado el paciente en un barreño o *tub* en cuyo piso prevendremos una tela gruesa o un corcho para evitar el mal efecto del frío en los pies, y desnudo de cintura arriba, con una tela semejante a la indicada para las afusiones, esto es, esponjosa, dando primero suaves golpes de arriba abajo en la columna vertebral y pecho y acentuando después, siempre con la tela muy empapada, fricciones en pecho y columna.

A veces conviene agregar un poco de alcohol, pero este extremo será por indicación facultativa, así como la dosis.

Las duchas pueden ser frías o templadas, según los casos, y también

son muy recomendables, en algunos, la *duchas secas:* fricciones con tela fuerte, pero que *no arañe;* por ejemplo, una toalla rusa.

Y toda índole de duchas o fricciones dorso-pectorales se aplicará a la misma hora cada día.

Cuando en un estado catarral tenga el paciente dificultad de espectoración, un poco de bicarbonato (cucharada de café en medio vaso de agua templada ligeramente) basta a veces para licuar el esputo y que no se agarre a la garganta y se lance fácil y claro.

Igual remedio aplicará la enfermera para los ardores de estómago, antes de las comidas o cuando el enfermo siente *aguas de boca,* disminuyendo la cantidad de bicarbonato en cada toma si ingiere dos o tres veces al día y se lucha con una naturaleza demasiado debilitada.

También es *mano santa* para las señoras encinta, a quienes tanto suele molestar la *pirosis* (ardor de estómago).

El bicarbonato es un sencillo agente terapéutico que, oportunamente administrado, saca de algunos accidentes aparatosos, tales como ataques de histerismo que revisten caracteres de disnea, y si se le agrega un poco de ácido *cítrico* y azúcar, obteniéndose una agradable bebida gaseosa, harán que el esófago elimine gases y que pronto vuelva el paciente a su estado normal.

Terminaremos citando dos notas casuísticas que, para final y a guisa de sainete, marcan el atraso que aun por desgracia impera en ciertos criterios.

Uno es el de cierta señora que nos manifestó su asombro por ver que tenemos termómetro clínico.

—Yo he tirado el mío por el balcón—nos dijo.—Esos *chismes* no sirven más que para darnos malos ratos. Así, cuando mis niños tienen fiebre, no me asusto.

¡Pobres hijos!

Y añadió otra circunstante:

—Siempre han sabido los médicos cuándo ha habido calentura sin poner a los enfermos esas *brujerías.* ¡Qué médicos los de ahora!

De eso al criterio de un nuestro criado, que llamaba al veterinario cuando estaba enfermo, por juzgarle más apto que al doctor, porque éste pregunta al doliente y el otro no puede preguntar a las bestias (textual), no hay más que un paso.

El otro caso de atavismo que ofrecemos a la consideración de las lectoras, fué el siguiente:

Una señora de noble alcurnia, repartía los sábados a los menesterosos, en el portal de su casa solariega, un *colirio* (medicina para enfermedades de la vista), y tan buenos resultados se obtenían de su aplicación, que de día en día aumentaba el número de gratuitos clientes.

Un sábado llegó una nueva enferma en demanda del precioso reme-

dio, y la caritativa señora que lo hacía y regalaba, hallóse con que, por aquella tarde, se le había acabado.

Mas era una mujer superior, de prontas resoluciones y sutil ingenio.

Entró en su gabinete y salió poco después al zaguán con una botella llena de un líquido incoloro, diciendo a la solicitante, a quien reconoció muy bien la vista:

—Lávese usted con *esto* tres veces al día, mañana y pasado, templándolo al baño de María. Y no espere usted al sábado para venir. Venga usted en cuanto pasen esos dos días a decirme qué le ha resultado. Sobre todo lávese a la hora de acostarse.

La enferma presentóse con notoria mejoría en el plazo fijado.

Y la señora le dió un líquido nuevo, recomendando que siguiese usándolo en la misma forma que el anterior y volviese *por más* en plazo algo más largo.

El primer *colirio* era *agua clara*, y el segundo agua hervida, porque la inteligente dama comprendió, en cuanto vió a la enferma... que no se lavaba nunca.

Réstame hoy deciros tan sólo que, a mi juicio, quedan apuntados los rudimentos básicos de la enfermera de hogar, pero que las madres de familia y las hijas, sus poderosas auxiliares, deben ser enfermeras permanentes, centinelas avanzados de la cultura y la higiene, contra el ejército de microbios, venenos y suciedades incógnitas que amenazan asaltar nuestro templo, el tabernáculo donde ejercemos nuestro sacerdocio; la casa, que sabiendo manejar nuestras armas, en poder de la mujer fuerte debe ser castillo inexpugnable.

PRACTICAS SOCIALES

LAS VISITAS

Las visitas son una parte muy importante de las relaciones sociales. Son mucho más que simples medios de comunicación establecidos por la necesidad, puesto que al propio tiempo tienen por objeto un deber y una complacencia.

Existen muchas clases de visitas; mas por la índole de esta obra, sólo trataremos a la ligera de las que más directamente conciernen a las señoras.

Las visitas de cumplido son frías y cortas; y sin excepción, cuando llega otra persona, es preciso retirarse de ellas.

Las visitas de verdadera amistad deben estar libres de todo cumplido; pueden hacerse a cualquier hora, sin preparación ni adorno. Un vestido muy lujoso sería en ellas inoportuno, y si las ocupaciones del resto del día os conducen a casa de un amigo en traje muy escogido, debéis darle afectuosamente una explicación.

Entre amigos y parientes que se traten con intimidad, no se cuentan las visitas para corresponder a ellas. El que está más desocupado va a casa del que no lo está tanto. Mas no se debe abusar de este privilegio. Es menester hacer con intervalos las visitas de amistad, sin que sean demasiado frecuentes, acordándose de que ocurre mucha veces incomodar cuando menos se piensa que se incomoda.

Por el contrario, la visita de ceremonia jamás se hace sin contar y examinar el intervalo transcurrido desde que pagaron la anterior, por-

que es de suma importancia dejar que pase otro período igual, pues por ese medio se os ha avisado que escaseéis vuestras visitas.

A fin de no omitir las visitas que se deben hacer, o evitar repetirlas inadvertidamente, cuando la precedente no ha sido devuelta, las personas olvidadizas harán bien en llevar una nota sobre el particular.

Para hacer visitas de ceremonia, importa mucho no tener ninguna ligera indisposición que altere momentáneamente el rostro o la voz, o entorpezca el pensamiento.

Para las visitas, como para cualquier otra cosa, es indispensable elegir el tiempo más oportuno, lo que se conseguirá, suponiendo que no sean personas con día fijado para recibir, estudiando los hábitos de la persona a quien se va a ver, de modo que no se llegue a las horas de sus ocupaciones, de la comida, del paseo, etc.

También se hacen visitas de noche, después de las siete y antes de las diez. Estas convienen a las personas ocupadas durante el día, pero exigen que exista cierta confianza, por ser las horas consagradas generalmente a la familia.

Al entrar de visita se deja en la antesala el paraguas, abrigo, etc. En seguida se hace uno anunciar por un criado, y se espera; si la espera se prolonga demasiado, debe dejarse una tarjeta sobre cualquier mueble y marcharse, pues es una incorrección el hacer aguardar mucho a los que llegan a visitarnos.

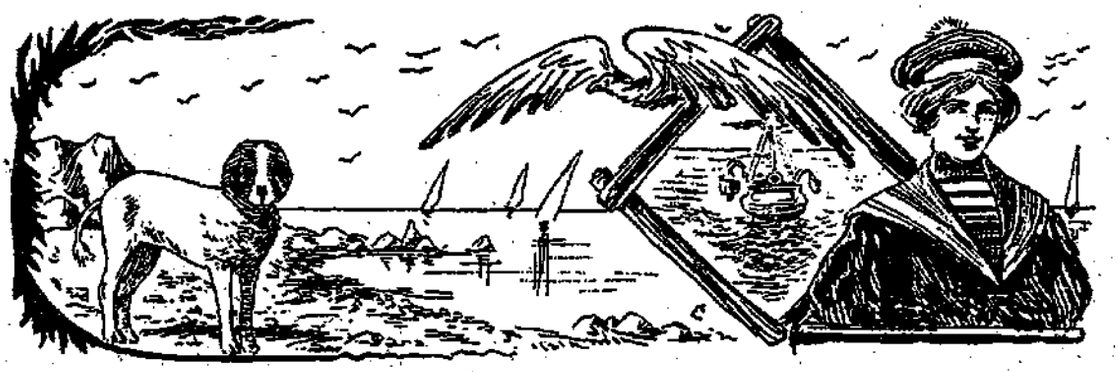
Si la persona a quien visitéis se prepara a salir o ponerse a la mesa, debéis, aunque procure reteneros, retiraros lo más pronto posible. La persona vistada intempestivamente debe, por su parte, no dejar que se advierta un deseo muy pronunciado de que la visita termine rápidamente.

Repito que las visitas de cumplido deben ser muy breves. Si la conversación queda interrumpida sin que la reanude el dueño de la casa, o éste se levanta con cualquier pretexto, el uso exige saludar y retirarse.

Se debe invitar a que pasen de una habitación a otra primeramente las demás personas; pero deben evitarse las ridículas insistencias de: —¡Pase usted primero!—¡No! ¡usted primero!—etc.

Pocas cosas pueden agregarse en este capítulo de las *visitas*; es tan conocido, usual y corriente el tema; se han publicado tantos tratados de urbanidad en los que se da al asunto gran extensión, que rara será la señora o señorita que necesite indicaciones sobre el particular. No obstante, hay que hacer una pequeña advertencia antes de concluir. Los niños pequeños no deben ir a visitas ni asistir a las que se celebren en su propio domicilio.

Una buena madre y excelente ama de casa sabrá siempre tener cerca a sus hijos para cuidarlos y vigilarlos *con el oído*, y sin embargo, evitarles el suplicio de la reprensión constante si se conducen mal, al mismo tiempo que se libra a los visitantes de las molestias que inocentemente proporcionan las criaturas.



ELECCIÓN DE CASA

He aquí un asunto verdaderamente difícil: la elección de casa.

En las poblaciones pequeñas esto es de relativa facilidad, aunque no sea más que por el hecho de que hay poco donde escoger, y ha de conformarse uno con lo primero que se encuentre.

En las grandes poblaciones varía por completo la cuestión: las viviendas suelen tener unos precios fabulosos, y la elección de casa es una tarea ingrata y seguida casi siempre de lamentable éxito.

Lo mismo que ocurre con los graves problemas sociales; con las guerras; con la Hacienda española; con la moral, etc., que quien más quien menos, todos se sienten capaces de arreglarlo lucidamente, en la mesa de un café, en el círculo, en la tertulia, en el comedor de su casa o en cualquier sitio donde basten para ello unas cuantas frases, o a lo sumo un buen lapicero para marcar números y planes; del mismo modo, repito, la tarea de buscar y elegir casa se torna breve y sencilla planteada teóricamente. Basta decir: que el alquiler de la vivienda no debe consumir más que a lo sumo un quinto de los ingresos; que deben preferirse las de barrios sanos y altos; que los pisos bajos suelen ser malsanos; que la higiene ordena, en nombre de la salud, que haya mucho sol, gran ventilación, pocas vejeces y mucha limpieza. He aquí lo que pudiéramos llamar la parte teórica de la *elección de casa*, que, aunque sea de paso, brindo a mis lectoras.

Mas ocurre que luego viene la práctica (personaje tan poco simpático como la experiencia), y se encarga de demostrar que todas las cuentas que se echaron lapicero en ristre, merecen el calificativo de *cuentas galanas*, puesto que nada se halla acorde con lo que se pensó y planeó.

En Madrid, por ejemplo, es una tarea rayana en el heroísmo la de *echarse en busca de piso*. No se sabe quién es el culpable del actual estado de cosas, pues cada cual tiene muy buen cuidado de achacársela a otro, pero lo cierto es que la *busca y captura* de una casa en la villa y corte alcanza las proporciones de problema sin solución.

Quien haga una visita detenida y minuciosa a Madrid, sacará la deducción de que sólo viven en él capitalistas, a juzgar por los exorbitantes precios de las viviendas.

Las autoridades, la prensa, la opinión, se ocupan constantemente de las casas para la clase obrera; pero nadie se preocupa de las moradas de la clase media, que, siendo en la corte numerosísima, no halla manera de encontrar alojamiento, porque no existe el tipo medio de alquileres. ¿Cómo va a hacerse un razonado y buen presupuesto en un sitio donde abundan los hogares cuyos ingresos son de dos mil a cinco mil pesetas y donde no existen viviendas decentes y aceptables de ocho a veinte duros, que serían las correspondientes a aquéllos?

. . . . . .

Deben preferirse los barrios nuevos, aunque estén algo retirados. Si la salud lo permite, se escogerá un piso alto; hay un refrán que dice: «La oreja junto a la teja», que indica la preferencia que debe darse a las habitaciones altas, porque en ellas se respira un aire más puro y seco y se renueva con más prontitud y facilidad. La higiene en este punto favorece a la economía, puesto que los pisos altos son siempre de menos precio.

Las casas que reciben los benéficos rayos del sol tienen una ventaja muy grande sobre las que carecen de ellos; no sólo por lo que interesa a la salud, sino también por lo que favorece a la economía. Se debe evitar en lo posible que la casa esté en lugar húmedo y que esté próxima a lodazales, establos, muladares, etc.

Debe procurarse que todas las habitaciones de la vivienda tengan balcones o ventanas, y una vez que así sea, elegir las más grandes, soleadas y ventiladas, para vivir. Por ejemplo, es un absurdo dedicar las habitaciones principales a sala de recibo y relegar a lo obscuro e interior el comedor, alcobas, cuarto de costura, etc., a no ser que ocurra que las habitaciones exteriores sean obscuras y frías y las interiores estén perfectamente orientadas.

Un error muy general consiste en dedicar a los criados alcobas sin luz ni aire directos.

Los servidores suelen adolecer, en general, de escasa pulcritud; y para convencerse de ello, basta observar lo mal que huelen sus dormitorios. Pues si a esto se agrega el que tengan su lecho en alcobas poco higiénicas, la casa toda padecerá y se volverá malsana. Preferible es estrecharse un poco, o que los armarios, roperos, etc., estén peor alo-

jados, con tal de hallar una alcoba amplia y con buena ventilación para dedicarla a los servidores.

Conviene insistir en la idea de que a todo trance es necesario procurar y conseguir que la casa no consuma más que un sexto o un quinto de los ingresos, pues la vida es harto costosa y llena de necesidades de todos géneros que reclaman el resto del sueldo o renta.

Dese escasa importancia a la apariencia y mucha a la comodidad. No se escoja, por capricho, vivienda sobrado grande, que consuma fuerzas y dinero. Procurad, en lo que sea posible, arreglar un *nido* confortable, alegre, cómodo y atractivo; una casita que retenga y no despida.

Estas son las observaciones que han de tenerse presentes para la ardua tarea de *elección de casa*.

Ahora sólo resta el que las discretas lectoras que estas líneas lean y residan en provincias, dediquen un compasivo recuerdo a las que en Madrid tienen precisión de *buscar casa*.

ENFERMEDADES DEBIDAS A LA IMPRUDENCIA O AL DESCUIDO

Sí, mis queridas lectoras, parodiando a un célebre autor dramático, acaso el que más ha sabido hacer vibrar las cuerdas más sutiles del alma femenina, Luis de Eguilaz, que decía:

«Echamos la culpa al mundo
y la tenemos nosotros;»

la mayor parte de las enfermedades son hijas del descuido o de la imprudencia.

No vamos aquí a hablar de las lesiones materiales que los obreros sufren en sus varios trabajos, sino de verdaderas enfermedades que afectan al organismo humano en totalidad, no a lesiones puramente locales y quirúrgicas.

En efecto, para ello dividiremos las afecciones en dos grupos. En uno están las infecciosas y en otra las que son debidas a causas físicas, químicas y morales.

Claro es que en este enunciado nuestro cabría toda la higiene, porque, ante todo, el que mantiene el organismo en estado fisiológico perfecto, el que tiene equilibradas sus facultades y sus funciones todas, está menos expuesto que todos los demás a contraer enfermedades.

Por esto el primer medio para no contraer enfermedades por imprudencia o descuido, es observar las reglas de una prudente higiene; ésta es el broquel más fuerte contra la enfermedad.

La templanza, un uso moderado de todas las actividades de nuestras funciones, *un medius virtus*, que decían los antiguos, puede defender nuestra vida de multitud de dolencias.

En general, el ser humano conspira constantemente contra sí, y la mujer principalmente parece que pocas veces ajusta su vida y la evolución de su organismo en consonancia y armonía con la naturaleza.

Un día estaba el rey Jacobo de Inglaterra consultando con el célebre médico Buchnan respecto a las enfermedades e indisposiciones que aquejaban a toda la familia real, y se lamentaba el soberano de la poca salud que reinaba en el palacio.

Estaban en una de esas residencias de otoño que todos los poderosos ingleses tienen en el campo, y el célebre médico, llevando al monarca a una de las grandes ventanas de la granja, le hizo notar los rebaños que pacían en las verdes praderas del parque. Hízole ver cuántos cabritillos tiernos y cuántos graciosos corderillos triscaban alegres y fuertísimos por el campo, y preguntó al rey cuántos de aquellos animalitos estaban raquíticos, anémicos y mal formados... El rey replicó que no veía ninguno enfermo ni débil... Entonces, el prudente médico le dijo al rey estas memorables palabras: «Están sanos, señor, y no padecen enfermedades, porque viven con *la naturaleza* y no contra la naturaleza, como Vuestra Majestad y todos los individuos de la real familia».

Esta es la norma general para evitar las enfermedades que el descuido y la imprudencia producen: ajustar la norma de la vida con arreglo a las leyes de la higiene y de la naturaleza.

En primer término, hay que saber evitar los *contagios* en las enfermedades infecciosas.

¿Y esto, queridas lectoras, va a infundir en vuestros tiernos y compasivos corazones un sórdido egoísmo? ¿Abandonaréis al tifoideo, al varioloso, a su triste destino por temor al contagio? ¿Rehusaréis practicar la más sublime de las virtudes: la caridad? No; la ciencia os dice que se puede conciliar el más afectuoso cuidado de un enfermo con el de la propia salud. ¿Y cómo? Sencillamente, siguiendo las más elementales prácticas de higiene.

En primer lugar, *vacunaos*. España es una de las naciones que tiene el triste privilegio de contar por miles las muertes por la terrible viruela. Alemania hace muchos años que ha relegado a la historia tan sucia afección. Vacunaos sin pérdida de tiempo cuando haya epidemia, y cada cinco años si no la hay, y entonces podéis asistir sin peligro a los variolosos.

Pero en las otras afecciones, como el tifus, como la tisis, esa temible plaga que asuela tantas flores en el período más hermoso de la vida, no hay *profilaxis* (es decir, prevención), y entonces sólo una limpieza exquisita en manos, ojos, boca y narices, y una buena aireación, el usar vestidos que cubran los ordinarios y el lavarse siempre que se toque al enfermo, os dará *la posible* garantía para evitar el contagio.

No he de tratar aquí de la sífilis y otras enfermedades que son pro-

ducto del vicio, pues sólo una educación virtuosa y el dominio de las pasiones podrán evitar los estragos que estas plagas hacen todavía en la sociedad.

Esta es la que debe levantar a la mujer para que no caiga en el fango del vicio, dignificándola, educándola y dándole con profesiones honrosas, medios para vivir por sí y no tener que sucumbir, muchas veces, más que por vicio, por necesidad.

Es hoy una gran imprudencia el beber agua que no esté previamente hervida o filtrada.

Multitud de enfermedades se trasmiten, como el cólera y la tifoidea, por las aguas potables contaminadas, y es un verdadero descuido el no tener filtros siliciosos de las marcas Pasteur par agarantizar el agua que bebemos.

Ya que, en general, nuestras autoridades se ocupan muy poco de higiene pública, son los particulares los llamados a suplir esas deficiencias. Beber agua de ríos, de depósitos, tal como se presentan, es una gran imprudencia, es un descuido que puede ocasionar graves enfermedades.

Viene después el abandono que hay en general para usar los alimentos sin ocuparse de su sanidad.

¿Cuántas amás de casa por una mal entendida economía compran sin fijarse pescados, mariscos y frutas de mala calidad, pasados ya, en el principio de la putrefacción y que son causa de muchos males?

Todo cuidado, toda atención que el ama de casa, que la mujer hacendosa ponga en eso, es poco, y debe procurar siempre que los alimentos sean frescos y sanos. ¿Y cómo conocerlos? No basta a veces la práctica y se requieren conocimientos especiales.

Podemos decir en conjunto que las carnes frescas se conocen en que son *poco blandas* y no están consistentes y que su color es rojo sin ningún matiz violado, ni demasiado carminoso, que son los signos de los comienzos de la descomposición.

Los pescados se conocen en su turgencia, en su dureza; en cuanto se ponen flácidos no sirven.

Los mariscos no deberán comprarse más que vivos en agua de mar, los mariscos propiamente dichos, y los demás no usarlos. Su ingestión cuando no están frescos produce un envenenamiento especial con rubicundez de la cara, ronchones, picor y gran desazón.

Otro de los mayores elementos para enfermar se refiere a las temperaturas y sus variedades.

La mujer se descuida mucho en sus vestidos y atiende sólo a la belleza de ellos y no a que preserven su organismo de los bruscos cambios de temperatura, causa de infinitas enfermedades.

El *enfriamiento* es, como saben los médicos, la mayor causa ocasional

de reumas, catarros, pulmonías, bronquitis, congestiones cerebrales y pulmonares, de las terribles nefritis (inflamación de los riñones) y de las lesiones del corazón, el asma y la tuberculosis, además de las fluxiones, laringitis, tragueitis, etc.

¿Cómo se evita esto? Muy fácilmente: teniendo abrigos supletorios y no descuidando las ropas interiores de algodón, que son las más higroscópicas y las que menos se enfrían.

En los bailes y teatros, la mujer, por lucir sus encantos, va más bien coquetamente desnuda que vestida. El paso de esas temperaturas a las frías no es tan grave como el *enfriamiento lento,* causa también en campos, playas y paseos, cuando se está mucho tiempo quieto, de las parálisis faciales y las de los miembros y también de afecciones dolorosas de la cara por enfriamiento de los nervios faciales especialmente del trigémino.

El abrigo ligero de *quita y pon* puede evitarlo todo. Debo deciros que de noche, los efectos del enfriamiento son más frecuentes y más perniciosos.

Algo consignaremos de las profesiones. Todas sabéis lo expuesta que es la máquina de coser *de pie* y las afecciones que produce en la matriz; la fuerza motora del aparato debe ser eléctrica o de gas, pero nunca el movimiento seguido hora tras hora, de vuestros pies, que tan funestas consecuencias trae.

Otras profesiones, como las de planchadoras y costureras *a mano,* también os ocasionan peligros si no tenéis una vigilancia higiénica sobre el trabajo.

Buena aireación, no trabajar seguido muchas horas y con una buena luz, si es posible a 45 grados, y del lado izquierdo, os prevendrán contra muchos males. La ignorancia de las leyes higiénicas es lo que engendra el descuido y la imprudencia respecto a la salud.

La mujer que sabe cual es la causa de nuestra respiración, la que comprende el importante papel que el oxígeno tiene en nuestra vida, si se encuentra en una atmósfera confinada, inmediatamente sabrá salir de ella o purificarla conjurando la enfermedad; pero la que ignore esto no sabrá la causa de su malestar, creerá que depende de otra y seguirá intoxicando sus pulmones.

La educación higiénica de la mujer es *la única* manera de eludir las múltiples enfermedades que el descuido y la ignorancia producen.

Sin una base de conocimientos de nuestro organismo físico y moral, será imposible prevenir tantos y tantos como son los orígenes de las enfermedades por imprudencia o abandono.

Ve una madre que su hijo se acerca mucho al libro para leer y se contenta con reprenderlo... «No metas los ojos por el libro...» pero ¿no sería mejor, si fuese instruída, que comprendiera que aquello es un acto

instintivo del niño *miope* para buscar el foco de su grado visual y entonces lo llevara al oculista y procurara ponerle los lentes necesarios para corregir su defecto?

Ve una madre a su hija encorvada... «¡Ponte derecha!...» Los hermanos se burlan de la desgraciada... *jorobeta*. Si la madre fuese instruída comprendería que era una lesión ósea (de los huesos) la que encorvaba el talle de su hija y puesta ésta en cura, recobraría su natural esbeltez.

Es imposible relatar en detalle las enfermedades que provienen de la inconsciencia; puede asegurarse que casi la mayoría de las que merman la población, exceptuando algunas epidemias, son efecto de la falta, de la carencia de higiene de la masa común.

Una educación escolar más científica que la actual, en que el memorismo y las letras y la gramática ocupa casi todo el tiempo, es necesaria para llevar al alma del niño y de la niña desde los albores de la infancia; que el precepto griego *conócete a ti mismo* es admirable y precioso. Sin conocer nuestras funciones, sin saber las más fundamentales verdades de la física y de la química es imposible fundar una buena enseñanza higiénica y que la humanidad sea la guardadora de su propia salud.

Entonces podría el hombre con poco esfuerzo de imaginación y poco esfuerzo de atención, sortear con una sabia conducta tantos escollos como tiene la vida al deslizar su evolución en el torbellino social y entre el inmenso bullir de las pasiones.

Además, una educación científica borraría el fanatismo, la rutina y las preocupaciones que hoy nos tienen en higiene tan atrasados como los crédulos de la edad media, y antes que las fórmulas milagrosas del zahorí y de la curandera, habría la recta aplicación de la higiene como el hada bienhechora de la salud, como la compañera inseparable de nuestras cuerdas acciones.

El hábito educado, instintivamente nos apartará del error. El hombre no coge el cuchillo, como el niño, por la hoja, pues la experiencia le ha enseñado que corta, y para hacer esta operación intelectual no necesita de un esfuerzo de atención.

Del mismo modo el estado de la salud y el evitar las imprudencias y transgresiones higiénicas serían en la sociedad culta cosas habituales y entonces la mortalidad se vería descender.

FIN

ÍNDICE

	Páginas
Tabla de materias.	III
Prólogo.	V
Máximas, aforismos y sentencias.	7
Misión de la hija de familia.	13
La hija en el hogar.	17
El tocado y la coquetería.	21
Ligeros apuntes generales sobre el arte de estar en la mesa.	26
Los buenos y los malos caracteres.	31
La instrucción de las niñas.—Lo que debe ser.—I.	36
Los criados.	46
La lectura. — Los libros.	52
La lectura en alta voz.	55
Los hijos mal criados.	58
El arte de bien hablar.	65
Los remedios más usuales.	70
Los remedios más usuales (Continuación)	79
Las pequeñas cualidades.	86
La economía doméstica.	97
De cocina.	102
De cocina (Continuación.	107
Las modas.	113
Las fiestas de familia.	117
La instrucción de las niñas.—Lo que debe ser.—II.	128
Recetas de la abuelita.	137
Las visitas.	142
La habitación.	146
Casos prácticos (Historia en varias cartas).	153
Las modas (Continuación).	164
Amad las flores. Amad los pájaros. Amadlo todo.	168
Recetas de la abuelita (Continuación).	172
Recetas de la abuelita (Continuación)	178
Leer en alta voz.	187

	Páginas
Práctica de las virtudes menudas	197
Las amistades	202
Vida social	205
El trabajo manual	212
La Higiene	217
Los «¿Por qué?» y los «Porque»... del ama de casa	221
La conversación	223
Arte de trinchar en la mesa	229
Preciosos consejos de un abuelo	236
Preciosos consejos de un abuelo (Seis años después)	246
Preciosos consejos de un abuelo (Continuación)	256
Pequeños usos sociales	261
Preciosos consejos de un abuelo (Continuación)	265
Pequeños usos sociales (Continuación)	271
Preciosos consejos de un abuelo (Seis años después)	277
El arte de la limpieza	284
La mujer ruina de su hogar	287
Arte de hacerse una renta	290
Las manchas	298
Para ser buena enfermera	301
Prácticas sociales. - Las visitas	309
Elección de casa	311
Enfermedades debidas a la imprudencia o al descuido	314